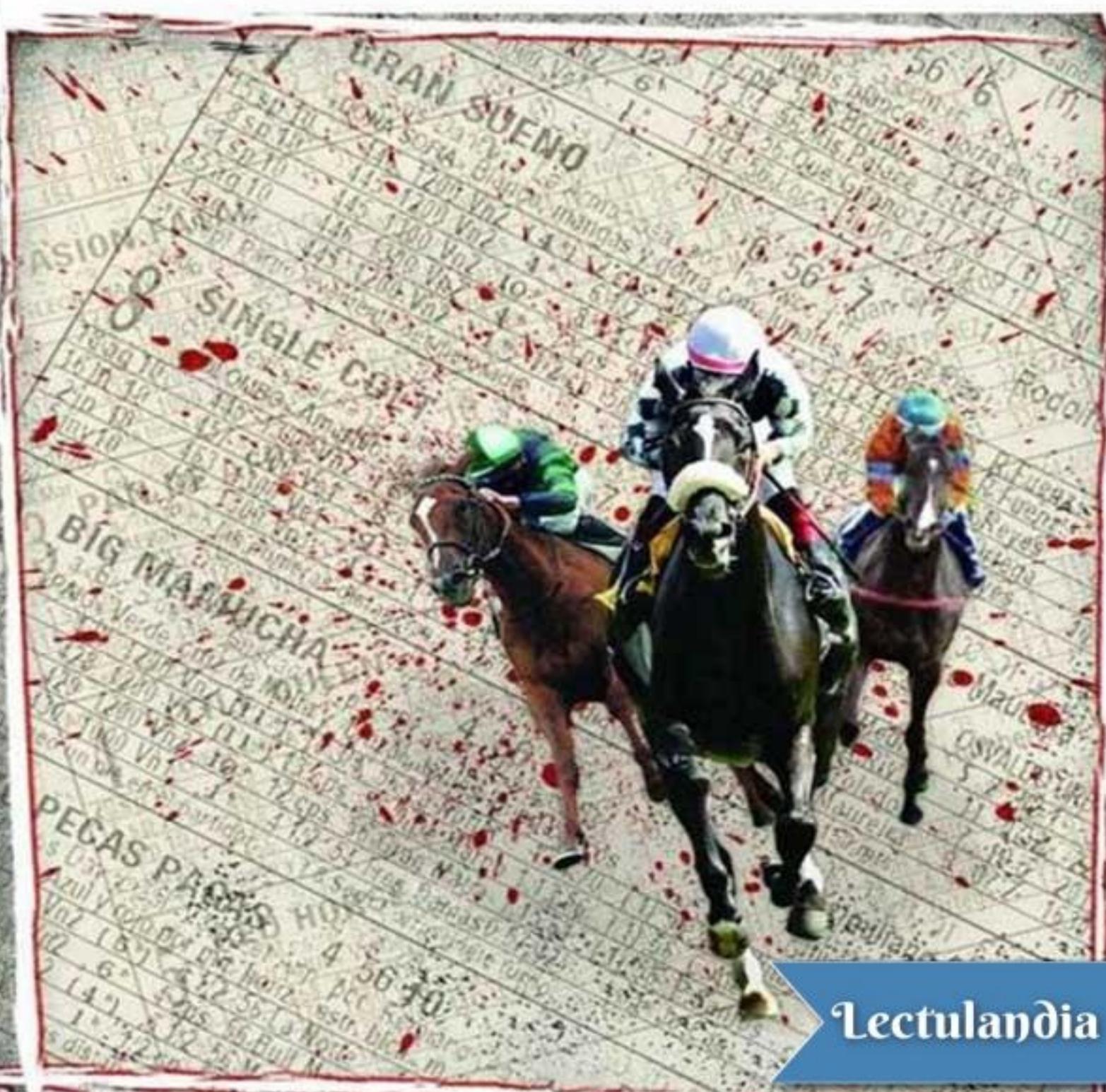


Ramón
Díaz Eterovic

*La muerte juega
a ganador*



Heredia transita por los circuitos de un Santiago antiguo y tradicional. Esta vez, el mundo de la hípica y las apuestas es el espacio por donde debe investigar un supuesto suicidio. La muerte de Romerito, un jinete prometedor e hijo no reconocido de su amigo Anselmo les despierta a ambos dudas sobre la participación de terceros en el hecho. Siguiendo su ya característica costumbre, Heredia se mueve en los ambientes que remiten a realidades y seres que existen en carriles paralelos al país visible, autosatisfecho y exitoso.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

La muerte juega a ganador

Detective Heredia - 14

ePub r1.0

Titivillus 07.04.16

Título original: *La muerte juega a ganador*

Ramón Díaz Eterovic, 2010

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Yo de un preparador tenía un dato,
se la jugué con bolsa
y corrió ñato.

HERNÁN NÚÑEZ OYARCE

Prepárate pa'l domingo si querés cortar tu yeta
tengo una rumbiada papa que pagará gran *sport*.
Me asegura mi datero que lo corre un buen muñeca
y que paga, por lo menos, treinta y siete a ganador.

GUILLERMO BARBIERI y JOSÉ RIAL

1

El sol desplegaba sus rayos sobre el arco iris de las tribunas y en éstas latía el cotorreo incesante de los apostadores que comentaban los méritos y las posibilidades de ganar de sus caballos favoritos. Pesos físicos, últimas presentaciones, jinetes, aprontes, datos o la vulgar tincada que anulaba todas las incertidumbres cuando se llegaba frente a la boletería de las apuestas. Las numerosas pantallas ubicadas en las tribunas mostraban los dividendos a pagar por los competidores y las sucesivas tomas seguían de cerca los movimientos de los caballos; la salida de los corrales, el paseo por la troya y la nerviosa espera de los jinetes dispuestos a jugarse enteros tras la efímera gloria de la meta. La tecnología imponía su tranco victorioso en cada rincón del hipódromo y cada vez menos aficionados recordaban la época en que los boletos de apuestas eran unos cartoncitos de diferentes colores que los niños se dedicaban a coleccionar mientras sus padres apostaban, o cuando era obligatorio caminar desde las tribunas a la troya para observar el estado de los caballos o a sus jinetes con la esperanza de que éstos hicieran alguna seña para indicar que darían pelea o si iban a la pista solo por cumplir. Hasta los nombres y las posibilidades de las apuestas habían cambiado. Al juego a ganador o placé se sumaban las quinielas simples y exactas, las triples y quintuples que complicaban la existencia de los aficionados más tradicionales.

Era un sábado desocupado y cansino, y a falta de otra entretención que me permitiera rellenar las horas y suplir la falta de clientes en mi oficina, seguí los pasos de mi amigo Anselmo, quien después de bajar las cortinas metálicas de su quiosco y beber una cerveza en el Touring, me invitó a compartir una tarde junto a la pista del Hipódromo Chile, donde él había competido exitosamente hasta que la fatalidad se cruzó en su camino y lo dejó medio cojo de una pierna y de sus ilusiones, que desde entonces tropezaban con demasiada frecuencia en el corto camino que separa las alegrías de las penas. Era también el fin de un mes agitado en el que había resuelto el robo de una pintura y ubicado el paradero de un vendedor viajero del que su familia no tenía noticias desde hacía más de seis meses. El cuadro había sido hurtado por uno de los guardias de seguridad de la galería de arte donde se exhibía y el vendedor asesinado por un cliente que no deseaba pagar las cuotas que debía por la compra de unos muebles. Resolver ambos casos no me demandó otro esfuerzo que el de hacer algunas preguntas y confiar en la casualidad, que la mayoría de las veces terminaba por unir los extremos de la cuerda. No había misterio en la violencia que deambulaba por la ciudad. Asaltos callejeros, robos a bancos y tiendas comerciales, maridos o convivientes que asesinaban a sus mujeres, padres que abusaban de sus hijos, muertos en riñas callejeras o entre partidarios de sectas o grupúsculos, y otros hechos de los que se alimentaban los diarios con el apetito voraz de los buitres.

—Desconfío de los datos —dije a mi amigo, que observaba el paso de los caballos hacia el partidador, acodado sobre la reja que limitaba el acceso a la pista. El

sol pegaba sobre su calva reluciente y bajo el exceso de luz, Anselmo mostraba las huellas que el paso del tiempo iba dejando en su cuerpo. Había enflaquecido en los últimos meses y en su rostro se imponían las arrugas y la tristeza acuosa que cubría sus ojos oscuros y pequeños. Me preocupaba su aspecto, pero no quería pensar mucho en ello, temiendo que fuera el primer síntoma de un desenlace que estaba fuera de cálculo, incluso de aquellos más pesimistas que me asaltaban algunas noches, cuando el insomnio se acostaba a mi lado y me daba por pensar que la vida debería ser un libro susceptible de cerrarse por unas horas, para luego reabrirlo en sus páginas más felices o en el momento exacto en que la heroína confiesa su amor por el galán que la corteja desde el primer capítulo.

—Déjese de tonterías y apróntese para cobrar —retrucó Anselmo—. Horus está en inmejorables condiciones y lo monta Romerito. El muchacho está para grandes triunfos. Se lo digo yo, que le he enseñado todo lo que un *jockey* debe saber. Es la primera oportunidad que tiene de ganar un clásico de primer nivel y dudo que la desaproveche.

—No todos los apostadores parecen tenerle tanta fe —dije, observando los dividendos en una pantalla—. Si gana, pagará ocho veces a ganador, un dividendo bastante interesante.

—Lo que pague da igual, la gente que no es hípica y que ha venido por la curiosidad del clásico se deja llevar por los pronósticos de los diarios o por los nombres de los jinetes más conocidos. Y usted sabe que para el hípico de verdad esas cosas no importan. Lo que está en juego es demostrar que uno sabe de carreras y que es capaz de escoger al caballo que llega primero. Me dará mucha alegría ver ganar a Romerito. Un triunfo clásico queda para siempre en la memoria de cualquier jinete y para él será la antesala de otras satisfacciones.

—Jugaré unos pesos al caballo que me gusta. Nunca se debe desechar una corazonada.

—¿Comiquero? No le veo opción. Tiene demasiada buena pinta y es sabido que caballo bonito no gana.

—¿De dónde sacaste eso? A ti no más se te ocurren esas ideas.

—Sabiduría de hípico viejo. Hágame caso y no malgaste sus monedas apostando a ese caballo —dijo Anselmo mientras caminaba hacia las boleterías.

Seguí sus pasos y lo vi apostar diez mil pesos a Horus.

El clásico tuvo la emoción esperada. Horus, al contrario de lo que auguraban los entendidos, no salió a puntear la carrera. Su salida del partidor fue deficiente y durante los primeros quinientos metros se mantuvo en el último lugar, arreando el lote. Comiquero se apoderó del primer lugar y forzó a sus rivales a un veloz tren de carrera. Horus salió de su modorra al entrar en tierra derecha, comenzó a ganar posiciones y a cien metros de la meta impuso una arremetida que le permitió aventajar por una nariz a Comiquero. Los demás competidores se resignaron a disputar el tercer lugar y volvieron a sus corrales, frente a la indiferencia del público,

que aplaudía con entusiasmo a Horus y su jinete. Miré los boletos que había jugado a Comiquero y sin un asomo de tristeza los arrojé al suelo, junto a unas colillas y los restos de un maltrecho programa de carreras. A porfiado no te gana nadie, me dije antes de encender un cigarrillo y ponerme a caminar tras los pasos de Anselmo que sin dejar de gritar el nombre de Romerito, se dirigía a la troya para observar el regreso triunfal de Horus y su jinete.

—Conozco a Romerito desde que nació —dijo Anselmo unas horas más tarde, mientras bebíamos una botella de vino en un bar próximo a la plaza de Armas—. Y al igual que él, yo crecí entre las patas de los caballos.

—No es por nada, pero perdí la cuenta de las veces que me has contado tu historia y la de Romerito.

—Mi padre trabajaba de cuidador en un corral y vivíamos en tres piezas ubicadas cerca de las pesebreras —agregó Anselmo, sin inmutarse por la impertinencia de mi comentario—. Antes de aprender a caminar supe lo que era estar arriba de un caballo. Después mi estatura me ayudó. Nunca pasé del metro sesenta y en mi mejor época no pesaba más de cuarenta y ocho kilos. No necesitaba trotar todas las mañanas ni dejar el pellejo en los baños turcos para conservar el peso. Un compadre de mi padre era jinete y me enseñó los fundamentos del oficio. Cómo conocer a los animales y dosificar sus fuerzas, cómo usar el látigo en el momento preciso y buscar pasada en medio del pelotón que entra a la tierra derecha. Me enseñó bien y además yo tenía alma de *jockey*. Debuté como aprendiz y luego, en la segunda salida a la pista, gané mi primera carrera. Príncipe Valiente se llamaba el tordillo que conduje en esa ocasión. Nadie le daba mucha opción y por eso pagó cincuenta veces lo apostado. La galería casi se fue al suelo con el griterío de los apostadores que reclamaban. Pero no existía motivo para alegar, porque apenas salí del partidador me despegué del lote y no solté la punta hasta llegar a la meta. Al cabo de dos años obtuve mi patente de jinete profesional y de ahí en adelante siempre estuve entre los jinetes que encabezaban las estadísticas de carreras ganadas. Me buscaban para ofrecerme los mejores caballos y comencé a correr en los clásicos. Todo iba viento en popa, hasta que llegó esa desgraciada carrera que muchas veces usted me ha dicho que vio desde el borde de la pista.

—Carrera que jamás olvidaré. Confiaba a ojos cerrados en tu victoria y aposté una buena suma a las patas del caballo que montabas.

—Una lluvia inesperada, pista barrota, un pelotón apretado en la recta final y dos caballos que me cortaron el tren de carrera. Traté de frenar y el caballo no respondió. Chocó contra los ejemplares que le cerraban el paso y terminamos los dos tendidos en la arena, fracturados. Durante mucho tiempo pensé que la bestia había tenido mejor fortuna que yo. La sacrificaron en la misma pista y a mí me llenaron la pierna de pernos y me dijeron que nunca más podría volver a correr. Cuando me dieron de alta parecía un alma en pena y lo único que deseaba era borrar me del paisaje. Después, y dado que soy un optimista incurable, me hice a la idea y acepté mi suerte. Saqué mis

ahorros del banco e instalé el quiosco. Y aquí me tiene, sin darme cuenta han transcurrido los años y la vida.

—Gracias al quiosco nos conocimos.

—Las desgracias siempre llegan de a dos.

—No embromes, Anselmo. Sumando y restando, nuestra amistad arroja un buen dividendo. ¿O me equivoco?

—Le debo la vida, don. Me salvó de los atorrantes que asaltaban mi quiosco.

—Y tú me has librado de varias pellejerías en épocas de vacas flacas.

—El triunfo de Romerito nos puso nostálgicos. Imagino lo contenta que debe estar su madre y toda su familia. A esta hora ya deben haber tirado alguna carne a la parrilla para celebrar. Si no estuviera tan a gusto con usted, seguro que me dejaba caer en el festejo.

—¿Pedimos algo de comer?

—Lo que usted disponga, don.

—¿No te pareció algo complicada la carrera de Horus? —le pregunté a Anselmo más tarde, una vez que terminamos de comer los chacareros que pedimos al mozo que nos atendía.

—¿Complicada? ¿En qué sentido?

—Hasta la mitad de la carrera tenía pocas opciones de ganar.

—Horus es un caballo que corre de atropellada. Le cuesta entrar en ritmo y es lento en las partidas, pero cuando lo hace es imparable, como todo caballo que nace para correr largas distancias.

—Aun así, insisto en que me pareció una carrera extraña. Romero no venía cómodo y tuve la impresión de que contenía el tranco de Horus.

—Romerito sabía que bastaba indicarle el camino para que se pusiera a volar. Y no olvide que los preparadores planifican cada carrera para dosificar las fuerzas de los caballos. No se trata de correr a tontas y a locas.

—Además, después de ganar, si no es porque alguien le pegó unos gritos ni siquiera se detiene a tomarse la foto junto a los dueños. Es la primera vez que veo a un ganador que no desea retratarse en su instante de gloria.

—Probablemente estaba nervioso —dijo Anselmo, sin dar mayor importancia al asunto—. Mañana iré a saludar a Romerito a su casa. Ahora, y si no le incomoda, quiero ir a descansar. Últimamente noto que el cuerpo me pide más horas de sueño.

—¿Vas a dejar la botella a medio camino?

—No creo que eso sea un problema para usted. Se la toma o le dice al mozo que la tape porque se la lleva a su gato.

—Simenon no bebe alcohol, pero a veces lengüetea los conchos que dejo en mis vasos.

—Es lo que pasa cuando las criaturas tienen malos ejemplos.

—Un año nuevo puse algunas gotas de licor en su platillo. Estábamos solos, esperando que llegara el minuto de los abrazos y los fuegos artificiales.

Anselmo hizo un gesto de cansancio, depositó tres billetes sobre la mesa y se encaminó hacia la salida del bar. Lo observé hasta que llegó a la puerta y luego concentré mi atención en los murmullos del vino. Pero no los escuché por mucho rato. La ausencia de Anselmo me hizo mirar la botella con desgano y recordar que el vino estaba concebido para la amistad. Encendí un cigarrillo y contemplé a la clientela que a esa hora llegaba a una media docena de personas que bebían sin aparente entusiasmo. Noté que todos los parroquianos estaban solos y por un momento pensé en una antesala del infierno, en la que cada uno de ellos estaba obligado a evaluar sus acciones antes de ser juzgado por Satán. Uno de los clientes era un hombre gordo. Usaba anteojos de marcos negros y sin embargo, para leer el programa de carreras que sostenía en sus manos, lo apegaba a los cristales y movía la cabeza, de izquierda a derecha, como siguiendo el paso de una cucaracha. También me llamó la atención una mujer que sobre la mesa tenía a su alcance una diminuta copa de menta. Debía tener más de cuarenta años y algo en su rostro, en las huellas de sus ojeras, hacía intuir que no habían sido años fáciles. Miraba al vacío, pensativa, y de tanto en tanto humedecía sus labios con el licor.

Cansado de mis observaciones, apachurré el cigarrillo en el cenicero de plástico que estaba junto a la botella y salí del bar dispuesto a seguir el ejemplo de Anselmo.

Era una noche cálida y tranquila. Flotaba en el aire un aroma dulzón que me hizo pensar en la proximidad de una panadería en la que debían estar preparando los queques o pastelillos que por la mañana adornarían sus vitrinas. Se vivían las últimas semanas del año y los días parecían transcurrir con demasiada prisa. En la calle no andaba mucha gente y el centro de la ciudad comenzaba a adquirir su aspecto abandonado de cada noche. Caminé por uno de los costados de la Plaza de Armas y pasé por la calle Catedral observando a los peruanos que se reunían a intercambiar sus penurias de emigrantes o a conocer los antecedentes de alguna chamba. Al llegar a la calle Bandera, observé el antiguo edificio del Congreso Nacional y seguí en dirección a la Estación Mapocho. Las tiendas de ropa usada habían bajado sus cortinas metálicas y solo se mantenían despiertas las luces que emergían de los bares y cabarés. Pensé que ese paisaje sería trastrocado en un tiempo no muy lejano. Los arquitectos y las disposiciones municipales harían su trabajo y el barrio terminaría como un vago recuerdo en algunas fotos y en la memoria de los vecinos más nostálgicos. La racionalidad económica imponía sus reglas sin importarle que por su culpa moría un pedazo del corazón cálido de Santiago. Un día recibiría una carta anunciando la demolición de mi edificio y tendría que buscar otro sitio para el reposo de mis huesos. Más tarde alguien borraría mis huellas y tal vez, entre los escombros de la demolición, un obrero encontraría una placa de acrílico con la leyenda: Heredia, investigaciones legales. Mi habitual anonimato se convertiría en olvido, salvo para los lectores de las novelas que había publicado el Escriba y en las cuales mi nombre

estaba unido a las pesquisas que solía contarle en nuestros encuentros. Pero mientras eso no ocurriera, seguiría fiel al paisaje del barrio y al oficio de preguntón que me había tocado ejercer en una época de sombras e injusticias que se proyectaban más allá de lo deseado.

Después de entrar en mi departamento, abrí una de las cervezas que mantenía en el refrigerador y me senté frente al escritorio metálico que daba aspecto de oficina pública a la habitación. Simenon se acomodó sobre la cubierta del escritorio y me observó desde la profundidad de sus ojos azules. Su cuerpo había adquirido peso en los últimos meses y cada día eran más esporádicos sus paseos por los tejados del vecindario. Estaba viejo y contra eso no era mucho lo que podía hacer, salvo acunarlo entre mis brazos y escuchar pacientemente sus rezongos.

—¿Vino alguien? —le pregunté después de probar la cerveza.

—Olvidas que hace dos días pegaste en la puerta un papel que dice: Cerrado por vacaciones.

—Tienes razón —respondí—. La fuerza de la costumbre me hace pensar en nuevos casos.

—Eso pasa porque no has aprendido a decir no. Otro gallo cantaría si yo atendiera a los clientes. De partida les cobraría por escuchar los novelones que suelen contar apenas entran a la oficina, como si no tuviéramos otros asuntos que resolver. Hay tres tipos de lateros que son insoportables: los que siempre tienen un problema más grave que los demás; los padres que hablan interminablemente de las supuestas gracias de sus hijos; y los que insisten en dar a conocer que han viajado al extranjero, aunque no hayan ido más lejos que a Mendoza.

—¿Desde cuándo te interesa el valor del tiempo?

—Desde que voy al veterinario y veo que el tipo no me toca un pelo antes de cobrar la consulta. Solo cuando tiene los billetes en los bolsillos empieza con sus molestas revisiones. Me palpa la panza, abre mis fauces, hurguetea bajo mi cola y en mis orejas. Algún día deberías ponerte en mi lugar.

—¿Terminaste con las quejas?

—Recuerdo mis experiencias para cuando te toque el turno de caer en manos de un matasanos —respondió Simenon y luego de recostarse sobre el escritorio, agregó—: Tengo sueño. El teléfono sonó toda la tarde y no me dejó dormir. Tal vez era Griseta u otra de tus amigas.

—Si tuvieras una gata que te quisiera no pasarías tanto tiempo solo.

—Una gata vieja regañándome a cada rato, preocupada de mi alimentación y de saber a dónde voy. No, gracias. A duras penas me soporto a mí mismo.

—Por fin hablas con cordura, gato gruñón.

Me puse de pie y fui al dormitorio. Sin ánimo para desvestirme, me recosté sobre la cama y abrí un libro de aforismos de Eise Osman que había comprado en una de mis andanzas por las librerías de la calle San Diego. La vida es como el agua, cuando más cierro los puños para aprehenderla, más rápido se escurre de entre mis dedos. No

estaba mal, pero luego de una segunda lectura percibí un tufillo a moraleja conocida que me hizo cerrar el libro y devolverlo a su lugar sobre el velador. Cerré los ojos y me dejé envolver por los ruidos que llegaban desde la calle. Voces, tal vez un llanto entrecortado, el rugido de un auto a gran velocidad. La sinfonía de siempre que se iba apagando a medida que avanzaba la noche. Estaba cansado, pero no conseguía dormir. Las imágenes de las horas vividas en el hipódromo giraban en mi mente y me preguntaba si mi destino era ser uno de los viejos ociosos y carcomidos que deambulan por las sucursales hípicas, alimentando sus sueños con apuestas que las más de las veces van a dar a la basura. Había pasado «los cuarenta y diez» que mencionaba Joaquín Sabina en una de sus canciones y estaba en una edad en la que no podía desandar mis caminos ni esperar grandes cambios en mi existencia. Lo demás eran las jugarretas de la vida que cada mañana llegaban a golpear a mi puerta o me esperaban agazapadas a la vuelta de la esquina.

3

Desperté sobresaltado por un ruido del que no logré identificar su procedencia. Sentí el sol sobre mis mejillas y me senté en la cama cuando escuché unos pasos en la oficina. Simenon llegó a mi lado y concentró su atención en la puerta entreabierta del dormitorio. Los pasos se aproximaron, oí mi nombre y vi aparecer a Anselmo. Su rostro lucía demacrado y caminaba con desgano, arrastrando los pies, como si cargara un pesado costal sobre sus hombros.

—Disculpe si lo desperté, don —dijo.

Su voz sonó débil, temblorosa.

—¿Pasa algo malo? —le pregunté intuyendo que su aparición no estaba motivada exclusivamente por el deseo de conversar.

—Ocurrió una desgracia —agregó el suplementero.

Lo vi trastabillar y buscar un punto de apoyo en la pared más próxima.

Me acerqué a su lado y lo conduje de nuevo a la oficina. Anselmo ocupó una silla junto a mi escritorio y por un instante cubrió su rostro con sus manos. Nunca, en los años que nos conocíamos, lo había visto tan abatido y frágil.

—¿Qué pasa? —insistí—. ¿Quieres un café? ¿Un vaso de agua? ¿Un trago?

—Quiero que me escuche, don.

—Qué puede ser tan grave para que vengas a primera hora del día y con tan mala cara.

—¡Romerito!

—¿Qué pasa con él?

—¿Recuerda que le dije que iría a visitarlo? Fui esta mañana a su casa y me encontré con una tragedia. Romerito está muerto y la policía dice que se suicidó. Después del clásico volvió a la casa donde vivía con sus padres, descansó un par de horas y luego salió a encontrarse con unos amigos que lo habían invitado a una comida de celebración. Sin embargo, en algún momento decidió cambiar de ruta y nunca llegó al festejo. A medianoche, el hijo del capataz que trabaja en el corral donde preparan a Horus sintió ruidos extraños en las pesebreras y creyendo que podía tratarse de algún caballo nervioso o enfermo, fue a ver lo que pasaba. Encontró a Romerito colgado de una viga. Dio la alerta, llamaron a la policía y su cadáver terminó en el Servicio Médico Legal.

—¿Alguien lo vio llegar al corral?

—No que yo sepa, y la verdad es que si lo hizo, no le debió llamar la atención.

—Y supongo que nadie escuchó ruido alguno.

—Además del muchacho que lo encontró colgado, a la hora en que se supone murió no había nadie en el lugar, salvo un guardia que no vio ni escuchó nada.

—¿Dejó alguna carta explicando el motivo de su decisión?

—Ninguna que se haya encontrado hasta el momento. Nadie en su familia atina a esbozar una explicación.

—¿Por qué la policía dice que aparentemente se suicidó? ¿Hay alguna duda al respecto?

—Lo de aparentemente es un agregado mío. Me niego a aceptar que el muchacho se suicidara. Respecto a la policía, y por lo que me han dicho los familiares de Romerito, se ha limitado a realizar las pericias necesarias para confirmar la idea del suicidio.

—¿Tenía problemas con sus padres?

—Era un muchacho tranquilo y desde que comenzó a ganar dinero colaboraba con los gastos de la casa. Incluso financió una ampliación en la vivienda de su madre.

—¿Algún romance fallido?

—Hasta donde sé, no pololeaba. Pero supongo que habrá tenido sus amigas.

—Entonces, debió tener algún otro problema.

—Coincido con usted y por eso necesito su ayuda. A la madre de Romerito y a mí nos cuesta aceptar la idea del suicidio.

—¿No lo creen o no lo aceptan?

—¿Cuál es la diferencia?

—Si no creen es por alguna razón, y si no lo aceptan es por el dolor que sienten.

—No me enrede con sus palabras, don. Quiero que ella encuentre consuelo y para eso necesito descubrir lo que motivó que Romerito se suicidara. Alguien debe conocer ese motivo y usted sabe cómo y dónde hacer preguntas. Estoy dispuesto a pagar sus servicios.

—No digas tonterías. Jamás te cobraría un peso.

—¿Eso quiere decir que puedo contar con usted?

—Investigaré, pero antes deseo saber cuál es la verdadera razón por la que quieres que lo haga.

—Usted sabe que él era mi ahijado y acabo de decirle que hablé con su madre.

—No me parece que esas sean las únicas razones.

—¿No? —preguntó Anselmo, al tiempo que esquivaba mi mirada.

—Nos conocemos y me basta mirarte a la cara para saber lo que piensas.

—Usted no pierde ocasión de andar viendo bajo el agua.

—¿Cuál es la razón de fondo por la que quieres encontrar una explicación al suicidio del jinete?

—Con Marta, su madre, tuvimos un romance antes que ella se casara. Ella era una chiquilla y yo tenía edad para ser su padre. Pese a eso llegamos a hacer planes para casarnos, pero a última hora mis dudas terminaron siendo más fuertes que mi entusiasmo. Nos distanciamos y a los dos meses de la separación ella se casó con un jinete de su edad que la cortejaba desde hace algún tiempo. Después de eso continuamos tratándonos con cariño y me atrevería a decir que entre los dos siguió ardiendo el fuego.

—Sospecho que no me dices toda la verdad, Anselmo.

—¿Siempre es tan incrédulo con sus clientes?

—Procuro evitar las sorpresas.

—Siempre me llamó la atención que Marta se casara solo dos meses después de nuestra separación y cuando ella tuvo su hijo, seis o siete meses más tarde, pensé que la prisa pudo haber sido para ocultar un embarazo. Le hablé de mis sospechas en ese momento y ella se rió de mi ocurrencia. El niño creció, y muchas veces, al mirarlo, no podía dejar de pensar que teníamos un notable parecido. Tal vez por eso me esmeré en enseñarle lo que conozco sobre la actividad hípica, y por eso ahora me atrevo a solicitar su ayuda.

—Me parece que el interés por saber lo que motivó el suicidio es tuyo y no de Marta.

—Está en lo cierto, don. Marta jamás habría pensado en una investigación.

—Quieres confirmar que Romero era tu hijo, ¿o me equivoco?

—De eso ya no tengo dudas, don. Me lo dijo Marta esta mañana, después de contarme que Felipe había muerto.

La pequeña y sombría capilla se encontraba a un costado de la iglesia del vecindario en el que Romero había vivido desde su nacimiento. En los alrededores de la iglesia se alzaban unos árboles resecos y las casas descoloridas de una población que el sol veraniego calcinaba con fiereza. Una población que nació de una toma de terrenos realizada por un grupo de pobladores y que con el paso del tiempo había adquirido una fisonomía desordenada y empobrecida, como la de un viejo que no tiene quién lo cuide.

El velorio aún no empezaba cuando entramos a la capilla. En su interior había una decena de personas sentadas sobre unas rústicas bancas de madera. El peso de las miradas nos acompañó mientras nos acercábamos a dos mujeres enlutadas que estaban en un rincón. Tenían sus manos entrelazadas y miraban insistentemente hacia la puerta.

—La madre y la tía de Romerito —me susurró al oído Anselmo, cuando estuvimos frente a las mujeres. Luego se acercó a ellas y las abrazó largamente.

Marta Uribe era una mujer morena, pequeña y delgada. Su rostro mostraba unas pronunciadas arrugas y sus cabellos se veían lacios y sin brillo. Vestía falda negra y una sencilla blusa de igual color. Me detuve junto a Anselmo, y después que éste nos presentara, di mis condolencias a la mujer, farfullando alguna de esas frases gastadas que, de tanto oír, terminan por carecer de sentido para los deudos. Me senté junto a Anselmo y por unos minutos lo escuché conversar con la madre de Romero.

—Marta dice que están esperando que el Servicio Médico Legal entregue el cuerpo de Romerito —me dijo Anselmo un rato más tarde—. Baltazar, su esposo, salió a hacer las gestiones en la mañana y todavía no vuelve. Usted sabe cómo son las cosas cuando no se tiene influencias para agilizar los trámites. La burocracia es igual a la mirada de Dios; lo sigue a uno a donde quiera que vaya.

Guardé silencio y observé los rostros acongojados de las personas que estaban en la capilla. Algunas rezaban en silencio y otras conversaban en voz baja, atemorizadas por ese lugar dedicado a las despedidas de los muertos. Pensé que no tardaría en llenarse de más dolientes que rápidamente empezarían con sus rezos y letanías hasta que llegara la hora de concluir el velatorio y dejar al muerto en paz.

—No consigo explicarme por qué lo hizo. Sus sueños comenzaban a cumplirse —dijo de pronto la madre de Romero.

Luego, y como si la cercanía de Anselmo le diera la protección que necesitaba para dejar aflorar sus sentimientos, comenzó a recordar distintos episodios de la existencia de su hijo. Su infancia, algunas vacaciones en la playa, sus estudios y el momento en que decidió ser un jinete profesional. Cuando concluyó sus recuerdos, miró a Anselmo como reprochándole que él no hubiera sido una buena compañía en tantos momentos importantes en la vida de su hijo. Anselmo pareció hundirse en un pozo de culpas y sin decir nada dio unos pasos hasta la puerta de la capilla. Pensé que

era la oportunidad de deslizar algunas preguntas, sin que la mujer sintiera que un extraño se inmiscuía descaradamente en su dolor.

—Tal vez sufría un desengaño amoroso. Los jóvenes suelen dar demasiada importancia a los asuntos del corazón —dije, reiterando el comentario que antes había hecho a Anselmo.

—No había ninguna mujer en la vida de Felipe. Ninguna que le interesara de manera especial. Me lo habría contado.

—Y supongo que no tenía problemas en el ambiente hípico —dije, procurando que la mujer no se diera cuenta de que intentaba sonsacarle información.

—Estaba logrando lo que deseaba y sus colegas le tenían cariño. El día que ganó el clásico lo llamó mucha gente a la casa. Dos o tres preparadores, varios de sus amigos jinetes, un señor Moretta, que me parece era el dueño de unos caballos, y otro más de apellido Suárez, que dijo ser periodista de un diario. Yo recibí esas y otras llamadas, porque Felipe estaba cansado y se encerró en su pieza —dijo la mujer y luego de una pausa, agregó—: Mi hijo se esmeraba por hacer bien su trabajo y pudo llegar muy arriba en su profesión. Hace un mes me contó que le habían planteado la posibilidad de ir a correr a los Estados Unidos. Estaba tan entusiasmado que pensaba matricularse en un curso de inglés.

—¿Dijo quién le habló de esa posibilidad?

—No. Debe haber sido alguno de los preparadores para los que trabajaba. Pero qué importa ahora eso. Fue un sueño que terminó de mala manera —dijo la mujer, y luego de una pausa para secarse unas lágrimas, agregó—: Si supiera por qué murió Felipe, podría resignarme.

—¿Cómo andaba de la salud? —le pregunté a la mujer.

—Tenía una salud de hierro. Se alimentaba bien, se mantenía en forma y una vez al mes se hacía un chequeo con el doctor Varela.

—¿Sabe dónde ubicar a ese doctor? —le pregunté.

La mujer no alcanzó a responder, porque en ese momento se acercaron a su lado dos ancianas que venían a darle las condolencias. Miré a Anselmo, que seguía junto a la puerta de la capilla, y me acerqué a su lado.

—Marta me dijo que su hijo se atendía con el doctor Varela. ¿Conoces a ese médico? —le pregunté.

—¿Para qué quiere ubicar a Varela? —replicó Anselmo.

—Me interesa todo lo que tenga que ver con el muchacho.

—¿Cree que Romerito pudo tener una enfermedad grave?

—Quiero estar atento a cada hoyo por el que pueda saltar la liebre.

—El doctor Varela atiende a mucha gente del medio hípico. Trabaja en un centro médico ubicado en la calle Independencia, frente a la Escuela de Medicina.

—Me gustaría dar una vuelta por ese lugar —dije, y mientras caminaba hacia la salida de la capilla agregué—: Ahora voy a regresar a la oficina. Necesito cambiar de escenario y pensar en la mejor forma de abordar mi pesquisa.

Anselmo siguió mis pasos. Me detuve junto a uno de los árboles que daban sombra a la fachada de la capilla y desde ahí observé a un grupo de seis o siete hombres que conversaban animadamente en la vereda.

—Un día en la gloria y al siguiente, en un cajón —dijo Anselmo—. No es justo.

—La vida puede ser muy cabrona cuando se lo propone.

—Me quedaré hasta que llegue mi hijo. Deseaba hacer los trámites para su sepultura, pero Marta me pidió que los dejara en manos de su marido. Mal que mal, salvo ella y nosotros dos, nadie más sabe quién era el verdadero padre de Felipe.

—Si se presenta la oportunidad, averigua quiénes eran los amigos con los que pensaba celebrar. Para ti será fácil. Eres del ambiente y te tienen confianza.

El verano había llegado con anticipación y las altas temperaturas que se padecían desde las primeras horas de la mañana se transformaban por las tardes en un aire pegajoso que se adhería a la piel de la gente que retornaba hacia sus casas o permanecía en los alrededores de las tiendas, como polillas atraídas por la luz de un fuego incombustible. La Cordillera de Los Andes había perdido su blancura invernal y el sol se adormecía en sus cumbres, dibujando tonos anaranjados y azulinos que se desplazaban de un punto a otro.

Me detuve en un quiosco a comprar cigarrillos y a leer la portada de un diario que destacaba el crecimiento de la inflación durante los últimos dos meses, las rencillas entre políticos partidarios del gobierno, la internación de Pinochet en el Hospital Militar aquejado de males que parecían ser una nueva artimaña para eludir a la justicia; la venta de carne descompuesta en poblaciones marginales y el hallazgo de un brazo en una plaza, que recordaba el caso de Hans Pozo, un muchacho que había sido descuartizado y sus restos esparcidos en distintos puntos de Santiago, en una suerte de acertijo macabro que tuvo a la policía de cabeza durante varias semanas.

Abandoné la lectura y miré a mi alrededor. Estaba rodeado de personas y sin embargo experimentaba la desazón del naufrago que repentinamente atisba la silueta de un barco alejándose en el horizonte. Deseaba compartir con alguien mis pensamientos acerca del encargo de Anselmo, pero mis posibilidades de compañía estaban reducidas a regresar al departamento y conversar con Simenon. No era hora de encontrar al Escriba en uno de los dos bares a los que concurría cada vez con menos frecuencia; Campbell, mi amigo periodista, estaba de vacaciones, y Griseta continuaba en España asistiendo a unos estudios de especialización a los que había accedido a través de una beca.

Entré al Café Haití y mientras me ubicaba entre los clientes que estaban junto al mesón, extasiados con el panorama de las piernas y los traseros de las mujeres que servían los cafés, divisé a Guerra, un sujeto bajo y calvo que trabajaba de auxiliar en el Servicio Médico Legal. Años atrás nos había presentado Bernales, el policía con el que a veces compartía pesquisas y copas. Cada vez que veía a Guerra procuraba evitar su compañía. No me gustaba su eterno mal aliento ni las historias que contaba. Era un pájaro de cuentas y solía asombrar a sus contertulios cuando, en mitad de una charla, decía haber sido amante de muchas mujeres. Quienes le rodeaban sabían a qué mujeres se refería y en qué situación, por llamarlo de algún modo, las había seducido.

Apuré el café que me sirvió una de las mesoneras y antes que Guerra me descubriera, salí del café con la prisa del amante sorprendido por un esposo malas pulgas. Cuando estuve de nuevo en la calle, comprobé que el sol comenzaba a retirarse, dejando tras de sí una luz amarillenta en el horizonte. Decidí dar un rodeo para llegar a mi departamento y me puse a caminar en dirección a la calle Morandé. Me detuve en una esquina, frente al palacete de la Academia Diplomática, y descubrí

que otro de mis bares favoritos, el Inés de Suárez había sido demolido y en su lugar comenzaban a cavar el hoyo donde construirían los cimientos de un nuevo edificio. Otro resto de historia que cae bajo la picota, pensé recordando las tardes vividas en ese bar al que solían llegar escritores, cantantes, vendedores y empleados públicos que trabajaban en los alrededores. Pasé frente al sitio donde había estado el bar y rumiando una maldición seguí mi camino.

El departamento seguía igual a como lo dejara unas horas atrás. Ninguna novedad. Ni siquiera una carta de cobranza o uno de esos folletos que ofrecían préstamos de dinero o viajes a playas paradisíacas. Sobre el escritorio estaba el diario, abierto en sus páginas hípicas, y la libreta de tapas negras en la que escribía mis notas sobre los casos que investigaba; una libreta por la que mi amigo el Escriba habría pagado algunos buenos pesos, pero que me negaba a mostrársela, con el celo de una adolescente protegiendo la privacidad de su diario de vida. Por la ventana entraban las primeras sombras de la noche. Me senté junto al escritorio y encendí un cigarrillo. Por unos segundos observé el humo que subía hasta el descolorido cielo raso de la habitación y pensé que se asemejaba al paso de mi vida, diluyéndose entre un ayer y un mañana que no dejaban huellas en ninguna parte. Toda mi existencia se amparaba entre las paredes del departamento y más allá de ellas era un nombre anónimo, un rostro desaliñado que se desplazaba por la ciudad, atento al ir y venir de la gente, al rumor oculto, al misterio que necesitaba ser revelado.

Simenon entró a la oficina y en un par de saltos llegó a instalarse sobre el escritorio. Esbocé una sonrisa desganada y él me observó con el inquieto brillo de sus ojos verdes.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras lengüeteaba su pata derecha.

—Es el desgano que me agarra del moño cada vez que inicio una investigación. Tengo la cabeza llena de preguntas y ninguna gana de salir a buscar sus respuestas.

—Necesitas dar el primer paso. ¿De qué se trata esta vez?

—De un jinete muerto. Se suicidó, y Anselmo desea conocer el motivo que tuvo para irse al patio de los callados.

—¿Desde cuándo le interesan a Anselmo las pesquisas?

—Desde que supo que el muerto era su hijo.

—Nunca había dicho que tuviera un hijo.

—Al parecer tenía algunas sospechas que confirmó después de la muerte del muchacho.

—¿Tienes alguna idea acerca de lo que pudo motivar el suicidio?

—Todavía no estoy en condiciones de plantear una hipótesis que no suene a disparate.

—O sea, no tienes la menor idea de dónde estás parado.

—Quiero pensar que se trata de una ignorancia pasajera.

—Jinetes y caballos. Una buena oportunidad para hurgar en un mundo que te atrae.

—Me atrae cuando lo observo desde las tribunas, pero no cuando recuerdo que tras el espectáculo de colores habita la miseria de sus actores secundarios: jinetes fracasados, cuidadores que ganan una miseria, apostadores que jamás reconocieron la cercanía del abismo. Una trastienda llena de perdedores.

—Esta vez tendrás que hacer una apuesta en serio.

—En mis apuestas no me interesa la lógica ni los cálculos de pesos y distancias. Una carrera es como la vida; nadie puede decir que conoce de antemano su resultado.

—No puedes defraudar a Anselmo. Piensa que eres un caballo rumbo a la pista y debes actuar con velocidad, resistencia y corazón.

—¿De dónde sacaste toda esa palabrería?

—De las tonterías que te oigo decir a menudo.

Tomé al gato entre mis brazos, hice girar el sillón y quedé frente a la ventana que me permitía ver las avenidas Independencia y La Paz convertidas en dos serpientes iluminadas que parecían no tener fin.

—Una ciudad cada día más grande y agresiva —comentó el gato y luego se deshizo de mi abrazo, saltó al suelo y caminó hacia su rincón favorito, junto a los tomos de las obras selectas de Georges Simenon que habían originado su nombre, muchos años atrás, cuando era un felino flaco y callejero. Otro tiempo, otras oscuridades y un oficio que entonces comenzaba a ejercer con más intuiciones que conocimientos.

Puse un cedé de Sonny Rollins en el equipo de música y apachurré el cigarrillo en el cenicero con forma de zapato de mujer que tiempo atrás me había regalado un amigo. Presté atención a la música y pensé que era una buena compañía para terminar la jornada con algo de paz en mi interior.

Sin embargo, la paz fue efímera, porque al poco rato sentí que se abría la puerta y vi aparecer a Anselmo. Lucía cansado y daba la impresión de haber envejecido súbitamente desde nuestra despedida en el velatorio de Romero.

—¿Tiene un trago que me convide? —preguntó al tiempo que ocupaba la silla que estaba frente al escritorio.

Busqué en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué la petaca que solía acompañarme en mis salidas. Anselmo bebió un buen sorbo de licor, miró un instante la petaca y enseguida me la devolvió.

—Necesitaba calentar el cuerpo, don.

—¿Tan mal están las cosas?

—Romerito llegó a la capilla a los quince minutos que usted se fue. Y el resto se lo puede imaginar. Me quedé hasta que el cura párroco despidió a la gente. Ya ni los velorios tienen el encanto de antaño, cuando duraban varios días y el gloriado corría a la par con las cazuelas y otros tipos de caldos reponedores. Ahora tienen horario y la funeraria manda a un empleado a servir té en bolsitas y café instantáneo. Romerito se quedó solo. Fui a tomar cerveza con algunos conocidos, pero el horno no estaba para bollos. Hasta Medina, un cuidador de caballos que no le hace asco a ningún traguito,

dijo que no tenía ánimo para carretes largos y se mandó a cambiar. Me quedé con ganas de aturdir la pena con alguna copa amable y pensé que usted me podría hacer compañía.

—Tienes que descansar. Mañana es el sepelio y será otro día duro.

—Lo sé, pero no tengo ganas de llegar a mi casa.

—Puedes dormir aquí. No sería la primera vez que lo haces.

—Además de quejarme y beber un trago, quería decirle que averigüé quiénes eran los amigos con los que Romerito se iba a reunir la noche de su muerte. Javier Arraño, Carmelo Silva y Gonzalo Lorca. Los tres estaban en el velorio, pero solo pude conversar con Silva. Le hablé de usted y él me dio el número de su celular. Mañana puede llamarlo.

—¿Te hizo algún comentario acerca de la muerte de Romerito?

—No, y tampoco le hice preguntas al respecto. Me pareció que no era el momento ni el lugar adecuado.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Anselmo.

—¿De verdad va a investigar el asunto? No lo he visto muy entusiasmado con el trabajo.

—Hoy en día me tomo las cosas con más tranquilidad. No estoy para los trotes agitados de otras épocas.

—Preocúpese de hacer las preguntas adecuadas.

—Me interesa vislumbrar el horizonte antes de dar los primeros pasos.

—Ya se puso a hablar en difícil, don.

—¿Quieres dormir? Puedo improvisar una cama.

—Prefiero hacerlo entre mis sábanas. Voy a tomar un taxi que me lleve hasta mi casa.

—Te acompaño a buscar uno. Por el camino podemos beber la copa del estribo.

6

La primera idea que cruzó por mi cabeza a la mañana siguiente fue que necesitaba ir al médico. Toda deuda se paga y yo debía unas cuantas a mi cuerpo, que cada día demoraba más en recuperar el entusiasmo de seguir en la ruta. Me bastaba con despertar para descubrir algún dolor nuevo. Una puntada en la espalda, molestias en el lugar donde suponía estaban mis pulmones, ruidos extraños al flexionar las rodillas, escozor en la cicatriz de un antiguo navajazo; la sensación, en definitiva, de

que algo no andaba bien y necesitaba nuevas energías para ponerme de pie y caminar sin temor a las escaleras empinadas o a las comidas que dejaban una sensación desagradable en mi estómago.

Necesitaba un médico, y sin embargo apenas entré a la sala de espera de la consulta del doctor Varela, recordé que mis achaques eran un asunto secundario y que solo necesitaba al galeno para conversar de la salud de Romero. La sala era amplia, pero aun así se veía atestada de personas que esperaban con envidiable paciencia la atención de los matasanos. Hablé con la secretaria que controlaba el orden de las consultas y me dijo que debía esperar hasta que Varela atendiera al último de sus pacientes. Tomé una revista de temas científicos que estaba sobre una mesa rinconera y mientras leía una crónica sobre las funciones de la próstata, sentí que me dormía sin importarme las miradas de mis compañeros de espera.

Desperté al oír que la secretaria me decía que el doctor estaba en condiciones de recibirme. Me puse de pie y con pasos vacilantes entré a la consulta del médico. Varela era moreno, bajo y delgado. Debía andar bordeando los cincuenta años. Usaba anteojos de marcos azules y un delantal blanco, desabrochado. Al verme entrar me extendió su mano a modo de saludo y sin dejar de sonreír indicó una silla.

—¿Se siente bien? —preguntó al ver que demoraba en sentarme—. Tiene mal semblante.

—Me dormí en la sala de espera —dije en voz baja.

El médico se acercó a mi lado y me tomó el pulso. Enseguida, cogió un instrumento de encima del escritorio y durante unos segundos midió mi presión arterial.

—Tiene la presión alta —dijo al término del examen, y luego de punzarme el vientre con el dedo índice de su mano derecha, agregó—: Tendrá que disminuir el consumo de sal y hacer ejercicio.

—Estoy en mi peso, doctor —dije sin gran convencimiento.

—También deberá hacerse algunos exámenes para ver cómo anda con sus índices de colesterol y triglicéridos.

—¿Tigre qué?

—Triglicéridos. Son ciertas grasas neutras que existen en el cuerpo y que sirven para el almacenamiento de ácidos grasos.

—Volveré mañana para que me explique con más calma lo que acaba de decir. Hoy ando sin ánimo de resolver acertijos.

—También le voy a ordenar un electrocardiograma para evaluar el funcionamiento de su corazón —agregó el médico sin escuchar mis palabras.

—Pierde su tiempo, doctor. Las mujeres que me conocen dicen que no tengo corazón.

—Debe preocuparse por su salud. Ya no es un jovencito.

—Es lo mismo que me dice el espejo cada mañana.

El doctor se puso a rellenar unos formularios y cuando terminó su tarea, volvió a

sonreír y me entregó los papeles.

—Venga a verme de nuevo con los resultados —dijo, y luego de observarme con cierta expresión desencantada en el rostro, preguntó—: ¿Tiene alguna duda?

—Romero.

—¿Qué cosa? —preguntó, sorprendido.

—Felipe Romero, el jinete al que usted atendía regularmente.

—¿Qué pasa con él? ¿Cómo sabe que es mi paciente?

—Murió —respondí, y al ver su sorpresa, lo puse al tanto de lo sucedido con el jinete.

El médico se acomodó en su silla y por un momento pensé que necesitaba los mismos exámenes que me había recomendado unos minutos atrás.

—No tiene sentido. ¿Por qué lo hizo? —preguntó el doctor.

—Es lo que intento averiguar.

—Entonces, ¿usted no vino por mis servicios médicos?

—No se aflija, doctor. En una de esas me animo y sigo sus instrucciones. Pero, en lo inmediato, quiero que me hable de la salud de Romero.

—Era joven, trotaba todas las mañanas y cuidaba su peso. Los exámenes que le hacía cada cierto tiempo eran meros trámites. Ni siquiera tuvo un resfrío en el último año.

—¿Cigarrillos? ¿Alcohol?

—No fumaba y solo de vez en cuando bebía unas cervezas.

—¿Drogas?

—Nunca las mencionó ni yo lo sometí a exámenes para detectar su consumo.

—¿Recuerda si le habló de algún problema que pudiese tener?

—Nuestras conversaciones se limitaban a los temas médicos. A veces comentábamos sus carreras, pero no era lo habitual. A Felipe había que sacarle las palabras con tirabuzón —dijo Varela, y luego de ordenar una carpeta que tenía sobre el escritorio, preguntó—: ¿Tenía usted algún parentesco con Felipe?

—Soy detective y amigo de la familia del finado. Me han pedido que indague sobre las causas que pudieron motivar su desafortunada decisión.

—Debió decirme que era policía —alegó Varela.

—No he dicho tal cosa. Al igual que usted, tengo una consulta privada. Aunque nunca hay tanta gente en la sala de espera.

—Si alguien lo contrató, quiere decir que hay dudas sobre el suicidio.

—He hablado de motivos, no de dudas. Es primera vez que hago una investigación donde no debo buscar sospechosos.

—No parece muy convencido de la utilidad de su trabajo.

—Ese es un problema que tengo desde el primer día que abrí la oficina. Hurgar en la vida de las personas a veces es un asunto desagradable o que provoca algunos dolores de cabeza que podrían evitarse. Pero no me quejo, es el trabajo que elegí y por el que me pagan cuando ando en mis días de suerte.

—Lamento que no le pueda ser de mucha utilidad.

—Su información me permite descartar que Romero tuviera alguna enfermedad grave. Le agradezco su tiempo y la paciencia.

—Si en algo más le puedo ayudar, venga a verme —dijo Varela, y segundos más tarde, cuando me disponía a cerrar la puerta de la consulta, escuché que decía—: No eche al saco roto los exámenes que le indiqué.

* * *

¿Bastaba el deseo de Anselmo para tener un caso que investigar? La pregunta me acompañó hasta que abordé el bus que me dejó en la esquina de las calles Bandera y San Pablo. Pensé en pasar al Olímpico a beber una caña de vino blanco, pero un súbito recuerdo me hizo cambiar de planes y dirigirme al lugar donde había estacionado el destartado Chevy Nova que Anselmo me regalara años atrás, al regreso de mi fallido intento de radicarme en el balneario de Las Cruces. Habitualmente prefería evitar el uso del auto; me costaba lidiar con los imprevistos achaques de su motor y más aún con las calles atestadas de vehículos conducidos por neuróticos que tenían el incontrolable impulso de partir el alma de cualquiera que se les cruzara en el camino.

Tuve suerte. El auto seguía en su sitio y contra todos mis pronósticos arrancó al primer intento. Lo dejé ronronear un rato y luego pisé el acelerador. Media hora más tarde estacioné frente a un bar ubicado en la calle Vivaceta. El lugar se mantenía igual a como lo recordaba. Un salón amplio, mesas de madera, una barra lustrosa y media docena de reservados que eran ocupados por antiguos clientes o parejas que deseaban esquivar las miradas de los curiosos. Las paredes del bar acogían una amplia colección de fotos de caballos, con sus nombres grabados en pequeñas placas de bronce. Di un vistazo a la galería y descubrí la estampa de Afinité, la yegua que me había permitido ganar algunos pesos en mi época de universitario. Corría en distancias largas y lo hacía en punta, marcando el rumbo a sus rivales.

—Bonito ejemplar —escuché que decía el barman delgado y canoso que atendía la barra.

—La vi correr en muchas ocasiones. Al entrar en la tierra derecha daba la impresión de que perdía fuerza, pero la yegua tenía un corazón enorme y la mayoría de las veces aguantaba la arremetida de los otros caballos hasta llegar victoriosa a la meta.

—Hay caballos que los buenos hípicos nunca olvidan. Recuerdo a Panquehue, un caballo grandote que ganó un montón de carreras en el Club Hípico.

—Me pregunto a dónde van a dar los caballos cuando dejan de correr —dije mientras encendía un cigarrillo.

—Si son caballos del montón, terminan en el matadero. Si tienen suerte y clase,

acaban de reproductores en un haras.

—Debería existir un lugar donde los caballos que uno ama descansen hasta que mueran de viejos. Un lugar al que uno pueda ir a verlos.

—Usted debe ser de los románticos que apuestan por placer. No son los apostadores que abundan. La mayoría considera a los caballos como un mero negocio. Si corren y ganan, bien. De lo contrario, buenas noches los pastores.

—No es muy diferente a lo que pasa con los humanos.

El mozo alzó los hombros en un gesto de resignación y enseguida se dedicó a pasar un paño sobre el mesón.

—¿Se va a servir algo? —preguntó al rato, como si de pronto hubiera recordado que su deber era atender a los clientes.

—Busco a Giorgio Moretta. Supongo que aún se deja ver por este lugar.

—Cada santo día —respondió el barman con cierto fastidio.

—¿Está en uno de los reservados?

—El último, a mano derecha.

—Deme unos minutos para saludarlo y luego me lleva un vodka tónica —dije, apartándome de la barra.

Conocí a Giorgio Moretta a los pocos meses de instalar mi oficina de investigaciones. Primero como asiduo visitante de una sucursal de apuestas en el barrio Mapocho y después, a las pocas semanas, de inesperado cliente interesado en ubicar al cartillero con el que había realizado una fuerte apuesta. El tipo estaba desaparecido y Moretta quería conocer su paradero para recuperar la inversión y sus correspondientes dividendos. Trabajé unos días en el asunto y le entregué a Moretta la dirección de la casa donde el deudor se escondía. Nunca supe qué hizo con la información, pero una semana más tarde me entregó un fajo de billetes y tres datos certeros para las carreras del sábado siguiente. Desde entonces nos veíamos en el Hipódromo Chile y aunque jamás quise pertenecer al círculo de sus amigos, intercambiábamos al pasar un par de comentarios acerca de las carreras y de la fortuna que para él nunca se mostraba esquiva. Su negocio eran las apuestas y en los últimos años lo administraba desde su rincón en el bar.

Moretta estaba en el reservado. Era un hombre alto y gordo. Sus cabellos rubios los llevaba cuidadosamente peinados y vestía con la elegancia de un banquero a punto de asistir a un casamiento. Camisa blanca, corbata gris de seda y un terno azul de alpaca. Sus zapatos negros brillaban con la intensidad de dos pequeñas lunas, al igual que la media docena de anillos que portaba en sus manos regordetas. Debía tener cerca de setenta años, pero su aspecto parecía el mismo de dos décadas atrás, como si el paso del tiempo fuera un asunto sin importancia para él. Cuando entré al reservado, enfocaba sus gafas en las letras diminutas del programa hípico que tenía abierto sobre la mesa.

—¿Estudiando nuevas inversiones? —le pregunté a modo de saludo.

Moretta alzó la cabeza y me observó detenidamente antes de decir mi nombre.

—¿No me reconoce? ¿Tiene mala memoria? —le pregunté.

—La memoria es lo que mejor me funciona, Heredia. Me llama la atención su aspecto desmejorado. Necesita planchar su traje y ponerse una corbata nueva.

—Cada cual con su estilo, Moretta. ¿Cómo anda la suerte?

—Se gana y se pierde —dijo con forzada indiferencia y luego, imprimiendo algo de desconfianza al tono de su voz, preguntó—: ¿Qué le trae a este lugar?

—Decidí tentar a la fortuna.

—¿Sí? Usted no es de los que mendigan información para las apuestas.

—No ando buscando datos. Deseo su opinión sobre un problema que me inquieta.

—¿Mi opinión? ¿Sobre qué sería?

Mi respuesta quedó pendiente por la entrada del barman que, sin decir palabra, dejó sobre la mesa el vodka que le había pedido.

—Veo que no pierde sus malos hábitos —dijo Moretta.

—¿Usted sigue bebiendo agua?

—Agua con algunas gotas de limón —respondió, señalando con unos de sus dedos el botellón de cristal que estaba al centro de la mesa—. Nada de alcohol, nada de tabaco, ninguna amistad desagradable.

—Toda una fórmula para mantenerse aferrado a la vida.

—Dado que no hay más que una, trato que la mía se alargue lo más posible.

—Como suele decir un amigo, cada cual sabe con qué aceite se fríe.

—Todavía no me dice de qué quiere conversar.

—¿Se enteró del suicidio del jinete Felipe Romero?

—Estaba aquí en el bar, con unos amigos, cuando llegó la noticia. Me da pena que muera la gente joven.

—Sé que usted recibe información de toda índole. ¿Tiene idea de qué pudo motivar su suicidio?

—No he escuchado ningún comentario sobre el particular.

—Intento conocer el motivo que pudo tener Romero para suicidarse.

—Con Romero nos veíamos en el hipódromo. Nos presentó Palma, uno de los preparadores para los que montaba el malogrado muchacho.

—Usted y él eran amigos.

—Amigos, lo que se dice amigos, no. Pero, como ya le dije, nos veíamos y a menudo intercambiábamos algunas palabritas.

—Supe que usted lo llamó a su casa el día del clásico.

—Romero era un jinete con mucho futuro y en mi negocio las relaciones públicas son importantes. Trato de llevarme bien con los jinetes y preparadores que me lo permiten.

—Un poco de cortesía siempre es provechosa.

—Usted lo ha dicho, Heredia.

—¿De qué hablaron cuando usted lo llamó?

—Supongo que nada me obliga a responder su pregunta.

—Por ahora, solo sería una cortesía de su parte.

—La verdad es que no hay mucho que decir. Fue una conversación breve. Me limité a felicitarlo. Romero parecía contento. Me escuchó y luego agradeció mi saludo. Eso fue todo.

—¿Qué me puede decir de la última carrera que ganó?

—Perdí algunos pesos por su culpa.

—¿No le jugó ni un miserable peso?

—Ni siquiera uno. Usted sabe cómo es el asunto. Uno se encapricha con un caballo y deja de lado a otros que también tienen méritos para ganar. Romero conducía un animal con opción y la aprovechó. Ganó en buena ley.

—Me extraña que no se cubriera las espaldas.

—Tengo mis días malos, como todos los apostadores. Jugué al caballo que llegó tercero.

—¿Algún comentario sobre el desarrollo de la carrera? —pregunté no muy convencido de su sinceridad.

—Horus vino de atrás y atropelló. No era su manera habitual de correr. Solía correr en punta, pero tal vez su preparador decidió probar otra estrategia.

—¿Solo eso?

—¿Y qué más? Carrera corrida, carrera olvidada —dijo Moretta y luego de una pausa, agregó—: Hasta ahora no entiendo por qué me hace tantas preguntas.

—Ya le dije que fue por su llamada a la casa de Romero. Además, se me ocurrió que el suicidio pudo estar asociado al resultado del clásico. Y, teniendo en cuenta que usted suele estar bien informado...

—¿Está diciendo que soy un chismoso?

—De ningún modo. Solo digo que es una persona que conoce bien el terreno donde pisa.

—Golpizas, accidentes inesperados, soborno de jinetes y jueces, de todo eso y más he sabido en mis años de hípico. De haber ocurrido algo turbio en esa carrera, lo sabría —dijo Moretta, acompañando sus palabras con un gesto de cansancio.

—Me interesa saber qué se comenta en el ambiente sobre el suicidio. Intento cumplir el encargo de un cliente. Lo mismo que alguna vez hice por usted.

—No me olvido de aquello. Pero entonces había algo concreto que buscar. Si quiere un consejo, deje a los muertos en paz y ocupe su tiempo en otras actividades.

—Dudo que siga su consejo —dije y me puse de pie.

—Que yo no tenga información sobre Romero no significa que usted tenga que irse tan pronto. Escuché pacientemente sus preguntas y a cambio de eso quiero que me ayude a leer el maldito programa. Mis ojos ven cada vez menos.

Acompañé a Moretta hasta que escogió a los caballos por los que apostaría en las carreras del día siguiente. Su programa quedó convertido en un amasijo de rayas, signos extraños y palabras escritas a un costado de los nombres de los caballos. Su método de apostar era una combinación de datos estadísticos con la información que

le proporcionaban algunos empleados de los corrales y uno que otro jinete o preparador. Mientras escogía sus opciones, daba la impresión de estar viviendo en su imaginación las alternativas de las carreras. Pronunciaba un nombre en voz alta o agitaba sus manos, como si estuviera alentado a los caballos desde el borde de la pista. Anoté los nombres de tres caballos en mi libreta, terminé de beber el vodka tónica y enseguida me despedí de Moretta.

7

¿Alguna vez dejaré de mirar bajo el agua? La pregunta me acompañó hasta la salida del bar donde Moretta seguiría apostando hasta enfrentar sus inevitables últimos cien metros. Presioné con furia el acelerador y el viejo Chevy corcoveó como un caballo viejo al que le han dado demasiados fustazos en su vida. Al llegar cerca de mi departamento busqué un lugar donde estacionar y me dispuse a caminar durante unos momentos por mi barrio y la Plaza de Armas. Me dejé llevar por el espectáculo de la gente que salía de los portales, de las bocas del Metro y de las cadenas comerciales que se habían apropiado de los principales edificios del centro de la ciudad. Gente que tenía el brillo de la ansiedad en sus miradas y se confundía entre los vendedores apostados frente a la Iglesia Catedral y sus alrededores. Vendedores avezados y primerizos que vendían alfajores caseros, barras de chocolate, agendas, sopaipillas, libros pirateados, ropa de segunda mano o cualquier otra mercadería que les permitía ganar unas monedas.

Después de unos minutos entré a una central de llamados telefónicos y llamé a Carmelo Silva. El jinete recordaba su conversación con Anselmo y luego de pensar unos segundos me indicó que podría reunirme con él y sus amigos al día siguiente, en un restaurante ubicado en la avenida Blanco. Le di las gracias y me despedí sin hacer ningún comentario acerca de lo que deseaba conversar. De vuelta a la calle y cuando estaba por llegar a mi departamento, oí que alguien me llamaba desde la puerta de El Rey del Pescado Frito. Reconocí a Anselmo y fui a su encuentro.

—Me disponía a beber una cervecita —dijo apenas estuve a su lado.

Lo seguí hasta una mesa desocupada y por unos instantes me dediqué a observar a la clientela que repletaba el lugar.

—No lo vi en toda la tarde —agregó Anselmo una vez que nos sirvieron nuestras cervezas—. Imagino que andaba trabajando en el asunto de mi hijo.

—Fui a visitar a un viejo conocido, Giorgio Moretta.

—Ignoraba que fuera amigo de ese tramposo.

—Nos conocemos desde hace algunos años, pero jamás diría que somos amigos.

—Tiene fama de arreglar carreras desde la época en que yo era jinete. Mantiene un sistema de apuestas paralelo al oficial y utiliza a una decena de tipos para recoger apuestas entre aficionados que la mayoría de las veces juegan sin tener dinero, acogidos a los préstamos que les ofrece Moretta. Probablemente ahora su negocio no tiene el brillo de antaño, pero de seguro sigue quedándose con las mejores tajadas de la torta. Hay quienes aún recuerdan el negociado que hizo con un potro de su propiedad llamado Barbo. El caballo pintaba para bueno y ganó un par de competencias. Lo inscribió en una carrera en la que también participaba el caballo de un amigo, un animal sin chance, al menos en el papel. Hizo correr la bola de que Barbo iba a la pelea y los apostadores hicieron caso de sus palabras. La carrera la ganó el caballo del amigo y Moretta tuvo que fondearse durante algunas semanas para evitar la ira de la gente que había seguido su consejo.

—Moretta suele estar al tanto de los dimes y diretes del medio hípico —dije y omití la información sobre la llamada del apostador al hijo de Anselmo.

—¿Hablaron de Romerito? —preguntó Anselmo con evidente desagrado.

—Quería saber qué se dice en el ambiente de su suicidio y de la última carrera que ganó.

—¿Y qué le dijo Moretta?

—Nada de utilidad. La muerte de Romero no está dentro de sus intereses.

—Yo le puedo contar lo que se dice en el ambiente.

—Tú solo conoces a los amigos y a los familiares de Romero —dije y ocupé mis próximos segundos en beber un buen sorbo de cerveza.

—¿Por qué mencionó la última carrera? —preguntó Anselmo, molesto.

—No tiene importancia, fue una idea pasajera.

—Desembuche, don. Usted no me engaña. ¿Qué pasa con la carrera?

—¿Crees que Romero pudo andar en malos pasos?

—Claro que no. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Romero pudo ser víctima de otras personas.

—¿Está hablando de un asesinato?

—No, pero sí de presiones indebidas, deudas, qué sé yo. Preocupaciones que suelen afectar a los jinetes.

—Mi hijo era un buen muchacho. No estaba metido en ningún lío.

—No me hagas caso. Sabes que tengo la costumbre de andar viendo el lado oscuro de la luna.

—Le pedí buscar un motivo.

—Es lo que estoy haciendo.

—No me agrada lo que está pensando, Heredia.

—Tú piensas en la muerte de Romero con el corazón. Yo trato de hacerlo con la cabeza. Dame más tiempo para investigar y tal vez encuentre un motivo que te

satisfaga.

—Ocupe el tiempo que quiera, pero no ensucie la memoria de mi hijo.

—No voy a decirte ninguna mentira, Anselmo.

—Me gustaría que conversara con la gente que lo conoció bien.

—Conversaré con todas las personas que estime conveniente —dije, alzando la voz.

—Tiene razón, don. La muerte de mi muchacho me tiene a mal traer.

—Está de más que me lo digas. Se nota hasta en los pasos que das.

—¿Por qué tuvo que colgarse? ¿Por qué no pidió ayuda si tenía algún problema?

—Tú no tienes culpa alguna en lo que pasó, Anselmo.

—Quisiera estar seguro de eso.

—Tarde o temprano tendremos una explicación para lo sucedido.

—¿Y por dónde piensa seguir investigando?

—Mañana me gustaría visitar el corral donde murió Romero. A veces el lugar de los hechos dice más que cien palabras.

—Voy con usted a hacer esa visita —dijo Anselmo.

—¿Y las ventas del quiosco?

—Que se vayan al carajo.

* * *

Una suave bruma cubría la pista de carreras por la que galopaban los caballos que iniciaban sus ejercicios del día. En el aire prevalecía un intenso olor a bosta y pasto húmedo. Las graderías estaban desiertas y la falta de público hacía que el lugar se viera más pequeño que durante el desarrollo de las competencias. Por las calles interiores del hipódromo avanzaban otros ejemplares que realizarían sus aprontes, para luego volver a sus corrales, donde les darían un baño y la comida. Los caballos avanzaban mirando hacia el suelo, siguiendo mansamente los pasos de sus cuidadores que caminaban rápidamente sobre la pista. Anselmo saludó animadamente a un par de ellos y luego nos alejamos del sector que habitualmente ocupaban los apostadores.

—La actividad comienza temprano en los corrales —dijo Anselmo—. Si un jinete quiere buenas montas tiene que trabajar duro durante toda la semana. Eso le permite conocer a los animales y saber lo que pueden llegar a rendir en las competencias. En mi época de jinete solían pedirme que trabajara con los caballos más díscolos. Aquellos que manoseaban en el partidor, se abrían al entrar en tierra derecha o no deseaban emplearse a fondo cuando se les exigía. Decían que tenía buena mano para tratar con los matungos más rebeldes. Y no era cuestión de molerlos a palos, sino que de conocer el humor de cada caballo, su manera de comportarse en la pista y los estímulos a los que mejor respondía. Si tuviera la misma sabiduría para tratar a las mujeres, otro gallo me cantarían en materia de romances.

—No te quejes, Anselmo. Cupido ha sido bastante generoso contigo.

—Los caballos se dan cuenta del temperamento de los jinetes y por eso, cuando hay simpatía entre hombre y animal, las presentaciones suelen ser mejores. Eso me hace recordar a Micaela, una yegua que había corrido seis pruebas con los peores resultados. Botaba a sus jinetes en el partidador o salía en punta, y antes de llegar a la meta se paraba y terminaba arreando el lote. Su propietario decidió darle una última oportunidad antes de mandarla al matadero. Me pidieron que la montara. Trabajé con ella un par de semanas, le enseñé el peso de mi mano y cuando nos correspondió competir, ganamos por seis cuerpos. Luego de eso, ganamos ocho carreras seguidas, incluido un clásico.

Anselmo contuvo sus recuerdos y se acodó en la reja que limitaba el acceso a la pista. Sus ojos acusaron la presencia de unos lagrimones y por un momento pensé que observaba algo que estaba más allá del recinto. Llenó sus pulmones de aire y luego lo dejó escapar, lentamente, como si con ello atenuara el dolor que le provocaban sus añoranzas.

—Aquí pasé mis mejores años, don. Era joven, tenía planes, ilusiones. La vida parecía tener mayor sentido. Me hubiera gustado que esa época concluyera de mejor manera, pero llegó la maldita rodada y mi existencia tomó otro rumbo.

—Numerosas veces aposté a tu talento y hay mucha gente que te recuerda.

—Pamplinas. Sé que la gente tiene mala memoria, y en cuanto a usted, espero que no haya perdido demasiado dinero por mi culpa —dijo Anselmo, después de mirar hacia las tribunas que habíamos dejado atrás.

—Nunca saqué cuentas. Lo que me importaba era tu estilo y la manera como enfrentabas cada carrera. Uno sabía que tus caballos defenderían los boletos hasta el último metro.

—Ponía una pizca de entusiasmo y otra de cariño.

—Como Leguisamo: «La mano experta y el ojo avizor».

—No exagere, don. El Pulpo era de otro mundo. Por eso Gardel le dedicó un tango.

—Después del accidente pudiste seguir en otras labores hípicas.

—Me ofrecieron trabajar de capataz en un corral, pero no acepté. Aún estaba con las secuelas físicas de la rodada y bastante deprimido por lo sucedido. Decidí abandonar el medio y olvidarme del fracaso.

—Fue un accidente, no un fracaso.

—Pasé quince meses sin asomar la nariz por el hipódromo, hasta que una tarde regresé como un aficionado más y sentí que volvía a respirar el aire que necesitaba. Usted sabe a qué me refiero. Los caballos, las llegadas estrechas, los gritos de la gente, las eternas discusiones de los apostadores, la emoción de ver ganar al caballo elegido.

—Nunca me habías hablado de eso, Anselmo.

—Debe ser la edad. Los viejos acostumbramos a hablar demás. Pero mejor

volvamos al presente y a lo que nos preocupa —dijo Anselmo, al tiempo que reanudaba su marcha en dirección a los corrales que se veían a lo lejos.

Un rato más tarde, y sin que nadie se interpusiera en nuestro camino, entramos al corral que nos interesaba recorrer. Era una construcción antigua y amplia en cuyo interior se alineaba una decena de pesebreras que se encontraban desocupadas en ese momento. En el ambiente imperaba el fuerte olor del forraje que comían los caballos, y de algunas paredes de las pesebreras colgaban aperos, estribos y fustas en desuso. En la parte superior del corral se veían las vigas que cruzaban de un lado a otro de la construcción. Pensé que de una de esas vigas había pendido el cuerpo de Romero y sentí un leve escalofrío. Anselmo recorrió el lugar, mirando con atención cada uno de sus rincones, buscando algo que le diera la certeza de que ahí había estado Felipe Romero.

—No hay mucho que ver en este lugar —dijo al cabo de un rato, cuando volvió a mi lado. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas y un leve temblor en su párpado derecho.

—Me pregunto cómo hizo Romero para alcanzar la viga.

—Dicen que subió en los lomos de un caballo para atar la soga a la viga, y que después de eso habría espantado al animal.

—¿Quién lo dice?

—Lo oí en el sepelio de mi hijo. El sepelio al que usted no llegó, don.

—Sabes que detesto ir a los funerales. De ser posible, evitaría asistir al mío.

—De todos modos, me habría gustado verlo en el cementerio.

—Disculpa, Anselmo.

—Ya la cagó, don. No saca nada con disculparse.

—Un día de estos iré a dejar flores en su tumba.

—Al sepelio de mi hijo fue mucha gente. Jinetes, preparadores, cuidadores, empleados del hipódromo y también algunos aficionados que seguramente le debían más de algún buen momento.

—Supongo que al cadáver de Felipe le hicieron la autopsia —dije, pasando por alto el reproche del quiosquero.

—Recuerde que hubo que esperar bastante hasta que el Servicio Médico Legal entregó su cuerpo.

—Quizás pueda conseguirme el informe del médico forense.

—¿En qué está pensado, don?

—Necesitamos recoger toda la información que esté a nuestro alcance.

Anselmo iba a decir algo más, pero en ese momento oímos el ruido de unos cascos que golpeaban la gravilla dispuesta a la entrada del corral. Miramos hacia la entrada y vimos a un viejo que traía a un caballo tomado de las bridas. Hombre y cabalgadura se detuvieron junto a la puerta. El caballo agachó la cabeza y el anciano nos observó con recelosa curiosidad.

—¿Qué andan buscando? —preguntó de mala manera—. Estamos hartos de los

periodistas que vienen a intrusear.

—No has cambiado nada, Gavilán. Sigues igual de rezongón y malas pulgas —dijo Anselmo al viejo, acercándose a su lado.

—¿Anselmo? —preguntó el hombre—. Cuántos años que no te veía por estos lados.

—Pedro Gavilán, un jinete bueno pero sin suerte —agregó Anselmo.

—¿En qué andas? —le preguntó el viejo.

—Muestro el hipódromo a mi amigo Heredia.

—¿Nada más? —preguntó Gavilán con un dejo de desconfianza en su voz.

—También quería ver el lugar donde murió Romerito.

—No me digas que ahora trabajas de buitre. Aquí no queda nada que le recuerde. La policía tomó huellas y fotografías, y luego don Arturo ordenó limpiar el lugar.

—¿Quién es don Arturo? —pregunté.

—Arturo Palma, el dueño del corral.

—Una vez descubierto el cadáver debió producirse una buena zafacoca en el corral —agregué.

—Preferiría no recordarlo. Los caballos se pusieron nerviosos y hubo que trasladarlos a otro recinto. Después aparecieron los policías y tras ellos los periodistas y los curiosos que nunca faltan cuando se trata de observar las desgracias ajenas. La policía interrogó a los que tienen alguna relación con el corral. De corazón espero no volver a vivir otra situación similar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Romerito? —preguntó Anselmo al viejo.

—La mañana del día en que murió. Vino a trabajar con uno de los caballos que adiestra don Arturo. Nos saludamos, preguntó por el estado del animal y me pidió que lo ensillara. Después salió a cabalgar con el animal y nos volvimos a ver a su regreso. Comentó que el caballo había hecho un buen apronte y al rato se fue.

—¿Romerito acostumbraba venir a trabajar los días en que había carreras? —preguntó Anselmo—. En mi época de jinete jamás lo hacía. Reservaba las energías para las competencias.

—No había pensado en eso —dijo Gavilán—. Y ahora que lo preguntas, los días de carreras Romero no venía a trabajar. A veces llegaba a ver a los caballos que debía correr en la tarde, pero nada más.

—¿Cómo vio a Romero esa mañana? —pregunté—. ¿Se notaba preocupado o triste?

—¿Por qué tanta pregunta? —retrucó el viejo.

—Conocí a Romero y le tenía estimación —respondí.

—Andaba igual que siempre, animoso y contento. Conversamos sobre las carreras de la tarde y me aseguró que ganaría a lo menos un par de ellas.

—¿Alguien lo vio llegar por la noche?

—Nadie. En la casa ubicada cerca de las pesebreras vive don Arturo con su señora. Don Arturo andaba jugando a la brisca con sus amigos y la señora veía

televisión. Al parecer escuchó el ruido de un auto, pero no le llamó la atención o no quiso moverse. Doña Berta sufre de una enfermedad a los huesos y le cuesta caminar.

—¿Y usted, dónde estaba?

—En mi casa, dónde más. El último de los caballos que cuidó corrió cerca de las siete de la tarde. Lo traje de vuelta al corral, lo dejé bien abrigado en su pesebrera y me mandé a cambiar.

—O sea que nadie vio ni escuchó nada —concluyó Anselmo.

—Ni siquiera el nochero que viene a las nueve de la noche y se va en la mañana, a las seis, cuando llegan los primeros empleados.

—¿Cómo se llama el nochero?

—Carrasco.

—¿Lo conoces?

—Sí, y es un tipo que no me agrada. Le da duro a la botella y no es mucho lo que hace por la seguridad del corral. Don Arturo lo ha reprendido en varias ocasiones y si no lo despide es de pura lástima.

—¿Nadie más vive en este lugar?

—Calixto, el capataz. Su casa es la que está más apartada de las pesebreras —dijo Gavilán y luego, indicando al caballo que seguía quieto junto a la puerta, agregó—: Y ahora, si ya saciaron la curiosidad, seguiré con mi trabajo.

—Ese animal no tiene buen aspecto —dijo Anselmo.

—Está enfermo. No come ni quiere trabajar. El veterinario le puso unas inyecciones y don Arturo lo tiene en observación —agregó el viejo, y luego de acariciar el cuello del animal, lo condujo hasta una de las pesebreras.

—Volveré otro día —le dijo Anselmo.

—Pero que no sea en mucho tiempo más. No es mucho el hilo que me queda en la carreta.

—Tonterías, te ves con bríos de potrillo, Gavilán.

—A otro con ese cuento, Anselmo. Los dos estamos viejos y con un pie en el estribo de la yegua negra.

—¿Qué me dice, don? —preguntó Anselmo una vez que vimos alejarse a Gavilán —. A la hora que murió mi muchacho no había muchas almas alrededor del corral.

—Eso quiere decir que debemos buscar en otro lugar.

—¿En qué está pensando, Heredia?

—Deseo que me ayudes haciendo algunas preguntas.

—¿Piensa volver a conversar con Gavilán?

—¿Conoces a la mujer del preparador?

—En otros tiempos solíamos intercambiar algunas palabras. Doña Berta es una buena mujer. Hija, nieta y esposa de preparadores. Su vida, al igual que la de su marido, gira alrededor de los caballos.

—Me gustaría que la visitaras para conocer su versión de los hechos.

—¿Y usted, se va a tirar de la pera?

—Tengo varios asuntos que reclaman mi atención.

8

Dejé a Anselmo ordenando las publicaciones y golosinas que vendía en su quiosco y subí a mi departamento, con una breve detención en la entrada del edificio para escuchar los comentarios del conserje, que observaba en un pequeño televisor las noticias acerca de la gente que se reunía frente al hospital donde se encontraba internado Pinochet. Las noticias incluían entrevistas a partidarios y detractores del dictador que punzaban las heridas de un pasado que jamás cicatrizaría para quienes habían sido sus víctimas, pese a los esfuerzos de los partidarios del militar por imponer una pátina de olvido sobre sus acciones. Eran las dos caras de una sociedad que más allá de las apariencias y los consensos negociados de los políticos, seguía con su corazón dividido entre el dolor de los derrotados y la hipócrita paz concedida por los vencedores a cambio de administrar el país de acuerdo a sus conveniencias.

Escuché un par de comentarios del conserje cuyas simpatías estaban del lado de Pinochet y sus herederos, y sin querer encender una hoguera, hice oídos sordos a sus palabras y me encaminé hacia el ascensor.

Una vez en el departamento, tomé el teléfono y llamé a Gaspar Menchaca, un conocido que trabajaba en el Servicio Médico Legal y al que solía encontrar en el Teletrak del barrio o en un bar próximo a la avenida La Paz. Menchaca estaba a cargo de archivar los informes de las autopsias y en más de una ocasión me había proporcionado información que por otros medios resultaba muy difícil de conseguir.

—La muerte es el único negocio que abre sus puertas las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana —me dijo cuando le pregunté por su trabajo—. La vida es más frágil de lo que imaginas. El fin de semana murieron nueve personas en accidentes de tránsito y otras siete aparecieron en la vía pública, acuchilladas o muertas por inanición.

—Dejé de preocuparme por la fragilidad de la vida cuando escuché decir a un profesor que si algo no tiene solución no es problema. Pero, no te llamé para filosofar sobre la vieja maldita. Estoy interesado en el resultado de la autopsia que se le hizo al cadáver de Felipe Romero, el jinete que murió hace unos días.

—Pobre tipo. Presenció su última carrera y gané unos pesos apostando al caballo que montaba. También leí el informe de la autopsia donde se concluye que su muerte se debió a un suicidio por ahorcamiento.

—¿Se puede deducir de la autopsia si se ahorcó por sus propios medios o contó con ayuda?

—Si alguien hubiera estado interesado en esa sutileza se habría estudiado el cadáver con más detención. Pero no es el caso. Llegó al servicio en condición de suicida y se verificaron los indicios que permitían ratificar esa información. El cadáver presentaba lecciones en la región cervical y ninguna otra en el resto del cuerpo que pudiera hacer pensar en golpes. ¿En qué andas metido, Heredia?

—Me contrataron para descubrir el motivo que tuvo Romero para suicidarse.

—¿Y qué piensas?

—Tengo vagas intuiciones que van y vienen por mi cabeza.

—Habría que exhumar el cadáver para hacer un estudio más acabado. Pero eso requiere contar con la orden de un tribunal.

—Es tarde para eso. Fue incinerado.

—Mala suerte, Heredia. Al contrario de los huesos, las cenizas de los muertos no dicen nada.

—No es la primera vez que recibo un portazo en la nariz.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó Menchaca con alguna impaciencia—. Tengo un alto de informes por archivar.

Guardé silencio, escuché un par de comentarios de Menchaca sobre la falta de recursos en su trabajo y luego me despedí con una vaga promesa de encuentro en los próximos días. Después me encaminé hacia la puerta del departamento.

—¿Vas a salir de nuevo? —preguntó Simenon—. Hoy no te has preocupado de mi comida.

—Ni de la tuya ni de la mía —dije, dirigiéndome a la cocina.

—¿Es todo lo que hay? —preguntó al verme sacar de la alacena un paquete de comida para gatos—. Hubiera preferido unos gramos de carne fresca.

—Caza ratones o asalta el acuario del restaurante chino de la esquina.

—Estoy viejo para andar en esas correrías.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que sienta tintinear algunas monedas en mis bolsillos.

—Ojalá que sea antes de que me encuentre disecado o en un tacho de basura.

—Veo que tienes grandes expectativas sobre el destino de tus restos.

—Hay momentos en que cuesta soportarte, Heredia.

—Lo mismo vale para ti. Cualquier día te cambio por un oso de peluche.

—Llevas una porrada de años diciendo lo mismo.

—¿Tanto tiempo ha pasado desde que nos conocimos?

—Mírate al espejo, Heredia. Vas en camino a ser un viejo insoportable.

—No es mucho lo que se puede hacer contra eso.

—Maldita comida para gatos. Carne, salmón, pollo, vegetales, todos los tipos de sabores huelen y saben igual —protestó Simenon al tiempo que probaba el alimento que le había servido en su pocillo.

Los jinetes fueron puntuales en llegar a la cita y como los había observado correr en varias ocasiones, no me costó reconocerlos apenas crucé la puerta del restaurante. Estaban sentados alrededor de una mesa próxima a la entrada y seguían atentamente un programa de televisión en el que retransmitían las carreras de los últimos días.

Me acerqué al grupo y me presenté a Carmelo Silva. El jinete se puso de pie y señaló una silla desocupada. Al igual que la mayoría de los jinetes, era bajo, de hombros anchos y brazos musculosos. Sus cabellos negros estaban peinados con abundante gel y una mancha rojiza afeaba su mejilla izquierda. Saludé a los otros dos jinetes y me senté. Javier Arraño también era moreno y en su cara resaltaba el prominente tamaño de su nariz. Gonzalo Lorca era el de mayor estatura. Sus cabellos eran rojos y tenía el rostro cubierto de pecas, a imagen y semejanza de los niños que aparecen en las propagandas de leche o pañales. Ninguno de los tres había obtenido grandes triunfos conduciendo a un caballo, pero tenían el oficio suficiente para ganar media docena de carreras al mes.

—Gracias por venir —les dije y observando las botellas vacías de cerveza que estaban sobre la mesa, añadí—: Puedo ofrecer otra ronda para acompañar la conversación.

Los tres asintieron con la cabeza y nos quedamos en silencio hasta que un mozo nos tomó el pedido y regresó al cabo de un rato con cuatro botellas. Por un momento tuve la impresión de que se sentían intimidados por mi presencia. Les pregunté algunas cosas acerca de las últimas carreras en las que habían participado y luego de sus respuestas que sirvieron para romper el hielo, volvió a imponerse momentáneamente el silencio.

—Anselmo me contó que usted es policía —dijo Silva al cabo de unos segundos—. Pero no me explicó muy bien en qué consiste su trabajo respecto a Romero.

—Intento averiguar qué motivó su suicidio. Al parecer, y por lo que me han dicho hasta ahora, no existía razón para que tomara una decisión tan drástica.

—Para nosotros fue una sorpresa —dijo Lorca.

—Unas horas antes, en el hipódromo, habíamos celebrado su triunfo, y aunque se notaba algo cansado por el trajín posterior a la victoria, Felipe parecía alegre y de buen ánimo —complementó Silva.

—¿Alguna vez les dio a entender que podía estar agobiado por algún problema?

—Romero era reservado y a pesar de que nos conocíamos desde niños, nunca fue muy parlanchín respecto a sus asuntos privados —agregó Silva.

—Nos hicimos amigos cuando entramos a la escuela de jinetes —dijo Arraño, en voz baja, como si temiera que sus palabras no contaran con la aprobación de los otros dos jinetes—. Aprendía con facilidad lo que nos enseñaban y desde un comienzo demostró que era uno de los más capacitados de la promoción.

—Cada día le iba mejor. Se veía contento y con intenciones de seguir

progresando —señaló Lorca.

—Ninguno de nosotros se explica su muerte y nos cuesta aceptar que se suicidara —dijo Silva.

—¿Tal vez era muy amigo del copete? —pregunté.

—De vez en cuando compartía un trago, pero era riguroso en sus entrenamientos y en el trabajo con los caballos —agregó Carmelo Silva.

—¿Y la posibilidad de que bebiera o se drogara a escondidas?

—Creo que nos habríamos dado cuenta —respondió Lorca.

—¿Con qué frecuencia se veían?

—A diario, en el trabajo o en las carreras. Dos veces al mes nos juntábamos a comer.

Bebí un sorbo de cerveza y los tres jinetes me imitaron.

—Tal vez Romero estaba metido en líos de apuestas. Ustedes saben a qué me refiero. Correr mal los caballos o molestar a los rivales —dije.

Silva hizo una mueca de disgusto y Lorca bajó la mirada, como un escolar sorprendido en falta.

—Felipe jamás se habría prestado para hacer esas cosas —aclaró Arraño.

—Somos pocos y nos conocemos —agregó Silva—. Además, con las grabaciones de las carreras es muy difícil hacer chanchullos sin que se note. Pasó el tiempo en que los comisarios eran los únicos que podían dar fe del correcto desarrollo de una competencia.

—Siempre quedan los que saben molestar a los caballos rivales o dar de fustazos a los otros jinetes sin que se note —retruqué.

—Pero Felipe no era de esos —replicó Arraño.

—Ni ninguno de nosotros —agregó Silva.

—¿Líos de mujeres?

—Conocía mujeres cuando íbamos a una fiesta o a algún club, pero nunca tuvo una relación que durara más de una noche —respondió Lorca—. Una vez le oí decir que no pensaba tener una pareja hasta que lograra algo importante en su trabajo.

—Es posible que cambiara de opinión en el último tiempo. Hace dos o tres semanas me habló de una amiga con la que parecía entusiasmado —dijo Silva—. Se llama Verónica y trabaja en un café del Parque Arauco. Me pidió que lo acompañara a ese lugar y me presentó a la mina. No estaba mal, morenita, delgada y atractiva.

—¿Crees que ellos tenían algún cuento en común? —pregunté.

—Si era así, no me di cuenta cuando estuve con ellos. Quizás él estaba entusiasmado, pero nunca se lo dijo a la mina.

—Romerito no era muy decidido con las mujeres —comentó Arraño—. Solo en la pista de carreras tenía agallas para arremeter.

Saqué de mi chaqueta la libreta que usaba para los apuntes y anoté el nombre de la mujer.

—Ustedes iban a comer con él la noche que murió. ¿Sospecharon en algún

momento que no llegaría al festejo? —pregunté.

—Hablé con él una hora antes de la comida y me confirmó que asistiría a la cita —respondió Lorca—. También dijo que nos contaría una noticia importante.

—¿Te dio a entender de qué se trataba?

—No. Pensé que podía tratarse del contrato que le habían ofrecido para correr fuera del país. Dos semanas atrás nos había hablado de esa posibilidad.

—Quizás nos iba a contar de su romance con la mina del café —dijo Silva.

—Lo esperamos un buen rato, y cuando no llegó llamamos a su casa —dijo Arraño—. Su madre nos dijo que había salido con la intención de juntarse con nosotros.

* * *

Faltaban quince minutos para la medianoche cuando me despedí de los jinetes. Los vi abordar el Yaris rojo que conducía Arraño y luego alejarse por Blanco, hacia la avenida Matta. El aliento adormecido de la ciudad salió a mi encuentro mientras me dirigía hasta donde estaba estacionado el Chevy Nova. Una vez dentro del auto observé la calle que a esa hora lucía engañosamente apacible. El neón del alumbrado público vigilaba el paso de los escasos transeúntes que se dirigían a sus casas o intentaban abordar los buses que pasaban raudos frente a los paraderos. Pensé en regresar al restaurante y pedir una copa que me impulsara a recorrer los laberintos de la noche. Sin embargo, cambié de idea y me limité a encender un cigarrillo y a observar el círculo rojo que se reflejaba en el espejo retrovisor del vehículo. Pensé en Anselmo y lo imaginé mirando el muro de su casa en el que se encontraban colgadas las fotos de sus principales victorias en los hipódromos, y en las que tal vez creería ver el rostro de su hijo.

¿Romero había llegado a conocer la verdad de su origen? ¿Y si esa verdad había sido la causa de su suicidio? No, claro que no tenía sentido, como tampoco lo tenía seguir dentro del auto, esperando que un milagro me revelara las respuestas que hasta ese momento no sabía encontrar. Bajé la ventanilla, arrojé el cigarrillo a la calle y decidí darle un sentido al insomnio que me zarandeaba de las solapas.

Conduje hasta las inmediaciones del corral donde había estado con Anselmo y después de estacionar en un lugar particularmente oscuro, caminé hasta el portón de entrada. Observé hacia el interior y descubrí luz en una pequeña caseta ubicada a cincuenta metros de las pesebreras. Probablemente el lugar donde permanece el vigilante por las noches, me dije, mientras trepaba con alguna dificultad por el portón. Me dejé caer al otro lado, respiré hondo y al ver que todo continuaba quieto a mi alrededor, avancé hacia mi objetivo.

Carrasco estaba sentado en el piso de la caseta y era evidente que dormía profundamente, al amparo de una borrachera de grueso calibre. Era rechoncho y su

aspecto hacía pensar que llevaba varios días sin pararse bajo una ducha. Vestía un chaquetón arrugado, camisa celeste y una boina ladeada sobre su oreja izquierda. En su mano derecha sostenía una caja de vino y junto a sus pies había una linterna encendida y una luma pintada de azul. Tomé la luma y puncé con ella la barriga del guachimán. Carrasco abrió los ojos y demoró un instante en reconocer que había alguien a su lado.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz aguardentosa y confundida.

—El fantasma de los borrachos que descuidan sus trabajos —le respondí.

—¡Váyase! —farfulló Carrasco, esforzándose en mantener sus ojos abiertos.

—No me iré antes de saber qué ocurrió en las pesebreras la noche que murió el jinete.

—¡Váyase! —repitió y luego lanzó un escupitajo que fue a dar sobre sus pantalones.

—Quiero saber si viste o escuchaste algo extraño.

—¡Váyase!

—A tu jefe no le gustaría saber que duermes durante las horas de trabajo.

—Claro que no —dijo Carrasco y cerró los ojos.

Volví a punzar su vientre con la luma. Le costó reaccionar, pero finalmente consiguió mantenerse despierto.

—El auto —murmuró—. Nadie me preguntó por el auto.

—¿Qué auto?

—¿Quién habló de un auto? ¡Déjeme en paz!

—¿Qué auto? —insistí.

—No observé ni escuché nada —agregó Carrasco y enseguida apoyó su cabeza sobre el suelo de la caseta.

Traté de despertarlo una vez más, pero cuando escuché sus primeros ronquidos, comprendí que malgastaba mi tiempo. Maldije la borrachera del guardia y pensé que para salir del corral debía volver a trepar sobre el portón.

—Nos volveremos a ver —le dije a Carrasco.

El cuidador me respondió con un nuevo ronquido.

—Hay cosas para las que ya estoy viejo —me dije, observando el portón que me separaba de la calle.

Cualquier día de estos deberé pagar peaje para salir de mi departamento, pensé mientras retiraba la tarjeta que me permitiría acceder al estacionamiento del centro comercial al que había llegado dos horas después de escuchar los refunfuños matinales de Simenon. De pronto la vida se transformaba en una sucesión de pagos que iban a dar a la bolsa de los vivarachos de costumbre. Falta que cobren por respirar, me dije, recordando una oda de Pablo Neruda que había leído muchos años antes que el vate se convirtiera en cebo para turistas. El centro comercial era uno de los tantos espacios que habían reemplazado a las plazas públicas como punto de encuentro de la gente. Un lugar en el que las personas dejaban de ser tales y se convertían en veletas movidas por la publicidad y las ansias de consumir. Sin embargo, mis opiniones no pasaban de ser una protesta en el desierto y desde luego carecían de importancia para los que entraban a las tiendas buscando un momentáneo sentido a sus existencias.

Recorrí el centro comercial y cuando estaba a punto de abandonar la expedición encontré el café donde trabajaba la amiga de Romero. El café era pequeño, pero se extendía a lo largo de un pasillo en el que se ordenaba una veintena de mesas redondas y con cubiertas de vidrio.

Ocupé una de las mesas, y a la muchacha que llegó a atenderme le pedí un cortado y le pregunté por Verónica. Me indicó a una morena menuda y agraciada que en ese momento servía dos enormes copas de helados en otra mesa. Le solicité a la muchacha que le dijera que un amigo deseaba conversar con ella.

Luego de unos minutos, Verónica llegó a mi lado y me quedó viendo con una expresión de viva curiosidad en sus ojos negros.

—¿Usted quiere conversar conmigo? ¿Nos conocemos? —preguntó.

—No nos conocemos, pero tuvimos a un amigo en común. Felipe Romero.

—¿Por qué habla en pasado? ¿Le ocurrió algo a Felipe?

La puse al tanto de mi interés por Romero y con un asombro que me pareció auténtico escuchó mi relato acerca de la muerte del jinete.

—No puede ser verdad lo que me cuenta —dijo apenada y sin contener unas lágrimas que descendieron lentamente por sus mejillas.

Le pasé el pañuelo que portaba en uno de los bolsillos de mi chaqueta y esperé a que borrara las huellas de sus lágrimas.

—Para nadie que lo conoció ha sido fácil aceptar su muerte —le dije.

—Realmente no sé que decir. Paso gran parte del día en este café y con Felipe no teníamos amigos en común que hubieran podido avisarme de su muerte.

—Quiero que me hable de él. Sé que salían a divertirse y que tal vez fueron algo más que dos buenos amigos.

—Nos conocimos una tarde en la que él andaba de compras y pasó a tomar una bebida. Lo encontré simpático y hablamos durante un rato. Me contó que era jinete y

me preguntó por mi horario de trabajo. Volvió al día siguiente y no dejó de hacerlo hasta que después de unas semanas acepté su invitación para ir a un recital de Ismael Serrano en el Teatro Oriente. En ese momento me hizo gracia que él recordara que en nuestra primera conversación yo le había mencionado que me gustaban las canciones de ese artista. Fuimos al recital y después me invitó a comer a un restaurante en el barrio Bellavista.

—Eso fue en la primera cita y luego...

—Siguió viniendo al café y me invitó a bailar a una discoteca.

—Un amigo de Felipe me dijo que él estaba especialmente interesado en usted — dije.

La muchacha se sonrojó y bajó la mirada.

—Quiso ser mi pareja, pero no acepté su proposición.

—¿Por alguna razón en especial?

—Felipe me resultaba simpático y le tenía cariño, pero luego de tratarlo con más confianza me di cuenta de que su atractivo no iba más allá de eso. Me disgustaba su trabajo y las anécdotas que contaba sobre el ambiente hípico, que al parecer era lo único que le interesaba de verdad.

—Le disgustaba que fuera jinete.

—Supongo que era eso. Todo lo que me contaba Felipe me parecía tan lejano a mis intereses, a la vida que llevo —dijo la muchacha y luego de contener otras lágrimas, agregó—: Se cuentan tantas cosas malas acerca de los jinetes y además siempre están expuestos a sufrir accidentes.

—¿Cree que su negativa pudo influir en la decisión de Felipe?

—De ninguna manera. Nadie en su sano juicio se mata porque una persona a la que ha visto en tres o cuatro ocasiones se niega a ser su polola. Además, créame que aceptó bien mi respuesta y no insistió en su propuesta.

—¿Volvió a verlo?

—Vino al café un par de veces, pero no salimos nuevamente.

—¿Le comentó alguna vez que tuviera problemas en su trabajo o de dinero?

—Las veces que nos vimos se mostró siempre contento y solía andar con una buena cantidad de billetes que gastaba a su antojo. Ese fue otro de sus comportamientos que me molestaron. Tal vez porque me cuesta mucho ganar los pesos que me pagan en este lugar.

Las respuestas de Verónica me parecieron lo suficientemente contundentes como para no dudar de su sinceridad. No supe qué más preguntar y guardé silencio.

—¿Usted es pariente de Felipe? —preguntó.

—No, pero intento averiguar el motivo que tuvo para suicidarse.

—Lamento que no pueda ayudarlo. Mi relación con él no pasó de ser la de dos personas que simpatizan —dijo, y al tiempo que miraba hacia donde estaba la caja registradora del café, agregó—: La jefa ya me está mirando feo. Tengo que volver a mi trabajo.

—Y yo debo seguir con el mío —retruqué de mala gana.

Verónica me devolvió el pañuelo. Se despidió con una sonrisa desganada y la vi acercarse a una mesa que acababa de ser ocupada por dos nuevos clientes.

* * *

Me costó salir del estacionamiento atestado de vehículos y encontrar las vías apropiadas para llegar a mi territorio. Tomé desvíos que conducían a calles sin salidas, pasé por alto un par de semáforos en rojo y finalmente, más de casualidad que por conocimiento de la ruta, terminé dentro de la autopista subterránea de alta velocidad que cruzaba varias comunas de la ciudad. Salí a la superficie cerca de La Vega y cuando vi el techo cobrizo de la Estación Mapocho respiré a mis anchas, feliz de estar una vez más en el barrio que conocía como las palmas de mis manos. Minutos más tarde, y con no poca fortuna, estacioné junto a un camión del que descargaban una gran cantidad de botellas de vinos destinadas a la bodega de La Piojera.

Antes de subir al departamento, pasé al Mercado Central y compré dos gruesos filetes de reineta. Después entré a un almacén y adquirí medio kilo de pan, café y seis huevos. Llegué al departamento con mi botín a cuesta, dispuesto a ocupar los próximos minutos en la preparación del almuerzo. Lavé los filetes de pescado, los aliñé con sal, merquén y ajo molido, y los puse a freír en una sartén con una pequeña cantidad de aceite. Simenon estuvo dando vuelta alrededor de mis piernas hasta que los filetes adquirieron el dorado preciso. Corté uno de ellos en trozos pequeños y lo puse en un plato, al alcance del gato.

—¿Qué tal? —pregunté a Simenon, más tarde, cuando lo vi apartarse del plato y tenderse sobre la raída alfombra instalada frente al escritorio.

—Hay días en los que llego a pensar que eres un ser sensible y racional.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

—Si elogio tu pescado es seguro que no apareces con otro en varias semanas más.

—Mereces una patada en la cola por desagradecido.

—Cuidado, Heredia. Un proverbio medieval dice que «el perro se despierta tres veces para cuidar de su amo, y el gato se despierta tres veces para estrangularlo».

—No me asustan tus amenazas. Estás tan obeso que no eres capaz de cazar una mísera laucha.

—Has perdido el humor, Heredia. Tú sabes que te estimo —dijo Simenon, al tiempo que iniciaba la limpieza de una de sus patas delanteras—. Hasta puedo permitir que me acaricies un rato.

—Al fin vas entrando en razón.

—Me agrada sacarte de tus casillas.

—¿Y qué dices de la reineta?

- Estaba bien sazonada y en su punto de cocción.
- Después de ese elogio puedo dormir mi siesta en paz.
- ¿Desde cuándo duermes siesta?
- Desde que no sé cómo seguir investigando el asunto de Romero.

* * *

La siesta no me proporcionó nuevas ideas, pero me dio ánimo para salir del departamento y caminar hasta el Teletrak de Matías Cousiño con la intención de seducir a la fortuna y de paso escuchar lo que los aficionados pudieran decir acerca de la muerte de Romero. El negocio no anduvo mal hasta que vi aparecer a Stevo, un gitano al que había conocido años atrás en el Hipódromo Chile y que hasta donde sabía, no tenía otra ocupación que revolotear entre los apostadores, pidiendo unas monedas a cambio de datos que generalmente no servían o esgrimiendo el cuento de que necesitaba dinero para abordar el bus de regreso a su casa. En ambos casos, nunca faltaba el incauto o la buena persona que le pasaba unas monedas que el gitano convertía rápidamente en boletos de apuestas. Desde que lo conocía llevaba el mismo terno gris, arrugado y sucio, y una camisa floreada que usaba abierta en el pecho. Sus hábitos de garronero seguían siendo los mismos, pero se notaba avejentado y disminuido, como un caballo que ha corrido demasiadas carreras sin conocer de triunfos.

—¿Qué dices, chileno? ¿Unas monedas a cambio de un cacho de suerte? —preguntó apenas estuvo a mi lado.

Noté que su párpado izquierdo temblaba levemente y que en la mejilla del mismo lado lucía un moretón que no tenía la última vez que nos habíamos visto, producto seguramente del encontrón con algún apostador disconforme con los datos del gitano.

—No engrupas, gitano. Nos conocemos hace mucho tiempo.

—A ti no te engaño, chileno. Tengo un buen dato.

—Tal vez podemos llegar a un acuerdo —dije mientras pensaba que el gitano podía ser de ayuda en mi investigación.

—Mil pesitos, chileno.

—¿Recuerdas al jinete que se mató hace unos días?

—Romero. El chico Romero.

—¿Qué se comenta en el medio sobre lo sucedido?

—Que tuvo la mala idea de suicidarse.

—¿No se dice que anduviera metido en negocios turbios?

—No que yo sepa. Parece que era un buen muchacho.

—Te puedo dar hartas monedas si preguntas entre tus paisanos del ambiente.

—Tú me das las monedas al tiro y Stevo pregunta lo que tú quieres.

—Paciencia, gitano. No hay para qué apurar a los bueyes más de la cuenta.

—Dame dinero, enseguida —insistió Stevo—. Tú eres un chileno calila.

—Si lo hago ahora, no te veré la sombra en varios meses más.

—Tengo un golpe a la cátedra. Un caballo seguro.

—Siempre vendes pura carne de cogote, gitano.

—Sé de uno que va a llegar a la meta mirando para atrás.

—De acuerdo, pero que te quede claro que no me estás pasando por el aro —agregué al tiempo que sacaba de mi chaqueta un billete de mil pesos.

—Don Fierro, en la séptima carrera —dijo el gitano, sin apartar la mirada del billete—. El siete en la séptima, no lo olvides.

—Y tú no tires mi encargo al saco roto. Puedes llegar a tener varios billetes de los mismos.

—Te acabo de dar la suerte, chileno. Recuérдалo.

* * *

Don Fierro pagaba ochenta veces lo apostado a su triunfo, pero jugarle unos boletos tenía tanto sentido como comprar terrenos en Plutón. No obstante eso, al momento de llegar a la caja, descarté al caballo que había elegido después de estudiar el programa y le aposté tres mil pesos a Don Fierro. El negocio fue rápido y certero. El caballo, que venía reapareciendo después de un año sin correr, salió en punta desde el comienzo y cien metros antes del ojo mágico la silbatina de los apostadores era tan fuerte que no dudé en su triunfo.

Me aproximé a la caja que era atendida por una mujer que llevaba los cabellos teñidos de rojo y después de retirar mis ganancias, pasé junto a Stevo que estaba en la puerta de la sucursal, comentando el batatazo con un grupo de apostadores. Puse un billete de veinte mil pesos en el bolsillo superior de su chaqueta y el gitano sonrió satisfecho, apuntando al cielo con su dedo meñique. Caminé en dirección a la calle Agustinas y luego seguí hacia la Plaza de Armas. Al llegar frente al Portal Fernández Concha, miré hacia el letrero rojo de un bar y sin pensarlo dos veces me dirigí al encuentro de un vodka.

En el bar penaban las ánimas, lo que me hizo recordar el rumor acerca del probable cierre del lugar. Ocupé una mesa desde la cual podía vigilar la entrada y durante la siguiente hora no hice más que beber mi trago y conversar con Marcelo, uno de los mozos del lugar. A través de él me enteré que el Escriba asistía a un encuentro literario en Asturias. Por unos segundos envidié su suerte y enseguida recordé a Griseta, que estaba estudiando en Madrid. Sus correos eran cada vez más distanciados y algo parecido al temor me hizo pensar que a su regreso sería difícil reanimar la magia existente entre los dos. Pensé en mandar un correo al Escriba para encargarle que visitara a Griseta en el caso de pasar por Madrid, pero de inmediato deseché la idea y me dejé seducir por la transparente tentación de un segundo vodka

que me mantuvo ocupado hasta que los mozos comenzaron a ordenar las sillas sobre las mesas del bar.

10

—Desde ayer que no le veía ni la sombra —dijo Anselmo a la mañana siguiente, cuando me encontré junto a su quiosco, leyendo los titulares de un diario que destacaba el aumento del precio del cobre, el romance entre dos fugaces estrellitas de la televisión y la acusación de pedofilia en contra de un obispo católico que parecía disfrutar de las tiernas carnes de sus monaguillos.

—Trabajé buena parte del día en el asunto de Romero.

—Y algo me dice que no avanzó mayormente en la pesquisa.

—Sus tres amigos jinetes, una muchacha con la que salió un par de veces y un gitano busquilla dicen que el muchacho no tenía motivo alguno para colgarse. Ordenaré las ideas que me rondan y seguiré en el empeño.

—A usted le hace falta ordenar sus ideas y su departamento. Ayer, cuando subí a dejarle el diario, me di cuenta del desorden en que tiene su oficina. Podría empezar por su biblioteca, que está convertida en refugio del polvo y las arañas. Jamás me he explicado por qué se empeña en coleccionar tantos libros. Dudo que eso le haga bien para la cabeza.

—No busco los libros, ellos vienen a mí.

—Ya se puso a hablar en difícil, don —dijo Anselmo y luego de sacar algunas de las revistas que colgaban del quiosco, agregó—: Ayúdeme a cerrar el boliche y le invito un café. Le servirá para espantar la resaca y a mí para escuchar lo que averigué en sus conversaciones con los jinetes y las otras personas.

Nos sentamos en un rincón del Touring, lejos de la pantalla gigante en la que se reproducía un video de Eliseo Guevara cantando rancheras. El lugar tenía sus paredes recubiertas de cerámicas blancas que le daban el aspecto de una carnicería de barrio que hubiera sufrido un repentino cambio de giro. Sus mesas eran de formalita y la mayoría de ellas estaban ocupadas por parroquianos que bebían cervezas y conversaban en voz alta.

—La supuesta polola de Felipe estaba lejos de serlo; el médico que lo atendía considera que tenía una salud a toda prueba y sus amigos jinetes no atinan ni siquiera a pensar en una causa para el suicidio.

—A mí no me fue mejor con la visita a doña Berta, la esposa de Palma —dijo

Anselmo, con evidente desgano—. Hace por lo menos seis años que no intercambiaba palabra con ella, y la verdad es que los años se le notan. Me dijo que la noche de la muerte de Romerito escuchó el ruido de un auto que se detenía frente al corral. Bueno, en realidad dice que cree haber escuchado el ruido, porque está bastante sorda. Tampoco se animó a mirar por la ventana.

—Es la segunda vez que oigo mencionar la presencia de un auto en el corral —dije, recordando mi malogrado encuentro con Carrasco.

—Doña Berta cree que pudo ser el auto de alguno de los propietarios. Dice que hay dos dueños de caballos que suelen aparecer a horas inusuales. Claro que nunca lo hacen de noche y generalmente llaman al preparador antes de aparecer por el corral.

—O sea que todas nuestras sumas terminan en cero —dije sin ocultar mi desencanto.

—Dedíquele una semana más. Es lo único que le pido antes de arrojar la toalla y resignarme a pensar en mi hijo como parte de un pasado que fue más imaginario que real.

—¿Y qué se supone que debo hacer durante esa semana?

—¿Qué me pregunta a mí, don? Usted es el detective. Vuelva a conversar con el nochero o piense en algo que no sea sentarse a esperar un milagro.

—El nochero vive con la cabeza sumergida en un tonel. Y en cuanto a los milagros, hace tiempo que dejé de creer en ellos —dije y al ver la expresión compungida de Anselmo, agregué—: Seguiré en la huella, pero tú tienes que ayudarme. Conversa de nuevo con la señora Berta y pregúntale quiénes son esos propietarios que van a ver a sus caballos a cualquier hora.

—No necesito hablar de nuevo con ella. Le pregunté por ellos apenas los mencionó. Porfirio Galdames y David Torres se llaman. Un par de abogados que recientemente compraron sus primeros caballos. Sé dónde trabajan y tengo sus números de teléfono.

* * *

Pese a la solicitud de Anselmo, no hice nada durante el resto del día, salvo escuchar música y repasar mis conversaciones con quienes habían conocido a Felipe Romero. Al caer la noche, vacié el cenicero que tenía en el velador, encendí un cigarrillo y me tendí en la cama sin saber cómo terminar el día de otra forma que no fuera cerrando los ojos e invocando al sueño. Pero una imprevista melodía que llegó desde uno de los departamentos vecinos me obligó a hurgar en una caja de recuerdos que creía cerrada para siempre. Era la melodía que usaba mi amiga Andrea cuando bailaba en el cabaré donde la conocí veinte o más años atrás, al inicio de una relación que duró algunos años hasta su partida a una ciudad del sur, desilusionada por mi falta de decisión para cambiar de oficio y llevar una vida que se pareciera a la del

común de los mortales. Por un segundo percibí su perfume y la volví a ver sobre el escenario del cabaré. Recordé sus ojos verdes y su cabellera rubia acariciando mi pecho cuando nos encontrábamos a solas en mi departamento. Tenía algunas vagas noticias de lo que había sido de ella desde entonces y a veces me preguntaba si me había perdonado que la dejara partir sin hacer nada por retenerla. ¿Por qué la recordaba? ¿Era el reflejo de un deseo inconfesado o el presentimiento de alguna desgracia? Sentí el tibio cuerpo de Andrea a mi lado y de la irrealidad de esa sensación pasé a ver el rostro de Griseta reflejado fugazmente en la ventana del dormitorio. Debía conformarme con la soledad y la imagen de mi rostro emergiendo cada mañana desde el espejo. Terminé de luchar contra los recuerdos y mientras mis párpados se cerraban creí escuchar los pasos de Simenon avanzando por el pasillo que conducía al dormitorio. También él estaba cansado y sus correrías no tenían el largo aliento de otras noches, cuando el tiempo era un pozo inagotable y las pérdidas, pequeñas o grandes, daban la impresión de no dejar huellas.

11

Ubicar a los dos abogados fue más sencillo de lo que esperaba. Los llamé por teléfono con el pretexto de ser un periodista interesado en escribir sobre propietarios de caballos y se mostraron locuaces frente a la posibilidad de ver sus rostros en la página de un diario. Ambos eran hípicas desde la adolescencia, pero solo al cabo de unos años de ejercicio profesional habían reunido el dinero que se requería para adquirir un caballo de buen pedigrí que les diera seguridad de ganar algunas competencias. Los abogados tenían la costumbre de visitar a sus animales en horas desusadas, pero ninguno lo había hecho el día de la muerte de Felipe Romero. A la hora en que el jinete colgaba de la viga, Torres estaba en una reunión de apoderados en el colegio de su hija menor y Galdames asistía al cóctel que ofrecía un cliente para inaugurar las nuevas oficinas de su empresa. Ninguno había conocido personalmente al difunto ni éste había montado sus caballos. Deduje que comprobar sus dichos sería fácil y seguramente tan inútil como hablarle a la luna, por lo que tarjé sus nombres en mi libreta y la cerré con la sensación de estar mirando por una ventana que daba contra un muro.

Después fui por tercera vez al corral de Palma. Pregunté por Carrasco a varios trabajadores que encontré en mi camino y un cuidador que acarreaba un saco de forraje me dio las señas que necesitaba para llegar a la casa del nochero. Conduje

hasta los alrededores de la Plaza Chacabuco y ubiqué la casa ruinoso donde él arrendaba un cuarto. El nochero no estaba, pero la dueña del lugar, una mujer que se veía tan acabada como su propiedad, me dijo que era probable que su inquilino se encontrara en un bar frente al estadio Santa Laura, donde algunos domingos yo iba a ver jugar al Magallanes, por el puro placer de observar a su hinchada y escuchar a la bandita que acompañaba con sus sonos el desplazamiento de los futbolistas por la cancha.

Lo encontré sentado junto a una mesa, acompañado de una caña de vino tinto y de un ajado programa de carreras.

—¿Qué quiere? —preguntó, molesto, cuando vio que me sentaba a su lado—. No deseo comprar nada ni presto dinero a los extraños.

—Conversamos la otra noche, en el corral donde se supone que estás a cargo de la vigilancia.

—No lo recuerdo —agregó Carrasco, a la defensiva.

—No me sorprende. Esa noche no podías deletrear ni tu nombre.

—Eso es asunto mío.

—Y supongo que también de tu patrón, al que le gustaría saber lo que haces durante tus horas de vigilia.

—¿Qué quiere? —volvió a preguntar, de mala gana.

—Estabas en el corral la noche que murió el jinete Romero.

—Ya hablé con la policía.

—¿Viste u oíste algo fuera de lo habitual?

—No vi ni escuché nada. Estaba...

—Borracho como cuba.

—En los diez años que llevo trabajando en el corral nunca han robado.

—Siempre hay una primera vez.

—No vi ni escuché nada —repitió Carrasco.

—Estás mintiendo —agregué, como quien tira un anzuelo al río con la expectativa de atrapar un mísero bagre.

—Todos saben que Romero se suicidó. Y eso no tiene vuelta.

—No pretendo que resucite. Quiero saber por qué lo hizo.

—¿Qué sé yo? Tendría sus problemas.

—¿Viste a Romero el día de su suicidio?

Carrasco bebió un sorbo de vino y enseguida miró hacia la puerta del bar, esperando tal vez que alguien llegara a librarlo de mi molesta compañía.

—Lo vi por la mañana, cuando vino a realizar un apronte con un caballo por el que está interesado un comprador gringo. Le pregunté por el caballo que montaba en el clásico y me dijo que no le apostara, porque podía no responder de la manera deseada.

—¿Por qué te dijo que no ganaría si al final lo hizo?

—También a mí me pareció extraño. Romero era generoso con sus datos cuando

montaba un caballo con chance. Me quedé largo rato pensando en su respuesta. Por la tarde lo vi ganar en el hipódromo y no supe más de él hasta que por la noche vino a buscarme el hijo menor de Calixto, el capataz del corral.

—Cuando conversamos la otra noche, mencionaste un auto.

—¿Qué auto? No recuerdo ningún auto.

—La mujer de tu patrón escuchó el ruido de un auto. ¿Qué dices a eso?

—No vi nada. No oí nada. Se lo dije antes.

—Tu deber es tener los ojos abiertos. No vas a salir bien parado del lío en que estás metido.

—¿Qué lío? —preguntó Carrasco.

—Un testigo asegura haber visto llegar un auto a la hora en que supuestamente murió Romero —mentí.

—No es cierto. Yo estaba en el corral.

—¡Borracho!

—Había tomado un par de copas, es cierto.

—Basta verte para darte cuenta de que ignoras la diferencia entre un par de copas y un tonel. Háblame del auto.

—¿Qué auto? —preguntó el nochero, sin mucha convicción.

—Dicen que te vieron conversar con el conductor.

—Mentira. No salí de la caseta en ningún momento ni me preocupé mayormente por el vehículo.

—O sea que hubo un auto.

—Me está sacando palabras que no quiero decir.

—¿Cómo era el auto?

—Grande y rojo —respondió Carrasco sin ánimo de seguir discutiendo—. Alcancé a verlo cuando salía del corral, pero no vi a su chofer.

—¿Lo habías visto antes?

—No. Lo habría recordado.

—Tal vez reconociste su marca.

—Desconozco el asunto de las marcas, pero vi que tenía un cóndor plateado sobre la tapa del motor.

—¿Un cóndor?

—Un cóndor, un pájaro, qué sé yo. El auto salió a gran velocidad.

—¿Escuchaste algún ruido que llegara desde las pesebreras?

—Los caballos suelen hacer ruido —dijo Carrasco y luego que vació el contenido de su vaso, agregó—: Podría convidar una copita para refrescar la garganta.

—¿Qué dijo la gente del corral cuando se enteró del suicidio? —pregunté sin prestar atención a su demanda.

—Estaban apenados y sorprendidos. Romero era un buen cabro. Ganó muchas carreras y nunca se le fueron los humos a la cabeza.

—Nadie que lo conoció piensa que tenía motivos para suicidarse.

—Mi vida es un asco desde hace muchos años y nunca he pensado en irme por mis propios medios al patio de los callados. ¿Entiende lo que quiero decir? Hay que tener el cuero duro y echarle para adelante. Seguramente eso nunca se lo dijeron a Romero.

—Podrías emplear la misma voluntad para salir del tonel.

—¿Qué le importa a usted lo que yo haga? ¿Por qué hace tantas preguntas sobre el finado? No me diga que es tira.

—Trato de encontrarle una explicación al suicidio.

—Deje al muerto en paz. ¿Para qué le anda buscando las cinco patas al gato?

No tenía una respuesta para la pregunta de Carrasco. Me puse de pie y dejé sobre la mesa un billete de dos mil pesos.

—Los pesitos me vienen de perilla —dijo el nochero—. Tengo asegurado el cartoné para esta noche.

Saqué una boleta de compraventas que llevaba en mi chaqueta, escribí el número de mi teléfono en su reverso y la dejé junto al billete.

—Si vuelves a ver el auto, llámame. Puedo darte dinero para varias cajas de vino.

* * *

Mi primera visita a un hipódromo había sido durante una fuga desde el orfanato donde viví hasta el fin de mi adolescencia. El brío de los caballos, la apostura de los jinetes y el griterío de los aficionados en las tribunas es un espectáculo que me conmueve desde esa primera vez. No todas las personas sienten lo mismo. Se es hípico a concho, contra vientos y mareas, o no se quiere saber de apuestas y caballos. No hay términos medios, aunque los motivos para apostar sean distintos en un aficionado y otro. Los que van al hipódromo en busca de dinero a la larga salen con los bolsillos vacíos y una maldición a flor de labios. Los que lo hacen por placer, aun perdiendo, sienten que son parte de un rito emocionante, comparable a la contemplación de un paisaje o de una pintura. El destino se juega en una fracción de segundos, mientras los caballos despliegan sus energías para llegar a la meta y los jinetes parecen ángeles volando en dirección al horizonte.

Anselmo es de los que llevan los caballos en la sangre. Nació en la calle Fermín Vivaceta, a pocas cuadras del Hipódromo Chile, y su padre lo llevaba desde pequeño a la pista donde los ejemplares hacían sus aprontes bajo la atenta mirada de preparadores y propietarios. Revoloteaba por los corrales y no se cansaba de molestar con sus preguntas, ávido de conocer los secretos de un mundo que lo seducía. Su baja estatura y el escaso peso lo ayudaron a escoger el oficio de jinete. Abandonó la escuela a los doce años y aprendió la profesión observando el trabajo de los látigos más renombrados. Cuando montó por primera vez en una competencia oficial, ya sabía cómo sacar el mayor partido a cada caballo y encontrar la línea de carrera más

adecuada, conforme si conducía a un velocista o a un animal acostumbrado a atropellar en los últimos tramos. Se ganó el cariño de la afición antes de obtener su patente de jinete profesional. La gente de la tribuna sabía que Anselmo defendía sus boletos hasta los últimos metros, porque casi siempre sus conducidos figuraban en los primeros lugares, salvo que fueran matungos sin otro destino que acabar de caballo de tiro. Anselmo no solía hablar de lo que había sentido cuando entraba con un caballo a la tierra derecha, pero bastaba verlo seguir las alternativas de una carrera para reconocer en sus ojos la alegría de los que conocen el aliento de la libertad.

* * *

De regreso en mi departamento me tendí en la cama a leer la gorda novela de Dickens que llevaba algunos meses acumulando polvo sobre el velador, junto a dos novelas de Giorgio Scerbanenco que me había regalado el Escriba, un libro de crónicas de Osvaldo Soriano y una veintena de otros libros que no recordaba dónde ni cuándo había adquirido. Sin embargo, la lectura duró poco, porque antes de dar vuelta una docena de páginas fui interrumpido por el molesto timbre del teléfono. Dudé un instante en contestar y luego, de mala gana, levanté el teléfono y escuché la voz de Moretta.

—¿Sigue preocupado por lo sucedido con el jinete? —preguntó después de saludarme con la cortesía que le caracterizaba cuando deseaba hacer uno de sus negocios.

—Aún no encuentro explicación para su muerte.

—Pensé en nuestra última conversación y recordé algunas cosas que entonces no se me pasaron por la mente.

—Suelte rápido la pepa o va a tener que pagar una abultada cuenta de teléfono.

—Estuve conversando con algunos amigos del ambiente y me enteré que antes de la carrera que ganó Romero corría el rumor de que su caballo iba para atrás. Al parecer, y pese a las buenas condiciones en que se presentaba el ejemplar, alguien deseaba que no ganara.

—Rumores. ¿Desde cuándo usted cree en rumores?

—Ocasionalmente son de utilidad para decidir una apuesta. En el caso de los amigos que menciono, significó que perdieran una buena cantidad de pesos.

—Hasta donde recuerdo, el caballo de Romero recibió bastantes apuestas en su favor. No era el favorito, pero estuvo entre los cinco o seis caballos más jugados.

—A veces los rumores se mantienen en reserva. Usted suele apostar y sabe de lo que estoy hablando. Gente a la que le gusta mover los hilos tras el escenario.

—¿Puede darme los nombres de esa gente?

—Por supuesto que no. Ambos sabemos la diferencia que existe entre un comentario y un soplo.

—Es peligroso disparar al aire, Moretta.

—Pero a veces sirve para cazar a un pato que anda distraído.

—¿Usted cree que Romero podía prestarse para algún tipo de arreglo?

—Detrás de los rumores suele haber algo de verdad, Heredia.

—He conversado con varias personas y ninguna de ellas me habló mal de Romero.

—Todo depende de la puerta a la que se golpea.

—No olvide que estamos hablando de un muerto.

—Romero era un buen elemento, pero muchas veces los jinetes, sobre todo cuando son jóvenes, se ven obligados a ceder a las presiones —dijo Moretta y luego de una pausa, agregó—: Si analiza los triunfos de Romero verá que muchos de ellos fueron con caballos que pagaban buenos dividendos.

—Eso no quiere decir que Romero estuviera maleado. Estaba empezando y les sacaba partido a los caballos que le confiaban.

—Usted es libre de sacar las conclusiones que quiera, Heredia. Me limito a recordarle que la necesidad tiene cara de hereje.

—¿Tiene antecedentes que respalden sus dichos?

—Mi consejo es que estudie con atención a los preparadores para los que trabajaba Romero.

—¿Piensa que Arturo Palma tenía arreglada la carrera?

—El caballo que condujo Romero en el clásico no era del corral de Palma.

—Intuyo que usted sabe más de lo que cuenta.

—Tan solo soy un viejo al que le gustan las apuestas —dijo Moretta, arrastrando la voz—. Piense en lo que le he dicho y cuando tenga tiempo pase a visitarme. Será un agrado conversar con usted de caballos y conocer los resultados de su investigación.

—Me gustaría saber por qué se tomó la molestia de llamar.

—Usted me simpatiza y quise darle una mano en su investigación.

—Los rumores que corren dicen que usted es de los que no dan puntadas sin hilo.

—Hay rumores y rumores, Heredia.

—¿Y por qué tendría que pensar que los rumores sobre usted son falsos?

—Porque puedo ser amable cuando me lo propongo.

Pensé en hacer otra pregunta, pero Moretta se adelantó a mis intenciones y luego de despedirse, cortó rápidamente la llamada.

—Aborrezco los cuentos con finales abiertos —dije en voz alta.

—Piensa positivamente, Heredia —escuché decir a Simenon—. El misterioso auto rojo y lo que te acaba de decir Moretta es lo más concreto que tienes hasta el momento.

—Pero no cuadra con la imagen que tengo de Romero.

—Un buen detective no se deja llevar por las apariencias, Heredia. Además, antes de saber que Romero era hijo de Anselmo, para ti era solo un jinete más. Uno de los

tantos que buscan ganarse un nombre en el medio hípico.

—En eso tienes razón, Simenon. Los apostadores generalmente ignoramos casi todo acerca de la vida de los jinetes a los que les confiamos nuestras esperanzas y dineros. Sabemos cómo conducen a los caballos y la cantidad de carreras que han ganado, pero casi nada de lo que ocurre con ellos una vez que se bajan de los caballos.

—¿Eso quiere decir que tendrás en cuenta los rumores de Moretta?

—Sí, aunque sigo pensando que Moretta jamás entrega algo por bolitas de dulce.

12

—A Moretta no le creo ni lo que reza —dijo Anselmo después de escuchar el relato de mi conversación con el corredor de apuestas—. Es cierto que hay preparadores que arreglan los resultados de las carreras y otros que hacen correr mal a sus pupilos para que bajen de categoría o den un mejor dividendo en sus próximas carreras. Pero Felipe no se habría prestado para esos malabares. Sabía que solo con buenas artes obtendría prestigio dentro de la profesión. Si va a prestar atención a las palabras de ese tipo, mejor olvídense del asunto y dedíquese a otra cosa.

—No lo tomes tan a pecho, Anselmo. Seguramente es uno de esos rumores que la gente lanza al voleo y quedan dando vueltas.

—Una vez, cuando recién empezaba a montar, me dejé engatusar por Dalterio, un preparador que tenía dos o tres burros a los que hacía llegar en los últimos lugares hasta que nadie daba medio peso por ellos. En ese punto, cuando el aficionado ni siquiera se tomaba la molestia de prestar atención a los nombres de sus caballos, Dalterio los hacía correr en serio y obtenía dividendos de esos que se ven dos o tres veces por año. Me ofreció la monta de un caballo con la condición de que lo corriera sin exigirlo. Llegué penúltimo a la meta, pese a que el caballo venía de ganar su carrera anterior, y una vez que estuve de vuelta en el corral me puse a llorar. Prometí que nunca más me prestaría para otro engaño y fui fiel a esa promesa hasta las últimas carreras en las que participé. Le conté esta historia a Romerito y estoy seguro de que él sabía dónde estaba la línea que marca el inicio de lo ilícito.

—Dejaré los dichos de Moretta entre dos enormes signos de interrogación, pero no me pidas que no los considere. Hay que seguir todas las pistas, en especial si no hay un sitio del suceso que nos oriente ni un testigo o una carta que explique la razón de lo sucedido. Ayer hablé con un periodista que llegó al corral junto con los policías

y me ratificó algo que ya sospechaba. Los detectives que llegaron a investigar al corral compraron de inmediato la hipótesis del suicidio y no hicieron un análisis detallado del lugar. Tal vez la escena era muy evidente o tal vez eran unos pacotilleros que deseaban hacer rápidamente la tarea para irse a sus casas a dormir.

—Para mí no es un problema de indicios, sino que de sentimientos —dijo Anselmo al tiempo que se llevaba una de sus manos al pecho—. Es como cuando uno apuesta a un caballo al que nadie le da la más mínima opción de ganar. Tincada, sexto sentido, llámelo como quiera. Sé que tras la muerte de Romerito hay algo especial.

—Tarde o temprano descubriremos la causa de su suicidio.

—Ojalá no se equivoque, pero lo más probable es que pierda su tiempo con los consejos de Moretta.

—Déjame hacer mis preguntas. Que después no se diga que pasé por alto algún detalle.

* * *

Cabrales era un librero que mantenía un pequeño local en el piso superior de la galería ubicada en la segunda cuadra de la calle San Diego. Vendía toda clase de textos, pero su especialidad eran los libros de temas hípicas, que incluían manuales para la crianza y adiestramiento de caballos, biografías de jinetes y una amplia colección de revistas. Junto a los libros, ofrecía fotos de caballos y jinetes, y varios afiches donde aparecía Gardel junto a Leguisamo. Nos habíamos conocido en una feria de libros usados en el Parque Rivadavia, durante el que seguía siendo mi primer y único viaje a Buenos Aires. En ese tiempo Cabrales vivía exiliado y se ganaba la vida vendiendo revistas, fotos de artistas de cine y las artesanías en madera que aprendió a elaborar durante su paso por el campo de prisioneros de Chacabuco. Había regresado a Santiago durante el gobierno del presidente Alywin y retomado su oficio de librero luego de perder un año en buscar trabajo con la ayuda de algunos antiguos compañeros de partido que ocupaban destacados cargos públicos. Tenía un aspecto quijotesco que no se había alterado con el paso de los años, salvo porque sus cabellos mostraban canas y debía usar gafas para reconocer los títulos de los libros que vendía.

Conversamos un rato sobre el rumbo de nuestras vidas desde la última vez que nos habíamos visto y enseguida le pregunté si seguía coleccionando los programas hípicas que llegaban a sus manos.

—¡Coleccionando! Esa es la palabra precisa, porque rara vez logro vender alguno a no ser que aparezca algún extranjero interesado en curiosidades hípicas. Desde que existen sitios en Internet donde entregan toda clase de información sobre carreras y caballos, los aficionados no se interesan por el papel impreso.

—No te quejes. Si el boliche continúa abierto después de tantos años es porque algunas monedas deja en tu alcancía.

—¿Qué necesitas? —preguntó con cierta molestia—. ¿Alguna novedad? No, claro que no. Tú eres de los que hurguetean en las cajas de ofertas, buscando gangas o libros que a nadie les interesan. Una especie de hiena libresca que roe los huesos que los demás dejan abandonados.

—Necesito revisar algunos programas de los últimos seis meses —respondí procurando mantener la calma.

—¿Quieres hacer un recuento de los dividendos que perdiste por jugar a caballos equivocados?

—Deseo saber qué preparadores contrataban las montas del jinete Felipe Romero.

—¡El jinete suicida! ¿En qué andas metido, Heredia?

—Trato de resolver las dudas de un amigo.

—¿Qué clase de dudas?

—¿No has escuchado decir que la curiosidad mató al gato?

—Al ratón, Heredia. La curiosidad mató al ratón.

—¿Acaso no existen gatos curiosos?

—Podrías ir a los hipódromos y consultar a los encargados de las programaciones.

—Prefiero no llamar la atención de nadie.

—¿No sabes que los resultados se encuentran en la Internet?

—Mi relación con la computación es algo distante.

—Podrías haber ido a consultar los diarios a la Biblioteca Nacional.

—Me resultó más cómodo venir a hincharte las guindas.

Cabrales soltó una carcajada y enseguida se dirigió al cuarto trasero de la librería. Al rato regresó con una caja de cartón que contenía una voluminosa y bien ordenada colección de programas hípicas.

—Todos los programas de los seis últimos meses —dijo, y luego de dejar la caja sobre un mesón, agregó—: Habría sido más fácil conversar con el secretario del jinete.

—Romero aún no ganaba lo suficiente para contratar a un secretario que se encargara de sus montas.

La búsqueda no fue fácil ni rápida. Durante dos horas me dediqué a hojear los programas y al término de mi trabajo tenía cuatro nombres anotados en mi libreta: Arturo Palma, Joaquín Martel, Marcos Falcón y Modesto Zabala. De ellos, los que más habían recurrido a las montas de Romero eran Palma y Martel.

—Cuatro preparadores con distintas suertes —comentó Cabrales cuando lo puse al tanto del resultado de mi búsqueda—. Martel y Palma son preparadores que mantienen buenos corrales. Falcón es un tipo que no lleva más de dos años en la profesión. Y Zabala, por si no lo sabes, murió hace un mes. Era un hombre mayor y adiestraba unos pocos caballos sin otro deseo que seguir respirando el aire de la pista. Hace dos años fue suspendido por la aplicación de estimulantes en sus caballos. Alegó que se trataba de remedios recetados por su veterinario, pero igual tuvo que

conformarse con ver las carreras desde las tribunas. Al final de sus días daba lástima. Llegaba apenas hasta el hipódromo y su trabajo con los animales se limitaba a controlar los aprontes. Murió en la miseria y hubo que hacer una colecta para comprarle el cajón. Fue el último de una larga familia de preparadores y jinetes. Su hijo no quiso continuar la tradición y prefirió dedicarse al comercio. Conocía las pellejerías que se viven en la hípica cuando el éxito no alumbra. Sus dos hijas se casaron con jinetes y tuvieron distinta suerte. La menor siguió a su marido a los Estados Unidos y nunca más regresó. El esposo de la hija mayor murió en un accidente y ella terminó vendiendo boletos de apuestas.

—¿Dónde diablos obtienes tanta información?

—Visito los hipódromos los fines de semana y muchos de mis clientes son hípicos antiguos, preparadores o propietarios que me ponen al tanto de la chismografía del ambiente.

—Yo solo paso de vez en cuando a las sucursales de mi barrio.

—No es lo mismo, Heredia. Nada es igual a respirar el aire de las tribunas y observar a los caballos de cerca.

—Te concedo el punto, Cabrales —dije y luego de una pausa, agregué—: Me propongo conversar con los preparadores que puse en la lista.

—Muévete con tiento. Probablemente no les guste saber que andas husmeando. Los preparadores suelen ser celosos con el trabajo que realizan para adiestrar a sus caballos. A muchos les molesta que controlen los aprontes de sus pupilos o que los intrusos vean los ejercicios que realizan para dejar a punto a los ejemplares que inscriben en las competencias. Cada uno tiene sus secretos y sus mañas. No lo olvides.

* * *

Anselmo llamó por teléfono a Arturo Palma y le explicó a grandes rasgos en qué consistía mi trabajo. El preparador no deseaba seguir hablando del suicidio ocurrido en su corral, pero ante la insistencia de Anselmo aceptó reunirse conmigo en el hipódromo.

Una hora más tarde, busqué a Palma en su corral y un cuidador que terminaba de pasear a un tordillo me indicó que lo podía encontrar controlando los aprontes de sus caballos. Al llegar a la pista pregunté por él a un muchacho que pasó a mi lado portando unos aperos y me indicó a un hombre bajo y delgado que parecía a punto de desaparecer dentro del grueso abrigo que vestía. Calculé que debía estar cerca de los setenta años y por los esfuerzos que hacía al mirar el cronómetro que tenía en su mano izquierda deduje que le hacían falta los anteojos que colgaban de su cuello por algún motivo que solo él conocía. Me presenté invocando el nombre de Anselmo y el preparador me observó de pies a cabeza antes de decirme que debía esperarlo a que

finalizara el trabajo de los dos potros colorados que se alistaban a realizar el galope de entrenamiento de esa mañana. Encendí un cigarrillo y me apoyé en la reja que rodeaba la pista. La mañana estaba helada y en el horizonte se apreciaba la silueta borrosa de algunos árboles.

—No parece contento con el resultado —le dije un rato más tarde al verlo cronometrar el trabajo del caballo que acababa de pasar frente al disco de la meta.

—Pericondrio ya no está para competir en carreras largas y si de mí dependiera, lo dejaría descansar o anotaría en distancias menos exigentes. Pero su dueño insiste en inscribirlo en pruebas de medio fondo y no me queda otra opción que prepararlo para que compita con alguna dignidad. Dará pelea el día que corra una carrera de mil metros.

—Supongo que tiene otros caballos que le provocan más entusiasmo.

—Cuatro potrillos con los que espero ganar más de alguna carrera. Aún no se acostumbran a la pista, corcovean en los partidores, y tienden a abrirse y perder terreno al entrar en tierra derecha.

—A veces, y al contrario de lo que ocurre con los hombres, las mañas de los caballos desaparecen con el tiempo.

—Usted parece entender de caballos.

—Algo sé, pero solo desde las tribunas.

—Anselmo dijo que usted deseaba conversar acerca de Romero —agregó Palma, al tiempo que fruncía el ceño—. Desde su muerte he atendido a muchos periodistas, aunque preferiría que no se ventilara más el asunto. Después del suicidio varios propietarios retiraron sus caballos de mi corral. No faltan los supersticiosos que piensan que el corral está fatalizado.

—Por mí no se preocupe, no pienso escribir ni una línea sobre Romero.

—Entonces, ¿a qué se debe su curiosidad?

—Quiero saber por qué se mató.

—¿Familiar suyo?

—No. Anselmo me pidió encontrar explicación para lo que hizo.

—¿Anselmo? ¿Qué interés puede tener él en el asunto?

—Es un tema que no estoy autorizado para comentar, pero le aseguro que se trata de una buena causa.

—Voy a repetirle lo que he dicho a los que me han preguntado por el finado. Romero era el mejor jinete que podía tener para mis caballos. Un corral sin buenos ejemplares en sus pesebreras no resulta atractivo para los jinetes de primer nivel. Los corrales más grandes se quedan con los mejores.

—Revisé algunos programas y descubrí que en el último tiempo Romero no corrió a muchos de sus caballos.

—Otros preparadores le ofrecían caballos con más opciones y contra eso no había mucho que hacer —dijo Palma con indiferencia.

—¿Se refiere a Falcón y Martel? En los últimos meses ellos le dieron muchas

montas a Romero.

—Precisamente estaba pensando en esos dos colegas. Martel ha tenido un año afortunado. Recibió buenos ejemplares en su corral y les ha sacado trote. Conoce a cabalidad el oficio y merece el éxito que ha tenido. En cambio Falcón es un primerizo que no tiene idea de caballos. Cuando su padre jubiló, se quedó con los clientes y los animales del viejo. Don José, el padre, sí conocía el trabajo. Ganó varias estadísticas y generalmente tenía caballos para pelear los clásicos importantes.

—¿Ha pensado en las razones que pudo tener Romero para suicidarse en su corral?

—Solo Dios puede responder esa pregunta. A él le gustaba ir a mi corral. Mis empleados le tenían aprecio y habitualmente Felipe se ofrecía para trabajar con mis caballos aunque supiera que no le podía pagar. Cuando se presentaba la ocasión, conversábamos de caballos y a él le gustaba que le explicara mis estrategias para enfrentar las carreras.

—Me comentaron que Romero solía obtener buenos dividendos con caballos que en el papel tenían poca opción.

—¿Está insinuando que participaba en el arreglo de carreras?

—Es algo que ocurre en los hipódromos.

—Jamás le pedí que perjudicara la opción de uno de mis caballos. No voy a negar que algunos colegas hacen trampas con sus dirigidos, pero no es mi caso. Preparo a mis ejemplares para que ganen y si no lo hacen es simplemente porque hay otros mejores.

—Romero pudo echar para atrás los caballos de otros preparadores.

—Lo que hagan los demás me tiene sin cuidado. No acuso ni indico a nadie.

—Eso no responde mi pregunta.

—Felipe era un buen muchacho y conmigo siempre actuó correctamente —dijo Palma y al tiempo que se dirigía hacia la salida de la pista, agregó—: Ahora, si me disculpa, tengo que recibir al veterinario que controla el estado de mis animales.

Vi alejarse al preparador y enseguida presté atención a Pericondrio, que venía llegando de regreso del apronte. Avanzaba con la cabeza gacha y un sudor blanco y espeso cubría parte de su cuerpo. Observé sus ojos y creí ver en ellos una expresión de insondable tristeza. De pronto, y sin aparente justificación, el caballo relinchó y alzó sus patas delanteras como protestando por los rigores de la pista. En silencio le prometí que si llegaba a verlo en un programa, apostarí por él, aunque solo fuera para demostrarle que no estaba abandonado. Luego pensé en Arturo Palma y me dije que su honestidad era parte de un discurso sobre el cual debía tener cierta reserva. No tenía nada en su contra, pero algo en su manera de ser no me simpatizaba.

* * *

Regresé al lugar donde había estacionado mi auto y cuando estaba por encender su motor, vi aparecer a un pelusón de diez o doce años que me hizo señas para que bajara el vidrio de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —le pregunté después de obedecer sus indicaciones.

—Cuidé su auto, jefe. Me debe unas monedas —dijo de modo imperativo.

—No creo haberte visto al llegar.

—Estaba en las pesebreras. Lo vi dirigirse hacia donde estaba don Arturo y vine a cuidar su auto.

—Parece que te quieres pasar de vivaracho.

—Necesito ganar unos pesitos.

—¿Siempre estás en este lugar?

—Cuido y lavo autos, y a veces la gente del corral me pide que los ayude con el aseo o la alimentación de los caballos.

—¿Conocías a Romero, el jinete que murió?

—Cada vez que venía al corral me daba unas monedas. Nunca lo olvidaré. Yo lo encontré colgado. Había ido a las pesebreras a buscar un paquete con ropa que me regaló la señora Berta.

—¿Y?

—Observé unos segundos al muertito y salí a buscar al rondín. El viejo Carrasco estaba curado y tuve que ir a buscar a mi padre, que es el capataz del corral de don Arturo.

—¿Viste a alguien entrar o salir de las pesebreras?

—A nadie. Se lo puedo jurar.

—Por ahora me basta con tu palabra.

—¿Eso quiere decir que va a volver?

—Nunca se sabe cuántas veces hay que recorrer el mismo camino —dije y enseguida le pregunté si había visto algún auto rojo con un pájaro en el capó.

—Rojos, varios. Pero con un pájaro, ninguno. ¿Qué me dice de los pesos que me va a dar?

Saqué la billetera que portaba en el bolsillo trasero de mis pantalones, la abrí y se la mostré al muchacho. En su interior sobrevivían dos billetes de cinco mil pesos.

—No es mucho lo que tiene —dijo.

—Uno para ti y otro para mí —dije al tiempo que le pasaba el menos arrugado de los billetes.

—Gracias —dijo, sorprendido.

—Te lo ganaste.

—Por ese dinero hasta le puedo lavar el auto.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que nos veamos.

—¿Quién trajo este cachivache? —pregunté a Simenon que olfateaba con curiosidad el devedé instalado sobre el escritorio—. ¿Vamos a tener una tarde de cine?

—Para eso tendrías que saber usar ese artefacto y tu familiaridad con la tecnología llegó hasta la radio a transistores —acotó el gato.

—Nunca es tarde para aprender a introducir la cola de un gato en el enchufe —retruqué.

Junto al devedé encontré un mensaje de Anselmo que decía: «Préstamo de Venancio Venegas Valdés, el Guatón Triple V».

—¿Quién es Venegas? —me pregunté en voz alta, en el mismo momento que se abría la puerta de la oficina y entraba Anselmo portando un paquete con seis latas de australes.

—¿Quién es el Guatón Triple V? —insistí mientras Anselmo buscaba unos vasos en la cocina.

—Un amigo que trabaja filmando las carreras del hipódromo —dijo Anselmo una vez que estuvo de regreso—. En sus ratos libres se gana sus mangos vendiendo a los propietarios las grabaciones de las carreras que ganan sus caballos. Fui a verlo y conseguí que me prestara la filmación de la última carrera que ganó Romerito.

—¿Qué pretendes?

—Observar la grabación y espantar una duda que me persigue. He pensando en lo que usted dijo cuando Romerito ganó el clásico.

—No recuerdo haber dicho nada medianamente cuerdo.

Anselmo abrió dos australes y luego observamos varias veces el desarrollo de la carrera. No se había producido ningún ilícito en los dos minutos y algunos segundos que mediaban entre la salida del partidador y la llegada a la meta de los caballos.

—¿Qué dice ahora, don? ¿Recuerda sus dichos de esa tarde? Usted tuvo la impresión de que Romerito no tenía intención de ganar —dijo Anselmo luego de beber un poco de cerveza—. Es lo mismo que comentó Venegas cuando vimos la grabación en su casa.

—Ya hablamos sobre ese tema. ¿Para qué buscar el cuesco a la breva?

—Yo estaba eufórico con el triunfo de mi muchacho y no quise reconocer que usted tenía razón. Cualquiera que sabe de carreras se da cuenta de que el desempeño de Horus no fue normal.

—La salida fue correcta, pero a doscientos metros del partidador es evidente que Romero contiene a su caballo para dejarlo en la retaguardia. Quinientos metros más adelante parece recordar que está en una carrera y no paseando arriba de una calesita.

—Y en los últimos metros no hay quien lo detenga. Cuando un caballo está ganoso al jinete le basta con mantenerse firme en la montura para ganar. No necesita mover al caballo ni usar la fusta.

—Tampoco se aprecia que alguien lo estorbe o le corte el tren de carrera. Al

contrario, cuando Romero decide hacer correr a Horus, pareciera que sus rivales se ponen de acuerdo para abrirle paso.

—No se engañe, don. Queda esa impresión por la velocidad que lleva el caballo, muy superior a la de los demás.

—¿Qué explicación puede tener eso? ¿Romero estaba confiado y se dio el lujo de correr displicentemente?

—Nadie hace eso si tiene la posibilidad de ganar un clásico. Un jinete sabe que en el transcurso de una carrera pueden ocurrir contratiempos. He visto perder a muchos favoritos a causa de la excesiva confianza de sus conductores.

—De acuerdo a lo que dices, uno podría pensar que salió a perder y a la mitad de la carrera cambió de idea.

—Es otra de las cosas que dijo el Guatón Triple V —agregó Anselmo.

—¿Cuál es el problema? Por algo te tomaste la molestia de traer el equipo.

—No quiero pensar mal, Heredia. ¿Por qué no lo hace usted por mí?

—Eso se llama sacar las castañas con la mano del gato.

—No se puede negar que fue extraña la carrera de Horus.

—Contratiempos en la partida o simplemente una mala conducción. Son dos buenas opciones para explicar lo sucedido.

—El problema es que no he olvidado lo que dijo Moretta.

—Tú me dijiste que no hiciera caso a sus palabras.

—Pero no puedo dejar de relacionar las imágenes de la carrera con el comentario de Moretta.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Ya le dije que no quiero pensar mal de Romerito.

—¿Para qué te diste el trabajo de conseguir la filmación?

Anselmo guardó silencio por un instante. Miró a su alrededor buscando un punto de apoyo y luego se acercó a la ventana de la habitación.

—A nadie le gusta pensar que un ser querido ha caído en faltas.

* * *

Conocía de sobra a Anselmo para saber que la duda no lo dejaría tranquilo hasta que la resolviera. Pese a su aparente mesura, su preocupación por los cabos sueltos llegaba a la obsesión. Ni siquiera el pago de una cuenta podía esperar demasiado y por eso era frecuente verlo en la fila del banco, cancelando antes de tiempo sus consumos de electricidad o agua potable. No soportaba olvidar un nombre o una fecha durante una conversación y más de una vez había ocurrido que luego de varias horas de habernos separado, llamaba por teléfono o reaparecía en la oficina para decirme cosas como «el fulano se llamaba Rogelio» o «a Elvira la conocí el 22 de junio del año 1968». Datos que a mí no me importaban mayormente, pero que él no

podía dejar en el aire. Y lo mismo le pasaba en materia de cifras y sumas. Podía estar varias horas haciendo cálculos hasta descubrir el peso que faltaba para equilibrar los ingresos y egresos del día. Por su obsesión con los detalles más mínimos y porque se trataba de su hijo, sabía que lo estaba pasando mal y era capaz de observar mil veces la filmación hasta encontrar una respuesta para sus dudas. Pero eso no era todo, porque tras el deseo de conocer la causa del suicidio, yo intuía que estaba la intención de aliviar su culpa. Algo que no podía explicar me llevaba a pensar que Anselmo sabía antes del velorio que era el padre de Felipe. Debía haberlo sabido y de seguro habría sido doloroso para él ver crecer a su hijo desde lejos, reducido a su rol de buen amigo de la familia. ¿Y por qué había aceptado cumplir ese papel? Anselmo conocía la respuesta a esa pregunta y yo no iba a hacer nada por conocerla hasta que él no decidiera revelar el secreto.

Después que Anselmo se marchó con su duda y el devedé, di de comer a Simenon y me senté junto al escritorio a escuchar un disco en el que Art Blakey tocaba junto a Thelonious Monk. Era una grabación del año 1957, remasterizada cuarenta años más tarde y de la que me gustaba en especial el tema «Reflexiones», compuesto por Monk. De sus notas brotaba una nostalgia que parecía deslizarse por las paredes de la oficina, mientras el piano señalaba el camino para la entrada de los demás instrumentos.

La oscuridad se impuso en la habitación ocultando el color y las formas de los muebles y objetos existentes en su interior: la vieja cubierta metálica del escritorio, los dos cuadros de dudosa calidad que un pintor me había dado en pago por mis servicios, la destartalada lámpara que pendía del cielo raso, los libros maltratados por la humedad y los bordes deshilachados de un choapino chilote que cubría parte del descolorido piso de madera.

Una llama comenzó a crecer en mi interior, como voluminosa bola de nieve. Una idea que había nacido a partir de mis conversaciones con Moretta y el muchacho que cuidaba los autos. Intuía que Anselmo no estaba tan descaminado y que, pese al dolor que le provocaba, la idea de que Romero hubiera sido parte de un ilícito no era tan descabellada. Mi duda no era menor que la de Anselmo, pero el cariño que sentía por él me impedía pensar mal del suicida. Hasta el momento poseía un puñado de hilos sueltos; suposiciones y comentarios que no permitían hilar una historia coherente. Debía ahondar en la vida de Romero. Su fugaz amiga del café había dicho que solía portar una buena cantidad de billetes y eso, a pesar de sus triunfos en el hipódromo, podía significar que tenía otros ingresos.

La música llegó a su fin y sin otra razón que la nostalgia, recordé a Griseta. Deseaba tenerla a mi lado para comentar los vaivenes de la investigación, aunque ella se mantuviera en silencio, remarcando la frontera existente entre sus intereses y los míos. Una barrera que su estadía fuera del país hacía más insalvable, no tanto por la distancia como por lo que al fin de cuentas podía entregarle un hombre que andaba por la vida sin más aspiraciones que sobrevivir. El mundo cambiaba con demasiada

prisa y yo no quería seguir su ritmo ni transar mis valores. Estaba solo y el murmullo que venía de la calle era apenas una brisa que golpeaba en las ventanas. Nada que lamentar, porque siempre había sido igual desde que vivía en el orfanato y por las noches escuchaba los crujidos lastimeros de la casona y la respiración adormecida de mis ocasionales compañeros de habitación. No temía a la oscuridad, sabía moverme entre las sombras y cuidar de mí mismo. Lo demás, los misterios y las dudas del oficio, era una cuenta transitoria que saldaba con un algo de tiempo y paciencia.

Volví a pensar en Romero y me pregunté si acaso mi amigo Anselmo no estaría realizando una apuesta equivocada. Equivocarse y perder no constituía novedad, lo importante era no renunciar a la pasión por el juego. Puse de nuevo el disco de Art Blakey en el equipo, y arrullado por la música soñé con caballos que llegaban victoriosos a la meta.

* * *

Joaquín Martel poseía gran parte de las cosas que le faltaban a Arturo Palma. Tenía un corral moderno, numerosos caballos que le aseguraban frecuentes éxitos en las carreras dotadas con las mejores recompensas, y según recordaba haber leído en la prensa, tres años atrás había iniciado sus actividades de criador de caballos, lo que le aseguraba ingresos extras por la venta de animales a los Estados Unidos y otros países. Martel solía aparecer en las crónicas hípicas y para los apostadores era garantía de triunfo en cada tarde de carreras.

Para entrevistar a Martel pregunté por él en su corral, lo llamé a su casa y lo esperé durante varias horas en el hipódromo. Mi trabajo fue en vano hasta que por la tarde, cuando ya comenzaba a pensar que el preparador era un fantasma que dirigía sus actividades desde un celular, lo encontré en el café que me indicó uno de sus empleados, luego de contarle que deseaba contratar los servicios de su patrón. El café estaba ubicado en la avenida Providencia, a media cuadra de una sucursal de apuestas a la que concurría Martel cuando no tenía compromisos que cumplir en la pista o deseaba seguir las transmisiones de las competencias que se desarrollaban en los hipódromos de provincias, donde también participaban caballos de su propiedad.

Lo encontré sin compañía y no me costó reconocerlo a partir del recuerdo que tenía de sus fotos publicadas en los diarios. Tenía un aspecto que llamaba la atención. Alto, rubio y tan fornido como un jugador de baloncesto que ha descuidado su dieta. Su imagen era totalmente opuesta a la de los preparadores que solía ver en la troya dando instrucciones a los jinetes; tipos que por lo general tenían el aspecto de gente mayor y que vestían con la raída formalidad de los funcionarios públicos. Martel vestía con una aparentemente descuidada elegancia y no era necesario ser adivino para concluir que tenía un holgado pasar. Cuando me acercaba a su lado vi que consultaba la hora en su reloj y eso me hizo pensar que aguardaba compañía o estaba

a punto de marcharse.

Me presenté con la socorrida mentira del periodista que desea hacer algunas preguntas para escribir un reportaje. La mención de una destacada aparición en la prensa pareció interesarle y aunque dijo que no podía concederme mucho tiempo, me indicó una de las sillas ubicadas alrededor de su mesa.

—¿De qué piensa escribir? ¿De los candidatos a ganar el próximo Ensayo o de las ventas de caballos al extranjero? —preguntó con el tono fuerte y seguro de los que están habituados a imponer sus razones.

—Temo defraudarlo. Por ahora no estoy interesado en los temas que usted menciona —respondí pausadamente, dejando que mis palabras fluyeran como un delicado veneno—. Estoy interesado en la historia de Felipe Romero.

—Debí suponerlo —agregó Martel—. Anda detrás de la carroña, como todos sus colegas que han pretendido entrevistarme en los últimos días.

—Intento recrear distintos aspectos de su vida. Quiero hacer un retrato humano, verídico y alejado del sensacionalismo.

—Dudo que pueda serle de mucha utilidad. Romero montó a algunos de mis caballos, pero nuestra relación no pasó más allá de las instrucciones que le daba antes de las carreras o en los entrenamientos. Sin perjuicio de eso, considero que tenía condiciones y trabajaba bien. Por eso le ofrecía mis caballos cuando no contaba con mis jinetes habituales.

—También lo contrató para correr a Horus, uno de sus mejores caballos.

—Fue una decisión de emergencia. Cuatro días antes del clásico se lesionó Natalino Vera, su jinete habitual. Y la verdad es que no había mucho de donde elegir, porque los jinetes más experimentados tenían sus montas comprometidas con otros preparadores.

—¿Horus tenía opciones de ganar o fue una sorpresa? Se lo pregunto por el buen dividendo que pagó a sus partidarios.

—Si inscribo a mis caballos en un clásico es porque espero ganarlo —respondió Martel con suficiencia.

—Me han dicho que Romero se prestaba para arreglar resultados.

—Si lo hizo, nunca fue con mis dirigidos. Tengo suficientes caballos para ganar una buena cantidad de carreras al año. También poseo un prestigio que no voy a estropear por obtener algunos pesos a la mala. Siempre actúo correctamente y espero que usted haga lo mismo cuando redacte su artículo. No me gustaría aparecer vinculado a historias de mal gusto —dijo Martel, al tiempo que consultaba su reloj con evidente impaciencia.

—Permítame otra consulta antes que me diga que se acabó mi tiempo. ¿Tiene alguna explicación para el suicidio de Romero?

—Ninguna. Ya le dije que nuestra relación era limitada. Supongo que habrá tenido problemas personales que desconozco.

—Me gustaría saber si Romero siguió sus instrucciones durante la carrera.

—No, y si no hubiera ganado le aseguro que nunca más volvía a montar uno de mis caballos. Mis instrucciones fueron que lo mantuviera desde un comienzo en el tercer o cuarto lugar. Quería estar seguro de que el caballo tendría pasada en los metros finales. Sin embargo, partió rezagado y por varios segundos pensé que la carrera estaba perdida —dijo Martel, mirando hacia la puerta por la que en ese momento entraba una rubia que fácilmente podía destacar en un escenario repleto de bataclanas.

La mujer avanzó hacia la mesa de Martel y comprendí que el tiempo de las preguntas había concluido.

—No me dijo para qué medio escribe —agregó Martel.

Miré el escote de la rubia mientras me ponía de pie y por un instante temí caer en el pronunciado abismo que tenía a un paso de distancia.

—Se acabaron las preguntas —dije, acompañando mis palabras con una sonrisa irónica.

Martel, concentrado en la abundante silicona de la rubia, ni siquiera se molestó en despedirse.

14

El mensaje que había encontrado a los pies de la puerta estaba escrito con la letra despatarrada del conserje, y luego de leerlo lo dejé en el escritorio, junto al cenicero, la cuenta mensual del teléfono y el cheque enviado por el cliente al que le ayudé a ubicar a un hermano a quien no veía desde hacía veinte años. Un caso resuelto con facilidad, gracias a la ayuda de Campbell, mi amigo periodista aficionado a las computadoras que ingresó a los archivos de los clientes de tres cadenas comerciales, a una de las cuales el hermano debía algunas compras y un préstamo de dos millones de pesos por el que le cobraban intereses con la perversidad de un asesino en serie. La idea de entrar a las bases de datos había partido de recordar una breve sentencia en boga: Debo, luego existo. Lo demás fue ubicar el departamento donde vivía el hermano, ajeno a la búsqueda de su pariente, que necesitaba finiquitar los trámites legales de una herencia que incluía una casa en un balneario y dos departamentos ubicados en los alrededores del Palacio de La Moneda.

El recado era de Anselmo, quien me invitaba a tomar unas copas al Berri por algún motivo que no aclaraba. Busqué en el escritorio la caja de madera que en días mejores había contenido dos docenas de puros cubanos y que empleaba como frágil y

habitualmente desprovista caja fuerte. En su interior encontré nueve billetes de diez mil pesos. Saqué dos y el resto los devolví a su lugar, junto a mi antigua credencial de alumno de la Universidad de Chile que me servía para demostrar a los escépticos que alguna vez había sido joven.

Tomé el Metro hasta la Estación Universidad Católica y de ahí caminé por Victoria Subercaseaux hasta llegar a la calle Rosal. Comenzaba a oscurecer y la gente iba de regreso a sus casas, aburrida y mustia. Los buses pasaban raudos con la carga humana apretujada en sus pasillos y su infernal ruido de bocinas y latas sueltas. Había leído en la prensa que a la brevedad se implementaría un nuevo servicio de buses que prometía ser cómodo y rápido. En el papel parecía un proyecto perfecto, pero al leer entre líneas, comenzaba a sospechar de su efectividad. Desconfiaba de la modernidad que de tanto en tanto invadía la ciudad con máquinas que al corto plazo eran tan inútiles como una lancha en el desierto. Expendedoras de bebidas que no recibían las monedas, dispensadores de saldos que carecían de papel, escaleras mecánicas que funcionaban solo para descender, cajeros automáticos que se negaban a entregar dinero. Pobres máquinas que tarde o temprano debían soportar el oprobioso letrero: Fuera de servicio. Todas las modernizaciones quedaban a medio camino, confirmando la nefasta tendencia de los chilenos a idear soluciones de pacotilla, el casi casi, el triunfo moral, los logros en la medida de lo posible o a última hora, el alambrito del gasfitero que se imponía como improvisada solución de los problemas y hacía deambular al país entre las ojotas campesinas y el computador de última generación. Un país de imitaciones y apariencias que gustaba mirarse al ombligo, con demasiados hombrecitos de negro que usaban sus celulares hasta en los baños para simular un ingenio que no poseían. Un país de envidias masculadas tras las puertas y de sueños que la realidad o los terremotos se encargaban de echar a tierra.

La entrada al Berri era pequeña y no llamaba mayormente la atención de las personas que recorrían los alrededores de la Plaza Mulato Gil de Castro. Conocía la cantina desde hace algún tiempo y sabía que no existía otro lugar similar en toda la ciudad. Observé su salón principal con sus mesas añosas y un mesón de madera sobre el que destacaba una llamativa y enorme botella de vino. Bastaba entrar a la cantina para sentirse parte de otra época. La música, el decorado y los muebles invitaban a la nostalgia. Me gustaba el lugar y me atraían sus salones del segundo piso, al que se subía por una escalera con pequeños pasamanos de bronce hasta quedar frente a un enorme espejo de marcos dorados. Luego se entraba a dos salones alhajados con cuadros, tapices y lámparas que acusaban un paciente trabajo de restauración. Dentro de algunas vitrinas se veían colecciones de cigarrillos, botellas y porcelanas. Junto a un sillón había una enorme cafetera y una escultura que representaba a la justicia con uno de sus pies aplastando la cabeza de una serpiente.

Crucé frente al mesón de madera y pasé a otro salón más discreto, donde divisé a mi amigo sentado junto a una mesa y en compañía de una silenciosa botella de vino.

—Ha aprendido a ser puntual, don —dijo después de indicarme la silla que estaba

junto a la mesa.

—Una invitación a beber gratis aligera los pies —dije mientras observaba de reojo hacia una mesa en la que se encontraban cuatro muchachos con aspecto de estudiantes universitarios.

—Gracias por venir, don —dijo Anselmo con cierto tono de pena que me hizo presagiar que el vino tendría un sabor más amargo que festivo.

—¿A qué se debe la invitación? —le pregunté.

—Puedo darle tres motivos o resumirlos en ninguno.

—Esa es la respuesta más sin sentido que he escuchado en mucho tiempo.

—Esta es una cantina a la que me gusta venir cuando deseo meditar. La descubrí de casualidad una noche en la que andaba recorriendo el barrio.

—Destilas nostalgia, pero no respondes a mi pregunta.

—Usted suele decir que llega un momento en que la vida se vuelve nostalgia. Recuerdos de lo que fue y recuerdos de lo que no pudo ser.

—Te agradezco que me cites, pero menos rodeos y al grano.

—Invité a una amiga a comer y diez minutos después de la hora convenida para juntarnos me llamó para decirme que no podía venir. Pedí una botella de vino y al segundo sorbo me dio pena. No por la mina ni por la cita fallida. Me dio pena porque pensé en mi hijo.

—Y entonces decidiste llamarme y como yo no estaba en mi oficina, le pediste al conserje que me dejara tu recado.

—Primero pensé en emborracharme y luego en que usted era la compañía indicada para una noche de copas.

—Una o dos copas y después te acompaño hasta tu casa.

—¿Desde cuando tan comedido, don?

—No ando con ánimo de cargar bultos en medio de la noche. Además, las copas que se beben para olvidar, inevitablemente se convierten en acidez a la mañana siguiente.

Anselmo dio una rápida mirada a su alrededor buscando la presencia de algún extraño interesado en nuestra charla y enseguida rellenó su copa.

—Debo confesar que le mentí, Heredia —dijo en voz baja—. Sabía que Romerito era mi hijo desde antes que naciera, pero fui egoísta y no quise asumir la verdad. Y después fue demasiado tarde. El niño tenía su mundo y sus certezas. Pensé que echaría a perder su existencia si rompía el secreto que teníamos con su madre. Y no solo eso. Lo más probable es que ella negara mi paternidad. Mi hijo se llenaría de dudas y probablemente perdería el afecto que habíamos construido entre los dos. La verdad nos haría infelices.

—Nunca pensaste que el secreto podría conocerse en cualquier momento.

—Confiaba en que el silencio se mantendría inalterable.

—¿Jamás quisiste decirle la verdad?

—Muchas veces, pero al final me resigné a la mentira. Cuando Felipe comenzó a

correr en el hipódromo creí que el muchacho llegaría a repetir mi historia, pero con un mejor final. Y hasta en eso me equivoqué. De un momento a otro el cuento de hadas se fue al carajo —dijo Anselmo.

—Hay que darle tiempo al dolor.

—Me duele no haber tenido el coraje de decirle la verdad y no haber estado cerca de él para evitar que se suicidara.

—¿Qué te asegura que eso hubiera podido cambiar su decisión?

—Anoche llegué a pensar que mi muchacho se mató porque de alguna manera conoció la verdad que su madre y yo le ocultamos.

—¡No digas leseras! Romero te guardaba cariño. Tal vez al comienzo se habría desconcertado. Tal vez habría hecho muchas preguntas, pero a la larga estaría agradecido.

Anselmo cerró los ojos y por unos segundos mantuvo su cabeza entre sus manos. Su rostro había ganado varias arrugas en los últimos días y un temblor casi imperceptible recorría sus labios.

—Mi vida quedó partida el día que encontraron a mi hijo colgado en la pesebrera. Todo se reduce a un antes y un después de ese momento.

—Deja que el tiempo haga su juego, Anselmo.

—¿Ha pensado alguna vez en la muerte como descanso, don?

—Hay por lo menos una docena de razones para no pensar en eso.

—A veces pienso que mi vida ha sido una carrera mal corrida.

—Mentira. Has tenido momentos buenos y malos, igual que el común de la gente.

—Eso lo dice para consolarme.

—No hay palabras para consolarte en estos momentos. Lo digo porque es verdad —dije y luego de una pausa para buscar un cigarrillo en la cajetilla que había dejado sobre la mesa, agregué—: Apura otra copa y después nos ponemos en camino.

—Usted no da las órdenes esta noche.

* * *

La mañana se encontraba avanzada cuando vi a Anselmo abordar el taxi que lo llevaría hasta su casa, y pese a la resaca y al deseo de llegar a mi cama, decidí ubicar al último de los preparadores registrados en la lista confeccionada en la librería de Cabrales. Hice unas llamadas telefónicas y con la ayuda de algunos amigos del ambiente hípico, averigüé sobre los hábitos de Falcón y con un cacho de fortuna lo encontré cerca del mediodía en un restaurante ubicado frente al Hipódromo Chile, acompañado por un hombre bajo y gordo. Falcón debía andar cerca de los cuarenta años y tenía un rostro que recordaba a un pájaro de rapiña, de esos que no vacilan en arrebatar los gusanos a otras aves de menor tamaño. Vestía un impecable terno negro y una corbata de lunares multicolores que habría avergonzado al payaso más avezado.

En la mano derecha portaba un teléfono celular que en los quince minutos que lo estuve observando accionó a los menos una media docena de veces.

Mientras bebía un cortado, pensé en la mejor forma de abordar al preparador que, a la distancia y por la manera que tenía de dirigirse al hombre que lo acompañaba, parecía moverse por la vida con una gran dosis de mal genio. Decidí ocupar la placa de comisario que años atrás había comprado a un raterillo del Mercado Persa y usar el viejo truco de hacerme pasar por detective de la Policía de Investigaciones. Era un recurso que generalmente daba frutos y que aparte de inquietar al entrevistado, me ahorrraba explicaciones acerca de mi oficio de investigador privado.

Falcón tragó el anzuelo rápidamente y después de observar la placa hizo un gesto nervioso que su acompañante, un sujeto bajo, moreno y regordete, interpretó como una orden para ponerse de pie y dirigirse hacia la salida del restaurante, sin antes dejar de mirarme de reojo como para evaluar el peso de mis intenciones.

—Supuse que deseaba conversar a solas conmigo —dijo Falcón una vez que perdió de vista al sujeto regordete. Luego se dio tiempo para accionar su celular y leer un mensaje de texto que acababa de recibir.

—Hago un trabajo de rutina, señor Falcón —dije cuando vi que el preparador dejaba su celular sobre la mesa—. Indago algunos antecedentes acerca del malogrado jinete Felipe Romero, con el que usted tuvo relaciones profesionales. Me interesa conocer los motivos que pudo tener para suicidarse.

—¿Se trata de eso y nada más? —dijo Falcón, de manera despectiva.

—¿Esperaba que le planteara algún asunto relacionado con apuestas o intervenciones ilícitas en las carreras?

—Desde luego que no —respondió a la defensiva—. Pero dudo que pueda servirle de mucho. No soy psicólogo ni me meto en la vida de la gente que me presta servicios, salvo que hagan algo que les impida cumplir con lo que les pido.

—Romero condujo caballos de su propiedad en el último año. ¿Qué me puede decir de él?

—Lo hizo una veintena de veces y unas pocas de ellas en forma exitosa. Me hablaron bien de él y quise conocer su mano. Más no podría decirle, porque hago mis contactos con los jinetes a través de Millares, mi secretario —dijo dando a entender con un gesto que se trataba del sujeto regordete que un momento antes estaba con él.

—Otras personas con las que conversé me dijeron que Romero era un jinete aplicado.

—Eso también oí decir, pero conmigo no siempre lo fue. Faltaba a los entrenamientos y en un par de ocasiones se bajó del caballo media hora antes de las respectivas carreras. Se quejaba de que no le dábamos caballos ganadores, y en parte tenía razón porque doy a correr mis mejores pupilos a los jinetes de mi entera confianza.

—Y según usted, ¿a qué se debía la conducta de Romero?

—Al parecer, y no me consta, en los últimos meses descubrió el mundo de las

fiestas y las mujeres cariñosas. No estoy en contra de la diversión, pero la hípica es una actividad seria y es inaceptable que los jinetes lleguen trasnochados o con unas copas de más. Es peligroso para ellos y no ayuda en nada a conservar el prestigio de la actividad. Eso lo aprendí de mi padre.

—De quien tengo entendido heredó el negocio.

—Y con mucho orgullo, a pesar de los comentarios mal intencionados que hacen en mi contra los envidiosos de siempre. Es cierto que mi padre me dio la oportunidad de entrar a la hípica por la puerta grande, pero no soy un aparecido. Desde niño he estado cerca de los caballos y aunque mi padre me obligó a estudiar en la universidad, siempre supe que terminaría a cargo del corral. Por eso, al momento de escoger una disciplina universitaria, opté por estudiar veterinaria.

—Lo que dice me hace pensar que le va bien en la actividad.

—Parece que usted no es aficionado a las carreras.

—Las apuestas no son bien vistas en mi institución —dije en un tono que no admitía dudas acerca de mi apego a las órdenes y los reglamentos.

—Consulte las estadísticas de preparadores y verá que estoy entre los primeros de la lista.

—Lo haré y tal vez, ahora que estoy investigando al jinete Romero, tenga la excusa necesaria para ir al hipódromo y jugar unos pesos.

Falcón sonrió complacido e hizo una pausa para contestar una llamada.

—¿Tiene alguna otra consulta? —preguntó un rato más tarde.

—¿Sabe a dónde iba Romero a divertirse? Me refiero a esas fiestas de las que habló anteriormente.

—Lo ignoro, pero mi secretario tal vez pueda darle esa información. A él le oí comentar que Romero tenía una especial debilidad por la juerga.

—Desgraciadamente se fue cuando yo llegué.

—No tenía por qué escuchar esta conversación y además debía ir a ver a unos potrillos que saldrán a remate la próxima semana.

—Veo que le gusta pensar en el futuro.

—Hay que sembrar para cosechar.

—Seguramente eso también se lo enseñó su padre.

—Como muchas otras cosas más. Mi padre pasó toda su vida entre los caballos y las pistas de carreras. En los remates podía reconocer a un campeón con una sola mirada.

—¿Participaba algún caballo de su corral en el clásico que ganó Romero?

—Dos. Corripio, el tercer favorito en las apuestas, y Tuesday que llegó penúltimo.

—Un amigo que sabe de carreras me comentó que el ganador fue mal conducido en las primeras distancias.

—Veo demasiadas carreras y por lo general me concentro en la actuación de mis ejemplares. Solo puedo asegurarle que el caballo de Romero avanzó como tromba al

entrar en tierra derecha. Y cuando eso sucede, hay que romper los boletos apostados a otros caballos y pensar en la siguiente carrera. La hípica es una aventura permanente.

—Una interesante manera de aceptar las derrotas.

—Me gustan las carreras porque son imprevisibles. Sería muy aburrido si en todas las competencias ganara el caballo que tiene la mejor opción en el papel. Los caballos no son máquinas y pueden fallar. Y los jinetes, ni qué decir, solo son pequeños humanos propensos a cometer errores al menor descuido.

—¿No se le ocurre algo más que decirme sobre Romero? —pregunté, algo cansado con la filosofía autosuficiente del preparador.

—Nada. Lamento que tuviera un final tan triste.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a su secretario?

—En estos momentos debe ir rumbo al establecimiento donde se realiza el remate de los potrillos, pero más tarde o mañana puede ubicarlo en nuestro corral o en este mismo restaurante.

—Gracias por su tiempo, señor Falcón —dije mientras me ponía de pie.

—Casillero y Mega. Recuerde esos nombres. Si su jefe le permite ir al hipódromo, el próximo sábado podrá terminar con algunos billetes en los bolsillos.

—Gracias, nunca están de más unos billetes —dije mientras caminaba hacia la salida.

15

El resultado de las conversaciones con los preparadores me confundió. Existía un verdadero y un falso jinete. Uno tenía futuro. El otro llegaba tarde o faltaba a los entrenamientos. ¿Quién mentía entre las personas con las que había conversado? O nadie mentía y solo se trataban de apreciaciones diferentes sobre una misma persona. Me pregunté sobre mis próximos pasos, mientras miraba por la ventana de la oficina buscando una respuesta en el paisaje de casas, edificios y calles que se recortaba sobre un horizonte de nubes rojas. Sospechar, seguir arañando los muros con mis dudas, especular acerca de la doble vida del lobo con piel de oveja. Estaba cansado y las huellas de la resaca revivían mi última conversación con Anselmo. Su soledad me dolía como un aguijón y hacía aflorar el hastío de andar escudriñando historias ajenas, secretos, vicios inconfesables, manías, conductas extrañas que la gente prefería callar. Apoyé mi rostro en la cubierta del escritorio y cerré los ojos.

Dormía, o tal vez pensaba que dormía, cuando escuché sonar la cargosa

campanilla del teléfono. Levanté el fono, oí que alguien decía mi nombre y demoré más de la cuenta en reconocer la cavernosa voz de Moretta.

—¿Me escucha? —preguntó el apostador.

—Su llamada me sorprendió dormitando. Ha sido un día pesado y...

—Quería saber cómo le ha ido en su trabajo —interrumpió—. Quedé pensando en lo que le dije acerca de los preparadores y me pregunté si había seguido mi consejo.

—Revisé algunos programas y llegué a una lista de cuatro preparadores.

—¿Quiénes? —inquirió Moretta, impaciente.

—Falcón, Martel, Zabala y Palma —respondí.

—¿Conversó con ellos? ¿Sacó algo en limpio?

—Nada que valga la pena compartir con usted —dije, recordando las aprehensiones de Anselmo respecto al apostador.

—No crea que trato de meterme en sus asuntos, pero he meditado acerca de su trabajo y me parece que no es descabellado pensar que alguien pudo ayudar a Romero a tomar su última decisión. No digo que lo colgaran, pero sí que lo colocaran en una situación desesperada.

—¿A qué quiere llegar, Moretta?

—He oído decir que Martel tenía un buen motivo para perjudicar al caballo conducido por Romero.

—¿Perjudicar a su caballo? No me pareció que Martel fuera alguien al que le agrade perder.

—Quizás Martel quería obtener un beneficio mayor.

—El premio del clásico era sustancioso y Horus pagaba un dividendo bastante interesante para alguien que pudiera apostar una buena suma de dinero.

—No estaba pensando en el dinero. El despecho y los celos suelen ser malos consejeros.

—¿Qué insinúa?

—Usted sabe que al bar llega mucha gente con sus chismes. Se dice que el dueño de Horus, Vicente Godoy, es el amante de la esposa de Martel; por eso, éste le habría ordenado a Romero echar para atrás al caballo. Sin embargo, el jinete desobedeció las instrucciones porque Godoy sospechó que le estaban haciendo trampa y le ofreció una buena recompensa por ganar el clásico.

—¿Me está diciendo que Martel pudo matar a Romero?

—No, pero después de la carrera le habría enrostrado su traición y augurado un mal futuro. Es fácil hacer correr rumores y crear mala fama a una persona. Que es flojo o cobarde. O que da mala suerte.

—No me convence su historia, Moretta.

—Apunte sus tiros hacia Martel y le aseguro que obtendrá una buena presa.

Volví a recordar la opinión que Anselmo tenía sobre Moretta y guardé silencio por algunos segundos.

—Piense en lo que le he dicho y me encontrará la razón —agregó Moretta.

—¿Por qué se molestó en llamar por segunda vez? —pregunté.

—Ya le dije que usted me simpatiza. Cuando oí el chisme del amante lo relacioné de inmediato con la muerte de Romero y decidí contárselo.

—Está uniendo hilos equivocados. No es el fin del mundo perder una carrera.

—Un propietario de caballos no tiene muchas oportunidades de ganar un clásico de importancia. Se necesita suerte y un caballo de esos que no todos los días llegan a los corrales. Estoy seguro de que a Vicente Godoy no le daba lo mismo el resultado. Martel lo sabía y por eso pudo chantajear a Romero para obtener el resultado que deseaba.

—Hay algo que no me convence. Si Martel detesta tanto a Godoy, ¿por qué habría de adiestrar a uno de sus caballos?

—Godoy es dueño de Horus en sociedad con un empresario que tiene otros caballos bajo el cuidado de Martel. Caballos de primera línea que nadie se puede dar el lujo de despreciar.

—Los negocios pueden más que los asuntos del corazón.

—Parece que empezamos a entendernos, Heredia.

—No cante victoria antes de tiempo. Su hipótesis es muy frágil.

—Hágame caso, Heredia. No se arrepentirá.

* * *

La llamada de Moretta agregó un puñado más de arena al ya pesado costal de mi confusión. ¿Qué debía hacer? Miré el teléfono con intención de arrojarlo por la ventana, apachurré el cigarrillo que fumaba y después de deambular por el departamento, tomé mi chaqueta y salí a caminar por el barrio. Las sombras igualaban las desgastadas fisonomías de las construcciones y muchas de las tiendas habían cerrado sus puertas y apagado las luces de sus vitrinas. El barrio comenzaba a transformarse en la boca de lobo en la que se convertía cada noche, intimidando a las personas que debían transitar por sus calles y creían ver en cada esquina la presencia de un extraño dispuesto a arrebatarles sus carteras y bolsos. Era la hora en que aparecían los cartoneros que recogían cajas, diarios, botellas y cualquier otro desecho que más tarde podía convertirse en dinero.

Caminé hasta la Plaza de Armas y seguí mi recorrido hasta llegar a la Unión Chica, donde en un pasado cada vez más lejano solía encontrar a Cárdenas, Teillier y a otros poetas que animaban una prolongada copa de amistad y comentarios sobre el mundillo literario. Apenas empujé la pesada puerta giratoria del bar divisé al Escriba, sentado junto a una mesa, escribiendo en la gruesa agenda que siempre portaba consigo. Me sorprendió verlo en el bar. Primero porque lo suponía de viaje, y luego porque era una hora en la que habitualmente estaba en su casa, intentando avanzar en la trama de alguna de sus historias o leyendo uno de los tantos libros que mantenía

apilados en distintos rincones del departamento que compartía con su esposa, sus hijos y un gato llamado Balzac. Nos habíamos conocido veintitantos años atrás, en una época en la que él estaba cesante y sobrevivía enviando sus cuentos a concursos, haciendo clases en un secretariado y vendiendo seguros. Fue en nuestro primer encuentro cuando le regalé el borrador de la novela que había intentado escribir en los últimos meses y que en realidad no era más que una centena de páginas con descripciones desordenadas de posibles personajes y situaciones. Le pedí que leyera el texto y que si le interesaba lo reescribiera a su antojo, o a su tinta para ser más exactos. Me hizo caso y opinó que lo más rescatable eran las anécdotas que se contaban. Meses después, en una pensión del Barrio San Telmo de Buenos Aires escribió los tres primeros capítulos de la novela que dos años más tarde publicó un editor de apellido Paredes, y en la que me costó reconocerme, pese a que fue el inicio de una saga en la que supuestamente recreaba algunas de mis investigaciones. Nunca le pedí un peso ni le pregunté si ganaba dinero con sus libros. Solía pagar las cuentas de lo que bebíamos en nuestras citas y a veces, cuando me veía tocando fondo, deslizaba algunos billetes en los bolsillos de mi chaqueta. En una ocasión en la que ganó un concurso literario organizado por un instituto que funcionaba en una casona repleta de palomas y murciélagos, me llevó tres cajas de vino a mi oficina y me regaló un terno negro que usé durante un par de años, hasta que pude ver reflejado mi rostro en el brillo de sus codos. Salvo dos o tres, y pese a que todas las restantes estaban debidamente ordenadas en mi biblioteca, no había leído ninguna de sus otras novelas ni me interesaban los comentarios que sobre ellas salían de vez en cuando en los diarios.

A menudo el Escriba me hacía contarle los casos que investigaba. Tomaba apuntes en su agenda y si el caso estaba en desarrollo, hacía acotaciones respecto a sus proyecciones, a los posibles sospechosos y a las claves para su resolución. Pero rara vez conseguía pegarle el palo al gato. Lo suyo eran las palabras, no las investigaciones, a pesar de que solía decir que no había mucha diferencia entre escribir una novela y pesquisar un caso. No sabía casi nada de armas, venenos o huellas dactilares, y según sus propias confesiones, para abordar ciertos temas debía documentarse en libros o recurrir a la ayuda de sus amigos. Nuestra amistad se mantenía sólida y muchas veces me preguntaba si acaso eso no se debía a que los dos encontrábamos en el otro lo que siempre habíamos querido ser: él un detective y yo un escritor.

Me senté a su lado y lo observé escribir un par de líneas con su despatarrada e indescifrable caligrafía.

—Suponía que andabas en España —le dije a modo de saludo.

—Regresé hoy por la mañana. Fue un viaje de una semana. Demasiado corto para disfrutar todo lo que quisiera de España y demasiado largo como para seguir extrañando a mi gente.

—¿Nunca te cansas de escribir? —le pregunté cuando le vi guardar su bolígrafo y

cerrar la agenda.

—¿Nunca te cansas de investigar? —me preguntó a su vez, y al tiempo que hacía una seña al mozo que lo atendía, agregó—: Supongo que vas a beber el vodka de costumbre.

—Prefiero una cerveza. Anoche tuve una dura jornada de copas y cada vez que eso ocurre me cuesta más recuperarme.

—De vez en cuando hay que darle una mirada al carné de identidad.

—No estamos tan viejos como para que hablemos de achaques.

El Escriba hizo un gesto de indiferencia y por unos segundos prestó atención a la copa de vino que tenía a su alcance. También el tiempo había dejado huellas en él. Lucía canas, arrugas y una calvicie que avanzaba con tranco vigoroso.

—¿Qué sabes de caballos y apuestas? —le pregunté.

—Tenía cinco años cuando mi padre me llevó a un hipódromo por primera vez. Me dio un billete y se lo jugué a Yako, un potro colorado que ganó de punta a punta. Debo haber tenido la suerte de los primerizos. Años más tarde trabajé vendiendo boletos de apuestas y tenía un amigo con el que nos asociábamos para participar en apuestas combinadas que exigían ganar en varias carreras sucesivas. Ganamos dos veces la Quintuple en el Club Hípico y en otra ocasión perdimos por nariz en la última etapa de la Quinta del Chile. El caballo se llamaba Kiosco y su atropellada fue tardía. En la actualidad sigo los resultados de las carreras por los diarios y de vez en cuando entro a un Teletrak para averiguar si el buen olfato no me abandona.

—Entonces no necesito decirte quién fue Felipe Romero.

—Leí la noticia de su suicidio. ¿Por qué lo mencionas?

—Me pidieron investigar los motivos que tuvo para colgarse.

—¿Qué se supone que debes hacer?

—Conversar con quienes lo conocieron.

—No pareces muy contento con ese trabajo.

—Como diría el escribiente Barteby: Preferiría no hacerlo. Pero como es Anselmo quien desea conocer las razones, no me puedo negar.

—¿Qué interés tiene él en el asunto?

—Felipe Romero era su hijo —dije y quedé a la espera de la reacción del Escriba—. Me enteré de ese vínculo recién hace unos días. Anselmo está desmejorado y deprimido. Un poco por la muerte de Romero y otro tanto porque ya no está en edad de seguir acarreado diarios por las mañanas ni de soportar los fríos que pasa mientras atiende el quiosco. Temo que se enferme.

—El viejo es de buena madera y va a estar bien mientras se mantenga activo —dijo el Escriba, y luego de observarme beber un sorbo de cerveza, agregó—: Jamás hubiera imaginado que Anselmo tuviera un hijo bajo la manga.

Durante la media hora siguiente lo puse al tanto de mi investigación y de las dudas que comenzaba a tener acerca de las andanzas de Romero hasta el día de su muerte. El Escriba me escuchó con atención, fumó un par de cigarrillos y terminó de

beber su copa de vino.

—Seguir los consejos de Moretta no me parece tan descabellado. Tampoco presionar a Martel y tratar de averiguar algo acerca de las fiestas a las que asistía Romero —dijo el Escriba—. Siempre es bueno repartir los huevos en varias canastas, sobre todo si se trata de averiguar un asunto tan doloroso.

—No necesitas decírmelo, Escriba.

—Intuyo que hay algo más que te preocupa.

—A medida que investigo, descubro que hay distintas imágenes de Romero entre la gente que lo conoció. El eterno intercambio de máscaras que algunos realizan para no andar desprotegidos por la vida.

—O para engañar intencionalmente a quienes les rodean.

—Hasta Anselmo teme que aparezca una verdad desagradable.

—Mayor razón para no dejar ningún cabo suelto.

—Se diría que sabes mucho de investigaciones.

—Te lo he dicho en otras ocasiones. Escribir implica investigar hechos que están en nuestra imaginación y nuestros sentimientos. ¿O nunca has oído hablar del misterio de la página en blanco?

16

Anselmo había escuchado con atención el relato de mi última conversación con Moretta. Estábamos compartiendo el café que había preparado en la cafetera eléctrica que mantenía dentro de su quiosco, junto a un equipo de fax y una radio que le permitía escuchar los partidos de fútbol del fin de semana.

—¿Te parecen creíbles los celos de Martel? —le pregunté.

—Moretta no me simpatiza y el asunto de la infidelidad me parece un tanto rebuscado. Cuando yo aún estaba en actividad trató de comprarme para amañar a su antojo el resultado de una carrera, y como no acepté su propuesta, mandó a dos jinetes a hacerme una encerrona a la entrada de la tierra derecha. Tuve que frenar el caballo y se produjo una rodada que terminó conmigo y dos compañeros más en el hospital. Uno de ellos se lesionó la columna y quedó inválido. Ahora va en silla de ruedas a pedir limosna a la sucursal hípica de su barrio. No me convence su repentino deseo de ayudar. Una cosa es que de tarde en tarde afloje algún dato y otra que pierda su tiempo en algo que no le debería reportar ninguna utilidad.

—Eso último es lo que más dudas me provoca.

—Salvo que exista algo que desconocemos y que sí afecta sus intereses.

—De todas maneras voy a seguir su pista, aunque nos conduzca a un callejón sin salida.

—Y quiere que le ayude, ¿o me equivoco?

—Si pregunto a Martel si su esposa lo engaña, lo más probable es que me parta la crisma.

—De ser cierta la historia de Godoy con la mujer de Martel, lo más probable es que más de alguien conozca sus detalles. Daré una vuelta por el hipódromo y conversaré con los conocidos que encuentre. Lo haré para demostrarte que Moretta es un pajarraco al que no se le debe creer nada.

Me despedí de Anselmo y ocupé varias horas en tratar de ubicar a Millares sin obtener un resultado que compensara el esfuerzo. Primero me enteré que esa mañana no iría al hipódromo y luego esperé en vano, durante tres horas, a que llegara al restaurante donde se reunía con Falcón. Regresé a la oficina, di de comer a Simenon y volví al hipódromo. Tampoco tuve suerte, porque en el corral me dijeron que la ausencia de Millares se prolongaría hasta el día siguiente. Pensé en abandonar la búsqueda, pero antes de irme del corral conversé con un empleado que me indicó dónde quedaba su casa.

La información no me permitió ubicar a Millares, pero como ocurre en todo barrio que se precie de tal, no fue difícil encontrar a una vecina dispuesta a hablar de las intimidades de los demás. Hacía seis meses que el secretario de Falcón se había mudado a otra comuna, en compañía de su madre y dos hermanas menores. La chismosa, una mujer rubia y gorda que estaba al tanto hasta del menú diario de cada uno de sus vecinos, me dijo que desconocía la nueva dirección, pero al pasar, y como si fuera algo de amplio dominio en el vecindario, agregó que Millares era soltero y que en el último año había realizado evidentes progresos en su trabajo, porque había adquirido un vehículo y una serie de electrodomésticos, entre los que la vecina recordaba un par de televisores y una centrífuga. Cuando conseguí despedirme de ella, solo atiné a alejarme lo más rápido posible del lugar y buscar un sitio donde beber un café. A pesar de los muros, de las cortinas y las puertas con doble cerradura, la vida de cualquiera era una imagen expuesta en una vidriera.

A la luz de las infidencias de la vecina era evidente que Millares disponía de una buena tucada de dinero para sus gastos. Me pregunté si el dinero provenía de su sueldo de secretario, era fruto de sus apuestas en el hipódromo o de alguna otra actividad hasta ese momento desconocida. Bebí el café y leí durante un rato el diario que el dueño del boliche había dejado de lado, luego de protestar por el aumento de los asaltos callejeros y de los robos a locales comerciales. El diario no contenía ninguna noticia interesante y reiteraba una larga lista de calamidades que hacían dudar de la cacareada racionalidad del ser humano. Pedí un segundo café y ocupé algunos minutos en observar a la gente que pasaba por la calle, jugando a adivinar sus ocupaciones o el lugar al que se dirigían. Con el tiempo se había acentuado en mí la

predisposición al ocio, y al igual que Simenon, disfrutaba de unas horas junto a la ventana o en una plaza pública, dedicado a observar el escenario de la vida con la inquietud que me daba no poder modificar el libreto.

Por la tarde, cerca de las siete, me sumé a la marcha cabizbaja de la gente que regresaba a sus casas, y sin prisa me dirigí al bar donde Moretta pasaba gran parte de sus horas. Apenas ingresé al bar, el mozo que me había atendido en la visita anterior me dijo que el cartillero no estaba. Para no perder el viaje, le pedí un corto de pisco y me quedé junto a la barra, sintiendo que el tiempo se convertía en una nube que se desplazaba con excesiva lentitud.

—¿Moretta recibe muchas visitas? —le pregunté al mozo, sin otra pretensión que acompañar la bebida con unos minutos de charla.

—Usted sabe cómo es el negocio del hombrón. Siempre hay aficionados que desean ganar más de lo que ofrecen los hipódromos o bien no tienen con qué jugar y se acogen a los préstamos de Moretta. Lo triste es que casi siempre pierden y después aparecen con la cola entre las piernas a pedir una prórroga del préstamo, sin medir los intereses que deberán pagar al viejo usurero.

—¿Qué pasa si no pagan?

—No me haga hablar de más.

—Escuchas y ves lo que ocurre diariamente en el bar —dije al tiempo que deslizaba un billete de cinco mil pesos por la cubierta sebosa del mesón.

—Moretta tiene sus métodos de cobranza y tarde o temprano recupera su dinero. Por lo general emplea a dos ayudantes que van a los domicilios de los deudores y acarrear con televisores, electrodomésticos, radios, o lo que pillen y tenga algún valor.

—¿Nadie lo ha denunciado a la policía?

—Dos o tres lo han intentado, inútilmente. Moretta tiene santos en la corte y sabe utilizarlos cuando necesita eludir a la justicia. No falta el carabinero o el juez que le debe un favor y hace la vista gorda cuando se trata de atrincar al viejo.

—Supongo que también vienen a verlo jinetes o preparadores.

—No falta el que desea compartir sus datos. El jinete que sabe que su caballo está a punto, el cuidador que da fe de la enfermedad de un caballo o el preparador que tiene la intención de ganar una carrera aunque nadie le da la más mínima opción a sus adiestrados. En esas visitas radica el secreto de su negocio.

—¿Recuerdas los nombres de alguna de esas visitas?

—Tengo mala memoria, amigo.

—Otro billete te puede refrescar la memoria.

—No cuando se trata de nombres.

—¿Martel?

—No.

—¿Palma?

—No.

—¿Falcón?

—No.

—Realmente padeces un serio problema de memoria.

—Una lástima, pero no se haga mala sangre por eso.

—¿El dueño del bar sabe a qué se dedica Moretta?

—La mayoría de los que entran a este lugar conocen su negocio y el dueño mejor que nadie. A cambio de su comprensión, Moretta le da algunas migajas de la torta.

—No le tienes mucha simpatía a Moretta.

—Una vez tuve la mala ocurrencia de pedirle un préstamo. De tanto ver la carne expuesta, quise comer un buen filete. Pero el caballo que elegí no llegó a ninguna parte. Era una buena cantidad de dinero y tuve problemas para devolverla en el plazo estipulado. Fue entonces cuando conocí a los ayudantes de Moretta. Han pasado diez años desde entonces, pero cada vez que lo recuerdo me da la misma vergüenza que sentí cuando le expliqué lo sucedido a mi esposa y a mis hijos. Lo mejor es no apostar ni un céntimo —agregó el mozo, alzando el tono de su voz.

Con las apuestas hípicas siempre tenía suerte o buen olfato para escoger el caballo adecuado, lo que no significaba que ganara todas las veces que apostaba. El secreto, si podía llamarse así, estaba en que más allá de los pesos que a veces me proporcionaba, la hípica era para mí una entretenición, y luego, si hilaba más fino, una metáfora de la vida que enseñaba a luchar hasta el último aliento y a no olvidar que la pista solía estar dominada por lo inesperado y que dentro de ella existían otros caballos con derecho a hacer valer sus méritos.

A los cinco o seis meses de instalar la oficina de investigaciones y cuando comenzaba a lidiar contra las deudas que imponían una razonable duda sobre el futuro del sucucho, me había dejado convencer por Anselmo para jugar mis últimos billetes a Colutorio, un caballo que reaparecía en las competencias después de un año de inactividad a causa de una lesión rebelde en uno de sus remos. La carrera era en la distancia de dos mil metros y Anselmo aseguraba que Colutorio tenía el aguante suficiente para llegar a la meta con ventaja. Fue la primera vez que grité a pleno pulmón mientras los caballos recorrían la tierra derecha. Colutorio partió en los últimos lugares y durante gran parte de la carrera su nombre fue omitido por el locutor del hipódromo, lo que me hizo pensar que había apostado a las cuatro patas de un fantasma. El relato siguió centrado en los dos competidores que peleaban por la punta, pero cien metros antes de la meta, Colutorio inició una atropellada que le hizo cruzar la meta con media nariz de ventaja sobre su rival más cercano. Anselmo se puso a saltar de alegría y comenzó a repetir una y otra vez los antecedentes que había tenido en cuenta para escoger a nuestro caballo, desde el linaje de sus ancestros hasta su adaptabilidad a las pistas barrosas y las largas distancias. Celebramos el triunfo con una buena cena y al día siguiente fui a la casa de la viuda que me arrienda desde entonces el departamento y dejé en sus manos los billetes suficientes para pagar los dos meses de arriendo que le adeudaba y adelantar el pago de uno más.

Anselmo apareció en la oficina diez minutos antes de la medianoche. Su rostro mostraba las huellas de una jornada de mucho trajín, pero apenas me vio frente al escritorio, pendiente de la trama de una novela de Sjöwall y Wahlöö, dejó aflorar una sonrisa de oreja a oreja. De sus labios colgaba un cigarrillo a medio consumir y entre sus brazos, como si se tratara de un crío de pocas semanas, portaba una bolsa de papel.

—Me alegra verte de mejor ánimo —le dije mientras Anselmo sacaba desde la bolsa una reluciente botella de vino.

—No crea en todo lo que ve, don. Solo le puse un paréntesis a la tristeza.

—No me digas nada, creo adivinar el motivo de tu sonrisa. Acabas de seducir a una nueva vecina del barrio. ¿Quién es la afortunada? ¿La gordita que vende plantas en la florería o la cajera de la tienda que se inauguró la semana pasada?

—Frío, frío. No estoy con entusiasmo para nuevos romances ni en edad de abordar a mozas tan impetuosas.

—¿Ganaste una Triple?

—Qué más quisiera, don. Desde que murió Felipe ni siquiera he mirado un programa de carreras.

—¡Me rindo! A esta hora de la noche no tengo mucho ingenio para las adivinanzas —agregué al tiempo que descorchaba la botella con el tirabuzón que guardo en uno de los cajones del escritorio.

—Va a necesitar más de un trago para pasar la noticia que le traigo —dijo Anselmo mientras se dirigía a la cocina con inusitada agilidad.

—¿Me traes una mala noticia?

—Todo depende desde dónde se mire.

—¿Cuál es el chiste? —pregunté cuando lo vi de regreso portando un par de copas que se apresuró en llenar.

—Moretta le hizo tragar una tortilla añeja —respondió Anselmo imponiendo un sonsonete burlón a su voz—. La infidelidad de la esposa de Martel es un cuento antiguo, de seis o siete años atrás.

—A veces las venganzas toman su tiempo —respondí.

—El responsable de los cuernos no fue Vicente Godoy, sino que un jinete que actualmente reside en Panamá.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Hablé con gente que trabaja en diversos corrales y coincidieron en la misma historia. El asunto llegó a su fin cuando Martel puso tienda aparte y se separó de la mujer. El preparador movió sus influencias y ninguno de sus colegas volvió a contratar al jinete. Meses después el látigo decidió irse del país, acogiendo una oferta para trabajar en Colombia, que hasta ese momento no había querido aceptar.

—Y la mujer fue tras los pasos del jinete —interrumpí.

—Se equivoca, la mujer no quiso seguir al jinete y terminó sin pan ni pedazo.

—Te concedo el punto, Anselmo. Ahora lo importante sería saber qué pretendió Moretta al contarme una mentira.

—Nada bueno, seguramente —comentó Anselmo y sin dar pie a ningún argumento que liberara de sospechas al apostador, agregó—: Últimamente anda distraído. Le dije que era bastante rara la llamada de Moretta.

—No creas que me dejé engañar tan fácilmente. Eso que tú dices lo pensé desde un comienzo.

—El viejo cuento de los generales victoriosos después de la guerra.

—Debes reconocer que no tengo muchas pistas para descubrir lo que te interesa —dije algo molesto.

—Eso no justifica que le metan el dedo en la boca.

—Tal vez el viejo ya tiene un tanto ida la cabeza y recordó la historia como si hubiera ocurrido recientemente.

—No se engañes nuevamente. El rol del abuelito gagá no calza con la personalidad de Moretta.

—Moretta tendrá que darme una buena explicación cuando le cuente en qué terminó su historia.

—Sacará un as falso desde bajo la manga o dirá que fue mal interpretado. Moretta suele tener explicación para todas y cada una de sus mentiras.

—La conducta de Moretta se suma al enigma del suicidio de Romero —dije luego de un rato y enseguida, recordando las palabras de Falcón sobre el jinete, agregué—: También me gustaría saber por qué no todos los preparadores tenían la misma opinión sobre Felipe.

—¿A qué se refiere, don? —preguntó Anselmo.

—Falcón no estaba muy contento con el trabajo de Felipe. Tu muchacho faltaba o llegaba tarde a los trabajos de la semana y solía quejarse por los caballos que le asignaba Falcón.

—Probablemente al muchacho no le gustaba el trato que le daba Falcón. La fama del preparador no es de las mejores. Insulta a los jinetes, les exige más de la cuenta y los contrata en las peores condiciones.

—De ser así, lo lógico es que Felipe hubiera dejado de trabajar con él.

—Se nota que no conoce el ambiente, don. Descartar a un preparador es difícil para alguien que está empezando o para quien necesita ganar unos pesos a cualquier precio, como ocurre con la mayoría de los jinetes que no son estrellas.

—En todas partes se cuecen habas —dije, sin querer profundizar en los juicios del preparador sobre el comportamiento de Romero.

—Podría contarle muchas anécdotas sobre la relación entre jinetes y preparadores, pero prefiero dejarlo para otra ocasión. Estoy cansado y quiero volver a mi casa. La trashedada de la otra noche me dejó tiritón. A cierta edad uno debe aprender a controlarse.

—No hay edad para una farra o una cana al aire.

—¿Está seguro de lo que dice, don?

—No, pero siempre es bueno darse ánimo.

Acompañé a mi amigo hasta la puerta del edificio y lo vi alejarse en dirección a la Estación Mapocho. Luego regresé al departamento y por algunos segundos observé la botella que había compartido con Anselmo, como si desde su interior pudiera emerger un genio capaz de explicarme la conducta de Moretta. Sin embargo, el genio tenía otros asuntos que atender y el cansancio acumulado sobre mis párpados me hizo aceptar que había llegado el momento de irme a la cama y olvidar a Romero por algunas horas. Le concedí unos minutos más a la novela de Sjöwall y Wahlöö, y cuando noté que me costaba pasar de una línea a otra, cerré el libro y apagué la lámpara del velador.

Desperté a las tres de la tarde del día siguiente y después de preparar un café aguachento, me puse a leer un antiguo ejemplar de La Tercera que encontré en la cocina. Sin embargo, pronto mi lectura fue interrumpida por el bullicio que comenzó a llegar desde la calle. Me acerqué a la ventana y en la esquina de las calles Aillavilú y Bandera divisé a un grupo de cuarenta o cincuenta personas que gritaban y saltaban, como si estuvieran celebrando el triunfo de su equipo de fútbol favorito. Presté atención a los gritos y después de algunos segundos logré entender que la gente festejaba la muerte de Pinochet.

—¿Qué sucede? —oí que preguntaba Simenon desde el rincón donde yacía despatarrado.

—Murió el miserable —le respondí y sin esperar sus comentarios, corrí hacia el dormitorio y encendí el televisor que tenía sobre una mesa de rincón.

La primera imagen que vi fue la de una veintena de personas que lloraba apostada frente a la puerta principal del hospital donde días atrás había sido internado el dictador. Enseguida oí la voz de un periodista informando que el general había muerto hacía treinta minutos y que sus partidarios comenzaban a llegar hasta el recinto hospitalario.

—Parece que esta vez es verdad —dije a Simenon, mientras veía que más allá de la ventana del dormitorio comenzaba a diluirse una suerte de nube espesa y negra, que no supe reconocer si era real o estaba en mi imaginación.

—Satanás va a tener trabajo extra —sentenció Simenon, colocándose a los pies del televisor.

No supe qué responder y me limité a observar en silencio la pantalla, temiendo que de un momento a otro el periodista dijera que la noticia era una broma urdida por el fenecido comunismo internacional o alguna otra monserga de las que solían escucharse durante la dictadura. La cámara mostró a la gente que seguía llegando al hospital, portando banderas y fotos del dictador, y enseguida dio paso a otra imagen, en las que una pobladora, con lágrimas en los ojos, recordaba a su padre detenido desaparecido. Quise gritar o sonreír, pero sentí que en mi ánimo se imponía el dolor

de una historia que nunca tendría fin. La pesadilla latente me seguiría acompañando hasta el último de mis días y la muerte del tirano, rodeado de impunidad y honores, no podría borrarla. Me limité a seguir observando las imágenes y luego de un rato bajé a la calle a ver de cerca la manifestación de la gente.

Los gritos y consignas me aturdieron hasta que fui atrapado por el súbito abrazo de una mujer morena que estampó la alegría de dos besos en mis mejillas sin afeitado. Como tantos otros, y durante mucho tiempo, había imaginado la muerte del dictador. De una y mil maneras la había deseado, siempre en el marco de un día gris, como las solapas de su uniforme o la piel de las ratas. Un día amargo para él, igual que la soledad de sus víctimas o el destino de los cuerpos que había ordenado arrojar al mar o enterrar en sitios clandestinos. Durante mucho tiempo había imaginado su muerte y los cambios que se vivirían a partir de ese momento. Sin embargo, la realidad me golpeaba en las narices con una puerta que no conducía a ninguna parte que no fuera al permanente festín de sus cómplices. El país demoraría mucho tiempo en cambiar. Los militares ocultaban sus garras momentáneamente, los banqueros y empresarios llenaban sus faltriqueras y las personas seguían en sus pellejerías cotidianas, temerosas, dispersas, confundidas la mayoría por la fanfarria de la publicidad que ofrecía el paraíso personal a cambio del adormecimiento perpetuo. No podía alegrarme. Su muerte no borraba el sufrimiento de los torturados ni de los caídos. No borraba el dolor de los exiliados, de los familiares de los detenidos desaparecidos ni de los humillados de tantas maneras y durante tanto tiempo. No borraba la larga lista de sus bellaquerías ni relevaba de culpas a sus secuaces. Militares que observaban desde las sombras, ministros que habían firmado los decretos y oficios de la muerte, voceros de las mentiras y las infamias. Toda una época de espantos dominada por los mismos que rendían homenaje a la carroña. Él y los suyos habían quebrado la vida de muchos y eso no tenía reparación. Solo podía alegrarme porque había sobrevivido y era capaz de resistir a los encantadores de serpientes.

Seguí a la distancia al grupo de manifestantes y cuando estaban por llegar a la Plaza de la Constitución, entré a un café donde una veintena de clientes miraban con atención las imágenes reproducidas en una enorme pantalla de televisión. Al principio tuve la impresión de que nadie se atrevía a hacer algún comentario, pero al cabo de un rato escuché a un hombre que maldecía al dictador, y a otro que le contestaba con un recocado discurso sobre la supuesta liberación de las garras del comunismo. El resto de los clientes, por miedo o indiferencia, mantuvo silencio, atento a la pantalla o al fondo dorado de sus cervezas. Bebí el café que solicité a un mozo calvo y con el recuerdo de la mujer morena que me había abrazado, salí a la calle y me puse a caminar sin rumbo fijo, reviviendo pasajes de mi vida desde el día del golpe militar. Pensé que la indiferencia de alguna gente se debía a que el dictador había muerto a destiempo, cuando su fin no significaba mucho y más que nada era un cadáver incómodo para quienes deseaban blanquear la sangre y convertir el dolor en un mero dato estadístico.

Era pasada la medianoche cuando regresé al departamento. Puse un disco de Isabel Aldunate en el equipo de música y con la misma emoción de otros años escuché su interpretación de Yo te nombro libertad, la canción que recreaba los hermosos versos de Paul Eluard. Con Simenon sobre las piernas me dediqué a observar la ciudad convertida en un horizonte de pequeñas estrellas que titilaban con desgano. Brindé a la salud de la vida, recordé la consigna que muchas veces había visto rayada en los muros y le dije a Simenon que para mí jamás habría olvidado ni perdón.

—Beberé una o dos copas y luego pensaré en el trabajo de mañana —agregué mientras sentía que las sombras llegaban a acompañarme y a lo lejos se seguían escuchando las consignas contra el tirano.

18

La llamada de Stevo me sorprendió en mitad del desayuno. No esperaba que el gitano se acordara de mi encargo y menos que jugara al misterio diciéndome que me esperaba a las doce, en El Burro Alemán, a la entrada de la calle Matucana. Me armé de paciencia y salí de la oficina pensando en lo que tendría que decir Stevo. Abordé un tren en la Estación Calicanto, hice el cambio de línea en Los Héroes y seguí en dirección a la Estación Central, donde me bajé impulsado por el codazo desmedido de una anciana que parecía tener prisa por llegar a su cita con el enterrador. Volví a la superficie utilizando una escalera mecánica que acusaba la falta de unas gotas de aceite en sus engranajes. En los pasillos de la estación se promovían los negocios más dispares, desde un teléfono móvil que permitía tomar fotografías, hasta cursos de gimnasia, bebidas energéticas y matrículas preferenciales en universidades privadas cuyos nombres nunca había escuchado, pero que de seguro exigían que sus alumnos tuvieran padres con billeteras gruesas y resistentes.

Hacía muchos meses que no transitaba por el lugar y pese a eso, y al igual que en otras oportunidades, recordé la primera vez que hice un recorrido en el Metro, por el corto tramo de la línea que unía la Estación Central con la Estación Salvador. Fue el año 1975, a pocas semanas de la inauguración del transporte subterráneo, cuando aún estudiaba en la universidad y cualquier pretexto, incluso un paseo en el ferrocarril subterráneo, era suficiente para hacer la cimarra y no asistir a las tediosas clases de Introducción al Derecho que impartía un profesor de rostro avinagrado.

Un bullicio insoportable de máquinas aplanadoras y taladros me recibió cuando

llegué a Matucana. Estaban cambiando el pavimento de la calle y una de sus franjas lucía completamente destrozada, como si hubiera sufrido el impacto de un meteorito. Caminé por la acera poniente, atento a los nombres de los restaurantes, y cuando empezaba a pensar que Stevo me había hecho una jugarreta, vi el letrero de El Burro Alemán. El restaurante poseía el encanto de un funeral y era el típico boliche del barrio Estación, algo descuidado y oscuro. Tenía dos pequeños salones en los que se apretujaban una veintena de mesas redondas, cubiertas con descoloridos manteles de hule. En un rincón divisé un wurlitzer del que brotaba la voz de Luis Alberto Martínez y alrededor de una de las mesas vi a cuatro hombres que tenían el aspecto de ser parte del grupo de obreros que trabajaban en la pavimentación de la calle. Comían deprisa y estaban pendientes de la puerta del boliche, tal vez esperando que de un momento a otro entrara el capataz para ordenarles que volvieran a las faenas. En otra de las mesas, un hombre de bisoñé y grueso bigote negro ordenaba un alto de facturas y hacía algunas anotaciones en lo que supuse sería el libro de contabilidad del restaurante.

Una mujer baja y rolliza merodeaba alrededor de las mesas, atendiendo a otros clientes con la severidad de un juez de boxeo. El resto del lugar era similar a los que frecuentaba en los alrededores de la Estación Mapocho o del barrio Franklin. Tenía sus paredes recubiertas con propaganda de licores y cigarrillos, cartulinas con los precios de los platos que ofrecía a sus clientes, fotos de artistas y el infaltable letrero que decía: Hoy no se fía.

Ocupé una mesa y me senté a esperar. Stevo llegó con diez minutos de retraso. Vestía su raído traje gris de costumbre y cubría su cabeza con un sombrero de alas anchas. Se detuvo en la entrada, observó a la clientela y cuando me reconoció se acercó a mi mesa con la agilidad de una rata rumbo a la bodega de los quesos.

—Disculpa el atraso y que te citara lejos de tu barrio, chileno. Tuve que despistar a un gil que suele andar por los alrededores de tu oficina —dijo al tiempo que miraba de reojo hacia la puerta del restaurante.

—¿Acreedor o marido celoso?

—No es broma, chileno. El tipo está empeñado en cobrar un par de centavos que le pedí prestado para comprar remedios a mi madre.

—Hasta donde recuerdo, tu madre murió hace diez años.

—El problema es que el tipo se enteró y ya no tengo excusa para dilatar el pago de la deuda. Pero no hay mal que dure cien años y tú me vas a ayudar a salir del entuerto, chileno.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Vas a tener que pagar un buen dinero por la información que te traigo.

—No nos veamos la suerte entre gitanos, Stevo. Suelta lo que tengas que decir y después vemos cuántas chauchas caen de mis bolsillos.

—Malo, muy malo, chileno. Por lo menos coloca una morenita sobre la mesa.

Llamé a la gorda que atendía a los clientes y le pedí una malta de litro.

—Ahora, suelta el rollo, gitano —le dije un rato más tarde, después que la gorda nos sirviera la cerveza.

—Pregunté por Romero entre mis conocidos. Al principio nadie decía algo llamativo, hasta que un paisano habló de las drogas que se venden entre la gente del ambiente. A muchos jinetes les cuesta mantener el peso y recurren a la coca o las anfetaminas para disminuir el apetito.

—Conozco la música. ¿Cómo entraba Romero en esa orquesta?

—El jinete iba a un lugar donde se mueven muchas drogas y al parecer se interesaba en ellas.

—¿Compraba? ¿Vendía?

—Lo ignoro, chileno.

—¿De qué lugar estamos hablando?

—Un club ubicado en la Gran Avenida, a la que van jinetes y futbolistas. Quise conocerlo, pero por mi aspecto no me dejaron pasar más allá de la puerta. Tal vez tú tengas más suerte. El lugar se llama Azabache.

—¿Se puede confiar en tu informante?

—El paisano es un tanto borracho, pero no miente.

—¿Puedo hablar con él?

—No, chileno, por ningún motivo. Si se sabe que el paisano anda haciendo esos comentarios, seguro que le vuelan la testa. Por si no lo sabes, la droga es un buen negocio en el ambiente y hay varios traficantes que son dueños de caballos.

—Y si es un asunto tan peligroso, ¿por qué me das la información?

—Porque me ofreciste dinero y odio las drogas. Mi hermano de quince años se hizo adicto y enloqueció. Lo mataron los carabineros mientras asaltaba un pequeño supermercado con la intención de obtener dinero para comprar drogas. Por mí, que revienten de una vez por todas a los cabrones que venden esa porquería.

Puse sobre la mesa el dinero que portaba en mi billetera y le pasé diez mil pesos.

—No es mucho dinero, chileno —dijo Stevo, con desencanto.

—¿Con quién crees que estás tratando? Es un tercio de toda mi fortuna, gitano. Y si tu información es buena, no lo olvidaré la próxima vez que nos veamos.

—Peor es mascar lauchas, chileno.

—Ahora podrás saldar las deudas con el tipo que te sigue los pasos.

—¿Y los remedios de mi madre?

—Vas a morir en tu ley, gitano.

—No le cuentes a nadie que te soplé el nombre del club —agregó el gitano, mirando una vez más hacia la puerta del restaurante.

—De mi nadie lo va a saber, Stevo.

—Te creo, Heredia. Conozco a un paisano que dice que tú eres una buena persona. Que le ayudaste a encontrar al chileno que violó a su hermana y no le cobraste un veinte.

—¿Yo hice eso, gitano?

* * *

Drogas. El dato de Stevo dio vueltas dentro de mi cabeza durante toda la tarde. Por momentos, mientras esperaba el hervor del agua para preparar café o miraba por la ventana el quiosco de Anselmo, pensé que podría tratarse de uno de los tantos embustes del gitano y que éste solo quería obtener alguna ganancia a costa de mi interés por los pasos desconocidos de Felipe Romero.

Stevo me había sorprendido con su información y no era deschavetado imaginar que alguien había pagado al gitano para que me contara un cuento. Pero más allá de mis dudas y de la constante manía de querer ver bajo el agua, sus palabras eran lo suficientemente contundentes para pensar que Romero había sido atrapado en la telaraña de drogas y sus traficantes. Luego de varios intentos fallidos logré conversar con Carmelo Silva, el jinete amigo de Romero, quien se sorprendió tanto como yo cuando hice mención a los dichos del gitano. Silva descartó de plano que Romero estuviera vinculado al consumo de drogas. Le pregunté si en el último tiempo había notado cambios en el comportamiento de Romero y con bastante molestia me señaló que dejara en paz la memoria del muerto. Después no quiso hablar más del tema y cortó la comunicación con el pretexto de que tenía otros asuntos que atender.

Más tarde salí a recorrer el barrio, entré al Teletrak a jugar un par de carreras que aportaron unos pocos pesos al siempre debilitado espesor de mi billetera, y a la distancia observé tres o cuatro veces el quiosco de Anselmo sin tener el valor de acercarme para contarle los últimos avances de la investigación. No quería herirlo anticipadamente con una duda que requería de más indagaciones para convertirse en certeza o descartarla completamente.

* * *

El Club Azabache tenía una entrada que debía pasar inadvertida durante el día y que por la noche destacaba por el discreto letrero de neón instalado sobre ella. Junto a la puerta estaba un vigilante vestido de negro que luego de observarme con atención me señaló el comienzo del extenso pasillo que conducía al salón donde se encontraba la pista de baile y una veintena de mesas separadas por tabiques que garantizaban la privacidad de los clientes. Hacía mucho tiempo que no entraba a un lugar similar y mientras me acercaba a una enorme barra rodeada de asientos giratorios, sentí que más de una mirada curiosa seguía mis pasos. Di un vistazo a mi alrededor y vi una buena cantidad de escotes que me hicieron desear tener veinte años menos y algunas dotes para el baile. Me resigné a ser la inoportuna mosca sobre el pastel y ocupé uno de los asientos junto a la barra. Un barman, joven y delgado, que lucía una polera negra con la publicidad de Jack Daniels estampada a la altura del pecho me observó un instante y enseguida se acercó a mi lado.

—¿Está seguro que no se equivocó de lugar, tío? —preguntó—. Si busca diversión le puedo recomendar un lugar donde hay chicas cariñosas. No está lejos de aquí y le aseguro que lo atenderán de mil maravillas.

Había pensado en conversar con el barman para ganarme su confianza, pero su pregunta me resultó tan simpática como una patada en las canillas. Opté por sacar mi falsa credencial de tira y la dejé sobre la barra.

—Dónde me divierto es asunto mío, sobrino. Por ahora ando en plan de trabajo.

—¿Policía? —preguntó, intimidado.

—Un policía al que no le gusta perder su tiempo.

—¿Qué busca?

—Un vodka tónica y algunas respuestas.

El barman preparó la bebida y la dejó a mi alcance.

—Me contaron que a este lugar vienen algunos jinetes —dije con aparente indiferencia.

—Aquí viene mucha gente. Se baila, se hacen amistades y tenemos todos los papeles en regla. ¿Cuál es el problema?

—¿Conoces a un jinete que se llama Felipe Romero? —pregunté luego de probar la bebida.

—Puede ser, pero aquí viene mucha gente y no a todas las conozco por sus nombres.

—¿Puede ser? Puede ser que quieras hablar, y también puede ser que te lleve a otro sitio menos atractivo que este club. Tú escoges, sobrino.

—¿Cómo dijo que se llamaba el jinete?

—Felipe Romero —respondí y enseguida hice una rápida descripción física del finado.

—Hace varios días que no aparece por el club. ¿Le pasó algo?

—Decidió morir antes de tiempo.

—¿Romero está muerto? —preguntó el barman con una incredulidad que me pareció auténtica.

Asentí y probé otro poco de bebida.

—Se colgó de una viga y ahora está convertido en un puñado de cenizas —agregué.

—¿Se suicidó? Aquí nadie ha hecho el más mínimo comentario sobre su muerte.

—No me extraña. Desde el tiempo de los cristianos que las noticias tardan en llegar a las catacumbas.

—Era un tipo tranquilo, reservado —comentó el barman—. ¿Pero qué pito toca el club en el asunto?

—Ninguno hasta ahora. Estoy aquí por un asunto de rutina. Intento recomponer los pasos del jinete durante las últimas semanas.

—¿Solo eso? —preguntó el barman, desconfiado.

—Hay que empezar por alguna parte, sobrino.

—Venía dos o tres veces a la semana, casi siempre al filo de la medianoche. Solía llegar solo, pero no le costaba mucho congeniar con otros clientes.

—¿Se juntaba con alguien en especial?

—No que lo recuerde —dijo el barman, y al tiempo que desviaba su mirada hacia un rincón apartado del salón, agregó—: Tomaba unas gaseosas y a veces bailaba con una mina que estuviera sin compañía.

—Algo me dice que no eres totalmente sincero, sobrino. Recuerda que te dije que podemos ir a conversar a otra parte.

—Tenía un amigo con el que siempre conversaba. Un tipo bajito y más viejo que él.

—¿Recuerdas su nombre?

—No.

—¿Estás seguro?

—Ya le dije que aquí viene mucha gente.

—¿Tuviste la ocasión de escuchar alguna de sus conversaciones?

—No, siempre ocupaban uno de los reservados. Y además trabajo de barman, no de oreja.

—Cada cual trabaja en lo que puede. Tengo un amigo que ha trabajado de aplauso y de humo.

—¿Cómo es eso?

—Si te portas bien te lo contaré cuando acabe con mis preguntas —dije, y luego de volver a llevar la copa a mis labios, agregué—: Cuéntame algo más de Romero y su amigo.

—¿Qué quiere que le diga? Hablaban un rato, bebían una copa y luego el amigo del jinete se iba. El tipo parecía andar siempre apurado.

—¿Algo más?

—No. Tampoco me preocupaba mucho de ellos. Solo eran parte del paisaje.

—¿Recuerdas que algún cliente te hiciera comentarios acerca de Romero?

—No suelo compartir con los clientes. Me limito a llenar sus copas.

—Sigue así y te van a contratar de diplomático.

—Le estoy diciendo la verdad. Si usted no me hubiera metido conversa, me habría limitado a servirle su trago. Es lo que suelo hacer con los clientes.

—Admiro tu discreción, sobrino. ¿Has vuelto a ver al amigo de Romero?

—Hace varios días que no aparece. Probablemente se enteró de la muerte del jinete.

—Es posible que así sea, pero en mi trabajo no descarto nada que pueda convertirse en una pista.

—Cada loco con su tema.

—Hace un rato me dijiste que Romero solía compartir con los clientes. ¿Hay alguno de ellos que se encuentre aquí en estos momentos?

El barman dio una mirada a los clientes y movió la cabeza.

—Hay un cliente que viene a diario y que también solía conversar con el jinete. Domínguez, un tipo que tiene dos pizzerías en el sector. Le gusta la jarana y suele llegar acompañado de amigas que cambia con envidiable facilidad. Seguro que aparece esta noche. Si tiene paciencia, es probable que pueda conversar con él.

—Paciencia tengo de sobra, pero vodka ya no me queda mucho. ¿Puedes hacer algo por remediarlo? —pregunté indicando mi vaso.

El barman me sirvió el segundo trago de la noche. Encendí un cigarrillo y por un instante observé a una pareja que bailaba en la pista a un ritmo que me hizo temer por la integridad de sus huesos.

—¿Cómo es eso de su amigo que trabajó de aplauso y de humo? —preguntó el barman.

—Es simple, sobrino. De aplauso lo hizo una vez que iba pasando frente a un restaurante donde grababan la actuación de un cantante para la televisión. Un desconocido lo atajó en la calle y le dijo que a cambio de beber y comer lo que quisiera, debía aplaudir con entusiasmo cada vez que el artista terminara una canción. Mi amigo pasó dos horas aplaudiendo y salió del lugar con una borrachera de la que le costó varios días recuperarse. Y en otra ocasión, para la escena de una serial de televisión que grababan en un boliche de medio pelo, se necesitaba que el protagonista apareciera rodeado de una nube de humo. Los productores no tenían hielo seco para simular el humo. Le pidieron a mi amigo y a otros tipos más que fumaran a las espaldas del protagonista. En veinte minutos fumó una cajetilla de cigarrillos y consiguió figurar en los créditos de la serie.

* * *

Domínguez apareció una hora más tarde, acompañado de una pelirroja delgada y risueña. La mujer ocupó una de las mesas y Domínguez se acercó a la barra para pedir unos tragos. El barman preparó las bebidas y mientras lo hacía lo puso al tanto de mi existencia. Me presenté y le expliqué que andaba tras las huellas de Romero. Domínguez se tomó el asunto con calma. Llevó las bebidas hasta la mesa ocupada por la colorina y enseguida regresó a mi lado, dispuesto a conversar.

—Amigos, lo que se dice amigos, no éramos —dijo, pausadamente—. Yo lo ubicaba porque voy a menudo a las carreras de caballos. La primera vez que lo vi le ofrecí una copa y conversamos un rato. Eso es todo.

—Pero esa no fue la única vez que conversaron.

—Seguimos viéndonos en este lugar. A veces compartíamos una copa y conversábamos de los caballos que montaba. Ocasionalmente me sugería alguna apuesta.

—¿Alguna vez le contó que tuviera problemas?

—Romero solo hablaba de carreras. Y hasta ahora ignoraba que estuviera muerto.

—Nuestro amigo el barman me dijo que usted no era el único que conversaba con el finado.

—Romero iba de una mesa a otra y en todas era bien recibido. Supongo que eso se debía a los consejos hípicos que solía dar.

—¿Alguna vez le pidió dinero por sus datos?

—A mí, nunca. Al resto de la gente, no lo sé.

—¿Vendía alguna cosa entre los clientes? —pregunté, cuidando de no mencionar el asunto de las drogas.

—¿Qué podría haber vendido? —preguntó Domínguez y me dio la impresión de que intentaba ganar unos segundos antes de responder.

Observé a Domínguez, presté un rato de atención a mi copa y encendí un cigarrillo. Noté que el comerciante me miraba de reojo.

—¿Qué vendía? —pregunté, dispuesto a presionar a Domínguez—. Y no diga que lo ignora. Mi intuición rara vez falla y ahora me dice que usted miente.

—No tengo nada que ocultar. Vengo aquí a divertirme, y en eso no hay nada de malo.

—Como le dije hace un rato a nuestro amigo barman, para llegar a la verdad hay un camino corto y otro no tanto. El primero acaba en esta conversación y el segundo frente a un fiscal interesado en acusarlo de narcotráfico. Usted sabe que algunos fiscales son capaces de acusar a sus padres con tal de aparecer diez segundos en la tele.

Domínguez miró a la colorina y dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto le pagan por joderle la vida a la gente? —preguntó.

—Muchos menos de lo que usted gana vendiendo *pizzas*.

—¿Cómo sabe lo de las pizzerías?

—¿No ha oído decir que el mundo es un pañuelo?

—De vez en cuando yo le compraba un par de huiros —dijo Domínguez con desgano—. Otros de sus clientes preferían emociones más fuertes.

—¿Vendía drogas?

—Toda la que uno podía necesitar —respondió Domínguez y al ver la expresión de mi rostro, preguntó—: ¿De qué se asombra? ¿No lo sabía?

—Muchas personas, entre las que me incluyo, tienen otra imagen del muerto.

—No pretendo ser soplón, pero cuando alguien decía que necesitaba alguna droga, Romero comentaba que conocía una persona a la que se le podía comprar. Puedo asegurarle que algunos clientes venían a este lugar solo por contactarse con él.

—¿Tiene idea desde cuándo vendía las drogas?

—A lo menos desde un año a esta parte.

—¿Consumía drogas?

—No, que yo sepa.

—El barman me dijo que Romero se reunía con un amigo. ¿Sabe de quién se trata? ¿Conoce su nombre?

—Sé quién es, pero ignoro cómo se llama. Una vez le pregunté por él a Romero y me dijo que era un pariente al que le había ayudado a obtener un empleo en el hipódromo.

—¿Y usted le creyó?

—¿Y por qué no? Si converso con alguien es para pasar un rato.

—Muerto Romero, es probable que su amigo no aparezca nunca más por estos lados.

—Podría apostar a que sí lo hace —dijo Domínguez y me dio la impresión de que el comerciante se arrepentía de sus palabras.

—¿Por qué tiene tanta seguridad en eso?

—Por nada en especial. Supongo que al tipo le gusta el lugar.

—Usted no me engaña, Domínguez. Y supongo que tampoco quiere pasar un mal rato. Explíqueme por qué está tan seguro de que volverá a aparecer el amigo de Romero.

—No quiero ganarme nuevos problemas.

—Si es sincero, podrá regresar pronto al lado de la linda pelirroja que le acompaña —dije y luego de esbozar una sonrisa, agregué—: Dicen que acostarse con una colorina da buena suerte, y si usted colabora, no tendré motivo para privarlo de la posibilidad de mejorar su fortuna.

—No me refiero solo a sus amenazas. No lo sé a ciencia cierta, pero deduzco que podría haber cierta gente a la que no le gustaría saber que he conversado con usted.

—Todo lo que me diga quedará entre nosotros.

—Este sitio es un club normal en muchos aspectos y la mayoría de los clientes también lo es. Hay gente que viene a bailar, a tomar unos tragos y luego se va. Pero también existen ciertas actividades que no se ven en la superficie. Entre ellas, el asunto de las drogas y el de las mujeres que vienen a ofrecer compañía a los clientes que están solos. No son chicas del montón. Son jóvenes, bonitas, discretas, y para acceder a sus servicios hay que disponer de bastante dinero.

—¿Y eso qué tiene que ver con el amigo de Romero?

—El tipo está entusiasmado con una de las minas que suelen aparecer cada noche. Los he visto y no hay que ser muy agudo para darse cuenta de que al hombre se le cae la baba por ella.

—¿Cómo se llama la mujer?

—Irma, pero seguro que ese es su nombre de batalla.

Tomé una servilleta de las que se encontraban en un plato, sobre el mesón y anoté mi número telefónico. Luego se la pasé a Domínguez.

—Si aparece Irma o el amigo de Romero, no les diga nada de nuestra conversación. Solo llámeme. Al igual que algunas farmacias o botillerías de urgencia, atiendo durante las veinticuatro horas del día.

—Cuente con ello —dijo Domínguez.

—Vuelva a su mesa. No sea cosa que por conversar con un extraño vaya a perder

el camino hacia la fortuna.

Por un instante quise estar en el pellejo de Domínguez y pasar el resto de la noche en compañía de la colorina.

La cabellera ardiente de la mujer me hizo recordar a Griseta en la época en que nos habíamos conocido. Sentí la puñalada de la nostalgia y vacié el contenido de mi copa. Griseta estaba lejos y en mis manos tenía una verdad que comenzaba a quemarme la piel.

Le dije adiós al barman y caminé hacia la calle.

19

Nunca se sabe dónde comienza la última línea, el borde del abismo, el inevitable inicio de la oscuridad. Se reconoce muy tarde que estamos en la vereda contraria y que lo vivido es una sombra o el recuerdo de esa sombra. Si los dichos de Stevo y Domínguez eran ciertos, quedaba por saber en qué momento Romero había dejado de ser el muchacho a quien tanto quería Anselmo. ¿Deseaba ganar dinero? ¿Recibió una propuesta irresistible? ¿Su muerte, seguía siendo una decisión personal o estaba relacionada con sus negocios al interior del Club Azabache? ¿Y el auto rojo? ¿El auto ocultaba algún misterio por dilucidar o tan solo era un dato desechable? Aún no podía ni deseaba dar por concluidas mis preguntas respecto a la vida de Romero. Quedaba mucho paño que cortar y en el tablero de mis dudas mantenía pendientes dos o tres movidas que debía hacer antes de poner fin a la partida.

Sabía hacia dónde orientar mis próximas pesquisas, pero también tenía claro que ninguna de ellas tendría sentido si no era capaz de contar la verdad a Anselmo.

Consulté la hora en mi reloj y deduje que mi amigo ya habría cerrado el quiosco y debía estar en su casa, salvo que hubiera pasado a conversar con alguna de sus amigas o a jugar una partida de cacho en el bar donde solía reunirse con los miembros de un club social de trabajadores jubilados de la hípica.

Entré a una botillería a comprar una botella de vino y luego me dirigí a la casa de Anselmo. La noche estaba cálida y a través de los parabrisas del auto observé a las numerosas personas que esperaban en los paraderos de buses. Algunas daban pequeños pasos nerviosos, otras fumaban y la mayoría observaba hacia el horizonte con la resignación de un perro abandonado.

No recordaba la última vez que había estado en la casa de Anselmo, ubicada en una cité de la calle Independencia, próxima al Hospital Clínico de la Universidad de

Chile, donde mi amigo fue operado después de rodar sobre la pista del hipódromo. Anselmo vivía en tres habitaciones antiguas pero bien conservadas. Una de ellas era el dormitorio, presidido por la cama de dos plazas que había sobrevivido a su primer matrimonio, y un televisor instalado sobre una cómoda. En la segunda pieza tenía instalado un amoblado de comedor y la última estaba acondicionada como sala de visitas, con dos sillones amplios, una mesa de centro y varias repisas en las que Anselmo mantenía una serie de adornos de dudoso gusto y su colección de novelas de Silver Kane. A los costados de las repisas colgaban los trofeos que había ganado como jinete y una decena de fotos en las que aparecía festejando algunas de sus victorias.

Golpeé a la puerta y al cabo de un rato vi aparecer a Anselmo, luciendo un colorido delantal que lo cubría desde el pecho hasta las rodillas. En una de sus manos portaba una cuchara de palo y en la otra un paño de cocina con dibujos de animales.

—¿Qué pasó, don? —preguntó, asombrado por mi presencia—. ¿Problemas?

—Andaba por el barrio y decidí hacerte una visita. Espero no interrumpir ninguna reunión íntima —le respondí, al tiempo que le mostraba la botella de vino que sostenía en mi mano izquierda.

—Pase. Estaba a punto de preparar unos macarrones con mantequilla y queso parmesano que van a quedar de rechuparse los dedos —dijo Anselmo indicando con la cuchara hacia el interior de la casa.

Seguí a Anselmo hasta la sala de estar y me senté en uno de los sillones. Anselmo fue a la cocina y regresó con un sacacorchos. Una vez que tuvimos nuestras copas bien provistas, ocupó el segundo sillón y me observó a los ojos, como tratando de descifrar mis intenciones.

—¿De qué se trata, don? —preguntó luego de probar el vino—. Eso de que andaba paseando por el barrio no se lo creo ni aunque me lo jure de rodillas. Si vino hasta mi casa es porque tiene algo importante que decirme. ¿Qué pasa? ¿Surgió alguna novedad en la investigación?

—Necesito hacerte un par de preguntas.

—¿No pudo esperar hasta mañana?

—Temo que mis preguntas te incomoden.

—Desembuche, don. Después de la muerte de mi hijo, puedo aguantar cualquier cosa.

—¿Con qué frecuencia veías a Felipe antes de su muerte?

—Siempre lo veía menos de lo que yo deseaba. Conversábamos algunas palabras cuando nos cruzábamos en el hipódromo. Él se interesaba por mi salud, yo por su trabajo. A veces me hablaba de las posibilidades que tenían sus caballos. Usted sabe, don, cosas que se hablan a la pasada.

—Eso quiere decir que no sabías cómo se encontraba, si tenía alguna preocupación, algún proyecto en especial.

—Nada de eso, don. Tampoco le interesaban mis historias de jinete, como cuando

él era niño y soñaba con seguir mis pasos. Es lo que parece les ocurre a todos los padres cuando dejan de ser los héroes preferidos de sus hijos y se convierten en unos viejos lateros que no tienen nada nuevo que decir.

—Recuerda que él no sabía que tú eras su padre.

—Padre, padrino, tío. El título da lo mismo. Felipe tenía una vida en la que yo no importaba mayormente.

—¿Notaste algún cambio en su conducta en esos últimos encuentros?

—Estaba más seguro de sí mismo. Y supongo que eso se debía a que ya era un hombre hecho y derecho, ganaba su plata y le iba bien en lo que hacía. ¿Qué ocurre, Heredia? ¿Para qué tantas preguntas y tantos rodeos?

Tomé mi copa, bebí un trago de vino y la volví a dejar sobre la mesa de centro.

—¿Has pensado que Felipe pudo estar metido en líos de drogas?

—Jamás me ha pasado por la cabeza una barbaridad de ese calibre.

—¿Estás seguro? Tal vez sospechabas algo al respecto y por eso me pediste investigar el motivo de su muerte.

—¿Me está acusando de algo? Solo quiero saber qué lo impulsó a suicidarse.

—Tengo el testimonio de dos personas que vinculan a Felipe con la venta de drogas —dije y antes que Anselmo volviera a decir algo, le hablé de mis conversaciones con Domínguez y Stevo.

—Ignoro quién es el tal Domínguez y al gitano lo conozco de sobra como para no creerle nada de lo que dice. Sé que es capaz de cualquier martingala con tal de ganar unos pesos.

—Los testimonios admiten una duda razonable acerca del negocio en el que podía estar metido tu hijo. No es agradable y no es lo que esperaba averiguar, pero es un hecho que nos podría ayudar a descubrir un motivo para su muerte.

—Cuando Felipe comenzó a interesarse en los caballos sentí que de alguna manera regresaba a lo mejor de mi pasado. Llegué a soñar que él triunfaba en el extranjero y se convertía en un segundo José Santos —dijo Anselmo con voz pausada, como si temiera equivocarse en el uso de sus palabras.

—Lo que dices son buenos recuerdos, pero no me sirven para resolver mis dudas. Debo comprobar o descartar que traficara drogas.

—Una vez más se está haciendo cargo de patrañas.

—Para bien o para mal, hay que llegar a la verdad —dije alzando la voz y luego, al ver que Anselmo esquivaba mi mirada, agregué—: Sé que no quieres pensar mal de tu hijo. Me lo dijiste días atrás, cuando revisamos la grabación de la última carrera de Romerito que tú mismo te encargaste de conseguir. En esa oportunidad coincidimos en que la carrera había tenido un desarrollo extraño.

—¿Y eso qué tiene que ver con las drogas? —dijo Anselmo.

—Por un momento, solo por un momento, acepta que Felipe pudo estar involucrado en la venta de drogas y que alguien que estaba al tanto de eso lo presionó para que hiciera una mala carrera con Horus.

Anselmo quedó en silencio, dejó vagar su mirada por las fotos colgadas en los muros de la habitación y luego se cubrió el rostro con las manos, como si con ello pudiera ocultar su cansancio o desilusión.

—¿Vale la pena seguir investigando? —preguntó al cabo de un rato—. Sería mejor no remover más las cenizas. El dolor de Marta será doble si llega a saber que su hijo anduvo en malos pasos.

—La investigación alcanzó un punto desde el que no podemos retroceder.

—¿Y a quién le importa eso? Felipe está muerto y sus cenizas en el cementerio.

—No podemos ocultar la verdad porque ella no nos satisface.

—Los jóvenes se equivocan. Si lo que usted sospecha es verdad, solo debió ser un pequeño error. Una situación de la que pudo salir si hubiera tenido alguien que lo aconsejara a tiempo.

—No estoy juzgando a Romerito antes de tiempo. Pero solo investigando sabremos si tu hijo estaba comprometido en asuntos turbios.

—Preferiría abandonar la investigación.

—Quedarás con la espina clavada hasta el último de tus días.

—Es extraño, pero ahora que puede existir un motivo, me parece más aceptable la idea del suicidio. Quizás fue su manera de escapar.

—Ojalá tuviera una respuesta para eso, Anselmo.

—Yo debía haber estado a su lado. Tal vez me habría contado lo que le pasaba.

—No te culpes, Anselmo. Hace un rato me dijiste que él ya no se interesaba por tus historias.

—¿Qué piensa hacer, don? —preguntó Anselmo luego de alzar sus hombros en un gesto de desaliento.

—Tengo un par de conversaciones pendientes.

—Concluya su investigación, don. Deje a Felipe en paz.

—No, Anselmo. No puedo hacer lo que me pides.

—A mi edad uno cree que la vida le ha hecho todas las zancadillas posibles, pero siempre hay algo más que nos destruye las alegrías —dijo Anselmo, y como si de pronto lo que le rodeaba hubiera carecido de sentido, su mirada pareció perderse en un horizonte imaginario.

—Tú y yo sabemos que la vida nos golpea al menor descuido.

—Es lo que solía decir mi padre, quien ni siquiera tuvo la posibilidad de ponerse en guardia. Trabajó toda su vida en los corrales, limpiando la mierda de los caballos y cargando forraje. Cuando el cuero no le dio más, lo despidieron y obtuvo una jubilación que apenas le daba para comer la mitad del mes. El día que gané mi primera carrera le regalé una parte del dinero que me dieron. No era mucho, pero al viejo le pareció una fortuna. Cuando iba al hipódromo se sentía orgulloso de ver mi nombre en los programas y en las pizarras que entonces se usaban para identificar a los jinetes. Sin embargo, la alegría le duró menos que un suspiro. Mi madre murió antes que yo ganara mi primer clásico y al hombre se le fue el mundo abajo. Se dejó

estar y murió en una sala de hospital. Los médicos dijeron que fue a causa de una neumonía. Yo tenía veinte años. Archivé mis penas y pasé los siguientes diez viviendo como si tuviera el cielo al alcance de mis manos. Mujeres, fiestas, buena ropa y hasta un par de viajes al extranjero. Me creí el cuento y bajé la guardia. El resto de la historia usted lo conoce, don.

—Pudo ser peor, Anselmo. Otros, con un accidente similar, terminan muertos — dije, al tiempo que escuchaba el silbido de una tetera en ebullición que llegaba desde la cocina.

Anselmo se puso de pie y caminó hacia la cocina. Cesó el silbido de la tetera y el quiosquero regresó a mi lado.

—Ya no tengo ganas de preparar macarrones —dijo, y luego de sentarse en uno de los sillones, agregó—: Lo que más me duele es pensar que Felipe nunca supo que yo era su padre.

—¿Por qué nunca me contaste la historia de tu hijo?

—Todos tenemos historias que de un modo u otro nos complican, pero no siempre encontramos a alguien que las escuche o tenemos el ánimo de recordarlas. O tal vez se trata de esos secretos que se guardan porque al fin de cuentas solo tienen importancia para uno mismo. ¿O me va a decir que yo conozco su vida al dedillo, don?

—Hay cosas sobre mí que ni yo mismo me atrevo a reconocer. Cosas que recuerdo de mala gana o que definitivamente prefiero olvidar. Dolores, culpas, errores, pequeñas miserias que he ocultado a lo largo de mi vida. Por eso le cuento mis historias al Escriba, para que él me invente una vida que tenga mayor sentido o sea más luminosa.

—Cuando lo vea, pídale que me invente una vida en la que siempre corra caballos ganadores —dijo Anselmo y se quedó viendo el fondo de su copa.

—Deja que decante el dolor, Anselmo. Tú y yo sabemos que tienes el cuero duro.

—Debe ser cierto, don. De lo contrario mis huesos estarían blanqueando hace tiempo en el cementerio.

—También tenemos la posibilidad de abrir otra botella y recordar buenos tiempos.

—No esta noche, Heredia. Usted tiene que seguir haciendo preguntas y yo debo abrir el quiosco muy temprano.

—Eso quiere decir que puedo seguir investigando.

—Haga lo que le dicte su conciencia, don. Yo seguiré siendo su amigo hasta el último segundo de carrera.

—¿Puedo irme sin temor a que hagas alguna locura?

—¡Váyase tranquilo! Estoy muy viejo para hacer tonterías.

Salí de la casa de Anselmo y sin ganas de esperar un bus o abordar uno de los escasos taxis que pasaban por la calle, caminé la decena de cuadras que me separaban de mi departamento. No encontré a nadie en mi camino ni me sedujeron las luces anémicas de los bares que permanecían abiertos, cobijando a los últimos insomnes de la noche. Pronto amanecería y la ciudad seguiría su marcha sin importarle los dolores encerrados bajo las siete llaves de unas conciencias maltrechas por la soledad o la rutina.

Más allá del resultado de mis pesquisas, Anselmo sobreviviría a la desilusión y sabría acomodar el bulto de la tristeza sobre sus hombros. El viejo *jockey* sabía que perder era la posibilidad más cierta en la carrera de la vida y que solo la muerte podía permitirse el lujo de apostar siempre a ganador.

Frente al río Mapocho, subí las solapas de mi chaqueta y con un cigarrillo en los labios crucé el puente que me acercó a mi departamento, a la mirada inquisidora de Simenon y a un disco de Chet Baker que oí hasta que el sol hizo su entrada definitiva por la ventana del dormitorio. Finalmente, agotado e incapaz de hilar dos ideas sucesivas, establecí una tregua con mis fantasmas y me dormí.

Desperté pasado el mediodía, sobresaltado por un sueño en el que un hombre vestido con impermeable pasaba a mi lado en bicicleta. El sueño tenía los colores de un cuadro de Magritte. El ciclista gritaba algo que yo no conseguía escuchar y cuando trataba de darle alcance para pedirle una explicación, el extraño se elevaba por el aire, impulsado por la repentina ventolera que provocaba una nube azul. Traté de buscar una explicación al sueño y no lo conseguí. Me levanté a preparar el desayuno y a los pies de la puerta del departamento encontré la copia impresa de un correo electrónico que Griseta había enviado al cibercafé que funcionaba en la calle Bandera, a pocos pasos de mi edificio. Uno de los muchachos que atendían el café se encargaba de llevar los mensajes a mi oficina, a cambio de unas monedas y la posibilidad de enterarse de mis asuntos privados. Griseta hacía un rápido recuento de sus actividades de las últimas semanas y luego ocupaba unas líneas para decir que estudiaba la extensión de su beca. Me hice el propósito de contestar el correo, pero apenas pensé en la respuesta me di cuenta de que no tenía mucho que argumentar para hacerle cambiar la decisión de seguir viviendo fuera del país.

Dejé el correo sobre el escritorio y contemplé la oficina detenidamente, como si fuera la primera vez que entraba en ella. Vi el escritorio que tantas veces había usado para escribir los apuntes de los casos que investigaba; el equipo de música y las estanterías con mis libros. Griseta sabe que todo esto es parte de una vida a la que jamás renunciaré, me dije en voz alta, y luego —durante el resto de la tarde— me dediqué a escuchar música y leer una novela que contaba la historia de un joven poeta chino que deseaba aprender a incorporar colores en sus versos. Para adquirir los conocimientos, el poeta debía hacer un largo y tedioso viaje a través de las grandes

extensiones de su país. Pensé que al igual que el chino, debía armarme de paciencia y esperar la llegada de la noche para concretar una de mis conversaciones pendientes.

* * *

No fue tan fácil como lanzar el anzuelo y sentir de inmediato los coletazos desesperados del pez. La primera noche que esperé la llegada del amigo de Romero al Club Azabache, debí conformarme con paladear dos raciones de vodka, conversar a ratos con el barman y observar el desplazamiento de las parejas sobre la pista de baile. Esperé en vano hasta que el barman me dijo que era hora de cerrar y debía irme, a no ser que deseara ordenar las mesas o limpiar los baños. Me preguntó si pensaba regresar y le respondí que lo haría cuantas veces fuera necesario hasta conocer al petiso o a su amiga. La noticia no pareció de su agrado, pero se limitó a darme las buenas noches y a indicarme la puerta de salida.

La segunda noche fue idéntica a la primera, salvo por el hecho de que al llegar, el barman me informó que Irma había estado en el club hasta media hora antes de mi llegada. Pedí un vodka y me acodé a la barra dispuesto a no dejarme amedrentar por el lento paso de los minutos. Durante el día había conversado con Anselmo sin mencionar en ningún momento a su hijo. Más allá de especular sobre el alcance de la relación del jinete con las drogas, no teníamos nada que decirnos al respecto. Era como estar al inicio de una obra de teatro cuyo desenlace intuíamos. Anselmo no me preguntó por el resultado de mis pesquisas ni yo le quise hablar de la visita al club. Hablamos de un par de caballos con posibilidades en las carreras de la tarde y acordamos hacer un fondo común para enfrentar las apuestas. Después Anselmo se dedicó a hablar de las ventas en su quiosco y de la posibilidad de trasladarlo hacia otra esquina. Lo escuché pacientemente y con la absoluta certeza de que jamás abandonaría la esquina donde había trabajado durante tantos años y en la que además de ganarse la vida recibía a sus visitas y conocidos.

El amigo de Romero no llegó la segunda noche ni en las que le sucedieron, hasta que cumplí seis noches de vigilia. En ese tiempo, el barman había abandonado su actitud belicosa y aprovechaba sus ratos libres para hablarme de su trabajo, de los clientes más frecuentes y del dueño del club, al que insistía en liberar de toda responsabilidad respecto de las drogas que iban de mano en mano al interior del salón. Lo escuchaba atentamente y lo dejaba creer que me engañaba, apostando a su obligada complicidad a la hora de tener que identificar al hombre que aguardaba con tanta impaciencia. Y no me equivoqué en mi estrategia.

La séptima noche se encaminaba por el mismo camino de las anteriores, hasta que el barman se acercó a mi lado y en voz baja me dijo que la espera había concluido. Miré hacia la entrada y luego de la sorpresa inicial, pensé en la razón por la cual no había asociado la descripción que tenía del amigo de Romero con el nombre de

Millares, el secretario de Falcón. No supe qué responderme y me limité a observar el terno blanco y la llamativa camisa verde que vestía el hombre que tanto había esperado. Millares se dirigió a una de las mesas desocupadas y conversó un momento con el mozo que se acercó a atenderlo.

—Un *whisky* doble con hielo para la mesa quince —dijo el mozo, un rato más tarde, dirigiéndose al barman que aguardaba con expectación lo que yo haría a partir de ese momento.

El barman colocó el vaso de licor en una bandeja y lo acompañó con un pocillo repleto de maní, pasas y almendras saladas. Decidí ocupar mi tiempo razonablemente y antes que el mozo cogiera la bandeja, me adelanté a sus intenciones y la tomé entre mis manos.

—Puedes descansar unos minutos —le dije al tiempo que le hacía un guiño cómplice. El mozo me observó sorprendido, y cuando pensaba replicar a mis palabras, un guiño cómplice del barman lo hizo permanecer callado.

Avancé hasta la mesa sin saber a ciencia cierta cómo enfrentaría a Millares. Sin embargo, no tuve que pensar demasiado, porque cuando estaba a punto de llegar a mi destino, el secretario de Falcón me miró de reojo y reconociéndome, se puso de pie, empujó la mesa hacia un costado y comenzó a correr hacia la salida. Con algo de tristeza dejé caer la bandeja y salí en persecución de Millares.

No fue mucho lo que pude hacer. Millares corrió deprisa y cuando llegué a la puerta, me tuve que resignar a verlo subir a un auto que estaba estacionado frente a la entrada. Hice el intento de acercarme, pero el vehículo arrancó a la velocidad de un zorro sorprendido dentro del gallinero. Miré hacia donde estaba mi auto estacionado y con una maldición en los labios rehice el camino hacia el interior del club.

—¿Se le escapó el petiso? —preguntó risueño el barman cuando me vio llegar a la barra. Su sonrisa burlesca me molestó, pero preferí guardar silencio y no iniciar un intercambio de trompadas.

—Hay días en que es mejor no salir de la cama —le respondí al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Tendrá que pagar el *whisky* que botó —dijo el mozo que venía de limpiar el licor desparramado bajo la mesa de Millares.

—Eso es lo que menos me preocupa. Puedo pagar esa copa y me quedarán unas chauchas para tu propina.

—Después de esta noche, dudo que el tipo aparezca de nuevo por este lugar —comentó el barman.

—Da igual. Ahora que lo vi, sé dónde lo puedo ubicar sin necesidad de perder tanto tiempo.

—A esta hora el tipo debe estar volando a gran altura —agregó el barman con tono irónico.

—Por si le interesa, tengo el teléfono de la minita que el hombre andaba buscando —dijo el mozo—. En una de esas, ella sabe dónde vive.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —le pregunté.

—Recién se me ocurrió que podría interesarle. Hace tiempo que la minita me dio su teléfono por si aparecía algún cliente interesado en su compañía. Se lo iba a dar al hombre que usted persigue, pero no hubo ocasión de hacerlo.

—La muchacha, Irma, ¿trabaja a domicilio?

—A domicilio, en el auto o en la oficina. La mina no desprecia ningún escenario —dijo el mozo, esbozando una sonrisa de hiena satisfecha.

—Puede ser que eso salve la noche.

—Siempre y cuando tenga algo para darme a cambio del número telefónico —retrucó el mozo—. Si para usted tiene valor la información, para mí también lo debería tener.

—Soy un policía pobre que trata de hacer su trabajo.

—¿Policía? —preguntó el mozo, mirando al barman.

—Me mostró su placa la primera noche que vino —respondió el barman.

—Complicidad o participación en el tráfico de blancas. Es un cargo que te puede ocasionar más de una molestia —dije al mozo, y luego de ver la expresión desencantada de su rostro, agregué—: Parece que te salió el tiro por la culata.

—Intentaba ganar unos pesos extras.

—Como dije hace un rato, hay días en que más vale no salir de la cama.

—Está claro que lo mío no son los negocios —farfulló el mozo, antes de darme el número telefónico de Irma.

Después el barman le hizo una seña y el mozo se alejó de la barra para atender a una pareja que acababa de entrar al salón.

—Supongo que ahora nos dejará en paz —dijo el barman.

—Nunca se sabe, sobrino. Mal que mal, ya me había acostumbrado a este lugar.

—Haga su trabajo y déjenos tranquilos.

—Un poco de calma, sobrino. Imagino que sabrás que el asunto de las drogas que se venden en este lugar no termina con la captura de Millares.

—¿Eso qué significa?

—Por lo pronto, significa que necesito que me prestes un teléfono. Hay una mujer a la que quiero sorprender con mi llamada.

Irma llegó en menos de quince minutos al bar donde la cité, a una cuadra del Club Azabache. Era morena, delgada y no debía tener más de veinticinco años. Sus ojos eran oscuros y sus cabellos, largos y sedosos. Vestía unos pantalones ajustados que realzaban el fuego contenido de sus caderas. Me observó con cierta desconfianza y me preguntó por la forma en la que había obtenido su teléfono. Mencioné al mozo del club y eso pareció tranquilizarla. Le ofrecí algo de beber y pidió un jugo de piña con hielo. Esperé a que probara el refresco y enseguida empecé a contarle la historia que había ideado para la ocasión.

—¿Qué espera que haga por usted? —preguntó una vez que le dije que era policía y la puse al tanto de mi fallido encuentro con Millares. Su voz había adquirido un tono agresivo, pese a lo cual parecía dispuesta a colaborar con tal de salir del lío en que estaba metida por culpa de su entusiasta cliente.

—No tengo nada que ver con los negocios de Millares —agregó la muchacha—. Mi relación con él se limita a lo que usted debe imaginar.

—Creeré en tus palabras, por ahora. Pero puedo cambiar de opinión si no te comportas como espero.

—Jamás he tenido problemas con la policía.

—Para todo hay una primera vez.

—Usted me dirá lo que tengo que hacer —dijo la muchacha.

—Millares debe pensar que conozco dónde vive y es probable que esté buscando un lugar dónde dormir esta noche. Deseo que lo llames y lo invites a quedarse contigo. Deduzco que si fue a buscarte al club, la oferta le resultará atractiva.

—Dudo que quiera juntarse conmigo si está en problemas.

—Millares no debe conocer todavía el verdadero tamaño de su problema. Y si no es así, recurre a tus encantos para que al menos acepte beber una copa contigo.

—¿Y si no quiere?

—Tú y yo habremos perdido esta noche y la oportunidad de seguir siendo amigos.

—Si le ayudo a usted, Millares no olvidará que le tendí una trampa.

—Si mis movidas salen bien, tu amigo no tendrá tiempo de acordarse de ti.

—Y usted, ¿me dejará tranquila?

—Haré cuenta que nunca nos conocimos.

—No es fácil lo que me pide. Millares se porta bien conmigo.

—Lo más probable es que no demores en encontrar a otro buen amigo.

—¿Adónde quiere que lo cite? —preguntó Irma.

—En el restaurante Rimbaud. Dile que es lo único que has encontrado abierto a estas horas.

—Primera vez que oigo mencionar ese lugar.

—Está a la entrada de la avenida Bulnes.

—¿Para qué quiere atrapar a Millares?

—Necesito conversar con él acerca del suicidio del que hablamos al comienzo.

—Usted me resulta extraño. Es más amable que otros policías que he conocido.

Por un momento tuve la tentación de contarle la verdad, pero me contuve. No estaba en edad para dejarme embaucar por unos lindos ojos.

—Has tenido mala suerte —le dije.

—¿No puede resolver el asunto sin involucrarme?

—¿Tanto te preocupa Millares?

—Lo que pase con él me da igual. Estoy pensando en lo que sucederá el día después.

—Nadie te hará daño —dije y mi promesa me pareció tan falsa como un billete de género.

—¿Cómo dijo que se llama el restaurante?

* * *

Conocía el lugar desde hacía algunos años y sabía que proporcionaba la tranquilidad ideal para beber una copa y conversar sin que nadie llegara a molestar con sus preguntas o la petición de cooperar con el Ejército de Salvación o alguna asociación de damas ociosas. En su primer piso estaba la cocina, un par de mesas, una placa que decía: El alcohol mata lentamente. No importa, no estoy apurado, y una escalera que conducía al segundo piso, donde un sinfín de espejos antiguos reproducía los rostros de la clientela. De las paredes, junto a los espejos, colgaba una buena cantidad de cuadros con recuerdos de otras épocas. Partituras y programas de óperas, la carátula de un viejo disco de Mahler, avisos publicados en revistas antiguas, un poema de Borges, letras de boleros y un afiche con el rostro de Neruda. Desde sus ventanas se podía observar el Palacio de La Moneda y la explanada donde, en los años de la dictadura, los militares habían instalado «la llama de la libertad», antorcha que por entonces muchos soñaban con hacer volar o emplear para asar salchichas. Años después, la llama fue erradicada y en su lugar existían jardines y una fuente de agua que, iluminada en medio de la noche, daba la impresión de ser un iceberg proyectado hacia el oscuro cielo de Santiago.

Las mesas del restaurante estaban cubiertas de manteles a cuadros y en el aire flotaba una música tenue que no logré identificar. Ocupamos una mesa ubicada junto a la ventana que miraba hacia la Avenida Bulnes y por unos segundos observé el neón que anunciaba la llegada de Jesús, instalado en la marquesina del desaparecido Cine Continental, donde en mis años de universitario exhibían películas protagonizadas por Gloria Guida, Edwige Fenech y otras divas italianas generosas en la exposición de sus anatomías. El cine había sido adquirido por la Iglesia Universal del Reino de Dios y durante el día era frecuente escuchar los cánticos religiosos que brotaban de su

interior. Al lado sobrevivía un marchito restaurante que al costado izquierdo de su puerta tenía una placa de cerámica que recordaba que en ese lugar había vivido el poeta nicaragüense Rubén Darío.

Un mozo de chaquetilla negra y camisa blanca estaba junto al final de la escalera. Nos conocíamos y no me resultó difícil obtener su complicidad para lo que pretendía hacer. Conduje a Irma hasta un rincón del restaurante donde estaba instalado un espejo del tamaño de la pared que permitía ver lo que sucedía en el salón y a las personas que subían por la escalera. Le indiqué una mesa para que se sentara mirando hacia la entrada y yo me senté en otra, de cara al espejo, de modo que cualquiera que llegara pudiera pensar que éramos dos extraños.

—¿Qué se propone? —preguntó Irma.

—Pide el trago que quieras, enciende un cigarrillo y el resto déjalo en mis manos.

—¿Eso es todo?

—No mires hacia mi mesa cuando llegue Millares. Haz cuenta que soy una foto colgada en la pared.

—¿No ha pensado que yo podría alertar a Millares?

—Te aseguro que entonces las cosas serían más engorrosas —dije, al tiempo que le mostraba el bulto que hacía la pistola cubierta por mi chaqueta.

—Tiene calculadas cada una de sus jugadas.

—Con los años se aprende a ser precavido.

—Sigo pensando que Millares intentará desquitarse conmigo.

—Si llegara a ser necesario, dile que te traje a la fuerza —agregué mientras hacia una seña al mozo para que se acercara a tomarnos el pedido.

Irma pidió un martini y yo mi vodka de costumbre. El mozo anotó el pedido en una papeleta y enseguida se alejó de la mesa.

—Ni siquiera me ha dicho su nombre —dijo Irma.

—Heredia.

—¿Heredia a secas?

—Basta y sobra con eso por ahora.

Encendí un cigarrillo y no la volví a mirar hasta que el mozo regresó con nuestras bebidas. A través de la ventana observé a una pareja jugando alrededor de la piletta y pensé que la noche aún reservaba instantes de magia para los enamorados que desafiaban sus peligros.

—¿Conocías a Felipe Romero?

—¿El jinete? Millares me lo presentó una noche, pero apenas cruzamos un par de palabras.

—¿Nunca te comentó de qué conversaban cuando se reunían?

—No y nunca se lo pregunté. Hace tiempo aprendí que en mi trabajo solo debo escuchar lo que los clientes quieran decirme. La vez que me lo presentó tuve la impresión de que hablaban de dinero.

—¿Viste alguna vez a Romero vendiendo drogas?

—No.

—¿Y a Millares?

—Tampoco, pero una vez me ofreció unos papelillos de coca que andaba trayendo. Le dije que no me interesaban las drogas, y es verdad. Por culpa de las drogas he visto a muchas de mis compañeras metidas en un pozo sin fondo.

—Pero sabes que en el club se venden drogas.

—Sé que algunos de los mozos las ofrecen.

—¿Con o sin la aprobación del dueño?

—Lo ignoro —respondió Irma sin gran convicción—. Para mí el club es una estación de paso, nada más.

Veinte minutos y dos cigarrillos después vi subir la escalera a Millares. Lo hizo de prisa y le bastó una mirada al salón para reconocer a Irma. Agaché la cabeza pretextando buscar la servilleta de género que un rato antes había dejado caer al suelo y persistí en mi búsqueda hasta que el secretario de Falcón ocupó una silla junto a la mujer.

—¿Quién te contó lo sucedido en el club? ¿Por qué me llamaste? —le preguntó Millares con evidente ansiedad.

Irma no supo qué responder y se limitó a mirar de reojo hacia mi mesa. Millares vio mi rostro reflejado en el espejo de la pared. Quiso ponerse de pie, pero se contuvo al ver la pistola que yo mantenía semioculta bajo la servilleta.

—Hace días que lo ando buscando para que conversemos —le dije y enseguida, imprimiendo un leve tono irónico a mi voz, agregué—: Lo invito a mi mesa.

—Le ayudaste a traerme hasta este lugar —reprochó Millares a Irma.

—Ella vino obligada —intervine—. Y si no la dejo ir es para evitar que salga a buscar ayuda.

Millares se levantó y ocupó la silla que le indiqué. Luego hice un gesto a Irma y ella imitó a su cliente de otras noches.

—Usted es el policía que fue a hacerle preguntas al señor Falcón —dijo Millares.

—¿Conversó con su jefe sobre mi visita? Eso nos ahorra algunas explicaciones.

—Y después pregunté por usted a unos amigos policías que suelo encontrar en el hipódromo. Dicen que usted es un atorrante que se las da de investigador privado.

—Me gano la vida honradamente y dudo que usted pueda decir lo mismo.

—¿Cuánto quiere por dejarme en paz?

—Quiero respuestas y no me voy a mover de aquí hasta que las obtenga.

—Atorrante y fanfarrón —dijo Millares mostrando su mejor sonrisa despectiva.

—Conozco el daño que hace mi pistola —agregué, remarcado mis palabras hasta ver que se borraba la sonrisa de Millares—. También conozco policías que estarían felices de acabar con el negocio que usted realiza en el club y de paso obtener información sobre los grupos de narcotraficantes que operan en el sector, al amparo de restaurantes y compraventas de vehículos.

La mención de las drogas inquietó a Millares. Miró a Irma y ésta desvió su

mirada hacia el paisaje nocturno que latía más allá de las ventanas del restaurante. Intuí que las defensas de Millares decaían y decidí comenzar a inclinar la balanza hacia mi favor.

—El silencio no le reportará dividendos. Si no nos entendemos, sus huesos irán a dar al chucho. Y usted no es el único que lo pasará mal. Su madre tendrá que dejar la casa que usted le compró y seguramente no será fácil para ella aceptar la verdad y tener que visitarlo en la cárcel.

—¿Por qué sabe todas esas cosas? ¿Quién le pidió meterse en mi vida?

—Por ahora prefiero no responder esas preguntas.

—¿Qué más quiere saber? —preguntó, desanimado.

—Detalles. Los detalles dan sabor a las buenas historias —dije y después de observar a Irma, quien seguía atentamente la conversación, añadí—: Hábleme de su relación con Felipe Romero.

—Nos conocimos cuando comenzó a montar los caballos del señor Falcón. Por mi trabajo de secretario debía conversar a menudo con él y así nos hicimos amigos. Al principio, la hípica era lo único que nos unía, hasta que una tarde comentó que estaba fatigado a causa del exceso de trabajo. Le comenté que otros jinetes recurrían a ciertas ayudas y en contra de todas mis suposiciones aceptó el par de papelillos que le regalé. La coca le quedó gustando y empezó a comprarla, hasta que un día no tuvo dinero para pagar. Pensé que era el momento de ampliar el negocio y le ofrecí trabajar para mí a cambio de una buena comisión. Romero quería dinero y drogas, y yo me preocupé de que no le faltara ninguna de las dos cosas.

—Romero vendía las drogas en el club y usted pasaba una o dos veces al mes a renovar la mercadería y a recoger el dinero de las ventas.

—Al comienzo operábamos de esa manera. Aunque en los últimos dos meses yo iba al club con mayor frecuencia y por otros motivos —dijo Millares y miró con atención a Irma.

—¿Nadie le dijo que es malo mezclar negocios y placer? —pregunté.

Millares se movió lentamente en su silla y por un momento pensé que intentaría huir. Apunté levemente la pistola en su dirección y el traficante bajó la mirada, como queriendo encontrar la respuesta a mi pregunta en el brillo trasnochado de sus zapatos.

—El negocio marchó sobre ruedas hasta que Romero quiso abandonar las ventas —agregué—. Usted pensó que no debía dejar ningún cabo suelto y lo mató.

—¿De qué está hablando? —preguntó Millares.

—Del asesinato de Romero.

—Vendo drogas, pero no soy un asesino.

—Tal vez usted no lo mató, pero ordenó hacerlo.

—Romero se suicidó. Nadie, incluyendo a la policía, duda de eso.

—Tengo mis dudas y la policía también las tendrá cuando descubra el asunto de las drogas.

—No me van a colgar ese muerto —dijo Millares—. Su hipótesis sobre el asesinato parte de un error. Romero nunca pensó en dejar el negocio.

—¿No lo hizo? —pregunté y de inmediato pensé que dejaba una puerta abierta por la que el traficante podría escapar.

—No —afirmó Millares y respiró profundamente, como ganando aire en medio de una pelea en la que estaba a punto de perder—. Eso es un invento suyo. Romero ganaba dinero y eso era importante para él.

Miré a Irma, que acababa de encender un cigarrillo y la imité.

—¿Puedo pedir un trago? —aproveché de preguntar Millares.

—Que sean tres —dije señalando a Irma.

—Romero no renunció a las drogas y yo no lo maté —volvió a decir Romero.

—Usted pudo tener otro motivo para matarlo.

—¿Por qué habría de asesinarlo? Desde que trabajaba con él aumentaron mis ventas.

—Por las apuestas y los resultados de las carreras.

—Sigue disparando tiros al aire. Para obtener ganancias con las carreras no necesito hacer martingalas. Me basta y sobra con lo que gano apostando a los caballos de Falcón.

Sentí que se derrumbaba el castillo de naipes que había construido en torno de Millares y antes que el descalabro fuera total di un giro al interrogatorio.

—¿Alguien más estaba al tanto de la relación entre usted y Romero?

—Nadie que yo sepa —respondió Millares sin mucha seguridad.

—¿Falcón?

—Para Falcón solo soy su secretario. Un empleado que cumple sus órdenes y que nunca le ha dado problemas.

—¿Y entre sus amigos de la hípica?

—Sé cuidar mis espaldas. Nadie estaba al tanto de mi negocio, entre otras cosas porque nunca he vendido directamente las drogas.

—¿Y algún amigo de Romero? ¿Otros jinetes, quizás?

—¿Qué gano con responder esa pregunta? —retrucó el traficante y tuve que reconocer que había cometido la torpeza de darle una posibilidad de negociar.

—Consigue que yo no llame a mis amigos policías.

—¿Sí? ¿Por cuánto tiempo?

—El necesario para que usted desaparezca de la escena.

—¿Por qué habría de confiar en su palabra?

—Es lo mismo que me pregunto respecto a usted. Perfectamente puede darme el primer nombre que se le venga a la memoria. Un nombre que no me conduzca a ninguna parte.

—Parece que no tenemos más opción que correr el riesgo —dijo Millares.

—¿Quién estaba al tanto de la relación entre usted y el jinete?

—Romero me habló de un corredor de apuestas al que solía visitar en el último

tiempo. Me confesó que le había dado a entender que vendía drogas una vez que tuvo que pedirle más plazo para el pago de cierto dinero que le debía. Fue la manera que tuvo más a manos para garantizar que podía pagarle la deuda.

—¿Cómo se llama el corredor de apuestas?

—No lo sé.

—Ya es tarde para que empiece a hacerse el listo, Millares.

—Romero nunca me dijo su nombre, pero un par de veces lo llamó «el italiano».

—Supongo que tampoco le dijo dónde se reunían.

—No, pero una vez lo pasé a dejar en mi auto al bar donde pensaba reunirse con el italiano.

—¿Recuerda el nombre del bar? —pregunté.

—Becerra —dijo Millares, y luego quedó en silencio, aguardando mi reacción.

—De pronto tengo la impresión de que nos movemos dentro de un círculo estrecho —dije en voz baja.

—Romero habló con el italiano dos días antes de su muerte. Me contó que el tipo le solicitó un favor que él no le quería conceder. Tres veces le pregunté de qué se trataba y no me quiso soltar prenda. Si cree que a Romero lo mataron, ubique al italiano. A mí jamás se me habría pasado tal idea por la cabeza.

—No sé si debo creerle —dije sin querer reconocer mi ingenuidad de las últimas semanas.

—Si usted apuesta a los caballos, sabrá que a veces es preciso confiar en la buena suerte.

22

Ordené a Millares que se pusiera de pie, dejé unos billetes sobre la mesa y nos dirigimos hacia la salida. Irma nos siguió lentamente, calculando tal vez la conveniencia de continuar siendo parte de un triángulo que carecía de futuro. Nos detuvimos frente a la puerta del restaurante. Miré a la mujer y noté que sus dientes castañeteaban por el temor.

—¿Tiene algo más que decir? —pregunté al traficante.

Millares dijo que no con un movimiento de cabeza y enseguida miró hacia La Moneda, que a la distancia se veía custodiada por una pareja de carabineros y varios perros que correteaban frente a la puerta del palacio.

—Mañana, cuando despierte, llamaré a la policía. Hasta entonces puede correr —

le dije.

—¿Cumplirá con su palabra?

—No lo sabrá hasta que se ponga a correr. Lo único que le puedo asegurar es que ya superé la tentación de pegarle un tiro en la cabeza.

Millares vaciló entre irse o seguir parado frente al restaurante. Dejó vagar su mirada por las sombras de la plaza y finalmente la detuvo en mis ojos. Le indiqué que se alejara y lo observé caminar hasta que llegó al final del edificio del Ministerio de Defensa. Luego se hizo parte de la noche y ya no lo vi más.

—No entiendo por qué dejó que se fuera —dijo Irma sin dejar de temblar.

—Quiero ver si en su huida nos conduce hasta sus cómplices. Creo que miente respecto a la muerte de Romero y que está protegiendo a los que realmente controlan el negocio.

—Corre el riesgo de no verlo más.

—Así es, pero espero que alguien me ayude a evitar que llegue muy lejos.

—¿Volverá? —preguntó Irma sin dejar de temblar.

—No, si de mí depende.

—¿Qué quiere decir con eso? —volvió a preguntar Irma, acercándose a mi lado hasta que pude apreciar el aroma de su perfume.

—Estoy apostando a que termine tras las rejas —respondí.

—¿Es verdad que usted no es policía?

—Trabajo investigando lo que me encargan las personas que contratan mis servicios.

—Debe correr muchos peligros.

—No más que cualquiera que sale de su casa por las mañanas.

Nos miramos y luego ella desvió su mirada hacia el punto en el que habíamos visto desaparecer a Millares. Su miedo era tan evidente como una mancha de sangre sobre la nieve.

—Basta de preguntas por esta noche —dije, indicando la puerta del restaurante—. Es hora de volver a nuestra mesa y pedir un buen plato.

—¿Por qué no vamos a otro lugar? Sigo pensando que Millares puede regresar.

Caminamos por la Alameda y al llegar a la calle Vergara encontramos un restaurante que permanecía abierto, pero cuya oferta de comida estaba reducida a un plato de pollo asado con papas fritas. Mientras comíamos me habló de su vida y yo le conté algunas cosas de mi trabajo que ella escuchó con atención. Más tarde, anoté mi número de teléfono en una servilleta y se la pasé a Irma. Salimos a la calle y la acompañé hasta su casa, ubicada cerca de la avenida Matta.

—¿El teléfono es por si aparece Millares? —preguntó antes de abrir la pesada puerta de su casa.

—Es por si alguna vez tienes deseos de conversar.

—Me gustaría verlo en otras circunstancias.

—Olvídalo. Cuando tú nacías, yo llevaba varios años en la calle.

—¿Desde cuándo te preocupan los años? —preguntó Simenon una vez que estuvo al tanto de mi conversación con Irma.

—Todavía mantengo cierto temor al ridículo.

—Tonterías, Heredia. Ella deseaba calor y ternura.

—Que duerma abrazada a un gorila de felpa.

—En otra época no habrías dejado pasar la oportunidad.

—Otra época es mucho tiempo. Y los años cuentan para ciertas cosas.

—Tu ánimo apesta, Heredia.

—Nada que no pueda superar escuchando a Ben Webster.

—¿Y después?

—Necesito llamar a Doris Fabra.

—¿Vas a intentar un nuevo lance con la mujer policía?

—Lo que alguna vez pasó entre nosotros fue apenas un resplandor en medio de la noche.

—Puedes intentarlo una vez más. En pedir no hay engaño.

—Tampoco en patear el trasero de un gato.

—Me interesa la parte romántica de tu vida.

—¿Desde cuándo oficias de consultor sentimental?

—Me preocupa tu soledad, Heredia.

—A mí me preocupa haber sido engañado por Moretta.

—Tienes que volver a conversar con él.

—Lo sé, pero antes de eso debo llamar a Doris Fabra.

—Y mi desayuno. ¡No olvides mi desayuno!

* * *

Cerré la puerta del departamento y sin aguardar la llegada del ascensor comencé a descender por la sombría escalera interior del edificio. En el aire flotaba un denso olor a humedad y abandono. Los escalones, gastados y sin limpiar, lucían las huellas de antiguas pisadas y en los descansos se veían algunas cajas de vino vacías y numerosas colillas apachurradas. Desde que Félix Domingo Vidal, el anterior conserje, había renunciado a su trabajo, el aseo del edificio era un ejemplo de la desidia de su reemplazante, un carabinero en retiro, seboso y borracho, que a duras penas lograba mantenerse despierto tras el mesón de la recepción. Descendí lentamente, prestando atención a la musiquilla de gritos, televisores encendidos y lamentaciones que salían de los departamentos. Cuando estuve en la calle, respiré con la sensación de venir emergiendo desde un pozo de aguas turbias y pensé que gran parte de mis acciones se reducían a sobrevivir mientras el sol seguía apareciendo cada

mañana, alumbrando una tierra que jamás sería el paraíso prometido.

Al pasar frente al quiosco de Anselmo, vi que mi amigo dormitaba con la cabeza apoyada en un ejemplar de La Fusta. Su rostro demacrado y sin afeitar era la imagen contrapuesta del jinete que años atrás veía con frecuencia en los diarios, joven, sonriente, con una actitud que desafiaba las posibles zancadillas del futuro. Pensé que de no ser por su quiosco sería otro más de los tantos jinetes retirados que deambulaban por las sucursales buscando la complicidad de viejos aficionados con quienes compartir recuerdos, cigarrillos y algunas monedas.

Con Anselmo nos hicimos amigos a las dos semanas de que instalara su quiosco en una de las esquinas de la calle Aillavilú. Por entonces aún rengueaba a causa de las operaciones que le habían efectuado para remendar sus fracturas y cada mañana llegaba al quiosco con el aspecto de haber sobrevivido a una dura refriega contra las copas. Ordenaba los diarios destinados a las ventas y se refugiaba dentro del quiosco, ocultándose de la gente que pudiera reconocerlo. A la semana se acostumbró al saludo de los vecinos y su calva en progreso comenzó a asomarse por la ventanilla del quiosco. Una noche, mientras regresaba a su casa con las ganancias del día, dos vivarachos lo asaltaron y lo pusieron entre el filo de un estoque y el muro de una bodega. En ese momento, yo salía de La Piojera y me bastó una mirada para darme cuenta de lo que sucedía. Saqué la pistola que portaba apretada al cinturón y corrí al encuentro de los asaltantes. Tomé a uno de ellos por sorpresa y logré sacudir mi pistola en su cabeza. Lo vi quejarse y caer al suelo, mientras su compañero hundía la punta de un estoque en el cuerpo de Anselmo. Intenté atraparlo, pero el asaltante fue más rápido y huyó hacia la calle Bandera. Observé la mancha que se había formado en la camisa del quiosquero y pensé que no debía perder ningún segundo si quería evitar que muriera desangrado. Lo cargué sobre mis hombros y detuve un taxi conducido por un rucio desaliñado que demoró menos de quince minutos en llegar al centro médico más cercano. Anselmo estuvo una semana en coma en el hospital. La estocada había dañado uno de sus pulmones y los médicos extremaron sus esfuerzos para mantener con vida su escuálido cuerpo. Fui varias veces a consultar por su estado, hasta que lo trasladaron a una sala de recuperación, donde pude verlo abrir los ojos y preguntar por su quiosco. Le dije que lo mantenía vigilado con la ayuda de un cuidador de autos que trabajaba en nuestra calle, y cuando le pregunté si alguien más había venido a visitarlo, esbozó una sonrisa maltrecha y me dijo: Solo usted, don. Una semana más tarde regresó a su casa y tiempo después compartimos nuestra primera botella de vino. Fue en esa ocasión cuando le hablé de mi trabajo de investigador privado.

* * *

Dos minutos antes que se cumpliera el plazo convenido con Millares, tomé el

teléfono y llamé a Doris Fabra. Me saludó sin entusiasmo y de mala gana aceptó reunirse conmigo en un café próximo a su oficina. Llegó a la cita con media hora de retraso, y al verla no pude evitar que por unos minutos se encabritaran mis corceles del deseo. Doris vestía unos ceñidos *jeans* negros y una blusa azul cuyo escote dejaba a la vista el nacimiento de sus pechos. Solo unas leves arrugas a un costado de sus ojos me hicieron recordar que habían pasado seis años desde que nos conocimos durante la investigación de la muerte de un funcionario público. Salvo ese detalle, seguía tan atractiva como la primera vez que nos habíamos visto, ella del lado de la ley, y yo del de los sospechosos de siempre. Por un segundo reviví la primera noche que pasamos en un motel de la calle Catedral, en un encuentro que más tarde ella se encargó de aclarar que había sido el divertimento de una noche alocada.

La conocía desde el inicio de su carrera profesional y había seguido sus esfuerzos por abrirse paso en un oficio que hasta hace unos años parecía exclusivo para hombres. A veces me gustaba reconocer que me sentía atraído por ella con el entusiasmo de un colegial temeroso, pero me bastaba recordarla un instante para pensar que una vida compartida entre los dos tenía tanto sentido como construir puentes de arena.

—No fuiste muy explícito por teléfono. Espero que sea buena la historia que pretendes contarme —dijo Doris al tiempo que daba un rápido vistazo a su alrededor. Luego pidió un capuchino, encendió un Kent y me examinó como si estuviera frente a un cuadro necesitado de un profundo trabajo de restauración.

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos pintados en la cara? —le pregunté, inquieto.

—Luces más delgado y ojeroso que la última vez que nos vimos.

—Debe ser porque no duermo pensando en la manera de seducir a una mujer policía que me atrae.

—Si mal no recuerdo, en alguna ocasión me dijiste que estabas enamorado de Griseta o como se llame tu amiga psicóloga.

—Me conoces y sabes que tengo un corazón amplio.

—No embromes, Heredia. No tengo tiempo ni ánimo para jugarretas. Además, si me interesaran las ruinas habría estudiado arqueología.

—Es el comentario que necesitaba para superar mi problema de autoestima.

—Conoces de sobra el camino que pisas, Heredia. No hagas un drama donde no lo hay.

—¿Cómo te va en el trabajo? —le pregunté para no ahondar en el tema.

—Tengo seis detectives a mi mando y nunca faltan las muertes por investigar. Ya no tengo que demostrar mi capacidad. Gané la batalla y te aseguro que no fue fácil —respondió Doris Fabra, y luego de una pausa para probar su café, agregó—: Pero no vine a conversar de mi vida. Quiero escuchar tu historia y espero que sea breve y entretenida.

La historia no fue breve, pero captó la atención de Doris desde el instante que mencioné el tráfico de drogas que efectuaba Millares. Estaba informada sobre las

redes de narcotráfico existentes en distintos sectores de la ciudad, como la Plaza Italia, el barrio Suecia, la calle Esmeralda y algunos tramos de la Gran Avenida, al sur de Santiago, pero me dio la impresión de que hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de una buena pista.

—¿Por qué no me avisaste antes? —preguntó.

—Hice un trato con Millares. Unas horas para huir a cambio de una rápida confesión.

—¿Cómo se te ocurre hacer tratos con un tipo de esa calaña?

—Pretendo que nos conduzca hasta sus socios o sus jefes.

—Una gran tontería de tu parte, Heredia. No sabes si Millares tiene socios, y si así fuera, lo más probable es que no se acerque a ellos por un buen tiempo.

—Puede que tengas razón respecto a sus hipotéticos socios, pero dudo que tenga la oportunidad de llegar muy lejos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Millares es un pájaro de pocas plumas y creo que si pide ayuda puede terminar recibiendo un balazo en la cabeza. Tratará de huir por sus propios medios.

Doris Fabra me lanzó una mirada de reproche y enseguida ocupó su celular en hacer media docena de llamadas. La oí mencionar a Millares y dar instrucciones destinadas a controlar los pasos fronterizos y obtener la orden de un fiscal para detener al fugitivo.

—Es probable que intente cruzar hacia la Argentina. Con suerte lograremos detenerlo —dijo una vez que concluyó sus llamadas.

—Y cuando lo hagan, será fácil ponerlo a cantar. Millares no aguanta que le hablen golpeado durante mucho rato.

—Puede que sea blandengue, pero en ningún caso es un niño de pecho.

—Cuando lo atrapes, que te hable de sus jefes. Y si dice algo cuerdo, no te olvides de mí.

—No tengo ninguna intención de hacer tratos contigo, Heredia.

* * *

¿Qué había hecho mal en mi relación con Doris? ¿Me había equivocado al aceptar sin reparos que ella dijera que lo nuestro había sido el juego de una o dos noches? Mi comportamiento con las mujeres solía tener la sutileza de un elefante bailando sobre cristales. Reaccionaba demasiado tarde, cuando ellas eran apenas una sombra y no quedaba otra opción que sacar a relucir la esquiva baraja de los recuerdos. Tonterías, me respondí luego de pagar la cuenta. La inútil manía de sumar y restar cuando las oportunidades huyen despavoridas y cualquier resultado tiene el gris encanto de la soledad. Dejé de pensar en la mujer policía y luego de entrar en mi auto estacionado frente a un negocio de artículos deportivos, luché unos minutos con el arranque hasta

que el vehículo se movió con el carraspeo lastimoso de un fumador empedernido.

Tenía trabajo pendiente y un par de ideas con las cuales ocupar mis pensamientos durante algunas horas.

24

Me bastó ver a dos ancianas cuchicheando frente a la puerta del bar para intuir que algo especial podía estar aconteciendo en su interior. Me acerqué a la puerta, y al verme llegar, las mujeres se alejaron unos pasos y se quedaron observándome con indisimulada curiosidad. La puerta del bar estaba cerrada. Intenté abrirla y no tuve éxito. Miré hacia el interior del bar por una de sus ventanas y solo conseguí ver las cubiertas de unas mesas desocupadas. Golpeé con fuerza a la puerta y no obtuve ninguna respuesta. Insistí un par de veces más y cuando estaba a punto de darme por vencido, vi que una de las ancianas rehacía sus pasos y se acercaba a mi lado.

—Adentro todavía debe estar el mozo —dijo la mujer—. No lo he visto salir.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Dormía siesta cuando escuché la sirena de una ambulancia. Salí a mirar a la calle y hasta ahora nadie me sabe decir qué fue o qué ocurrió. Una vecina dice que alguien se suicidó, y otra piensa que hubo un asalto —respondió la anciana, y luego, indicando una puerta pequeña que estaba en uno de los extremos de la fachada del bar, agregó—: Pruebe entrar por la puerta de servicio. Suele estar abierta.

—Si está abierta, ¿usted cree que conducirá a alguna parte?

—Vivo frente al bar y todo el tiempo veo entrar gente por esa puerta.

Seguí la sugerencia de la anciana y luego de abrir la puerta quedé frente a un patio alargado en el que se acumulaba una serie de jabs de plástico, cajones de madera y botellas vacías. Parecía no conducir a ninguna parte, pero luego de un rato vi otra puerta al final del patio. Estaba cerrada, pero no parecía estar en condiciones de oponer una gran resistencia. Decidí empujarla con un hombro y al cuarto intento logré abrirla.

Di unos pasos por un pasillo y no oí nada que me hiciera pensar en la existencia de alguna actividad al interior del bar. Pasé frente a una pieza que supuse sería la cocina y llegué a otra puerta que estaba abierta y desde la cual se podía contemplar algunas de las mesas que solían estar ocupadas por los clientes que habitualmente jugaban al dominó o al cacho.

Apenas entré al salón, percibí que algo anormal acontecía entre sus paredes

habitadas al humo de los cigarrillos y las altisonantes conversaciones de sus parroquianos. Lo anormal era el silencio que hacía resaltar el abandono del lugar, desierto y sin más vida que la débil luz que caía sobre un rincón del mesón en el que se acodaba el mozo delgado y canoso que conocía desde mis visitas anteriores.

El hombre sostenía una copa en su mano derecha y su mirada estaba fija en la madera reluciente del mesón. Sin clientes, a oscuras y en silencio, el bar se asemejaba al interior de una catedral abandonada por sus feligreses.

Caminé hacia la barra y me detuve frente al mozo. El hombre me observó de reojo y como si lo hubiera sorprendido cometiendo una falta, dejó la copa sobre el mesón y se alisó los cabellos con un nervioso movimiento de su mano derecha.

—¿Cómo logró entrar? —preguntó, sorprendido—. Usted no debería estar aquí.

—Vi abierta la puerta de servicio y pasé a tomar una copa. ¿Qué pasó con la clientela? Jamás había visto este lugar sin que al menos hubiera un borrachito aferrado a su botella.

—¿No está al tanto de lo ocurrido? ¡Una desgracia!

—Desgracias ocurren a cada momento y suelo ignorar la mayoría de ellas —dije y luego le pedí que me sirviera un corto de pisco.

—Entonces no sabe lo que ocurrió a Moretta —dijo, y de inmediato dio unos pasos para alcanzar la botella de pisco que estaba en una repisa, junto a otras bebidas espirituosas.

—Tanto misterio me pone nervioso, amigo. Desembuche de una vez por todas.

—Hoy, antes del mediodía, entraron dos tipos al bar, caminaron hasta el reservado que ocupaba Moretta y le dispararon un par de veces. Luego, mientras huían, balearon a un cliente que intentó detenerlos. El pobre tipo recibió una bala en la cabeza. Moretta quedó malherido y fue trasladado a la Posta Central junto con el otro hombre. Ignoro si alcanzaron a llegar con vida al hospital.

El mozo bebió otro sorbo del brebaje que tenía en su copa y yo aproveché la pausa para beber el corto de pisco de un solo trago.

—La policía apareció una hora después de la balacera. Para entonces la clientela había desaparecido como por arte de magia. Interrogaron a mi patrón y a cada uno de los empleados que nos encontrábamos trabajando, y luego que llegó el fiscal nos ordenaron cerrar el lugar. El patrón mandó al personal a sus casas, me pidió que me quedara cuidando el lugar, y se fue con los policías. Apagué las luces que estaban de más, ordené un poco las mesas y desde entonces estoy esperando las novedades.

—Voy a necesitar otra ración de pisco —dije, sin encontrar el comentario adecuado a la historia que acababa de escuchar.

—Y yo terminaré de beber la copa que me serví hace un buen rato —agregó el mozo.

—¿Qué piensa de lo sucedido?

—Supongo que se trata de una venganza o del cobro de una deuda. Usted y yo sabemos que Moretta es un tipo con historia.

—¿Viste a los pistoleros?

—Yo estaba ordenando unas copas cuando ellos entraron. Los vi al pasar y no me llamaron la atención. Eran dos tipos jóvenes que parecían conocer el bar, porque se fueron directamente a la zona de los reservados. Los policías me preguntaron lo mismo que usted y les dije que me costaría reconocerlos. Durante el día veo a muchas personas, y si no son clientes habituales todas me parecen iguales. Solo puedo asegurar que los clientes que estaban en el bar salieron espantados.

—Ya volverán por los detalles. Toda la gente se interesa por los chismes.

—¿Y acaso a usted no le interesan los chismes? Porque eso de que venía por una copa no se lo cree ni un niño de pecho.

—La verdad es que deseaba hacerle unas preguntas a Moretta.

—Mala suerte. Tendrá que esperar otra oportunidad, si es que la hay.

—¿Sabe si el viejo está metido en el negocio de las drogas?

—Ni idea. Y tampoco veo al viejo metido en esos asuntos. Sus intereses están centrados en los caballos y las apuestas.

—Tal vez distribuye drogas entre las personas que vienen a verlo.

—No voy a poner las manos al fuego por él, pero la verdad es que nunca he sabido que le interesen las drogas.

—Pero tampoco puede descartarlo.

—Desde luego. No paso todo mi tiempo pendiente de lo que hace el viejo.

—Lástima que no esté en condiciones de responder mis preguntas.

—Si él muere, tendrá que guardar sus preguntas para cuando ambos se encuentren en el infierno.

—Me gustaría no tener que esperar tanto.

—Lo peor es que si muere, vendrá a penar por las noches —dijo el mozo mientras observaba el salón desierto.

—¿Qué le hace creer en esas tonterías de viejas supersticiosas?

—Con los muertos no se juega. Años atrás trabajé en un motel donde un tipo mató a la mujer que lo acompañaba y luego se suicidó. Por las noches se escuchaban sus voces y gemidos. Varias personas que después se alojaron en la misma pieza salieron despavoridas en medio del cacheteo al que estaban dedicadas.

* * *

Dejé al mozo acompañado de sus temores y salí a la calle utilizando la misma puerta de servicio que minutos antes me había servido para entrar al bar. Las ancianas se habían marchado y en los alrededores del bar se imponía nuevamente el ritmo alocado de la ciudad. Caminé hasta donde estaba estacionado mi auto y lo conduje hasta el sitio vacío donde algunas noches lo dejaba al cuidado de la luz de un farol y de dos vagabundos que dormían bajo una improvisada carpa de cartones y frazadas

mugrosas. El sol se batía en retirada y sobre los lejanos faldeos de la cordillera caía una sombra amaranto que le daba un aspecto de brasa incombustible. Cerré las puertas del auto y me puse a andar lentamente, deteniéndome frente a las vitrinas de las tiendas que permanecían abiertas, a la espera de sus últimos clientes del día.

De pronto sentí venir la ola del desgano. El deseo de olvidarme del caso y quedarme junto a la ventana de mi departamento, observando los movimientos del barrio, el ir y venir de la gente, el rumor de una vida a la que a veces costaba encontrar un sentido. Y no es que no me importara la suerte de Romero. Al fin de cuentas, investigar es más fácil de lo que se supone. Se trata simplemente de interesarse por los asuntos de algún otro. La gente atribuye un esfuerzo especial a los investigadores, porque en el fondo no le interesa el destino de sus semejantes. Murió, muerto está. Le robaron, ya recuperará lo perdido. Fue víctima de una estafa, le pasó por confiado o por querer una ganancia desmesurada. Todo se reduce a hacer las preguntas correctas, una y otra vez, hasta descubrir la mentada luz al final del túnel.

El desgano tenía que ver con cierta sensación de rutina y con saber que la verdad no devolvería la vida al jinete. Tenía que preguntarle al Escriba cómo lo hacía para sobrevivir a la rutina de la oficina en la que trabajaba sin caer en la tentación de abrir la ventana y dejarse caer desde el sexto piso donde estaba ubicado su despacho de paredes blancas, al que una mañana fui con el único fin de conocer el lugar donde malgastaba sus horas y su entusiasmo. Aparentemente era más fácil cerrar los ojos y saltar al vacío; dejar a otros la redacción de un obituario cargado de lugares comunes y de sueños pendientes; irse simplemente, sin dar aviso a nadie, despreocupado, como si se tratara de un paseo sin importancia.

Soporté la ola a pie firme y seguí caminando por el barrio, lentamente, sintiendo el ruido de cada paso sobre el pavimento, mirando como un extraño a las personas que pasaban a mi lado. Demasiada gente. Santiago sería una ciudad mejor con menos habitantes o si éstos no fueran tan agresivos y maleducados. Los empujones en las calles y en los centros comerciales, los mozos que arrojan los vultros sobre las mesas, las dependientas que atienden de mala gana, los médicos que ni siquiera miran a los ojos a sus pacientes, las secretarias que gruñen amparadas en la fortaleza de una ventanilla. Mucha gente y muchos problemas para una ciudad que no deja de mutar hacia una especie de monstruo voraz e ingobernable.

Y sin embargo, amaba la ciudad, como se ama a las mujeres imposibles o el eterno rumor del mar al que se vuelve, una y otra vez, para sentir que existe un mundo que solo se puede alcanzar a través de la imaginación. A ratos detestaba su torbellino, pero me bastaba alejarme unas cuadras del centro para sentir que era parte de un paisaje que me acogía y en el que siempre descubría alguna novedad.

La soledad me hacía una zancadilla y necesitaba con urgencia una copa. La sonrisa de una mujer me recibió cuando entré a un bar que salió a mi camino con su aliento de alcohol envejecido. Me sonreía desde el afiche pegado en una de las paredes. Junto a la imagen de la mujer había dos fotos enmarcadas. En una mostraba

sus dientes Carlos Gardel y en la otra se veía la estampa triunfante de Irineo Leguisamo, el *jockey* inmortalizado por Gardel en su tango «Leguisamo solo», que si la memoria no me jugaba una mala pasada, el cantante había grabado por primera vez en España, en enero del año 1926, aunque el tango había sido estrenado meses antes por la cantante Tita Merello, el mismo día en que Gardel iniciaba su segundo viaje a Europa.

Leguisamo había estado en Santiago el año 1962, para participar en una carrera internacional que se corría en el Hipódromo Chile. En esa oportunidad ganó conduciendo a Sobresalto. Años después, en 1971, cuando ya me interesaba por el azar de las apuestas hípcas, había visto a Leguisamo montando a Sapito en una carrera de exhibición de 700 metros en la que su único contrincante había sido una yegua llamada Carlotita. Para entonces ya estaba viejo y corría con los fantasmas del mito sobre sus hombros.

Cerré la compuerta de los conocimientos inútiles que almacenaba en mi memoria y concentré mi atención en pedir un vaso de vino tinto al mozo, que atendía tras un mesón que mostraba las huellas de muchos codos sobre su madera lisa y reluciente. Al tercer sorbo el mosto hizo sus efectos y con algo más de entusiasmo en el cuerpo, metí unas monedas en el teléfono que colgaba junto a la puerta del bar y marqué el número de Doris.

—¿Qué necesitas? —preguntó de mala gana—. Tengo que entregar un informe y no me puedo ir de la oficina hasta que lo termine.

—La verdad o mis fantasías. ¿Qué prefieres escuchar?

—La verdad. En tus fantasías siempre quieres conducirme a una cama.

—De acuerdo, tú te lo pierdes una vez más. ¿Estás informada de la balacera que hubo en el bar Becerra?

—Algo escuché comentar a algunos compañeros de otra unidad, pero no presté atención a los detalles. Al parecer balearon a dos personas.

—Una de ellas es un italiano de apellido Moretta. Lo conozco desde hace algunos años y al conversar con Millares me enteré de que pudo tener tratos con Romero. El italiano le había prestado dinero —dije y procedí a ponerla al tanto de la balacera.

—¿Crees que tiene relación con la huida de Millares? —preguntó una vez que concluí el relato.

—No podría asegurarlo. Al parecer Millares no conocía el nombre del italiano, pero sí estaba al tanto de su existencia y de un préstamo que le había pedido Romero al corredor de apuestas.

—Millares pudo tener algún motivo para atentar contra el prestamista —dijo Doris.

—No lo creo. Moretta llamó a Romero antes y después de la última carrera que corrió el muchacho.

—¿Y eso a qué conclusión nos puede llevar?

—A ninguna por ahora. Pero es posible que conociendo los negocios ilícitos de

Romero, Moretta haya querido usar esa información para manipular el resultado de la carrera.

—Esa hipótesis tiene sentido.

—También es posible que los disparos estén relacionados con lo que el italiano sabía acerca del tráfico de drogas.

—Hipótesis que vuelve a poner a Millares en el centro de las sospechas.

—No necesariamente. Por sobre Millares deben haber otras personas. Los verdaderos dueños del negocio. Peces gordos que pueden disponer de sicarios como los que dispararon en el bar Becerra.

—Debo reconocer que tienes mucha imaginación, Heredia.

—Finalmente me concedes algún mérito.

—Jamás he dudado de tu capacidad para investigar. Mi problema contigo, entre otras cosas, tiene que ver con la información que siempre me ocultas.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando me hablaste de la huida de Millares, ya conocías la relación entre Romero y el italiano.

—Quería conversar con Moretta antes de revelarte su relación con Romero.

—Heredia imponiendo justicia por sus propios medios. ¿Cuándo entenderás que no debes correr con colores propios? ¿Cuándo entenderás que si quieres ayuda no debes ocultar ases bajo la manga?

—Para oír sermones prefiero entrar a una iglesia. Alguien está eliminando las piezas que nos sirven para armar el rompecabezas y no me extrañaría que Millares apareciera asesinado.

—¿Y qué quieres que haga?

—Es posible que Moretta esté en condiciones de hablar.

—No se pierde mucho con preguntar o ir a verlo.

—¿Dónde nos juntamos para visitar la Posta Central?

—No pretendo ir contigo, Heredia.

—Moretta me conoce y puede que se anime a hablar si me ve.

—Soy policía y me dejarán entrar a la posta. Tú eres un intruso que deberá aguardar en la sala de espera.

—No puedes dejarme fuera de esa conversación, Doris.

—Puedo hacer eso y otras cosas peores.

—Recuerda nuestros viejos tiempos.

—Precisamente, porque los recuerdo te voy a dejar al margen.

—¿Qué hice mal contigo?

—¿Mal? ¿A qué te refieres? —preguntó Doris, sorprendida.

—¿Qué es lo que hice mal?

—Ya te dije que no me gusta que ocultes información.

—No estoy hablando de casos y pesquisas. ¿Qué es lo que no me puedes perdonar?

—Tú y yo podríamos haber tenido una relación con más futuro, pero decidiste tratarme como a otra de tus tantas conquistas.

—No es lo que dijiste en su momento.

—Cierto, pero deberías haber entendido que esperaba algún gesto de tu parte. ¿O pretendías que hiciera una escena de celos?

—Disculpa. Sabes que voy de bruto por la vida.

—Es tarde para tus disculpas, Heredia. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—No puedes mezclar tus sentimientos con el trabajo.

—Puedo y lo hago a menudo.

Cerré la puerta del bar y con el impulso de la rabia que me provocaron las palabras de Doris, caminé las cuerdas que me separaban de la estación Calicanto del Metro. Subí a un tren y después de un trasbordo, llegué a la estación Universidad Católica. Una vez que estuve de nuevo en la calle, apuré mis pasos para llegar lo antes posible a la Posta Central. La prisa no me sirvió de mucho y menos aún el aspecto agitado con el que llegué a la sala de espera del hospital. El lugar conservaba su aspecto pobretón y lúgubre de costumbre, pero eso no inquietaba a la veintena de enfermos o accidentados que aguardaban ser atendidos, y entre los cuales se encontraba una mujer que tenía fracturado su tobillo derecho y un anciano al que habían asaltado a la salida de la sucursal bancaria donde cobraba su jubilación. El resto de las personas padecía en silencio, atento a los llamados para ingresar al box de urgencias.

Me acerqué a una ventanilla de informaciones y pregunté por Moretta a un sujeto flaco y ojeroso que parecía venir saliendo de una película de zombis.

—Es una de las personas baleadas en el bar —dijo el funcionario después de revisar una planilla que tenía sobre una repisa—. Ha sido el ingreso más comentado del día.

—¿Cómo están?

—¿Es usted familiar de esa persona?

—Reporte el hecho en el que se vieron involucrados.

—En tal caso no estoy autorizado a entregar información.

—¿Gastón Barrientos? —pregunté al tiempo que leía la placa que colgaba de la camisa del funcionario.

—Así me llamo. ¿Qué pasa con eso?

—Me pregunto si a usted le agradaría ver su nombre mencionado en una crónica sobre la obstrucción a la libertad de prensa en un establecimiento de salud pública. Eso le podría ocasionar algunas molestias.

El funcionario me observó con rabia y permaneció en silencio.

—¿Qué me dice? Su nombre escrito en letras de molde y en gran tamaño.

—Giorgio Moretta está internado en la Unidad de Tratamiento Intensivo y se encuentra estable dentro de su gravedad —dijo el funcionario procurando mantener la calma.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que sigue dando pelea.

—¿Y el otro baleado?

—Alberto Gómez llegó muerto a la posta.

—¿Es posible conversar con el médico que atiende al señor Moretta?

—Imposible.

—¿Y entrar a ver al paciente?

—Acabo de decir que está en la Unidad de Tratamiento Intensivo —respondió

con molestia el funcionario.

—¿Ha venido alguien a verlo?

—La policía ha venido en varias ocasiones.

—Si me deja entrar, puedo ser generoso con usted.

—Me gano la vida en este trabajo y no lo voy a perder por cuatro chauchas. Si usted cree que es fácil sobornar a un empleado público, está muy equivocado. Desaparezca o lo hago salir a la fuerza —dijo indicando a un guardia vestido de azul que bostezaba junto a la entrada del recinto.

—De acuerdo, amigo, usted gana por ahora.

—La salida es por el otro lado —agregó el funcionario al ver que me encaminaba hacia la puerta que conducía al interior del establecimiento.

—Disculpe. No es fácil orientarse en la selva.

El funcionario le hizo un gesto al guardia y éste comenzó a caminar hacia mi encuentro. Alcé los brazos sobre mi cabeza y caminé hacia la salida como prisionero rumbo al patíbulo.

Hay que saber irse al mazo cuando tocan malas cartas, me dije, resignado a buscar otro camino para llegar hasta la cama de Moretta, antes que al viejo se lo llevara la flaca o tuviera la oportunidad de protegerse tras un escudo de mentiras. Podía insistir con Doris Fabra o simplemente reconocer que mi investigación era un potrillo sin chance de llegar a la meta. Llamé tres veces a Doris y en todas ellas su teléfono sonó ocupado. Maldije mi poca fortuna e insistí una vez más. El ronroneo del teléfono siguió siendo el mismo.

* * *

Molesto por el fracaso, me dediqué a callejear, gozando de la libertad de no tener que llegar a ninguna parte. Dejé que mis pasos deambularan por calles que no conocía, hasta que el cansancio me indicó que era hora de regresar a mi barrio. A media tarde, y en camino a mi departamento, entré al Teletrak de la calle Bandera. Tomé un programa desde una de las ventanillas de apuestas, me instalé frente a una pantalla de televisión y durante unos minutos estudié las opciones de los caballos que corrían en las siguientes carreras. Distancias de las pruebas, jinetes, últimas llegadas y la inefable tincada que al fin de cuentas era el factor más decisivo a la hora de apostar. El resto fue mirar a los demás apostadores hasta que las primeras sombras de la noche me hicieron reconocer que había olvidado por completo la visita que debía al italiano.

—Es hora de que vuelvas a la realidad —dijo Simenon que seguía atentamente los preparativos para el desayuno. En la radio tocaban una canción de Sinatra y por la pequeña ventana de la cocina entraban unos agresivos rayos de sol—. Deberías responder el último correo de Griseta. Hace días que no tienes noticias de ella y es probable que esté molesta por tu silencio.

—No tienes suficiente con oficiar de reloj despertador. También quieres hacer de celestino —contesté recordando la manía de Simenon por saltar sobre mi cabeza todas las mañanas, a las ocho en punto.

—Griseta me simpatizó desde la primera vez que vino a esta oficina. Recordarás que no puse ningún reparo a sus caricias y que tú te morías de celos.

—¿Me has oído opinar sobre las gatas que traes al departamento?

—Qué te cuesta pensar en unas pocas palabras y decirle al muchacho del cibercafé que las ponga en un correo electrónico.

—No tengo nada nuevo que decirle.

—Tu orgullo será la única compañía que tendrás cuando llegues a viejo.

—Todo a su tiempo, Simenon. Debo bajar a conversar con Anselmo —dije poniendo punto final a los reclamos del gato—. Tengo que contarle mi visita a la Posta.

—Moretta va a pasar al patio de los callados y tú seguirás pensando en la mejor manera de entrar a la Posta. Despábilate y llama de nuevo a Doris. Algo de cortesía, dos palabras amables y seguro que le ablandas el corazón.

* * *

—Comenzaba a extrañar tu voz —dijo Doris un rato más tarde, después de responder a mi llamada—. Fui a la Posta y uno de los guardias me habló de un sujeto que intentó entrar sin permiso a la Unidad de Tratamiento Intensivo. Le pedí la descripción del metiche y de inmediato supe que se trataba de Heredia, el gran porfiado.

—¿Cómo está el italiano? —le pregunté sin acusar el golpe de su comentario.

—Estable dentro de su gravedad.

—Eso es lo mismo que repite el tipo de la ventanilla de informaciones.

—Fue operado para extraerle las balas que recibió y si su corazón aguanta, podrá recuperarse. Traté de conversar con él, pero estaba durmiendo. El médico que lo atiende dijo que está consciente, pero que debido a los calmantes que le aplican pasa dormido la mayor parte del tiempo.

—No me extrañaría que el viejo se estuviera haciendo el dormido —dije a Doris y enseguida le pregunté si tenía noticias acerca de Millares.

—Sigue sin dar señales de vida, lo que quiere decir que corre más rápido de lo que suponías.

—Temo que el asunto comienza a empantanarse.

—Tú sabes cómo es el trabajo de investigar. No siempre se mueve al ritmo de nuestros deseos ni las pistas dicen lo que esperamos. Pero alguna chispa brotó, Heredia. Interrogamos a los vecinos del bar donde se produjo el baleo y la descripción de los pistoleros que entregó uno de ellos me hizo pensar en el «Chanta» Juárez, un sujeto que salió hace un mes de la cárcel pese a su nutrido prontuario de sicario. Lo estamos buscando, y si no estoy errada, creo que podrá decirnos quién o quiénes están detrás del intento de asesinato.

—Ese pájaro debe tener muchos nidos.

—Pero siempre dentro del territorio donde se siente más seguro. Tenemos un infiltrado en la población donde vivía antes de caer preso y vigilamos las casas de su madre y sus hermanos.

—Sigo pensando que puede ser útil que yo converse con Moretta.

—No insistas. No pienso abrirte las puertas de la Posta.

—Me informas de tus averiguaciones y me niegas ayuda para estar unos minutos a solas con Moretta. ¿Cuál es la idea?

—La información que te acabo de dar no es muy distinta de la que entregamos a los reporteros policiales. Que estés informado no me molesta, pero sí que te subas arriba del escenario.

—Frente a ese muro es mejor emprender la retirada —dije, y luego de despedirme y colocar el teléfono en su sitio de costumbre, agregué—: No es la mejor manera de empezar el día.

—¿Te refieres al café o a las palabras de Doris? —preguntó Simenon con el brillo de la curiosidad reflejado en sus pupilas.

—Supongo que a las dos cosas.

—Tu ánimo no es de los mejores.

—Mi ánimo no está en discusión. Desde que desperté no he hecho más que pensar en la conversación pendiente con Moretta.

—¿De verdad crees que te dirá algo?

—Voy a entrar a la Unidad de Tratamiento Intensivo aunque tenga que golpearme la cabeza con un martillo.

Salí del departamento pero no me dirigí de inmediato a la Posta Central. Antes pasé al bar Olímpico, donde encontré al Escriba leyendo un ajado ejemplar de Caballo de copas de Fernando Alegría. Me contó que releía la novela porque le habían pedido revisar el guión de la película que unos gringos deseaban realizar con la historia de González, el caballo que protagonizaba la novela de Alegría. Después me invitó a un vodka tónica y mientras bebíamos lo puse al tanto de los avances de mi investigación.

—Pregunta en la Posta por el doctor Ignacio Salas. Suele leer mis novelas y estoy

seguro de que te ayudará.

—Un día de estos voy a leer tus novelas y enterarme de lo que escribes sobre mí.

—Tenía entendido que habías leído las dos primeras.

—Es verdad, pero me recuerdo muy poco de lo que dicen.

* * *

Me bastó dar una mirada a la sala de espera para reconocer que la situación no había cambiado mayormente desde el día anterior. Los rostros de los enfermos y accidentados eran otros, pero la ansiedad y el dolor seguían presentes. El funcionario de la ventanilla y el guardia eran los mismos de la visita anterior, pero ni siquiera les di la oportunidad de que me reconocieran. Recordé que años atrás había donado sangre para el padre de un amigo recién operado y si la memoria no me traicionaba, el banco de sangre de la posta debía tener acceso al resto de las dependencias. Y no me equivoqué. En el banco de sangre había dos personas que esperaban ser atendidas para entregar sus donaciones y la puerta que conducía al interior del recinto estaba despejada, sin guardias ni enfermeros a la vista. Estudié la situación unos minutos y cuando hicieron pasar a los donantes a una sala donde los esperaba un vampiro disfrazado de enfermera, empujé suavemente la puerta y quedé frente a un largo pasillo. Avancé lentamente, leyendo los letreros adheridos a las puertas. Nadie se cruzó en mi camino ni yo me puse a dar de gritos exigiendo atención. Seguí avanzando hasta quedar frente a una sala pequeña que tenía sus puertas abiertas y en cuyo interior vi una silla de la que colgaba un delantal blanco. No lo pensé dos veces. Tomé el delantal y me lo puse. Seguí mi ruta hasta llegar a la puerta que comunicaba con un segundo pasillo. A poco andar descubrí un letrero que indicaba el camino hacia la Unidad de Tratamiento Intensivo. Hasta ahora voy bien, me dije mientras pasaba a mi lado una enfermera que portaba un aparato para realizar un electrocardiograma. Observé por un instante el bamboleo de su generoso trasero y me pregunté si tanta energía podía ayudar a la recuperación de un enfermo cardíaco.

La Unidad de Tratamiento Intensivo mostraba un espectáculo que hubiera preferido evitar. Media docena de tipos estaban conectados a una serie de aparatos extraños y otros tantos respiraban de un modo que podía ser calificado de angustioso. No era el lugar donde quería pasar mis últimas horas; ni siquiera mi último segundo antes de cerrar los ojos y olvidarme del maravilloso rumor de los días. Mientras soportaba el escalofrío que recorría mi espalda, recordé unos versos del poeta Glenn Hernández: El viento remece los muros del hospital / Se agita la arboleda del norte / Viene la muerte con más incertezas.

Dos enfermeras se encontraban junto a una cama, ocupada por un hombre que tenía una cicatriz que le atravesaba el rostro desde la frente hasta el mentón. En uno de los extremos de la sala encontré al viejo, conectado a una máquina que controlaba

sus signos vitales. Se veía pálido y delgado. Tenía los ojos abiertos y observaba un horizonte que estaba lejos de la sala y del sonido lastimero que provocaba la respiración del enfermo que yacía en la cama vecina. Me acerqué a su lado y durante unos segundos no atiné a cosa alguna. Quise sentir lástima, pero el recuerdo de sus mentiras actuó como un invisible muro entre su dolor y mi compasión. Poco quedaba del hombre que disponía de la fortuna o fracaso de quienes llegaban hasta su mesa en el bar. Pensé en dejarlo tranquilo y rehacer mis pasos, pero no me moví. Observé de reojo hacía donde se encontraban las enfermeras y luego llamé al italiano por su nombre hasta que el viejo posó su mirada sobre mi rostro.

—¿Me reconoce? —le pregunté remarcando cada una de mis palabras.

—Heredia —balbuceó mientras una baba blanca y espesa se deslizaba por las comisuras de sus labios.

—Supe de la balacera y vine a verlo —dije.

El viejo cerró los ojos en lo que me pareció una señal de agradecimiento.

—Necesito confirmar lo que supongo sucedió con Romero. ¿Me escucha?

Moretta movió la cabeza y siguió con los ojos cerrados.

—Usted quiso arreglar el resultado del clásico y usó el tema de las drogas para presionar al jinete.

—Cambió de opinión a última hora —dijo Moretta con un hilo de voz.

—Romero vendía drogas y alguien que usted conoce ordenó matarlo.

—No —balbuceó Moretta.

—Entonces, fue usted él que decidió matarlo.

—Está equivocado, Heredia.

—¿Por qué le dispararon a usted?

—Me metí con gente que maneja otros negocios, distintos a los míos.

—Drogas. ¿Es eso?

Moretta movió los labios pero no logré entender lo que decía.

—¿Quién fue el de la idea de matar a Romero? —pregunté, y al ver que el viejo se hundía en su mutismo, agregué—: La vieja mala está cerca y lo viene a buscar. No le hará daño ser sincero por primera vez en su vida.

Moretta cerró los ojos y su respiración se hizo más dificultosa.

—¿Por qué me llamó para contarme esa historia de los preparadores?

—Quería protegerme y hacerle pasar un mal rato a cierta persona —balbuceó Moretta.

—¿De quién quería protegerse? De nada le servirá seguir ocultando información. No le queda tiempo para intentar nuevos negocios.

El italiano quiso agregar algo más, pero el esfuerzo por respirar apagó sus palabras. Sentí pena por el viejo moribundo y por un instante sostuve una de sus manos entre las mías. Su mano estaba fría y temblorosa. Moretta comenzaba a divisar el comienzo del túnel y no era mucho el tiempo que tenía para insistir con mis preguntas.

—¿Quién es usted? —escuché que preguntaba una de las enfermeras que se había acercado hasta la cama sin que me percatara.

Di un paso atrás y miré a la mujer. Era rubia, delgada y su rostro tenía la suavidad de un muro de cemento.

—¿Qué hace usted aquí? —insistió, malhumorada—. No están permitidas las visitas.

—El doctor Salas me autorizó para estar en la sala. Mi viejo está en las últimas y...

—El doctor Salas está de vacaciones desde hace dos semanas.

—Quería estar junto a mi padre —dije a modo de excusa, y cuando pensaba en agregar otra frase sensiblera, oí que el aparato instalado junto a la cama de Moretta comenzaba a emitir un sonido agudo y persistente.

La enfermera observó la máquina, se acercó a la cama y examinó el pulso de Moretta.

—Voy a buscar al médico de turno. No se mueva de este lugar. El paciente tuvo un paro cardíaco —dijo la enfermera con la emoción de alguien que ve caer al suelo los restos de una albóndiga añeja.

Simulé que obedecía la orden de la enfermera, pero apenas la vi salir de la sala caminé tras ella. Cuando llegué al banco de sangre se interpuso en mi camino una enfermera risueña que me preguntó si venía a hacer una donación.

—Soy un vampiro y busco algunas gotas de sangre para mi merienda —le respondí—. Hasta ahora me ha ido mal, pero veo que usted tiene un cuello apetitoso.

La enfermera retrocedió un par de pasos y al ver que nadie se interponía en mi camino, avancé hasta la salida y me arrojé a los brazos cálidos de la tarde. Una vez en la calle, encendí el cigarrillo que reclamaban mis pulmones y pensé en el solitario final del italiano.

27

Estaba por comenzar la novena carrera cuando entré al Teletrak de la calle Matías Cousiño. En la prueba competían doce caballos que alguna vez habían ganado una carrera y luego ingresado al séquito de las comparsas, con la ilusión de volver a llegar primeros a la meta, aunque solo fuera para contribuir al pago del preparador, los exámenes del veterinario y la alfalfa que comían a diario. Mientras los caballos se acercaban al partidor, los jugadores hacían cálculos, invocaban a sus dioses o

proclamaban a voz en cuello las bondades del caballo al que apostaban.

Al tiempo que miraba la pantalla que informaba los dividendos, recordé las cábalas que tenía en cuenta al momento de apostar. Veía las carreras en la misma pantalla y desde cierto ángulo; en el programa marcaba con una equis al caballo elegido, mantenía un cigarrillo en los labios al momento de la partida. No jugaba a los favoritos ni a caballos cuyos nombres comenzaban con la letra zeta.

Los caballos se alistaron para correr y sentí que se tensaban los músculos de mi estómago, como si estuviera a punto de iniciar una pelea o caminar por el borde de una cornisa a gran altura. El ruido de los partidores silenció por un segundo el recinto de apuestas y enseguida fue sustituido por los gritos de los apostadores ubicados frente a las pantallas. Observé la partida y me dejé seducir por el espectáculo de las bestias y sus jinetes corriendo en dirección a la meta.

Había llegado al Teletrak después de escapar de la Posta Central y del recuerdo de la muerte de Moretta, solo, sin otra compañía que mis preguntas y una verdad que no lograba emerger de su conciencia. Había pensado una y otra vez en sus balbuceos, sus palabras entrecortadas y los leves movimientos de su cabeza. Señas, gestos que debían tener algún sentido que seguía oculto a mi entendimiento y al deseo de resolver un asesinato. Moretta estaba muerto y Millares seguía sin aparecer, aumentando mi molestia por haberle permitido huir.

Decidí olvidar por unos minutos mis inquietudes y seguir las alternativas de las carreras programadas, las que incluían dos clásicos para velocistas y una competencia de dos mil metros en la que participaban los mejores fondistas del último año. Revisé la pizarra en la que anotaban los resultados y me informé que Pedro Santos, uno de mis jinetes favoritos, había ganado la primera prueba del día. Después de anotar ese dato en el borde del programa, me acomodé en la barra de la cafetería existente al interior de la sucursal, pedí un café y me dediqué a estudiar con atención el programa. Aposté sin mucha convicción dos carreras y perdí en ambas. En la primera, el caballo escogido llegó octavo, después de entrar punteando a tierra derecha y rematar en los últimos metros con tranco de percherón. En la segunda, mi caballo llegó tercero a medio cuerpo del ganador, dejándome la impresión de que habría ganado con una conducción más decidida al momento de buscar pasada por el lado de los palos. Sin ánimo de aumentar mis pérdidas, dejé de lado el estudio de las posibles apuestas y observé al animado grupo de apostadores que rodeaba a un *jockey* retirado que daba muestras de disfrutar con los halagos y recuerdos de sus interlocutores. Vestía un traje de buena confección y una corbata llamativa que me hicieron pensar que el tipo no tenía un mal pasar, y que al contrario de muchos de sus compañeros de oficio, había sabido retirarse a tiempo y con ahorros en los bolsillos, situación poco frecuente en una actividad que vivía en la frágil frontera que mediaba entre el éxito y el fracaso.

Abandoné la sucursal y mientras caminaba por el Paseo Huérfanos en dirección al barrio Mapocho, me dispuse a terminar el día con un pequeño festín para mis sentidos. Al llegar al departamento, llené medio vaso con las últimas gotas de una

botella de Jack Daniels que me regalara un cliente agradecido y puse en el equipo de música la sinfonía «Resurrección» de Mahler. Después de eso podía desatarse el Apocalipsis y no me importaría. Probé el licor y al tiempo que prestaba atención a la música me dediqué a revisar mis libros, mi ocupación preferida cuando deseaba pensar en algo que en definitiva no sabía de qué se trataba. A simple vista los estantes sostenían un caos de libros de distintos tamaños y colores, pero yo conocía el orden secreto de la biblioteca y encontraba con relativa facilidad los libros que deseaba. Existía el espacio de los poetas, en el que podía encontrar a Gelman, Pessoa, Cárdenas, Prevert y Vretakos. El lugar de mis clásicos amados: Balzac, Dumas y Dickens. Un rincón para los libros de Juan Carlos Onetti, Osvaldo Soriano y Carlos Droguett, y otro para las varias ediciones que poseía de Hijo de ladrón de Manuel Rojas. La lista de autores era interminable y si permanecían en los estantes era porque más de alguna huella habían dejado en mi memoria. Ningún libro sobraba en mi biblioteca y hasta podía darme el lujo de conservar algunas primeras ediciones que había tenido la fortuna de encontrar en mis recorridos por la calle San Diego y el Mercado Persa, y por las cuales jamás había pagado más de lo que gastaba en una cajetilla de cigarrillos o una botella de vodka.

La madrugada me sorprendió leyendo poemas escogidos por el placer de revivir las circunstancias en que había comprado los libros. Cada tomo maltratado por el sol o el polvo eran marcas que me remitían a distintas épocas de mi vida y no faltaban entre sus páginas las servilletas de papel con anotaciones, una boleta de compraventa o el recorte de un diario a manera de improvisado marca páginas.

Me dormí con la llegada de los primeros rayos de sol y desperté pasado el mediodía con el molesto timbre del teléfono. Maldije en silencio al que me importunaba con su llamado y tuve que tragarme el enojo cuando desde el otro lado de la línea escuché la voz de Doris Fabra.

—Te he llamado más veces de las que puedo recordar —dijo.

—¿Por qué tanta insistencia? ¿No me deseabas lo más lejos posible del caso?

—Decidí ser amable, Heredia. Millares lleva varias horas meditando en una celda. Lo atrapamos gracias a la denuncia de un camionero al que intentó engatusar para que lo ayudara a cruzar la frontera. Al conductor le llamó la atención que quisiera eludir el control policial, simuló aceptar la oferta del traficante y luego lo entregó al primer detective que tuvo a su alcance. Millares portaba un maletín repleto de dólares.

—¿Ha dicho algo que valga la pena?

—Todavía está en la etapa de negar hasta lo más evidente.

—Es importante que confiese para quién trabajaba y qué sabe acerca de los disparos en contra del finado Moretta.

—¿Cómo sabes que murió? ¿Tú eres el extraño al que sorprendieron junto a su cama? —preguntó Doris.

—Tuve que correr algunos riesgos.

—Me pones en aprietos, Heredia. Hay quienes sostienen que ese extraño causó la muerte del italiano.

—Estuve con él y le hice algunas preguntas, nada más.

—Las sospechas seguirán en el tapete hasta que se conozca el informe de la autopsia.

—Solo fui testigo del momento en que Moretta colgó las herramientas.

—Te creo, pero es posible que mis compañeros no tengan la misma disposición

—dijo Doris y enseguida preguntó por el resultado de mi conversación con Moretta.

—Abrió los ojos y dijo dos o tres palabras sin mayor sentido.

—¿Mencionó algún nombre?

—Las palabras del viejo no compensaron el esfuerzo que hice para ingresar a la Posta.

—Intuyo que me mientes una vez más.

—Hasta el momento no me he apartado ni una línea de la verdad. Sigo creyendo que el viejo quiso sacarle partido a la información que tenía sobre la relación de Romero con las drogas. Presionó al jinete con la intención de manipular el resultado del clásico, pero el muchacho cambió de idea en el último minuto.

—Y luego quiso pasarle la cuenta a Romero y contrató a unos sicarios para que lo mataran. Hasta es posible que fueran los mismos que después le dispararon a él. El viejo no les quiso pagar sus servicios y los asesinos optaron por saldar la deuda de otra manera.

—El italiano podía ser un hijo de puta cuando se lo proponía, pero el asesinato no estaba entre las cartas que jugaba. Debe haber alguien más detrás de lo ocurrido. Alguien que mató a Romero y luego a Moretta para que el hilo se cortara en ese punto y no pudiéramos llegar hasta la médula del hueso.

—Parece razonable, Heredia.

—Millares tiene la llave para entrar al cuarto secreto. La única duda consiste en saber si le tiene más miedo a la cárcel o a terminar acompañando al italiano en el infierno.

—Tarde o temprano lograremos su confesión.

—Prefiero no hacerme muchas ilusiones.

—¿Por qué no? ¿Hay algo más que no me has dicho?

—Nada. Soy un apostador que nunca juega a los favoritos.

—¿Y eso qué significa?

—Que no estaría de más investigar los movimientos de Millares. Saber a quiénes vio en las últimas semanas y conocer los lugares en los que estuvo.

—¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

—Pienso en voz alta acerca de lo que haría si tuviera suficiente ánimo para dejar los pies en la calle. Por lo demás, en asuntos de drogas puede pasar cualquier desaguisado. No me extrañaría que quisieran silenciar a Millares y que para eso cuenten con la complicidad de quienes menos se espera.

- Te desconozco; en otra época ya estarías molestando con tus preguntas.
- Tal vez con los años me he puesto flojo o espero un golpe de fortuna.
- O no me has dicho todo lo que sabes.

28

—El italiano pudo ayudarnos a descubrir al asesino de Romerito —dije a Anselmo, después de contarle los detalles de la muerte del prestamista.

Anselmo movió la cabeza, desalentado, y se quedó viendo la puerta, como si por obra y gracia de un milagro hubiera podido ver a su hijo llegando al bar.

Habíamos ido a dar al Touring después de que Anselmo dejara su quiosco al cuidado de Walter, un muchacho que se ganaba la vida ayudando a los vecinos en las labores de limpiar ventanas, comprar en el mercado o ir a dejar cartas al correo, trabajos que realizaba a cambio de unas monedas que siempre eran pocas, pero que le permitían ir saltando de un día a otro, con el desesperado arrebatado de una polilla. Anselmo le tenía confianza y por eso cada vez que lo veía revolotear por el barrio, le hacía un encargo o le enseñaba las triquiñuelas del oficio de quiosquero. Deseaba que Walter emprendiera su propio negocio o encontrara un trabajo estable, pero el muchacho parecía más a gusto con los empleos esporádicos que le permitían deambular por el barrio sin más exigencias que las del estómago o las de encontrar un techo donde dormir cada noche.

El Touring lucía atestado de clientes que hablaban a voz en cuello para imponerse al sonido del wurlitzer, del que brotaban las canciones de Lucho Barrios y Ramón Aguilera.

—Era lo que teníamos más a mano, pero en ningún caso el final del camino —respondí tratando de levantar el ánimo de mi amigo.

—La investigación llegó a un callejón sin salida —agregó Anselmo—. Si hubiera sabido que ese viejo tramposo tenía tanta importancia en lo sucedido, yo mismo le habría ido a decir cuántos pares son tres moscas.

—Hay algo que juega a nuestro favor, Anselmo. Detesto dejar las investigaciones inconclusas y cada vez que lo hago siento que alguien me está propinando una derrota.

—En eso nos parecemos, don. Cuando era jinete odiaba perder. Sabía que no era posible ganar todas las carreras en las que participaba, pero cada vez que perdía ocupaba una parte de mi tiempo en analizar lo que había hecho mal. Una mala

partida, no definir el tren adecuado de carrera, correr encajonado, agotar el caballo en los primeros metros, no sacar la fusta en el momento preciso. Detalles que revisaba sin reconocer que muchas veces el caballo que me tocaba conducir carecía de los recursos para imponerse a sus rivales.

—Pienso darle una vuelta más al asunto. Los asesinos de Felipe y del viejo Moretta deben estar entre los que proveían de drogas a Millares. Es hora de rascarnos con nuestras propias uñas, Anselmo. Necesitamos saber a quién veía Millares con mayor frecuencia en el último tiempo.

—¿Quiere que le dé una mano, don?

—Por supuesto que requiero de tu ayuda, Anselmo. Recorre los corrales y pregunta si vieron a Millares reunido con alguien que no fuera del ambiente hípico. Yo haré lo mismo en los restaurantes próximos a los hipódromos y también volveré a conversar con Falcón, el jefe de Millares. Todo puede servir, y cualquier cosa es mejor que seguir observando el vuelo de las moscas.

* * *

El recorrido por los alrededores de los hipódromos no sirvió de mucho. En la mayoría de los restaurantes que visité no conocían a Millares y en los dos lugares donde lograron identificarlo, me dijeron que solía almorzar a solas, siempre con una agenda sobre la mesa y su celular en constante actividad. Bebí una cerveza en el último de los restaurantes y luego volví a la calle con la sensación de estar embarcado en la mentada e inútil búsqueda de una aguja en el pajar.

Pensé en llamar a Doris, pero algo que seguramente tenía que ver con el orgullo, me contuvo cuando estaba a punto de insertar una moneda en el teléfono público que encontré frente a una oficina de correo. Volví a mi auto y con los arañosos del apetito en mi estómago, enfilé hacia el Olímpico, donde pedí un plato de conejo estofado y una caña de tinto. El lugar mostraba su agitación de costumbre. La mayoría de sus clientes eran alumnos de la escuela de teatro que funcionaba en una añosa casona ubicada frente al restaurante. Por un rato observé a los estudiantes que conversaban animadamente y luego salí del restaurante y me dediqué a recorrer los alrededores, buscando en vano las librerías de revistas usadas a las que me gustaba entrar de vez en cuando, descubriendo que en su mayoría habían dejado de existir para dar paso a la construcción de nuevos edificios de oficinas y departamentos. Después decidí enfrentar a Falcón y me dirigí al bar donde lo había conocido.

Y por primera vez en el día tuve suerte. El preparador se encontraba acompañado de dos hombres de baja estatura que deduje serían algunos de los jinetes encargados de conducir a los caballos de su corral. Conservaba el aspecto de ave rapaz que me llamó la atención en nuestro primer encuentro, pero en la expresión de su rostro sobresalían las huellas del cansancio o el hastío. Me senté junto a una de las mesas

del bar y esperé hasta que los hombres se despidieron con evidentes muestras de agradecimientos por la oportunidad de correr caballos con opción de ganar, que supuse les daba el preparador.

Dejé unas monedas sobre la mesa para pagar el café y me acerqué a la mesa de Falcón, cubierta de programas hípicos y folletos de productos veterinarios. Me pregunté si Falcón utilizaría en sus caballos algunas dosis de Clembuterol, sustancia empleada para tratar alergias y que en cantidades mayores que las normales provocaba que los ejemplares ganaran peso. O tal vez usaba otros productos: sedantes, diuréticos, esteroides o mucolíticos que servían para alterar el rendimiento de los caballos. Drogas como la anfetamina estaban destinadas a que los caballos ganaran, provocándoles un estímulo tan intenso como breve. Otras, como depresores o sedantes, contribuían a menguar el accionar de los animales o a quitarles el miedo que sentían cuando enfrentaban el bullicio de las tribunas o el alumbrado de la pista durante las carreras nocturnas. Había muchas formas de modificar el rendimiento de un caballo y cualquier preparador con experiencia las podía usar hasta el límite de lo permitido.

—¿Se acuerda de mí?

—Heredia, el amigo detective —respondió esbozando una sonrisa irónica—. ¿Viene con las mismas preguntas de la otra vez?

Reprimí el impulso de contestarle con una pachotada y me senté en la silla que minutos antes había ocupado uno de los jinetes.

—Quería saber si extraña a su secretario.

—¿Qué interés tiene en Millares? —preguntó, desconfiado.

—Deseaba conversar con él y me enteré que fue detenido por la policía —dije y quedé a la espera de la reacción del preparador.

—Parece que está bien informado. Ayer fui a visitarlo y no pude hablar con él. Me dijeron que está incomunicado y que fue detenido mientras intentaba pasar hacia la Argentina. Contacté a mi abogado para que averigüe qué sucede con él, pero hasta ahora no obtiene ninguna información que valga la pena.

—Podría darle mi versión de los hechos y no le costaría ni un peso. Pero usted seguramente dispone de poco tiempo y no quiero abusar de su paciencia.

—Déjese de pavadas. He trabajado durante muchos años con Millares y me interesa ayudarlo.

—Puedo ponerlo al tanto de lo que ocurre con su secretario a cambio de algunas respuestas que ando buscando.

—¿De qué acusa la policía a Millares? —preguntó Falcón sin detenerse a considerar mi propuesta.

—Lo acusan de integrar una red de narcotráfico.

—¿Drogas?

—Confesó que vendía cocaína y otras drogas en un club de la Gran Avenida. Tiene pocas posibilidades de salir en libertad, y si no colabora con la policía, hasta

puede que lo acusen de cómplice o autor intelectual de un asesinato.

—¿Asesinato? ¿De qué está hablando?

—¿Recuerda la primera vez que nos vimos? Yo andaba preguntando por Felipe Romero.

—¿Qué relación tiene eso con lo que acaba de mencionar?

—Romero pertenecía a la misma red de Millares y creo que lo mataron cuando intentó salir del negocio.

—¿Cree o está seguro de lo que dice?

—Millares y Romero estaban mezclados con tipos dispuestos a mentir o matar con tal de no perjudicar el negocio.

—Millares siempre se ha comportado correctamente. Durante años ha estado a cargo de mis cuentas y jamás he tenido una queja. Es un tipo tranquilo, preocupado de su trabajo y del cuidado de su familia. Lo que me cuenta es un disparate.

—Puede que necesitara dinero para darse ciertos gustos que requieren de una abultada billetera. Que se portara bien con usted no garantiza que lo hiciera con otras personas. Mucha gente tiene una doble personalidad.

—¿Para qué podría necesitar más dinero del que gana con su trabajo y las apuestas?

—Para mantener contentas a sus mujeres.

—¿Se refiere a su madre y sus hermanas?

—No precisamente. Conocí a la prostituta por la que Millares perdió el seso. No le reprocho el gusto, pero sí su falta de tino.

—Drogas, prostitutas. Me cuesta creer lo que me cuenta. Es como si me dijera que los caballos de mi corral son burros disfrazados.

—Hay que desconfiar de los tipos correctos. En algún momento muestran los colmillos, se quedan con los vueltos o roban la bolsa de las limosnas. El cura virtuoso se convierte en pedófilo, el mejor empleado del mes golpea a su esposa, la beata que reza el rosario todas las mañanas por las noches sale a hacer la calle. Los ejemplos abundan, Falcón.

—Y además usted piensa que Millares mató a Romero.

—Pienso que su secretario puede ayudar a descubrir a los asesinos de Romero y de Giorgio Moretta.

—¿Moretta, el viejo cartillero?

—¿Lo conocía?

—Y quién no, si era como parte del paisaje. No sé lo que hacía ahora, pero cuando era más joven se lo pasaba husmeando en los corrales o intentado sonsacar datos a los jinetes.

—Moretta fue baleado por dos sicarios en el bar de donde dirigía su negocio.

—No me agrada nada lo que está diciendo.

—No es un problema de agrado o desagrado. Cada día es más la gente que busca evadirse de sus problemas o quiere tener una existencia que se les antoja más

luminosa. Las drogas están en todas partes y el ambiente de la hípica, como el del fútbol profesional y la televisión, no son excepciones. En los últimos meses he leído en la prensa las historias de dos jinetes atrapados por la cocaína.

Falcón guardó silencio y sacó una pitillera desde el interior de su chaqueta. Lo observé encender un cigarrillo y darle un par de caladas. Tuve la impresión de que mis palabras lo afectaban más allá de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Realmente no sé que pensar —dijo luego de un rato.

—Sigo una pista que probablemente me acerque a los culpables. Quiero saber con quiénes se reunía Millares de manera más frecuente. Que lo sorprendieran huyendo con un turro de dólares no es casualidad. A alguien debe rendir cuentas sobre la droga que recibe para vender. Usted sabe cómo es eso de la ley del gallinero: siempre hay uno más arriba que nos está cagando en la cabeza.

—Dudo que lo pueda ayudar, mi relación con Millares se limitaba a las actividades del corral. Solía verlo conversar con algunos jinetes y propietarios de caballos. En ocasiones, también lo veía conversar con periodistas a la caza de primicias, con la gente del corral y desde luego con algunos de mis familiares, como mi hija Marylin o mi hermano Matías. No tengo la menor idea de lo que hacía fuera del hipódromo. Más allá de lo necesario para saber con quién se está trabajando, no acostumbro a inmiscuirme en la vida de mis empleados.

—Eso no es de mucha utilidad, salvo que esté mintiendo y usted sea el vínculo que tiene Millares con el negocio de las drogas. Eso podría explicar que lo haya ido a ver y le buscara un abogado.

—¿No estará hablando en serio? —preguntó Falcón.

—Me preguntó si su riqueza se debe únicamente a su éxito con los caballos. La actividad hípica puede ser una buena pantalla para el lavado de dinero. Basta con vender caballos malos a precio de ganadores o decir que se ha apostado con especial buena suerte.

—Heredé el negocio de mi padre y el resto ha sido aplicar lo que él me enseñó y usar sus relaciones con propietarios que pueden darse el lujo de comprar ejemplares de calidad. A veces la hípica permite golpes de suerte, pero por lo general se ciñe a una lógica rigurosa. Con dinero se compran buenos caballos y se ganan carreras. En eso no hay misterio y las excepciones a la regla no hacen más que confirmar mis palabras.

—Sus palabras no me sirven para sacarlo de mi lista de sospechosos.

—No soy perfecto, pero amo la hípica y tengo los recursos para trabajar con buenos resultados. Y aunque considere que es algo pasado de moda, también me interesa preservar el buen nombre de mi padre. Si venía a buscar un sospechoso, se equivocó de lugar.

—Usted gana por ahora, Falcón. Pero no se descuide, la verdad puede imponerse en los últimos metros.

—No tengo de qué temer.

- ¿Qué piensa hacer con Millares ahora que conoce el motivo de su detención?
- Nadie está libre de cometer errores y no voy a ser yo el que lo crucifique.
- Eso da para pensar bien de usted.
- Millares ha sido un buen empleado y sigo con la intención de brindarle ayuda.
- Cuando lo vea, pregúntele a quién rendía cuentas.
- No apueste un peso a que le voy ayudar a hacer su trabajo.
- Usted sabrá lo que hace, pero no deseche lo que le dije acerca de la verdad atropellando en tierra derecha.

—Reconoce que te agrada complicarle la existencia a la gente —dijo Simenon.

—Trato de hacer mi trabajo lo mejor posible, igual que los obreros que recogen la mugre que arroja la gente. No es grato, pero alguien tiene que hacerlo cuando el aire comienza a hacerse irrespirable.

—Falcón debe haber quedado con la cabeza llena de interrogantes.

—Le hará bien saber que la vida no siempre corre por los rieles del trencito que heredó de su padre. Quizás hablé más de la cuenta y ahora Falcón debe estar analizando la mejor manera de ayudar a su secretario sin que resulte afectada su imagen de preparador honrado. Pero tenía que darle algo a cambio de sus respuestas.

—¿Sospechas de él?

—Sospecho de todas las personas que se mueven alrededor de Millares. Sospechar y encontrar las razones para dejar de hacerlo está en la esencia de mi trabajo. El día que deje de pensar mal de la gente, voy a colgar los guantes y al igual que los viejos púgiles, me sentaré en una cantina a vivir de los recuerdos —dijo y al tiempo que ordenaba unos papeles que estaban sobre mi escritorio, pregunté—: ¿Por qué estamos hablando de esto?

—¿Qué me preguntas a mí? Llegaste a la oficina, te serviste una copa del espantoso *whisky* que guardas en el escritorio y comenzaste a hablar de Falcón. Ni siquiera pude decirte que llegó otro correo de Griseta y que Anselmo dejó dos recados junto al teléfono.

—¿Y por qué no me hiciste callar?

—Si yo no te escucho, ¿quién entonces?

—¿Dónde está el correo de Griseta?

—Lo pisaste al entrar y no te diste cuenta.

—Pensé que era la factura del teléfono.

—Necesitas gafas, Heredia. No puedes diferenciar una misiva romántica de las cuentas enviadas por los buitres.

—Puedo reconocer perfectamente el punto de tu trasero en el que te duelen más las patadas.

—Cegato y gruñón. Caminas rumbo al despeñadero —dijo el gato dirigiéndose hacia el dormitorio, indiferente a mis rezongos.

En su correo, Griseta hacía un recuento de sus estudios y de un paseo a Segovia con sus compañeros de universidad para celebrar el fin de un ciclo de exámenes que habían resultado exitosos. Al final del correo me enviaba unos besos, que me parecieron demasiado distantes como para recobrar el sabor de sus labios o espantar la soledad que por las noches se tendía sobre mi cama. Guardé el correo en el escritorio y luego de beber un sorbo de *whisky* tuve que reconocer que Simenon tenía razón respecto a su calidad. Olía a diluyente y sabía a muerte repentina. Dos buenas razones para terminar la investigación sobre la muerte de Felipe Romero y buscar

otra pesquisa que me permitiera ganar algunos pesos y comprar un licor que me hiciera olvidar la horrorosa idea de ingresar al club de alcohólicos anónimos.

* * *

Anselmo me sorprendió dormitando con los pies apoyados sobre el escritorio y la cabeza reclinada en el respaldo de mi sillón. Dio una ruidosa palmada sobre la cubierta del Pequeño Larousse que solía estar junto al teléfono y una vez que me vio despabilado, preguntó si me encontraba enfermo o con resaca.

—Ni lo uno ni lo otro —respondí, acomodándome lentamente en el sillón—. Estoy cansado. Duermo mal, todas las noches tengo pesadillas o me pongo a pensar en asuntos que jamás tendrán solución, salvo que en la Tierra gobiernen extraterrestres o aparezca otra clase de seres humanos, menos estúpida, depredadora y miserable. Cosas como que en África los pequeños se mueren de hambre y en los Estados Unidos no saben qué hacer con los niños obesos; o que el precio de las camisas importadas que usa el ministro de Hacienda es igual o superior al salario mínimo que le pagan a la mayoría de los obreros por un mes de trabajo.

—Pasó el tiempo en que algunos se empecinaban en cargar los problemas del mundo sobre sus hombros.

—Ese es el problema que todavía tiene alguna gente de mi edad. Nos preocupa el estado del mundo y queremos cambiarlo. Hubo una época en que estábamos informados hasta del índice de mortalidad en Transilvania. Hoy los problemas del mundo apenas ocupan treinta segundos en las noticias de la tele. Es más importante el dolor de rodillas de un futbolista que la escasez de agua o el hambre existente en el mundo.

—Mejor no me haga recordarle en qué terminaron esas preocupaciones.

—Sé en qué terminaron, pero aun así me siguen quitando el sueño. Que una fórmula entregue resultados distintos a los esperados no impide que se sigan buscando soluciones a ciertos males. Pero imagino que no has venido a conversar de esas cosas ni a controlar la calidad de mis bebidas.

—Vine a decirle que dejé los zapatos en mi recorrido por los corrales. Nadie recuerda haber visto a Millares reunido con alguien que les llamara particularmente la atención. Sus citas más frecuentes eran con Talma y Serna, dos jinetes pichiruches que siempre andan buscando copete gratis. No imagino a ninguno de los dos metidos en el tráfico o el consumo de drogas. También suele almorzar con Higuera, el veterinario que atiende a los caballos del corral y con Matías Falcón, el hermano menor del preparador. Un botarate que jamás moverá un dedo para ganar tres pesos por su cuenta, a no ser que sea apostando a los caballos que adiestra su hermano. Y esto último, y como al parecer el preparador no le presta atención, es lo que motiva que Matías busque la compañía de Millares.

—Tampoco a mí me fue bien con las preguntas en los restaurantes.

—Nadie en el ambiente se imagina a Millares metido en negocios ilícitos. La mayoría de la gente lo tiene por un tipo que hace bien su pega.

—Deberías conversar con los jinetes que mencionaste —dije a Anselmo con la resignación del médico que receta aspirinas a un paciente desahuciado—. No sé si nos ayude en algo, pero es conveniente remover todas las piedras que se nos crucen en el camino.

—Puedo realizar los trabajos inútiles que quiera, don. Lo que me cuesta aceptar es que no fui capaz de advertir a Romerito sobre las trampas en la que podía caer. Debí decirle que era mi hijo y no conformarme con verlo crecer desde lejos. Jamás debí hacerme cómplice de la historia inventada por su madre.

—Uno suele creer que la está haciendo de oro; confía en que ha dispuesto bien las piezas sobre el tablero, hasta que descubre que está a punto de perder la partida. Y cuando eso ocurre, se puede botar el rey, seguir defendiéndose o encontrar una solución inesperada.

—No le entiendo ni medio, don.

—Quiero decirte que lo de Romero ya no tiene remedio, pero haré lo que esté a mi alcance para descubrir a su asesino.

—¿Y después, don? ¿Qué hacemos después con las culpas y los dolores?

—Lo que hemos hecho siempre. Vivir —dije y al ver que Anselmo no respondía, agregué—: Pero por ahora, concentra tus energías en ese par de jinetes.

—¿Sabe, don? He descubierto que me gusta hacer preguntas a la gente y dado que tengo unos ahorritos, podríamos encachar la oficina, comprar otro escritorio y trabajar asociados.

—Esas cosas no se deciden de la noche a la mañana y los cambios suelen complicarme la existencia.

—Uno se acostumbra a todo, don.

—Pero no por eso hay que poner la cabeza bajo las ruedas del tren. Necesitamos unas buenas vacaciones, cambiar de aire, ver otro paisaje y olvidarnos del reloj.

—Me gustaría ir algún día a Madrid y conocer la Plaza España, donde dicen que está el famoso monumento a Don Quijote.

—Yo preferiría ir al Parque Nacional Torres del Paine. El Escriba dice que es el lugar más bello del mundo y que uno no puede morirse sin conocer su cielo azul y su silencio.

—¿Y cómo se llega a ese lugar?

—Primero hay que viajar hasta Puerto Natales.

—¿Y después?

—¿Qué sé yo? En ese pueblo habrá alguien a quien preguntar por dónde sigue el camino.

—Y supongo que también habrá un hipódromo.

—Lo ignoro, pero tal vez pronto podremos saberlo. Me escribió un comerciante

de Puerto Natales que quiere contratar mis servicios. Su esposa murió en circunstancias que considera extrañas y desea que alguien las aclare. Quedé en darle una respuesta la próxima semana.

30

Anselmo regresó a su casa y durante las tres horas siguientes me dediqué a escuchar la radio y a leer *La tentación del fracaso* de Julio Ramón Ribeyro, libro en el que encontré unas líneas a las que cambiando las palabras escribir por investigar podían dar un exacto sentido de la situación en la que a menudo me encontraba. «Debo hacer lo único que sé hacer más o menos bien, lo que me agrada hacer y lo que otros no pueden hacer en mi lugar: escribir mis historias boludas o sutiles, hasta reventar». Pensé que la cita sería del gusto del Escriba y la anoté en mi libreta para compartirla con él en nuestro próximo encuentro. Después llegó la noche y con ella las sombras que cubrieron los rincones del departamento, acentuando la incertidumbre que seguía imperando en mis pesquisas sobre la muerte de Romero. Volví a leer el correo de Griseta y luego lo guardé en el escritorio mientras pensaba que sus palabras no me servían para acortar las distancias ni aminorar los rigores de su ausencia. Tomé mis cigarrillos y salí a la calle. No le temía a la soledad del barrio. Conocía a los habitantes de sus rincones más sórdidos y sabía que éstos respetaban mi deambular por las veredas en penumbras. No era un extraño ni menos un incauto al que podían arrebatarle la billetera. Me eran familiares los códigos de la noche y los aceptaba sin meter injustificadamente mis narices en los juegos privados de los demás.

Caminé hasta los alrededores de la Plaza de Armas, ubiqué una cabina telefónica y llamé a Irma. La muchacha estaba en su departamento y por un instante tuve la impresión de que esperaba volver a oír mi voz. Le pregunté si podía reunirse conmigo y acordamos encontrarnos treinta minutos más tarde en El Cuervo, un bar de tiro largo ubicado cerca de la Plaza Italia.

Comenzaba a decaer la alocada agitación de la Alameda, convirtiéndose en una larga sombra en la que a duras penas sobrevivían las tímidas luces de unos restaurantes y de los vehículos que recorrían la arteria a gran velocidad. En El Cuervo encontré más clientes de los que supuse al momento de concertar la cita. Me costó ubicar una mesa próxima a la puerta del bar. Después de verificar que Irma no se encontraba en el lugar, pedí un vodka tónica y encendí un cigarrillo. Irma llegó con retraso. Su cabellera venía cubierta por un discreto sombrero azul y vestía un *blazer*

negro que hacía juego con sus pantalones de color gris. Se acercó a mi mesa y besó una de mis mejillas. Al sentir el roce de sus labios, pensé que habría sido maravilloso reunirme con ella, a esas horas de la noche, solo para volver a contemplar el entristecido brillo de sus ojos.

—La policía detuvo a Millares —le dije luego de hacer una seña al mozo recordete que se encargaba de apaciguar la sed de los parroquianos.

Enseguida me exployé sobre las circunstancias en las que el traficante había sido atrapado mientras intentaba pasar a la Argentina.

—Con eso debería sentirme más tranquila —dijo Irma una vez que terminé de hablar—. Pero nada me quitará el asco que siento por haber sido la compañía habitual de un tipo como Millares.

—Millares pasará una temporada en la cárcel y tú tendrás tiempo para olvidar.

—Gracias. No estoy acostumbrada a que alguien se preocupe desinteresadamente de mí.

—No confíes en mi aparente falta de interés —agregué—. Quiero saber si Millares mencionaba en sus conversaciones a alguien con quien se reuniera frecuentemente. Alguien que no fuera Romero, desde luego.

—Las pocas veces que hablaba de su trabajo mencionaba a su jefe. A veces se quejaba de los jinetes o de los trabajadores del corral, pero no recuerdo ningún otro nombre en particular. De lo que más conversaba era de su familia. Parecía obsesionado por el futuro de sus hermanas. Quería que ellas estudiaran o se casaran con alguien que les diera una buena vida, sin las carencias que tenían hasta que él comenzó a trabajar.

—¿Solo eso?

—Millares no es de muchos amigos. Tampoco dejaba que su trabajo interfiriera en sus asuntos personales. La única vez que dejó que eso pasara fue un fin de semana que pensábamos pasar en Viña del Mar. A última hora suspendió el viaje, porque le pidieron que participara en la compra de unos caballos para el hermano de su jefe. Al parecer su opinión era importante para decidir la adquisición. Mi relación con Millares, al menos en lo que a mí respecta, no era muy diferente a la que tengo con otros clientes. Acudía a las citas, pero nunca me interesaron mayormente sus asuntos de trabajo o su vida privada. Simular es lo que mejor sé hacer. Simular que escucho y que siento placer.

—¿Alguna vez tuviste la ocasión de tratar con Falcón?

—¿Quiere saber si me acosté con él?

—Me refiero a que Millares te lo presentara.

—Jamás. Como le dije anteriormente, no mezclaba su vida privada con el trabajo. Una vez le pedí que me llevara al hipódromo para conocer el recinto de socios, y se negó rotundamente. Además, y aunque resulte ridículo, Millares sentía celos de mis eventuales compañías. Una cosa enfermiza. Me preguntaba por mis otros clientes y luego se atormentaba por no ser el único que estaba conmigo.

—¿Te dio alguna explicación por su conducta?

—No. Seguramente temía que la gente reconociera el tipo de relación que nos unía.

—Deduzco que tampoco te presentó a su madre y hermanas.

—¿Se le ocurre que iba a hacer algo así? —dijo Irma y luego de mirar de reojo hacia la puerta del bar, preguntó si tenía otras preguntas para ella.

—Ninguna más —respondí y me quedé en silencio.

—Si es así, volvamos a tus temores de la otra noche.

—¿Qué temores? —pregunté, intrigado.

* * *

Me senté a un costado de la cama y la observé despojarse de su blusa y sus pantalones. Quedó cubierta con un diminuto calzón negro que a duras penas contenía su perfecto y turgente trasero. Sus pechos quedaron fugazmente cubiertos por sus cabellos y una de sus manos se deslizó por su vientre en una especie de caricia que prolongó hasta sus caderas. Sonrió y se tendió en la cama. Observé la mariposa azul que tenía tatuada entre sus pechos. Mis dedos se deslizaron sobre la mariposa y luego busqué el contacto de su boca. No había nada que decir, no había nada que temer. La acogí entre mis brazos y dejé de escuchar el rumor de la noche que entraba por la ventana entreabierta del dormitorio.

Al otro día nos despertamos un rato antes de las nueve y nos quedamos escuchando el cálido diálogo de nuestras pieles. Ninguno de los dos tenía un horario que cumplir ni debía llegar a marcar una tarjeta en ninguna maldita oficina. Pasadas las tres de la tarde nos dijimos adiós de una manera que me pareció definitiva. Pensé en ella durante el resto del día y al anochecer cerré la puerta de los recuerdos y decidí que era tiempo de volver a pensar en las muertes que investigaba.

Hice de tripas corazón y llamé a Doris Fabra.

* * *

—Millares fue pasado a la Fiscalía —dijo Doris después de un tira y afloja para que compartiera conmigo su información—. No conseguimos sacarle nada más de lo que nos dijo en el primer interrogatorio. Un abogado se hizo cargo de su defensa y le aconsejó reconocer que es un consumidor esporádico de drogas y negar su vinculación con el tráfico de cocaína. Temo que la Fiscalía tendrá que centrarse exclusivamente en Millares, a no ser que encontremos otra información que nos permita arrinconarlo.

—Lo interrogaste acerca de la muerte de Romero.

—Varias veces y en todas sus respuestas reiteró su incredulidad respecto a que se trate de un asesinato. No tengo nada concreto que respalde mis ideas, pero se me antoja que Millares sabe más de lo que dice y que alguien le ha ordenado mantenerse en silencio. Probablemente el mismo que ordenó el asesinato del jinete.

—¿Por qué afirmas con tanta seguridad que se trata de un asesinato?

—Releí el informe elaborado a raíz de la muerte de Romero y encontré dos datos que nadie se preocupó de analizar. La posición de la soga en el cuello de Romero no era la habitual en casos de suicidio y el lugar desde donde se colgó no era fácil de alcanzar para alguien que pretendía eliminarse por sus propios medios. Con esos datos, volví a la pesebrera y comprobé que en la viga de la que colgó Romero hay indicios del desplazamiento de la soga.

—¿Y eso qué significa?

—Que la soga se ocupó para alzar el cuerpo desde abajo. Si Romero se hubiera dejado caer con la soga atada a su cuello, la marca en la viga sería diferente.

—Si mal no recuerdo, alguien habló de que pudo subirse en los lomos de un caballo.

—Se habló de eso, pero fue un error. Romero fue ahorcado y los que examinaron la escena del crimen lo hicieron mal. Si me equivoco, aceptaré que me invites a cenar.

—Veo que estás muy segura de lo que piensas.

31

—¿De qué te asombras? No es novedad que los culpables queden sin castigo, en especial si tienen santos en la corte o una billetera abultada. Si a eso le sumas las relaciones familiares o políticas, da por resultado que hay gente de primera y segunda categoría —oí que decía Simenon al tiempo que concentraba sus energías en el minucioso aseo de los tres últimos centímetros de su cola, donde según Marcos Denevi «el gato conserva su porción de tigre».

«Si uno no se los corta, más tarde o más temprano se vuelve a la selva», agregaba el escritor en uno de sus cuentos que yo había leído cuando trabajaba de nochero en un hotel parejero, mucho antes de que adoptara mi manía por las citas.

La cita sobre la cola del gato era inquietante, pero seguramente Simenon no tenía ninguna intención de huir del departamento donde se apoltronaba a gusto y sin que nadie interrumpiera sus siestas cada día más prolongadas. Había crecido en la selva urbana, sobreviviendo a los códigos de los tejados y las calles del barrio, como un

guerrero más de una lucha en la que hombres y bestias podían llegar a discutir el mismo trozo de pan añejo arrojado a la basura.

—Me molesta que Millares guarde silencio y que con eso deje en libertad a alguien que debe estar sacando cuentas alegres por su despreciable negocio.

—La vida está llena de tipos que realizan negocios despreciables —agregó Simenon, y cuando me disponía a responder su comentario fui interrumpido por la inoportuna campanilla del teléfono.

Desde el otro lado de la línea escuché una voz aguardentosa que decía mi nombre. Traté de asociar la voz con alguno de mis conocidos y no tuve éxito.

—Soy Carrasco, el nochero que trabaja en el corral del señor Palma. Usted dijo que lo llamara.

—No esperaba que se acordara de mi solicitud.

—Usted habló de una recompensa abultada.

—De eso no me acuerdo en absoluto, pero puedo considerarla si su información justifica la molestia de meter mis manos en los bolsillos.

—Volví a ver el auto rojo del que hablamos la otra noche.

—¿Dónde?

—En el corral, desde luego. ¿O cree que estoy en condiciones de andar haciendo turismo por la ciudad? Ayer, cuando llegaba a mi trabajo, lo vi salir del corral.

—¿Reconoció a quien lo conducía?

—No, pero sí a su acompañante, un gitano que acostumbra a merodear por los corrales en busca de datos para las carreras. Stevo se llama, y a nadie en su sano juicio le gusta tenerlo muy cerca.

—Un gitano que viste como si viniera saliendo del basurero.

—¿Lo conoce?

—Suelo cruzarme con él en los locales del Teletrak —dije, y luego le pregunté si estaba al tanto de lo que el gitano hacía dentro del auto.

—Ni idea. Conversé con tres cuidadores y uno de ellos había visto el auto anteriormente, pero no supo decirme quién es el dueño.

—¿Está seguro de que es el mismo auto que vio el día que mataron a Romero?

—La misma antigualla bien conservada. Se lo puedo jurar ante una Biblia.

—No es necesario llegar a tales excesos de entusiasmo.

—¿Cuánto me va a pagar por la información? —preguntó Carrasco.

—Lo que quede después de comparar mis gastos con mis ingresos. O sea, muy poco.

—No embrome. Cuento con su recompensa para salvar la semana.

—Pasaré un día de éstos a dejarle lo que encuentre en mi billetera.

—Ojalá que no se le olvide.

—¿Qué me dices? —pregunté a Simenon una vez que me despedí del nochero.

—Stevo tendrá que contarte una buena historia.

—Sin duda, aunque no me figuro al gitano mezclado en un asesinato.

—Mejor no apuestes por la inocencia de Stevo. El dinero mueve montañas.

—La fe es la que mueve montañas, Simenon.

—Eso era antes, cuando la gente actuaba por los dictados de la fe y no de la billetera.

—¿Desde cuándo tan escéptico, gatito?

—Desde que te escucho rabiarse a solas bajo la ducha. Y no me llames gatito. Sabes que detesto los diminutivos a los que son tan afectos los chilenos y que solo les sirven para andar de apocados por la vida.

—Cada día te pones más malas pulgas.

—Mira quien lo dice. Últimamente le gruñes hasta a tu cara en el espejo.

—¡Córtala, Simenon! La oficina de quejas bajó su ventanilla.

—¿Has pensado dónde ubicar a Stevo?

—Hay dos lugares a los que el gitano pasa diariamente: el Teletrak de la calle Matías Cousiño y un bar al que van a beber los ratis y sus soplones. Solo espero que Carrasco no se vaya de lengua con alguien más, porque si las cosas son como las imagino, el gitano puede terminar haciéndole compañía al italiano.

* * *

Buscar al gitano fue más complicado de lo que pensé mientras entraba al Teletrak de Matías Cousiño, lugar donde en el pasado había funcionado el cine Florida, antes que llegara la moda de transformar los viejos cines en oficinas bancarias o cadenas de farmacias que satisfacían la enfermiza automedicación de los santiaguinos, que sin reparos compraban una aspirina o pastillas para males mayores. Los viejos cines del centro de la ciudad estaban convertidos en templos, salones de baile o bodegas, y en su reemplazo habían construido en otros sectores de la ciudad algunas salas modernas, en su mayoría adosadas a centros comerciales, donde para seguir el curso de las películas había que competir con el bullicio de los espectadores que tragaban cabritas y golosinas como si estuvieran en el *living* de sus casas.

Pregunté por Stevo a una decena de apostadores que conozco y la mayoría de ellos me respondió que no lo veían desde el día anterior, cuando en un inesperado soplo de la fortuna había acertado un inusual y sustancioso dividendo. Uno de los tipos con los que conversé me sugirió ir a la sucursal de la calle Agustinas, y a partir de ese dato inicié un errático recorrido por los Teletrak de Bandera, San Diego y Vicuña Mackenna, sin que nadie me pudiera dar una referencia atinada sobre el paradero del gitano.

Al término del recorrido solo pude pensar que el gitano estaba viviendo una francachela de incierto desenlace, tanto por su duración como por el estado en el que podía llegar a encontrarlo. Decidí tomar las cosas con calma y en la última sucursal que visité hice una pausa para descansar y apostar por un caballo llamado

Taquicardia. Compitió en una carrera de mil trescientos metros y llegó último. No era mi día de suerte y debía seguir trabajando para encontrar al gitano. No quise volver a pensar en un desenlace desgraciado. Simplemente junté restos de entusiasmo y conduje mi auto hasta las inmediaciones del bar que solía visitar Stevo.

* * *

El bar tenía una hielera de dos puertas sobre la que estaba instalado un televisor que mostraba las imágenes del partido de fútbol entre los italianos de la Roma y un equipo ruso de nombre impronunciable. Dos parroquianos, sentados junto a una mesa bien surtida de cervezas y trozos de arrollados, seguían las alternativas del partido y por sus gritos quedaba en claro que sus preferencias iban por el lado de la Roma, con una vehemencia que llevaba a preguntarse si los tipos eran italianos o solo estaban ligados sentimentalmente a Italia por amor a las *pizzas* y los ñoquis.

Miré por un rato las imágenes y no me entusiasmaron. El fútbol de la televisión había dejado de interesarme en los últimos meses y esperaba que a corto plazo alguien ofreciera un programa que permitiera disfrutar de los partidos soñados por cada hincha. Entonces vería aquellos partidos que ni mi optimismo más descontrolado se atrevía a imaginar. Magallanes-Boca Juniors. Magallanes-Barcelona, Magallanes-Inter. Siempre Magallanes enfrentando a equipos a los que vencía por marcadores holgados y sin dejar dudas sobre la calidad de su juego. El asunto de los partidos soñados no era una idea original, ya que en la novela *El hipódromo de Alicante* de Héctor Pinochet, los protagonistas, todos hípicos, podían ver y apostar eternamente en las carreras que más recordaban. Una especie de paraíso permanente que tarde o temprano comenzaba a parecerse al infierno descrito por Sartre en una de sus obras de teatro.

El gran campeonato de los partidos soñados. La solución ideal para los resultados mediocres del fútbol nacional y la larga lista de entusiasmos y depresiones del hincha chileno, obligado a conformarse con triunfos morales, empates miserables, goles que pudieron ser y no fueron, penales que no se sancionaron o se cobraron mal y una larga lista de resultados que iban a dar al enorme saco de las desilusiones.

—Busco a Stevo, el gitano —dije al mozo, un colorín de rasgos afeminados que daba la impresión de estar sordo o demasiado interesado en las acciones del partido que seguía con un ojo puesto en la pantalla y el otro en el mesón donde descansaban las copas, medio llenas o medio vacías, según fuera el grado de ansiedad de los clientes.

—El gitano Stevo —insistí.

—Ayer le achuntó a un batatazo en el Hipódromo Chile y hoy debe estar devolviendo las ganancias en el Club Hípico. Siempre es igual. Se ganan dos, se pierden tres, y al final los únicos que llenan sus bolsillos son los dueños de las

apuestas.

—Veo que no le tiene simpatías a las apuestas hípicas.

—Nunca he apostado un veinte. Mi padre, al que espero Satanás siga cocinando a fuego lento, dejó gran parte de su dinero en los hipódromos y sometió a su familia a las peores pellejerías.

—No pienso rebatir su experiencia, amigo.

—Más le vale. Me da bronca hablar de caballos.

—¿Qué me aconseja respecto a Stevo? ¿Espero o vuelvo mañana?

—Espere. Estoy seguro que aparecerá antes que cerremos. Ayer le prestó dinero al gitano que trabaja lavando copas y seguramente deseará recuperarlo.

Pedí una caña de vino y mientras el mozo la servía, pensé en un poema de Malcolm Lowry que decía: «Nuestro ideal de vida contiene una taberna donde un hombre puede sentarse y hablar o solo pensar...». Después me atrincheré en un rincón del bar y leí el diario que el mozo me prestó para acortar la espera. Al cabo de dos horas quedé el tanto de las noticias faranduleras, de los resultados en varios torneos europeos de fútbol y de los supuestos adelantos del país después de la firma de unos tratados de libre comercio que aseguraban el indiscriminado despilfarro de los recursos naturales del país.

Stevo apareció cuando en el televisor del bar comenzaban a transmitir la telenovela de la tarde. Me saludó amistosamente y sin esperar a que lo invitara se sentó junto a mi mesa, llamó al mozo y le pidió una cerveza, lo que era un claro indicio de que la juerga no había logrado agotar sus ganancias del día anterior.

—¿Qué me dices, chileno? Ayer me gané una triple exacta, solo, sin tener que compartir el dividendo con nadie más. El gitano Stevo anda con suerte.

—Con razón perdí tanto tiempo buscándote en uno y otro lugar.

—¿Me buscabas? Hasta donde recuerdo no te debo nada —dijo el gitano y luego de observarme con suspicacia, agregó—. Tal vez te enteraste de mis ganancias y quieres que te haga un préstamo. Pero Stevo ya no tiene mucho dinero. Stevo bailó, comió y bebió con amigas simpáticas y ahora le queda poquito dinero.

—Tu generosidad me conmueve, Stevo. Pero no vine a pedirte dinero prestado.

—¿No? Entonces qué, chileno. ¿Quieres que te invite a comer?

—Supe que anduviste paseando en un auto rojo —dije sin dilatar la espera.

—¿Quieres comprar un auto?

—Quiero saber a quién pertenece y qué hacías en ese vehículo.

—No me gustan tus preguntas. Stevo puede pasear en el auto que se le antoje.

—Te advierto que puedes estar metido en un lío gordo.

—¿De qué se trata?

—Yo hago las preguntas en esta mesa.

Stevo bebió de su cerveza y me miró de reojo, estudiando hasta dónde llegaba la seriedad de mis palabras.

—El auto es de mi primo Tibo. Él es dueño de un negocio de autos usados.

Compró el coche y como necesitaba entregar un documento, le encargó a su hermano Mirko que lo fuera a dejar a la dirección del antiguo dueño, en el corral de Palma. Mirko no sabía llegar y yo me ofrecí de acompañante. Pero nos fue mal con el encargo, porque nadie conocía al vendedor.

—Tu cuento huele a cuchufleta de gitano metido en un embrollo del que no intuye sus consecuencias. ¿Cómo se llama el vendedor?

—Demetrio Montes.

—¿Lo conoces?

—No. ¿Cuál es el problema?

—¿Se te ocurre la razón por la que Montes daría la dirección del corral de Palma?

—Ni idea. Yo solo acompañé al primo Mirko.

—¿Estás diciendo la verdad, gitano?

—Te lo juro por el santo que quieras. Tú sabes que te aprecio, porque Heredia es apellido gitano.

—No intentes congraciarte conmigo.

—Cuando algunos de mis paisanos llegaron a Andalucía, en España, fueron protegidos por ricachones que les dieron trabajo y sus apellidos. Por eso hay muchos gitanos que se apellidan Heredia o Amaya.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Cuando niño tuve un tío al que le gustaba contar historias del pueblo gitano por las noches, alrededor de las fogatas que se encendían frente a las carpas. Nunca aprendí a leer ni escribir, pero no olvido los cuentos del tío Abel.

—Si pretendes hacerme olvidar el auto rojo, estás equivocado, Stevo.

—Puedes confiar en mí, Heredia. Tú eres un detective bueno y nunca te haría una mala jugada.

—¿Cuándo compró el auto tu primo?

—No lo sé exactamente. Tibo compra y vende autos sin parar. Trabaja mucho y no es gitano pobre. Si quieres saber más acerca de ese auto, conversa con él.

—Es lo que me propongo hacer con tu ayuda.

—Tibo trabaja hasta bien entrada la noche. Conduciendo rápido, alcanzamos a llegar antes de que cierre su negocio.

—Te advierto que por haber paseado en el auto estás en la lista de sospechosos de un asesinato que la policía y yo estamos investigando.

—¿Qué asesinato?

—El de Felipe Romero.

—Toda la gente piensa que se suicidó. Nadie ha dicho que lo mataron.

—Acostúmbrate a la idea, porque la vas a escuchar muchas veces.

—Por eso andabas preguntando por él.

—Piensas rápido, Stevo. La primera vez que conversamos andaba tras los motivos de un suicidio, pero ahora busco a un asesino y sus cómplices.

—Tú quieres asustarme, chileno. Stevo jamás haría daño a otro hombre.

—Más te vale que eso sea cierto.

El gitano esbozó una sonrisa nerviosa y se rascó la cabeza. Le hice un gesto para darle a entender que su cuello estaba en juego.

—De paisano a paisano, ¿tú crees que yo pude matar al jinete?

—«No creo en casi nada que no salga del corazón» —dije recordando la letra de una canción de Fito Páez que le gustaba escuchar a Griseta cuando se quedaba en mi departamento.

El gitano volvió a rascarse la cabeza y sonrió con la duda dibujada en su rostro.

32

Las palabras de un guachimán borracho y de un gitano cuentero es todo lo que tengo para avanzar en la investigación, pensé mientras conducía por la Gran Avenida, con un ojo en la calle y otro en Stevo, que no paraba de hablar de carreras en las que había obtenido dividendos que parecían sacados de un cuento de hadas.

—Años atrás, muchos años atrás, gané en solitario la Quíntuple del Hipódromo Chile. Mucha, mucha plata, chileno. Yo era joven, atractivo, no como ahora me ves. Los paisanos que estaban en el hipódromo me seguían para proponerme negocios o pedir un préstamo. Me decían que comprara autos, casas o instalara una botillería. Algunas viejas me ofrecían a sus hijas y sobrinas para casarme con ellas y los hombres me felicitaban con gritos y abrazos. Llegó un momento en que tuve que esconderme y huir del hipódromo. Al día siguiente apareció en mi casa un gitano con cuya hija mis padres me habían comprometido desde que los dos éramos unos críos. La mujer no me gustaba. Era joven, pero muy alta y fea. El hombre y mis padres hablaron del dinero que yo estaba en condiciones de pagar por mi esposa, y yo dije a todo que sí, pero dos días después me escapé a la Argentina y no regresé hasta que gasté la última moneda. Ni mi madre me dirigió la palabra durante cuatro años. Me echaron de la casa y el que tendría que haber sido mi suegro habló de deshonor y armó una trifulca que pudo terminar con mis tripas al aire. Tiempo después, cuando ya nadie dudó que yo jamás podría mantener una esposa, el hombre olvidó el incidente y a la hija la casó con otro gitano más pudiente.

—Sin casa, esposa ni dinero. Nuestras historias se parecen, gitano.

Stevo se quedó viendo la calle por la que avanzábamos. Me pareció reconocer un asomo de tristeza en su mirada.

—El dinero ayuda a exprimírle el jugo a la vida —dijo un rato más tarde y luego,

mientras esperábamos el cambio de luces de un semáforo, agregó—: En la próxima esquina dobla hacia la derecha, chileno.

* * *

La oficina del primo Tibo tenía un ventanal que daba hacia un patio que a esa hora estaba iluminado por tres largas hileras de tubos fluorescentes y en el que se encontraban estacionados una treintena de vehículos de diferentes marcas, tamaños y modelos. Tibo era un gitano gordo y de aspecto bonachón. Su cabeza grande y cubierta de abundantes rizos parecía un cubo instalado sobre sus hombros. Lucía un bigote negro y cuando sonreía mostraba sus dientes manchados de nicotina. Vestía una chaqueta verde y sus pantalones, amplios y llenos de arrugas, colgaban milagrosamente de su abultada barriga. Estaba de pie junto a un escritorio de madera y apenas nos vio entrar se acercó a nuestro lado.

Stevo hizo las presentaciones y luego sacó un maltrecho cigarrillo desde el bolsillo superior de su chaqueta.

—Un amigo de mi pariente siempre es bienvenido —dijo Tibo sin dejar de sonreír, pese a la expresión ensombrecida que mostraba el rostro de Stevo—. Tenemos autos de buenas marcas, en perfecto estado y listos para ser entregados a sus nuevos dueños a cambio de una módica suma. Treinta y cinco vehículos en esta oficina y otros tantos en un estacionamiento vecino. Usted nos dice el auto que quiere y nosotros se lo traemos. Nuestro lema es «lo imposible no existe».

—Mi amigo Heredia no quiere comprar ningún auto —dijo Stevo a su primo, con tono apesadumbrado.

—¿No? —preguntó el gitano gordo, con evidente desilusión.

—Lo que no quiere decir que no me pueda tentar con alguna ganga —dije para suavizar el impacto de la aclaración de Stevo.

—«Si no compra hoy, compra mañana». Es otro de nuestros lemas —agregó el gitano gordo, recuperando su sonrisa.

—Heredia quiere hacerte algunas preguntas —dijo Stevo a su primo.

—Estoy interesado en el auto rojo que usted compró a Demetrio Montes.

—Tiene algunos años, pero es un gran auto, señor. Fabricado pieza por pieza en los Estados Unidos. Sin muchos kilómetros de recorrido y en condiciones de ser entregado de inmediato.

—Mi amigo está interesado en conocer los detalles de la compra —puntualizó Stevo, algo achunchado por la insistencia comercial de su primo.

—¿Conocía a Demetrio Montes antes de comprarle el vehículo? —pregunté.

—Nunca lo había visto. Llegó recomendado por Aquiles Zapata, un cliente al que le he comprado y vendido varios autos.

—¿Sabe dónde ubicar a Zapata?

—Tiene un taller mecánico en Franklin, una cuadra antes de llegar a la calle Nataniel.

—¿Y con la recomendación le bastó para comprar el auto?

—Desde luego que no, aquí no hacemos las cosas a la diablo. Revisé el vehículo y comprobé que estuviera en buen estado. Le hice una oferta y Montes la aceptó de inmediato, lo que me llamó la atención, porque no es normal que el precio de una venta se acuerde al primer intercambio de palabras.

—¿Y eso no le pareció extraño?

—Cuando me ofrecen una ganga, no le busco las cinco patas al gato. Al día siguiente hicimos los papeles de la compraventa del vehículo. Montes quedó de pasar a buscar una copia de los documentos que acreditaban el negocio y como no lo hizo, decidí enviársela al domicilio que nos indicó. Me interesa que el papeleo esté en orden por si recibimos las visitas de los inspectores del Servicio de Impuestos Internos o de la policía, que a veces anda buscando autos robados.

—Un documento que finalmente no llegó al interesado —dije.

—No por nuestra culpa. «Lo que hay que hacer, lo hacemos en el momento oportuno». Es otro de los lemas que seguimos al pie de la letra.

—¿Qué explicación le dio al asunto de la dirección?

—¡No me diga que el auto es robado! —agregó Tibo, olvidando por primera vez su sonrisa desde que estábamos en la oficina.

—El auto puede ser parte de un lío más grande que un robo.

—¿Usted es policía? No quiero problemas con la policía. Revisé personalmente los antecedentes de ese vehículo y estaban en orden.

—Responda a mi pregunta, por favor.

—Primero pensé que me había equivocado al darle la información a Mirko. Pero revisé el documento y comprobé que la dirección era la misma que había anotado Montes —dijo Tibo, y haciendo un gesto para indicar que esperara unos segundos, se acercó a su escritorio y abrió una carpeta de la que sacó varios formularios.

—Una dirección en la que nadie conocía a Montes —comenté.

—Cuando el primo Stevo regresó del encargo, me dijo que en esa dirección vive un señor que trabaja en la hípica.

—El lugar donde viven los caballos que adiestra —dije, al tiempo que pensaba que también correspondía al lugar donde había muerto Felipe Romero.

—Muy raro, señor. Muy raro —murmuró el primo Tibo.

—Tal vez Montes nunca tuvo interés en recibir el documento y por eso escribió la primera dirección que se le vino a la cabeza. Tal vez es el típico caso del asesino que vuelve al lugar del crimen, o nunca imaginó que alguien repararía en la existencia del auto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gitano gordo.

—No me haga caso. Solo pienso en voz alta —respondí.

Tomé los formularios de la compraventa y los revisé con atención. Sus datos me

parecieron registrados en completo orden, hasta que descubrí un nombre escrito dentro de un pequeño recuadro.

—¿Qué significa ese nombre? —pregunté a Tibo.

El gitano se puso unas gafas y leyó donde le había indicado.

—Montes no fue el primer propietario del vehículo. Antes perteneció a la persona que se indica en el recuadro.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Tiene en sus manos un documento absolutamente en regla. Contiene las firmas y los timbres requeridos para hacer el negocio con todas las de la ley.

—Me llevaré una de las copias —dije mientras releía el nombre que había descubierto casi por azar.

—¿Por qué le llama tanto la atención ese nombre? ¿Hay algo que yo deba saber sobre el primer dueño del auto? —preguntó Tibo.

* * *

—¿Tu primo sabrá quedarse callado? —pregunté a Stevo cuando íbamos de regreso al bar donde nos habíamos encontrado unas horas atrás.

—No es un ángel, pero acostumbra a respetar la palabra empeñada. Además, se asustó con el cuento del asesinato. Y no solo eso, te aseguro, chileno, que si le ofreces por el auto lo mismo que él pagó, lo vende sin chistar y hasta hace un descuento. Tibo es muy temeroso de las reglas, porque sabe que las autoridades desconfían de los gitanos. Hiciste bien en inventar una historia tan terrorífica.

—No he inventado nada, Stevo. ¿Olvidas que tú me alertaste sobre el asunto de las drogas en el que estaba metido Romero? Cambié algunos nombres, omití dos o tres datos, pero lo del auto en la escena del crimen es verdad. Por eso espero que no vayas a contar la historia a tus amigotes. Si el cuento llega a ciertos oídos, pueden acabar tus días de buena suerte.

—Carajo, chileno, ¿en qué lío me has metido?

—Conserva la boca cerrada y vivirás cien años.

—Pensaba invitarte una cerveza, pero es mejor que no nos vean juntos —dijo el gitano con preocupación.

—Cualquier excusa es buena para ahorrarse unos pesos.

Dejé al gitano cerca del bar y seguí conduciendo en dirección a mi oficina. Doblé a la derecha en la primera esquina que encontré y al rato llegué a la Plaza Brasil, en cuyos alrededores brillaban las trampas de neón de algunos bares. Estacioné el auto cerca de un teléfono público y llamé al departamento de Doris. Mi amiga demoró un largo rato en contestar y unos pocos segundos en reconocer mi voz.

—¿Qué quieres? —preguntó—. Me acabo de duchar y me propongo ir a dormir.

—La situación ideal para aparecer por tu departamento.

—Ni lo sueñes, Heredia. ¿Para qué llamaste?

—¿Te hablé de un auto rojo que estuvo en el corral el día que murió Romero?

—No recuerdo —respondió Doris de mala gana.

—Mi hipótesis es que los asesinos de Romero usaron ese auto.

—¿Pretendes desvelarme?

—Supe que el dueño vendió el auto, rápido y al primer precio que le ofrecieron.

¿No te parece sospechoso?

—Por suerte mañana tengo el día libre y podré dormir hasta tarde.

—No me estás escuchando —dijo, molesto.

—Te escucho, pero es tarde y no es mucho lo que puedo hacer a esta hora.

—Quiero que busques en tus archivos los antecedentes de un sujeto llamado Demetrio Montes.

—¿Quién es ese?

—El tipo que vendió el auto.

—Mañana, apenas despierte, llamaré para que hagan la investigación —dijo Doris.

—¿Por qué no me crees? ¿No te interesa resolver el crimen?

—Tengo mis tiempos y mi manera de trabajar. Y no necesito tus órdenes.

—No te estoy dando órdenes. Te estoy pidiendo ayuda. Y solo se trata de poner un nombre en el computador y esperar.

—Tendrás lo que me pides. Hasta mañana, Heredia —dijo Doris y cortó la comunicación.

—¿Se acordará de mi encargo? —le pregunté al teléfono antes de colocarlo en su sitio de costumbre—. No es fácil tratar con una mina mañosa y con sangre en el ojo.

Las horas que dormí hasta el amanecer estuvieron plagadas de imágenes extrañas, que una vez despierto recordé a retazos y sin un hilo conductor que les diera sentido. Me veía caminando por calles ensombrecidas y a cada paso que daba, oía sonidos relacionados con situaciones de peligro. Ladridos, bocinazos, cristales quebrados y la campanilla insistente de un teléfono que nadie se tomaba la molestia de contestar.

Me sometí al tormento de una ducha helada y salí a la calle, luego de tomar café y comer tres galletas que compartí con Simenon. El quiosco de Anselmo estaba cerrado y supuse que mi amigo se había quedado dormido o prefería permanecer en su casa, junto a sus culpas y recuerdos. Volví a pensar en la compraventa del auto y me ilusioné con pensar que podía ser la pista que requería para solucionar el caso. Al fin de cuentas, cuando las sospechas calzaban con las evidencias, cerrar una investigación era tan fácil como deslizarse por un tobogán.

Las indicaciones del primo Tibo fueron precisas y no me costó encontrar el taller mecánico, que funcionaba dentro de un enorme galpón en el que había media docena de autos y un sinfín de herramientas que colgaban desordenadamente de las paredes. Aquiles Zapata era un gigantón de unos sesenta años. Vestía un overol cubierto de manchas, su rostro lucía sin afeitarse y de sus labios colgaba un cigarrillo apagado. Me recibió en la puerta del taller y luego de saludarme, dio una rápida mirada a mi auto estacionado frente a la entrada del galpón.

—Le debe tener mucho cariño a ese vehículo —comentó de manera festiva—. Otro en su lugar lo habría vendido hace una punta de años.

—Tiene sus achaques pero aún se mueve con cierta prestancia —dije y enseguida, y para no entramparme en la inútil defensa de mi vehículo, saqué a relucir mi falsa credencial de policía y se la mostré al gigantón.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó sin mostrar la menor inquietud.

—Busco a Demetrio Montes, el amigo al que usted recomendó vender su auto en el negocio del gitano Tibo.

—No tengo ningún amigo que responda a ese nombre.

—Su amigo conducía un auto rojo, con un cóndor de bronce sobre el capó.

—Ya sé de quién habla. Pero ese hombre no es amigo mío —dijo el mecánico mientras sacaba el cigarrillo de sus labios y lo miraba como queriendo adivinar cuánto daño le podía hacer el diminuto cilindro de tabaco—. Vino con su auto para que le hiciéramos un arreglo y mientras conversábamos me preguntó si conocía alguna compraventa de autos usados. Le mencioné el negocio del gitano Tibo, con quien he realizado buenos negocios. Así fue la historia.

—¿Qué arreglo le hizo al auto de Montes?

—Cambiamos el foco izquierdo que estaba trizado y retocamos la pintura a su alrededor. El hombre me contó que la avería había sido ocasionada por un golpe accidental y quería darle una manito de gato al auto antes de venderlo.

—¿Diría que se trató de un choque leve?

—Probablemente fue un choque a poca velocidad.

—¿Montes le dio alguna dirección o teléfono donde ubicarlo?

—No, pero me llamó la atención que preguntara si podíamos hacer el trabajo en el transcurso del día. Cuando le dije que era difícil, que teníamos otras reparaciones pendientes, ofreció una paga extra por la prisa. Regresó cuatro horas más tarde, pagó el trabajo en efectivo y no lo volví a ver.

—¿Qué pasó con el foco que cambió? ¿Se lo llevó Montes?

—Debe estar en el tambor donde guardamos las piezas que sobran de los autos que arreglamos. No botamos nada. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar una tuerca o la parte de una pieza, en especial si se trata de autos antiguos o de marcas que ya no se venden en el mercado.

—Me gustaría revisar ese tambor.

—Sígame, en una de esas tenemos suerte y aparece el foco —dijo Zapata al tiempo que se dirigía al fondo del taller.

En un rincón del galpón, al lado de una gruesa mesa de madera, había un tambor destapado y lleno hasta sus bordes de distintas piezas de vehículos. Zapata observó por un instante el contenido del tambor y luego, con una seña, llamó a un operario que estaba ocupado en la limpieza de un carburador.

—¿Recuerdas dónde quedó el foco que cambiamos al auto rojo? —preguntó.

—El maestro Pérez los guardó en la bodega —dijo el empleado.

—Anda a buscarlo —le ordenó Zapata y enseguida, indicándome, agregó—: El señor es de la policía y quiere examinarlo.

El operario se movió con desgano y desapareció por una puerta existente al fondo del taller. Zapata observó el cigarrillo que tenía en sus labios y enseguida sacó de su overol una cajetilla de fósforos y lo encendió. Dio una calada larga y luego expulsó el humo con evidente satisfacción.

—El médico me prohibió fumar —dijo y acompañó sus palabras con una sonrisa.

—Llega un momento en que la vida se transforma en puras prohibiciones. Tabaco, alcohol, azúcar, carnes, quesos. De un día para otro el placer se hace peligroso.

—Parece que sabe de prohibiciones.

—De oídas. Salvo que sea por motivo de trabajo, evito entrar a la consulta de un médico. El último al que visité, por una dolencia en la espalda, era un guatón de cien kilos que me habló media hora sobre la necesidad de bajar de peso y comer equilibradamente.

—Sé muy bien de lo que está hablando —dijo el mecánico y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Cómo es el aspecto físico de Montes? —pregunté luego de recordar que era algo que podía servirme más adelante, por si llegaba a encontrarme con él.

—Alto, calvo y mal vestido.

—¿Eso es todo?

—Si hubiera sido una clienta atractiva la habría observado con más atención —dijo Zapata y acompañó sus palabras con una carcajada.

El operario regresó unos minutos más tarde. Me pasó el foco y lo examiné descubriendo que faltaban algunos fragmentos del vidrio astillado y que en sus bordes tenía rastros de la pintura roja del vehículo.

—Es difícil que pueda ser utilizado de nuevo —comentó el mecánico.

—Necesito el foco para someterlo a peritajes de laboratorio —dije a Zapata.

—Es todo suyo, se lo regalo —dijo Zapata y movió los hombros para dar a entender que el destino del foco estaba muy lejos de sus preocupaciones inmediatas.

* * *

Guardé el foco en una bolsa plástica que encontré en la cajuela de mi auto y sin pensarlo dos veces, conduje hasta el edificio donde vivía Doris. Mostré mi falsa credencial de policía al conserje y éste me dejó pasar sin preocuparse de llamar a la detective. La mujer policía venía levantándose de la cama cuando abrió la puerta de su departamento. Llevaba puesto un pantaloncillo de pijama que acentuaba las formas de sus caderas y una polera en la que se dibujaban los firmes pezones de sus pechos. Su cabellera revuelta le daba un aspecto seductor que me hizo olvidar momentáneamente el motivo de mi visita.

—¿Cómo entraste? —preguntó con el mismo tono agresivo de nuestra conversación telefónica de la noche anterior.

—Tengo algunos trucos para entrar a las fortalezas de las damas.

—Voy a reclamar contra el conserje en la administración.

—El tipo dirá que le mostré una credencial de policía.

—No tienes remedio, Heredia —dijo Doris al tiempo que me indicaba el interior de su departamento.

La sala principal del departamento contenía un juego de *living* sin mayor estilo, de los que se compran a crédito en cualquier casa comercial y una mesa de comedor con cubierta circular de vidrio, rodeada por cuatro sillas. Sus muros eran blancos y en uno de ellos había una gran foto con una vista nocturna de Buenos Aires. Aunque no hubiera conocido a Doris, el aspecto de la habitación me habría hecho pensar que vivía sola y que pasaba muy pocas horas en su departamento.

—Si has venido por tu solicitud de anoche, pierdes el tiempo. Acabo de levantarme y no he llamado a mi gente.

—Vengo con un foco de auto y una nueva hipótesis. El foco pertenece al vehículo que vendió Demetrio Montes. Chocó con el auto y lo hizo arreglar para borrar las huellas de la colisión.

—¿Y cuál es la hipótesis?

—Montes conducía el auto que fue visto en el corral el día que murió Romero. Por algún motivo entró con el auto a la pesebrera y al hacerlo golpeó el portón de la entrada.

—El interior de la pesebrera fue pesquisado con atención y hasta donde recuerdo, el informe no señalaba que se hubieran encontrados restos de vidrios o pintura.

—Seguramente no examinaron el exterior de la pesebrera. Si el choque se produjo al entrar, lo lógico es que los restos de vidrio cayeran afuera de la pesebrera.

—¿Y tú quieres que ordene una nueva inspección del lugar?

—Eso y la revisión de los archivos que te solicité anoche.

—Pareces muy seguro de llegar a un buen resultado. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Nada. Podría revisar por mis propios medios el exterior de la pesebrera y buscar a Montes, pero tú cuentas con mejores recursos.

—¿Solo eso?

—No te vendría mal llevarte los méritos por la resolución del caso.

—Tus palabras tienen un espantoso olor a chantaje.

—Los archivos y el examen. No es mucho.

—De acuerdo, Heredia. Haré lo que tú pides.

—Gracias.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Te ves muy atractiva con esa ropa que deja tan escaso margen a la imaginación —dije, observando la polera de mi amiga.

Doris cruzó los brazos sobre sus pechos y con un gesto me señaló la puerta de su departamento.

—No se puede tener todo en la vida —dije, resignado a partir.

* * *

—Mi tincada, o como quieras llamarla, no es más que una apuesta, como tantas otras que hemos hecho en el pasado —dije a Anselmo mientras esperábamos en El Rey del Pescado Frito a que nos sirvieran los mariscales que habíamos pedido para acompañar una botella de vino blanco, seco y frío—. Pero no creas que me hago grandes ilusiones, porque de ser verdad lo que pienso, tal vez ni siquiera alcance para establecer una prueba que desenmascare a los responsables.

—No será la primera vez que haga una apuesta sin mucho asidero, confiado en su olfato, don. Aunque en esta ocasión quisiera que su olfato no fallara. Si mi hijo fue asesinado, quiero que se sepa quién lo hizo y que los culpables vayan a la cárcel.

—Si aparecen los restos del foco al exterior de la pesebrera, solo probaremos que el auto y su conductor estuvieron ahí. Muy poco para acusar a alguien, pero suficiente para presionarlo con un cuento que tenga cada una de sus partes bien ordenadas. ¿Me

sigues la idea, Anselmo?

—Creo que sí, pero por si acaso, no vaya tan rápido, don. A mi edad me cuesta hilar muy fino y prefiero que me hablen clarito y directo al grano.

—Si unimos la prisa con la que vendieron el auto con el nombre registrado en el formulario, tenemos la chispa que permitirá encender el fuego.

—Ahora sí que está hablando en difícil, don.

—La gracia de un rompecabezas está en el momento en que encaja la última pieza. Todo lo demás es preparación para ese instante definitivo en el que conocemos el resultado que buscamos.

—Al menos usted avanzó más que yo en la pesquisa —dijo Anselmo sin querer seguir esforzándose en descifrar mis confusos raciocinios—. Hablé con Talma y Serna, los jinetes. El primero fue compañero de Millares en el colegio y siguen viéndose pese a las distintas suertes de cada uno. Vivían en el mismo barrio y desde entonces se tienen simpatías. En cuanto a Serna, lo único que se puede decir es que se trata de un jinete mediocre, dispuesto a lamer las botas que sean necesarias con tal de conseguir alguna monta que le proporcione beneficios. Conversar con ellos no me aportó nada concreto, pero algo que puede llamarse intuición me dice que intentaron pasarme gato por liebre.

—Si tienes dudas de lo que te dijeron, lo mejor es que vuelvas a la carga.

—De eso se trata, don. La historia del foco quebrado me hizo pensar en una idea que puede dar sus frutos.

—¿De qué se trata?

—Por ahora voy a dejar la idea en el misterio.

—¿Pretendes correr con colores propios?

—No piense mal, don. Quiero demostrarle que puedo ser un buen socio en el negocio de las investigaciones.

—Ten cuidado con encontrar una bala en el camino.

—Sabré cuidarme —dijo Anselmo y luego de beber un sorbo de vino, agregó—: Y por los demás, Talma y Serna son incapaces de matar una mosca.

—Tal vez ellos no maten una mosca, pero los que asesinaron a tu hijo y al italiano son tipos peligrosos.

—Recordaré sus palabras, don.

—Más te vale. Sabes de sobra lo que es estar debajo de las patas de los caballos.

—¿Y usted, qué piensa hacer?

—Esperaré la llamada de Doris hasta la noche y si no tengo noticias de ella, trataré de llegar a Montes por mis propios medios.

Y esperé. Pacientemente esperé toda la tarde, y luego hasta las diez de la noche, cuando sonó el teléfono y oí la voz de Doris Fabra, más amistosa que durante nuestro encuentro en su departamento. Dejé en el cenicero el cigarrillo que estaba fumando y cogí el vaso de *whisky* que me había servido al mediodía con la promesa de no tocarlo hasta que no recibiera la llamada de Doris. Otra más de mis cábalas del día a

día, como sentarme tres veces si volvía a entrar al departamento a causa de un olvido; evitar el paso por debajo de una escalera, no entregar en la mano el salero que alguien pide durante una comida o tropezar intencionalmente dos veces con el pie derecho si antes lo he hecho con el pie izquierdo.

—Reconozco que tus solicitudes estaban bien encaminadas —dijo Doris—. A la entrada de la pesebrera encontramos fragmentos de vidrio que corresponden al foco del auto rojo. También algunas raspaduras de pintura que cotejaremos una vez que tengamos a la mano el vehículo.

—Apostaría a que el auto fue utilizado para colgar a Romero. Probablemente el auto habrá sido lavado, pero cuando lo tengamos a nuestra disposición puedes ordenar que revisen su techo por si se encuentran marcas o huellas de zapatos.

—Además de dar órdenes, ¿te interesa saber lo que investigué acerca de Montes?

—Disculpa, pero he pasado gran parte del día esperando tu llamada.

—Demetrio Montes pasó dos breves temporadas en la cárcel por tráfico de drogas y otra temporada más larga por homicidio no intencional. Mató a un tipo en una riña de bar. El juez que lo condenó siguió la tesis de una disputa entre ebrios y descartó que Montes hubiera entrado al bar con el propósito de matar intencionalmente, como sostenía el fiscal que hizo los cargos.

—¿Ningún antecedente que lo relacione con el mundo hípico?

—No. Pero es sabido que las drogas extienden sus tentáculos por todas partes.

—Parece el personaje indicado para la escena que deseamos reconstruir.

—Y tengo tres direcciones donde buscarlo. Pedí al fiscal Oliva que solicitara a un juez la orden para capturar a Montes. Con los antecedentes que presentamos, el juez no dudó en emitir la orden y con eso estamos en condiciones de ir tras de sus pasos. Dos de las tres direcciones corresponden a casas donde suponemos debería vivir y la tercera es de un almacén de su propiedad, ubicado en la misma población donde están las casas.

—¿Pretendes llegar con un concierto de sirenas o hacerlo de manera más discreta? Si no te opones, desearía que hiciéramos juntos el esfuerzo.

—Supuse que dirías eso y no pienso llevarte la contra.

—¿Eso quiere decir que vuelves a ser mi amiga?

—Nunca he dejado de serlo, Heredia.

—Tú dirás cómo y por dónde empezamos.

—Me gusta ese tono conciliador, Heredia.

—Verte esta mañana en pantaloncillo despertó mis buenos sentimientos.

—Antes de una hora estaré frente a la puerta de tu edificio. Promete no pasarte de listo y desahoga tu calentura con alguna de las amiguitas que nunca te faltan —dijo Doris y cortó la comunicación de un golpe.

—¡Mujeres! Uno trata de ser galante y te dan en las narices.

—¿Galante? Más parecías un sátiro al acecho —acotó Simenon, que hasta ese momento había seguido en silencio mi conversación.

Doris tejió su red de araña laboriosa y a la hora señalada estaba esperándome junto al quiosco de Anselmo, acompañada de cuatro policías que me observaron salir del edificio desde dos vehículos estacionados detrás del auto que conducía mi amiga. Doris se había puesto una casaca con la sigla de la Policía de Investigaciones grabada en la espalda y portaba su pistola de reglamento.

—¿Traes tu arma? —preguntó cuando estuve a su lado.

Asentí con un leve movimiento de cabeza y luego encendí un cigarrillo.

—Me costó inventar una justificación para tu presencia en el procedimiento.

Dejé escapar una bocanada de humo y a través de la fugaz cortina grisácea observé la puerta del Touring por la que salían dos borrachos que se apoyaban entre sí mientras sus pasos zigzagueantes los conducían hacia el sur de ninguna parte.

—No creo que ninguno de tus hombres ponga algún reparo.

—Ahora, no. Se reservarán para el momento de los pelambres en la oficina.

—Hay cosas que nunca van a cambiar —dije a media voz.

—¿Qué cosas? —preguntó Doris—. ¿Las habladurías?

—El fuego en la sangre.

—¿Qué pasa, Heredia? ¿Tienes miedo?

—Siempre tengo miedo, pero no es eso lo que me preocupa. Pensaba que hay tantas vidas en la ciudad y todas son tan diferentes, con sus propias alegrías y penurias. Y luego, alguien raya una línea en el suelo y dice de aquí a la derecha lo que está mal, y a la izquierda lo correcto. Y a nadie le preguntan un carajo.

—Me atemorizas cuando intentas encontrar explicación a lo que ocurre en la vida. Mejor comencemos nuestro trabajo de una vez por todas —dijo Doris y una vez que el vehículo se puso en marcha, agregó—: Conversé con mis detectives y decidimos allanar los tres domicilios simultáneamente. Así nadie tendrá oportunidad de alertar a Montes. Baquedano y Muñoz irán a una de las casas, Marín y Maturana a la otra, y nosotros al almacén.

—Se parece al juego de adivinar en qué cubilete se oculta la ficha. Frecuentemente veo a unos tipos que con ese truco despluman a la gente en la calle Puente o a los pies de la Torre Entel. Alguna vez tienes que atrincar a los vivarachos que timan a los transeúntes.

—Me pones nerviosa con tu cháchara —protestó Doris—. No me dejas pensar.

—Intento hacerte más corto el viaje.

—Gracias, pero en estas circunstancias valoro más el silencio.

—Conforme. No quiero transformarme en uno de esos lateros que nunca saben callarse a tiempo.

Los tres autos avanzaron en fila hacia la avenida Santa Rosa y al llegar a la calle Departamental, se separaron y cada uno avanzó hacia su destino. Doris siguió por Santa Rosa y al cabo de seis cuadras dobló hacia la izquierda por una calle de escaso

tránsito desde la que se podía observar una inusual vista despejada de la Cordillera de Los Andes. Un rato más tarde, a una cuadra de llegar al almacén, zumbó el celular de Doris y ella contestó la llamada, lanzó un par de maldiciones y guardó el artefacto en uno de los bolsillos de su casaca.

—Marín y Maturana son unos pelotudos —exclamó enrabiada—. Allanaron la casa antes de la hora convenida y solo encontraron a la madre acompañada de sus dos hijas. Las tres mujeres dicen que a Demetrio Montes no lo han visto en varias semanas.

—Supongo que tus detectives tendrán la precaución de vigilar a las señoras hasta que terminemos nuestro trabajo.

—Les ordené que no se movieran del lugar hasta que reciban mi llamada.

El almacén estaba ubicado en la primera planta de una casa esquina de dos pisos. Doris estacionó frente a un castaño que extendía su generosa sombra sobre la vereda; descendimos del vehículo y nos quedamos mirando hacia el interior del negocio.

El boliche era amplio y a simple vista poseía más mercadería de la que habitualmente se encontraba en un negocio de barrio. Tenía un gran mesón con forma de herradura y tras éste unas repisas repletas de paquetes, bolsas, latas y botellas. No había ningún cliente dentro del almacén y la mujer que bostezaba tras el mesón parecía un arrugado moai de carne y hueso. Su rostro era tan expresivo como un muro y únicamente pareció conmovirse cuando vio acercarse a Doris Fabra, exhibiendo su reluciente y auténtica credencial de policía.

—Buscamos al señor Demetrio Montes —dijo Doris, alzando la voz para que no quedara ninguna duda de la finalidad de su presencia en el almacén.

—¿Para qué sería? —preguntó la mujer con desconfianza.

—Nosotros hacemos las preguntas, señora —replicó Doris con firmeza—. ¿Se encuentra o no el señor Montes?

—No está —respondió la mujer y sin poder evitarlo desvió su mirada hacia la amplia escalera que conducía hacia el segundo piso.

Doris Fabra accionó su celular y se alejó algunos pasos en dirección a la puerta del negocio. Observé a la mujer del almacén y la sorprendí mirando con inquietud hacia el cielo raso de la habitación, como esperando la llegada de un ángel redentor.

—Montes no estaba en la segunda casa —dijo Doris en voz baja y luego de acercarse a mi lado—. Ordené a Baquedano y Muñoz que se trasladen hasta acá.

—Hagamos un recorrido por la casa —dije a mi amiga.

Doris se acercó a la mujer del mesón y le dijo que inspeccionaríamos la parte superior de la casa. La mujer trató de protestar, pero Doris le indicó que se mantuviera en su lugar y no interfiriera en la pesquisa.

Comencé a subir la escalera y Doris siguió mis pasos. A medida que ascendíamos, pudimos percibir un pesado olor a carne y fritura. Saqué la pistola que portaba en la chaqueta y la empuñé con energía. Al pisar el último escalón quedé frente a una sala amplia que estaba dividida en dos ambientes. Uno era el *living*, compuesto por una

mesa de centro y tres sillones tapizados con cuerina roja; y el otro, un espacio en el que había una mesa de comedor rodeada de ocho sillas. Sentado en una de las sillas y empeñado en cortar un grueso trozo de carne, descubrí a un hombre alto, corpulento y completamente calvo. Su rostro lucía una barba cerrada y sus ojos estaban fijos en la pantalla del televisor ubicado en uno de los extremos de la mesa. Doris llegó a mi lado y me miró en silencio.

—¿Demetrio Montes? —pregunté en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó el calvo, pendiente de la pantalla donde una bailarina movía sus caderas con entusiasmo.

—¿Demetrio Montes? —insistí, alzando aún más la voz.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Montes de malhumor, y al mirar hacia la escalera y vernos por primera vez, agregó—: ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi casa?

—Policía —dijo Doris al tiempo que mostraba su credencial.

Montes dejó de comer y nos observó con detención, evaluando los puntos que calzábamos. Pensé que era un zorro viejo que no intentaría huir antes de conocer la gravedad del peligro que enfrentaba.

—¿Qué quieren? —preguntó conservando la calma.

—Deseamos conversar del auto rojo que le vendió al gitano Tibo —le respondí.

—¿Cuál es el problema? Lo vendí con todos sus papeles en regla.

—Sabemos que a usted le gusta respetar la ley —le dijo Doris Fabra—. Dos condenas por tráfico de drogas y otra por asesinato.

—Ya pagué por eso —retrucó Montes, molesto—. Ahora soy un honrado comerciante.

—¿Qué me dice de la prisa con la que vendió el auto? ¿Y del bajo precio que le pagó Tibo? —pregunté.

—Tenía un apuro de dinero y por eso acepté la oferta del gitano.

—Pudo ir a otra compraventa. La ciudad está llena de negocios similares —dijo Doris.

—Ya les dije que tenía un apuro.

—No obstante lo cual se dio tiempo para cambiar el foco del auto antes de venderlo —retruqué.

—Veo que han seguido mis pasos —dijo Montes, mostrando que comenzaba a perder la paciencia—. Pensé que podía sacarle un mejor precio con el arreglo.

—El problema para usted es que en el taller no botaron el foco viejo —dijo Doris.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó Montes con la única finalidad de ganar algunos segundos antes de decidir su siguiente movida.

—¿Conoció al jinete Felipe Romero? —le pregunté, acercándome a la mesa en la que además de la carne había una bandeja con papas, una botella de vino y un diario extendido.

—De nombre. Suelo ir a la hípica y sé de jinetes, preparadores y caballos.

También leí en los diarios que se suicidó.

—Nosotros creemos que a Romero lo asesinaron —dijo Doris Fabra.

—¿Por eso están aquí? —preguntó Montes, mostrando una sonrisa socarrona—. Los policías siempre hacen lo mismo cuando no pueden resolver un crimen. Recurren a sus archivos y le achacan el muerto a cualquiera que tenga antecedentes penales. Pero les advierto que puedo pagar a un abogado para que me defienda.

—Hace un rato dijo que tenía problemas de dinero —agregó Doris.

—Trato de decirles que sé cómo defenderme —dijo Montes imponiendo un tono de amenaza en su voz.

—A Romero lo encontraron colgado en el corral de Palma y un auto rojo fue visto en ese lugar el día de su muerte —dije—. Un auto con un cóndor de bronce en el capó, igual al que usted le vendió a Tibo.

—No me harán caer en la trampa —dijo Montes, acompañando sus palabras con una nueva sonrisa.

—El abismo está más cerca de lo que cree. Tenemos al menos cuatro elementos para acusarlo de la muerte de Romero. Primero, un testigo que puede reconocer el auto. Segundo, los restos de vidrios y pintura que usted dejó a la entrada de la pesebrera. Tercero, su relación con el tráfico de drogas.

—Me quieren cargar un muerto que no me pertenece —protestó Montes mientras se acomodaba en la silla.

—Cuarto. La confesión que hizo Millares después de ser detenido.

—¡Ese hijo de puta! —exclamó Montes y de inmediato comprendió que su ira lo traicionaba—. Siempre hablando de más, aparentando lo que no es.

Demetrio Montes cometió un error. Y el siguiente fue de Doris, quien al querer acercarse a la mesa me tapó la visión y no me permitió ver cuando Montes movía rápidamente una de sus manos y sacaba la pistola que estaba en la mesa, oculta bajo el diario. Montes hizo un disparo. Doris se llevó las manos al estómago y enseguida se desplomó. Jalé con rabia el gatillo de mi pistola y el disparo impactó a Montes en medio del pecho. Lo vi retroceder y luego caer de espaldas sobre el suelo alfombrado de la habitación.

Miré a Doris y no la vi moverse. Pensé que estaba muerta y con la rabia fluyendo en mis venas me acerqué a Montes y puse el caño de mi pistola a dos centímetros de sus ojos.

—Te vas a pudrir en la cárcel —le dije y luego de presionar la pistola contra su rostro, agregué—: Pero también puede haber otro destino peor, una bala en la cabeza.

—Te faltan huevos para hacer eso —balbuceó Montes.

—Tú apretaste el gatillo, pero otra persona debió ordenar los asesinatos.

—Vete al carajo —respondió Montes con un hilo de voz.

—¿Quién te dio las órdenes? —insistí, volviendo a presionar la pistola sobre el rostro de Montes.

—No te diré ningún nombre, cabrón —dijo Montes antes de cerrar los ojos de una

manera que me pareció definitiva.

Regresé al lado de Doris y noté que respiraba con dificultad. Luego oí una brusca frenada de auto frente a la casa y unos segundos más tarde los pasos apresurados de los policías que subían por la escalera. Guardé la pistola en mi chaqueta y cerré los ojos. No es novedad que la vida sorprenda, pensé. Uno cree tener todo bajo control y de pronto recibe la bofetada imprevista. Supongo que es lo que llaman las vueltas de la vida.

34

Doris estaba rodeada por el silencio y la luz suave que penetraba a través de la ventana principal de la habitación. Daba la impresión de dormir plácidamente, pero algo en su semblante revelaba la inquietud y el dolor padecido durante los últimos días. No podía recordar cuánto tiempo llevaba a su lado ni las veces que el detective Baquedano me había sugerido ir a tomar un café al casino del hospital. Visitas no había tenido muchas, salvo las de una decena de policías que la observaron en silencio y luego se marcharon murmurando sus deseos de recuperación. Los padres de Doris estaban muertos y sus dos hermanos mayores vivían fuera de Chile. El trabajo policial constituía su principal interés, aunque en alguna oportunidad me había contado de su asistencia a un taller de pintura, de sus clases de inglés en una academia y de los viajes fuera del país que realizaba en sus vacaciones.

En un rincón de la sala había un ramo de fresas que perfumaba el ambiente y hacía menos rigurosa la frialdad del lugar. Doris tenía puesta una mascarilla de oxígeno y una sonda que conectaba su brazo izquierdo con el suero que fluía desde una bolsa colgada al artefacto metálico instalado junto a la cama. La bala había rozado su hígado, provocándole una abundante pérdida de sangre. Pero sobrevivía gracias a la rápida llamada telefónica de Baquedano y a la ambulancia que la había trasladado hasta el mismo hospital de urgencia en donde días antes me había correspondido ver morir a Moretta. Todavía no estaba fuera de peligro, pero los médicos eran optimistas, aunque no descartaban que aparecieran complicaciones producto de alguna infección o nuevas hemorragias. Si la recuperación iba bien, sobreviviría con una cicatriz y el recuerdo de unas horas pasadas dentro de una pesadilla.

Habían transcurrido dos días desde la balacera en la casa de Montes, tiempo en que solo había dejado el hospital por unos momentos para ir a mi departamento a

darme una ducha, cambiar de camisa, alimentar a Simenon y beber unas copas para atenuar mis temores. Prefería no recordar la muerte de Montes ni que le debía una última explicación a Anselmo sobre el responsable de la muerte de su hijo. La policía había aceptado mi versión de los hechos y avalaba que mi reacción en contra de Montes había sido en defensa propia. Informé a la policía sobre la que podía considerarse la confesión de Montes y luego de eso la investigación por la muerte de Romero pasó a engrosar el archivo de los casos cerrados.

Sin embargo no me podía engañar. Sabía que tenía un trabajo pendiente y también que no movería un dedo hasta que Doris no diera señales de recuperación. Mientras la acompañaba, recordé la muerte del comisario Dagoberto Solís, el amigo policía al que debía la vida y a quien vi morir en uno de los pasillos del Mercado Central, doce o quince años atrás, mientras investigábamos un caso relacionado con traficantes de armas. No quería lamentar la muerte de más amigos, no deseaba tener que visitarlos en el cementerio ni sentir que la soledad apretaba su áspero nudo alrededor de mi cuello.

¿Y si dejaba la investigación en el punto en que estaba? ¿Y qué era lo que motivaba mi vigilia junto a Doris? Amistad, cariño o el anhelo egoísta de verla una vez más en pie para justificar que la muerte de Montes había sido tan oportuna como inevitable. No tenía respuestas o no quería buscar más respuestas a esas y a otras interrogantes que me obligaban a explorar la cara oculta de mis días. Me dormí en algún momento de la espera, y más tarde desperté con el ruido que hacía una enfermera mientras revisaba la bolsa de suero.

—Su esposa amaneció mejor —dijo la enfermera.

Sonreí para mis adentros y no quise sacar a la mujer de su error. Cuando la enfermera concluyó su trabajo, me acerqué a la cama y observé las pálidas mejillas de Doris. Tomé una de sus manos y dije algunas palabras en voz baja. Ella abrió los ojos, miró a su alrededor y terminó su reconocimiento en mi rostro sin afeitar. Enseguida volvió a quedarse dormida. Estaba dando batalla y eso me dio ánimo para retomar mis tareas pendientes. Salí a la calle, encendí un cigarrillo y caminé por los alrededores del hospital buscando un café donde desayunar. La vida continuaba su marcha y había que correr tras de ella.

De regreso a la oficina pasé a conversar con Anselmo, que estaba enseñándole a Walter algunos aspectos del manejo del quiosco. Las enseñanzas iban en franco progreso, al igual que los esfuerzos del muchacho por conocer los trucos del negocio. Hice una seña a Anselmo y éste me siguió en silencio.

—Tiene cara de cadáver embalsamado —dijo Anselmo cuando llegamos a mi oficina—. No me diga que viene de una juerga de esas que lo dejan con el hígado a la miseria. Usted ya no está en edad de trasnochar como si fuera un jovencito de veinte años.

—Ojalá viniera de un buen carrete. La vida a mi alrededor me parecería menos detestable.

—¿Qué le pasa entonces? —preguntó Anselmo.

—Murió Montes, el asesino de tu hijo. Doris se encuentra en el hospital, recuperándose de una herida de bala —dije, y enseguida le conté los pormenores de lo sucedido en el almacén.

—¿Por qué no avisó antes, don? Me tenía preocupado no saber nada de usted.

—He estado en el hospital, acompañando a Doris.

—¿Y cómo está ella? —preguntó Anselmo.

—Bien, pero aún no es seguro que siga de este lado del muro.

—Resistirá, es joven y fuerte —dijo Anselmo y después de una pausa prolongada, agregó—: Me consuela saber que Felipe no se suicidó, pero la muerte de su asesino no me provoca ningún sentimiento especial ni cambia el dolor que siento.

—Es normal que así sea, un muerto no se olvida con otros muertos.

—Gracias por ocupar su tiempo en investigar, don.

—Con la muerte de Montes, la policía cerró el caso de tu hijo. Pero yo no estoy seguro de que esa sea la última palabra al respecto. Sospecho que el primer dueño del auto rojo tiene algo que decirnos. Como en el ajedrez, voy a hacer una movida más antes de abandonar el juego.

—Supongo que ya no tiene sentido que insista en reunirme con los dos jinetes amigos de Millares. Los tipos me han resultado bastante jabonosos.

—¿Quién sabe? Puede servir para dar una retocada al cuadro.

—¿Hay algo más que quiera decirme?

—El resultado de la investigación no da para destapar botellas. Tu hijo era parte de un negocio sucio y contra eso no podemos hacer nada.

—Nadie dijo que tendríamos una celebración. Lo recordaré como cuando era un niño al que le gustaba escuchar mis historias de caballos imbatibles.

—Me preocupaba que lo tomaras de otra manera. La verdad no siempre es la que deseamos —dije y luego de una pausa, agregué—: Estoy preocupado por la salud de Doris.

—Y además está cansado y con una espina clavada. ¿O me equivoco?

—Me vi obligado a disparar contra Montes.

—Se trataba de su vida o la de él. No debe sentir remordimiento.

—Siempre queda la duda de si pudo evitarse.

—Montes obtuvo lo que merecía. Y en cuanto a usted, necesita con urgencia una buena cazuela y luego una siesta a pata suelta.

—Quisiera ir al hipódromo y apostar a los caballos con menos opción que encuentre en el programa.

—Su ánimo anda peor que el mío, don.

—No todos los días se suma una muerte a la memoria.

* * *

Anselmo se fue de la oficina, bebí una taza de té y me acosté junto a Simenon, que dormitaba plácidamente en medio de mi cama. Desperté pasadas las tres de la tarde del día siguiente. El sol calcinaba a un cuarteto de moscas que volaban junto a la ventana y Simenon, embobado con el aletear desesperado de las revoltosas, las miraba ir y venir esperando el momento adecuado para atrapar a una de ellas. Había perdido velocidad con los años, pero su instinto seguía intacto, como el de un viejo pugilista que no se agota en golpes inútiles y aguarda el instante preciso para aplicar el gancho decisivo.

Tenía apetito y para mi fortuna encontré dos chuletas que Anselmo había traído en una de sus visitas de la última semana. Puse la carne en una sartén, con dos dientes de ajo y una pizca de orégano, y cuando estuvo cocida la acompañé con un tomate cortado en rodajas. Después de comer, recargué la pistola y salí del departamento en dirección al hipódromo.

Desde la reja, al borde de la pista, la tribuna del hipódromo mostraba su habitual colorido. Gente con sus programas en las manos, grupos en los que se discutían las posibilidades de cada caballo, vendedores de dobladitas con queso y los infaltables dateros que iban de un grupo a otro con su información que generalmente conducía al abismo. Aferrarse a los datos significa no entender los misterios de las carreras. Aparecen sin que uno los llame y desbaratan las decisiones, los gustos o las tincadas, obligando a cambiar de apuestas. Detesto a los dateros, tanto como a los aduladores y los charlatanes.

Aposté sin fortuna en la primera carrera y en la siguiente acerté una quiniela que me permitió recuperar el dinero perdido y quedar con un pequeño saldo a favor en mis cuentas con el hipódromo. Después de cobrar mis ganancias, fui hasta el recinto de troya y a la distancia observé a Marcos Falcón mientras daba instrucciones al jinete que debía conducir a uno de sus caballos. Por el tiempo que duró la conversación supuse que Falcón era de los preparadores que definen cada detalle de las carreras, sin dejar mucho espacio para la improvisación de los jinetes durante el azaroso recorrido por la pista.

Al revisar el programa de la siguiente carrera, descubrí que participaba Pericondrio, el añoso caballo del que me habían hablado durante mi visita al corral de Palma. Al momento del paseo de los ejemplares, noté que Pericondrio lucía ganoso, pese a que el dividendo que estaba pagando era de treinta y siete a ganador. Calculé que sus posibilidades de ganar eran remotas, pero igual le aposté dos mil pesos y luego busqué en la tribuna un lugar para ver la carrera con comodidad.

La carrera era en la distancia de mil metros, especial para velocistas acostumbrados a correr en punta desde los primeros tramos. Todos los caballos, menos Pericondrio, hicieron lo que los aficionados esperaban de ellos. Dos ganaron la delantera tratando de alejarse lo más posible del pelotón que los seguía; otros se quedaron rezagados esperando los metros finales para arremeter. Pericondrio vino en medio del lote en gran parte de la prueba y al entrar en tierra derecha inició una

atropellada que le hizo ganar por dos cuerpos de distancia. El resto fue ver cómo la mayoría de los apostadores maldecían y tiraban al suelo los boletos apostados a sus favoritos. Pericondrio, sudado y con la cabeza en alto, entró al círculo destinado al festejo de los triunfadores, feliz de estar en ese lugar para alegría de su preparador y de los que no perdían la esperanza de que a pesar de los años, aún podía volver a ganar una carrera.

Cobré mis ganancias y regresé a la troya para seguir observando los movimientos de Marcos Falcón, quien al final de la jornada cosechó dos ganadores y un segundo lugar en el clásico principal del programa.

Cuando aún quedaba por correr la última carrera conseguí entrar al recinto donde se estacionaban los autos de los accionistas, propietarios y preparadores. Di una rápida mirada al lugar y le pregunté por el vehículo de Falcón a la mujer gorda y desgredada que lo cuidaba. Después me senté en una banca ubicada a la sombra de un árbol, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar.

* * *

Falcón llegó al estacionamiento, le dijo algo a la cuidadora y se dispuso a partir. Cuando terminaba de abrir la puerta del vehículo, me acerqué y le dije que deseaba conversar con él. Pese al asombro que le produjo mi súbita aparición, me reconoció de inmediato e hizo un gesto con una de sus manos, dando a entender que estaba apurado y no disponía de tiempo para escucharme.

—Tengo una pistola en mi chaqueta —le dije y la expresión de su rostro cambió de la indiferencia al recelo.

—¿Qué pretende? —preguntó, procurando mantener la calma.

—Quiero hacerle compañía y conversar de un tema que debiera interesarle.

—¿Tengo alguna posibilidad de contradecir sus deseos?

—Solo haría las cosas más difíciles y me obligaría a ponerme rudo.

Falcón se resignó a aceptar mi propuesta y luego de sentarse junto al volante, abrió la puerta para que yo ocupara el asiento contiguo. Le dije que saliera del hipódromo y buscara una calle sin mucho tránsito donde estacionar.

—Esto le puede costar la cárcel —dijo mientras comenzaba a conducir.

—No se preocupe, cuando termine nuestra conversación yo seré el mayor interesado en llamar a la policía.

—¿De qué quiere conversar? —preguntó, intrigado.

Demoré veinte minutos en darle a conocer algunos antecedentes del caso, a rasgos generales, y hasta llegar al punto de la muerte de Montes y del documento que identificaba a Falcón como el primer dueño del auto involucrado en el asesinato del jinete. Luego le pasé la copia del formulario que me había dado el gitano Tibo y el preparador la examinó atentamente.

—Su historia es sorprendente y sus deducciones podrían ser acertadas, salvo por un pequeño detalle —dijo Marcos Falcón cuando terminé de hablar.

Lo miré y en su rostro reconocí la sonrisa burlona de alguien que sabe que tiene todas las de ganar.

—¿Qué detalle? —pregunté.

—Nunca he sido dueño del auto rojo que a usted tanto le importa.

—Su nombre está escrito en el documento de transferencia del vehículo.

—Dice «M. Falcón», pero esa identificación no corresponde a mi persona, sino que a Matías, mi hermano. Él fue dueño de ese auto rojo durante un breve tiempo. Lo compró, lo usó durante un mes y luego lo vendió aduciendo que ya no era de su agrado.

—Me cuesta creerlo —dije desconcertado—. Tengo el mismo auto desde hace doce años y rara vez he pensado desprenderme de él. No le hago el juego a la modernidad que convierte todo, incluyendo principios y sentimientos, en algo desechable.

—Mi hermano no estaría de acuerdo con sus palabras. No es la primera vez que Matías cambia rápidamente algo que deja de interesarle. Autos, mujeres, negocios, casas. Cualquier cosa en la que usted piense puede ser transitoria para él.

—Me parece que solo quiere cargarle el bulto a su hermano.

—Lea atentamente el formulario. Fíjese en el número de cédula de identidad registrado junto al nombre.

—¿Qué pasa con ese número? Supongo que es el suyo.

—Pudo tomarse un tiempo y averiguarlo. Corresponde a la cédula de identidad de Matías.

—Revisaré el número, y si usted está mintiendo pasará un mal rato.

—Haga su trabajo y verá que no miento —dijo Falcón con absoluta seguridad.

—Si es cierto lo que usted dice, su hermano está metido en problemas.

—Hace tiempo que no me interesa lo que pase con Matías. Desde niño fue un tiro loco que dio numerosos dolores de cabeza a mis padres. Era mal alumno en el liceo, chocó un par de autos durante el año que simuló estudiar en la universidad. Luego se fue de Chile por varios años y regresó cuando supo que mi padre se estaba muriendo y llegaba el momento de repartir su herencia. Cuando me hice cargo del corral, llegamos a un acuerdo. Yo me encargaría del trabajo y él recibiría una suma mensual a cambio de no intervenir en mi gestión.

—Su historia suena convincente y eso quiere decir que Matías está comprometido en las muertes de Felipe Romero y del italiano que antes le mencioné.

—No me interesa lo que haga mi hermano, ni tampoco que lo descubran con la mierda hasta el cuello.

—¿Por qué tanta rabia con su hermano?

—Mientras yo me deslomo por mantener con vida el corral de mi padre, él se da gustos que jamás me he permitido. Que él y yo seamos hermanos no es más que un

accidente. Una burla de la genética que no me obliga a sentir afecto por él.

—Comprobaré la cédula de identidad y hasta entonces le agradecería que no se comunicara con Matías. Usted podría tener problemas si lo hace.

—Sus amenazas están de más. No pienso hacerme cómplice de los crímenes de mi hermano.

—Voy a confiar en usted. Después de todo, si alerta a su hermano, solo conseguirá retrasar por un tiempo lo inevitable.

—Lo que usted haga me tiene sin cuidado —dijo Falcón de manera despectiva—. Ahora, si no tiene más preguntas, puede decirme dónde quiere que lo deje. Tengo una cita con una amiga y voy retrasado.

—Antes de que me baje del auto, quiero que me diga dónde puedo ubicar a su hermano.

35

A la mañana siguiente, después del café y el cigarrillo del desayuno, llamé a una amiga que trabajaba en un servicio público donde tenía acceso a la base de datos del Servicio de Registro Civil e Identificación. Para comprobar la información le bastaba con anotar el número de la cédula de identidad, pulsar una tecla de su computador y ver la página que se desplegaría con los datos requeridos. Nombres, fecha y lugar de nacimiento, estado civil y otros antecedentes que permitían reconstruir en parte la historia de una persona.

—Matías Alberto Falcón Ballesteros —dijo mi amiga un par de minutos después que le dictara por teléfono el número de cédula de identidad—. Cuarenta y dos años, nacido en Santiago, sin profesión y con un matrimonio anulado.

—Gracias, una vez más quedo en deuda contigo —le dije, y enseguida le concedí algunos minutos para que me hablara de la salud de sus padres y de su hija mayor, que había entrado a estudiar arquitectura en la universidad. Luego, cuando consideré que mi curiosidad por su vida familiar tocaba fondo, volví a agradecerle la ayuda y di por finalizada la conversación con el pretexto de que alguien golpeaba a la puerta de mi oficina.

—Ya sabes hacia dónde apuntar los dardos —oí decir a Simenon, al tiempo que olfateaba con curiosidad la libreta en la que había anotado la información.

—Tengo dos opciones. Dar a la policía el nombre de Matías Falcón o hacer las cosas a mi modo.

—Doris no está en condiciones de ayudarte y si cuentas la historia a otros policías tendrás que dar largas y tediosas explicaciones.

—O sea que estás de acuerdo en que haga el trabajo a mi manera.

—¿No es lo que haces siempre? Empieza por visitar el departamento de Matías Falcón. Jugar con el factor sorpresa es tan útil como pegar el primer puñete en una pelea.

* * *

Antes de ir al departamento de Matías Falcón, pasé por el hospital a informarme del estado de Doris Fabra. La encontré dormida, pero el color de su rostro me hizo pensar que su lucha rendía frutos. Una enfermera me informó de sus mejorías. La hemorragia había dejado de ser un riesgo y se esperaba la orden del médico tratante para cambiarla a la sala de cuidados intermedios. Estimulado por la noticia, acompañé durante media hora a Doris y luego decidí hacer lo que me dictaban la intuición y el corazón.

Matías Falcón vivía en un edificio ubicado en la calle José Domingo Cañas. La moderna construcción era una de tantas que en nombre del progreso habían alterado la fisonomía de un barrio que se caracteriza por sus casas añosas y el aire de pueblo cansino que merodea por sus calles. Falcón no estaba en su departamento, pero haciéndome pasar por agente de seguros conseguí conversar con el conserje del edificio, un hombre bajo y algo sordo, que no necesitó de mucha presión para contar que Falcón estaba desde el día anterior en Viña del Mar, asistiendo al casamiento de una sobrina.

Le pregunté cómo había obtenido la información y me dijo que el mismo Falcón se lo había dicho antes de abandonar su departamento.

—¿Es normal que los residentes informen sobre sus viajes? —le pregunté al conserje con cierta desconfianza en lo que acababa de decirme.

—Es una precaución que toman cuando se ausentan durante varios días. Sin embargo, debo reconocer que es la primera vez que el señor Falcón se preocupa de ese detalle —dijo el conserje con evidente satisfacción por la amplia información que demostraba tener sobre los residentes.

—¿Primera vez? —pregunté alentado por la curiosidad.

—En la conserjería mantenemos un libro donde anotamos esos antecedentes. Si usted lo revisa verá que hasta ayer no había ninguna anotación relacionada con el señor Falcón.

—¿No le parece extraño?

—Probablemente el señor Falcón supo que la semana pasada entraron a robar en el edificio vecino y quiso tomar alguna precaución. Tal vez se debe a eso, o solo amaneció tincado. No me pagan por juzgar las conductas de los residentes en el

edificio.

Me despedí del conserje y una vez que encontré un teléfono público, olvidé el factor sorpresa que tanto preocupaba a Simenon y llamé al celular de Matías Falcón. Lo único que conseguí fue oír la grabación del buzón de voz.

Hay días en que lo mejor es quedarse en la cama. Días para tachar en el calendario sin mayor contemplación y olvidarse de ellos para siempre. Días en que todo sale mal y más vale la pena esconderse bajo la mesa del comedor hasta que pase el viejo del saco con su carga de malos presagios. Pensé en esas y otras fatalidades cuando después de llamar a Matías Falcón, entré a una sucursal del Teletrak y aposté a dos caballos que llegaron fuera de tabla, arreando el lote, apenas unos metros más adelante de la ambulancia que va siguiendo a los competidores por si se produce algún accidente durante la competencia.

Salí del Teletrak, conduje hasta el estacionamiento donde guardaba mi auto, y sin ninguna prisa por llegar a conversar con Simenon o los fantasmas de la oficina, fui caminando hasta mi departamento con el andar apesadumbrado del que va en un sepelio. Volví a llamar a Matías Falcón desde un nuevo teléfono público y otra vez tuve que conformarme con oír el antipático mensaje del buzón de voz. Pensé en un buitres que se esconde entre las rocas a esperar el descuido de sus víctimas y por primera vez intuí que Falcón no regresaría a su departamento. Él no podía estar ajeno a lo sucedido con Millares y si valoraba su cuello, debía estar oculto o en camino a salir del país.

Al llegar frente a la puerta de mi edificio escuché que me llamaban, y desde la ventanilla del quiosco de Anselmo vi asomarse la cabeza de Walter. Sus cabellos se veían en completo desorden y por la expresión desganada de su rostro, pensé que llevaba muchas horas dentro del quiosco.

—¿Qué pasa? —le pregunté en voz alta y sin dejar de caminar hacia la entrada del edificio.

—Anselmo quiere que lo llames a su celular. Parece que es urgente —gritó Walter.

Le hice una seña para darle a entender que haría la llamada desde mi oficina y seguí mi marcha hasta entrar al ascensor.

La tarde se batía en retirada y al interior de la oficina comenzaban a imponerse la penumbra sobre mis libros y las imágenes de las tres reproducciones y un original que colgaban en las paredes. Las reproducciones correspondían a cuadros de Hopper, Sorolla y Benito Rebolledo, y el original era un dibujo de Germán Arestizábal que el mismo artista me había regalado muchos años atrás, después de una sesión de copas en el Galindo, una picada del Barrio Bellavista en la que nos habíamos refugiado durante toda una noche, cuando el rigor del toque de queda silenciaba las almas de la ciudad. Pensé en llamar a Anselmo, pero cuando me acercaba a tomar el teléfono, éste sonó con su estridencia de costumbre y al contestar oí la voz nerviosa de Irma, que mencionaba mi nombre y decía que era la cuarta vez que intentaba comunicarse

conmigo en la última hora.

—¿Te ocurre algo malo? ¿Estás bien? —le pregunté, recogiendo el eco de su inquietud.

—Millares reapareció y quiere que nos reunamos de aquí a una hora más —respondió Irma.

—¿Qué quieres decir con eso de que reapareció?

—No sé cómo ni por qué, pero su abogado consiguió que le dieran libertad provisional. Dice que quiere conversar conmigo, pero temo que quiera vengarse por haberte ayudado. Tengo miedo y estoy obligada a ir a la cita. Millares sabe dónde vivo y no le costará encontrarme. ¿Qué hago, Heredia?

—¿Quedaron en juntarse en alguna parte?

—Donde siempre. En el Club Azabache.

—Espérame ahí y trata de mantenerte rodeada de gente.

Olvidé la llamada que debía hacer a Anselmo y salí del departamento. Al llegar a la calle, me acerqué al quiosco y pedí a Walter que le dijera a Anselmo que iba en camino al Club Azabache.

—¿Van de carrete los tatitas? —preguntó Walter.

—No te pagan por hacer preguntas impertinentes. Llama a tu jefe y cuida el negocio.

—El problema de los viejos es que no asumen la edad que tienen —alcancé a oír que decía el muchacho mientras me alejaba del quiosco.

36

No fue pan comido avanzar entre las columnas de vehículos que se desplazaban hacia el sur de Santiago, a una hora en la que la mayoría de la gente salía del trabajo. Maldije varias veces a los conductores, pasé de largo un par de semáforos en rojo, crucé delante de otros autos y al cabo de cuarenta minutos logré estacionar frente al discreto letrero de neón del Club Azabache. El portero no hizo amagos de impedirme el paso ni yo me detuve a pedirle un autógrafo. El club mostraba escasa animación y solo tres parejas ocupaban la pista de baile. Me acostumbré a la poca luz del lugar y me bastó una mirada para descubrir a Irma junto al mesón, acompañada del barman con el que había conversado en mis visitas anteriores. Me acerqué a ellos y apenas Irma me reconoció, vino a mi encuentro y buscó protección entre mis brazos. Temblaba, y no era de frío.

—¿Llegó Millares? —le pregunté mientras deslizaba una caricia por sus mejillas.

—Hace diez o quince minutos.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no está contigo?

—Fue muy extraño, Heredia. Igual que ahora, yo estaba junto al mesón cuando él llegó. Lo vi acercarse y cuando se disponía a hablarme, un desconocido que ocupaba una de las mesas lo llamó por su nombre. Noté que eso no le hizo mucha gracia a Millares. Quiso decir algo, pero se limitó a mirarme y luego se acercó al extraño. Intercambiaron unas palabras, se fueron a uno de los reservados y de ahí no se han movido hasta ahora.

—¿Es todo lo que ocurrió?

Irma asintió con un movimiento de cabeza y miró hacia el lugar donde se encontraban los reservados. Pensé en pedirle que describiera al extraño, pero enseguida comprendí que no era necesario. Solo debía estudiar con calma mis siguientes pasos. Pero no tuve tiempo para otra cosa que no fuera correr. El estampido retumbó dentro del club. La música cesó de inmediato, las parejas dejaron de bailar y buscaron refugio bajo las mesas o dentro de los reservados; el barman dejó a medio batir el trago que preparaba y yo saqué mi pistola y me dirigí hacia el lugar de donde había salido el ruido.

Matías Falcón estaba de pie junto a la pequeña mesa del reservado y tenía una pistola en su mano derecha. Millares yacía en el suelo y una mancha roja coloreaba su camisa a la altura del pecho.

—Tire su pistola al suelo —ordené a Falcón, que se limitó a mirarme, sin ninguna intención de obedecer.

—Voy a salir y usted no lo podrá impedir —dijo al tiempo que me apuntaba.

—No apueste a eso. Si no lo detengo yo, lo harán los amigos que me acompañan o el guardia del club.

—¿Quién es usted? No tiene facha de policía.

—¿Millares no le habló de mí?

—¿Usted es el detective privado que fue a conversar con mi hermano?

—Me llamo Heredia y vine a ayudarle —respondí procurando evitar una reacción desesperada de Falcón.

—¿Por qué querría ayudarme?

—Soy la única posibilidad que tiene de salir de este lugar y evitar que lo detengan por homicidio. Puedo simular que soy policía y que lo llevo detenido. Con eso puedo engañar al portero y a cualquiera que se nos cruce en el camino.

—Millares viene saliendo de la cárcel. Diré que intentó asaltarme. No hay testigos y cualquier abogado medianamente listo me sacará del embrollo aduciendo que le disparé en defensa propia.

—De acuerdo, tal vez pueda justificar la muerte de Millares, ¿pero qué me dice de los asesinatos de Romero y del viejo Moretta?

—No sé de qué me habla —dijo Falcón, y noté que la firmeza con la que

apuntaba su arma no era la misma de unos segundos atrás.

—Romero se hizo adicto a las drogas y para financiar su vicio aceptó vender cocaína en este club al que solía venir en sus ratos libres. Cuando Millares le contó a usted que había reclutado al jinete, decidieron utilizarlo para la venta de drogas y también para manipular el resultado de algunas carreras. El negocio iba viento en popa, hasta que a Romero se le ocurrió hablarle de las drogas a Moretta. Lo ignoro, pero probablemente lo hizo a cambio de dinero. El italiano pensó en sacarle provecho a la información y extorsionó al jinete. Romero debía perder el clásico, pero en los últimos segundos de la carrera cambió de idea, volvió a creer en su sueño de ser un gran jinete y llegó primero. Moretta, que había aceptado apuestas de sus clientes a favor de Horus, tuvo que desembolsar mucho dinero. Después de la carrera habló con el jinete y supo que los dardos de su venganza tenían que ser dirigidos hacia Matías Falcón. Romero debió asustarse y habló con Millares.

—Su imaginación vuela a mucha velocidad —dijo Falcón, interrumpiéndome por unos segundos.

—Millares le dio la alerta a usted y entre ambos decidieron cortar el hilo por la parte más fina. Para eso recurrieron a la ayuda de Montes y todo salió a pedir de boca. La policía compró la historia del suicidio, usted respiró tranquilo por unos días y llegó a creer que la muerte de Romero haría reflexionar a Moretta. Pero el italiano estaba con sangre en el ojo. Cuando supo que yo intentaba conocer el motivo que había tenido Felipe Romero para suicidarse, me llamó para aconsejarme que investigara entre los preparadores para los que trabajaba el jinete. También me contó un cuento sobre infidelidades y venganza que no me costó mucho descartar. Su consejo tenía algunos elementos verdaderos y otros que eran una soberana mentira, pero igual provocó que usted se inquietara cuando Millares le dijo que un detective privado había ido a interrogar a su jefe, Marcos Falcón. El italiano no me lo dijo cuando conversé con él antes de que muriera, pero deduzco que después de mi primera conversación con su hermano, él llamó a Millares para decirle que el siguiente consejo lo haría llegar a la policía. Después estuvo mi encuentro con Millares en el bar y ya no hubo tiempo para más triquiñuelas. Usted le ordenó a Millares que huyera y luego recurrió nuevamente a Montes, quien contrató a un par de sicarios para que balearan al italiano.

—¿Y todo eso a quién le importa? Hasta donde estoy informado, la policía dejó de investigar después de la muerte de Montes.

—Déjeme terminar la historia, Falcón. Lo que usted no sabía era que el vigilante del corral donde mataron a Romero vio el auto que conducía Montes, y que alguien interesado en conocer la razón del supuesto suicidio contrató los servicios de un investigador privado.

—¿Usted?

—Un metiche que a veces tiene suerte en sus pesquisas. ¿Qué me dice de la historia que acabo de contarle?

—Una historia que supongo ha contado a otras personas —dijo Falcón.

—Nunca salgo de aventuras sin tomar algunos resguardos —mentí.

—Palabras más, palabras menos, hizo bien su trabajo, Heredia —agregó Falcón sin inmutarse—. Soy aficionado a los caballos, y aunque suene a cosa obvia, sé que una carrera se acaba cuando los caballos llegan a la meta, y después no queda más que aceptar el resultado.

—¿Eso quiere decir que acepta mi historia?

—Salvo por un detalle que se lo daré a conocer porque estoy seguro de que no tiene forma de relacionarme con Montes ni tiene posibilidades de salir con vida de este lugar. Ignoro cuánto dinero perdió Moretta con sus clientes, pero sí sé que intentó perjudicarme porque le pedí un préstamo para apostar al caballo que presentaba mi hermano en el clásico que ganó Romero.

—El italiano intentó recuperar su préstamo y usted decidió pagarle con plomo.

—Detesto a los prestamistas que no tienen paciencia con sus deudores —dijo Falcón y acompañó sus palabras con una sonrisa.

—No se puede huir toda la vida, Falcón. Tarde o temprano tendrá que reconocer sus culpas. La policía comprobó que el auto rojo estuvo en el sitio del crimen y tiene identificado a uno de los pistoleros que balearon a Moretta.

—Me cansó su cháchara. No me podrá detener.

—La policía también sabe que usted le vendió a Montes el auto rojo, y que cuando supo que el sicario lo utilizó en el asesinato de Romero, usted le ordenó hacerlo desaparecer. Montes no quiso desprenderse del auto por nada y lo vendió en una compraventa. Ahí cometió dos errores; uno que supongo fue involuntario y otro para el cual no encuentro aún una explicación.

—¿Qué errores? —preguntó Falcón, alterado.

—En los documentos del auto está registrado que usted fue su dueño original. Gracias a eso llegué a conocer su participación en los asesinatos. Ese fue el primer error de Montes. El segundo fue dar como su domicilio la dirección del corral donde fue asesinado Felipe Romero.

—Usted miente. No es posible que el infeliz de Montes hiciera eso —gritó Falcón.

—Cuando enfrente a la policía le dirán que no miento. Y también le dirán que por culpa suya y de Montes hay una mujer policía malherida.

—¡Déjeme salir! —exclamó Falcón empuñando su pistola con decisión.

Levanté mi pistola y la dejé a la misma altura que la de Matías Falcón. Pensé que disparar era cosa de segundos y que ninguno de los dos iba a salir bien parado de la balacera.

—¿Necesita ayuda? —oí gritar a mis espaldas y vi entrar a Anselmo en el reservado, portando la vieja escopeta que usaba para proteger su quiosco. Junto a él venía un petiso de cara redonda que observó la escena con expresión bobalicona y enseguida emitió una especie de sollozo histérico.

—¡Serna! —exclamó Falcón, y me pareció que perdía la resolución mostrada hasta ese instante.

—Serna, Montes y Falcón iban en el auto rojo el día que mataron a mi hijo — agregó Anselmo, rodeando al hombre que me apuntaba.

—Anselmo dijo que usted se fue de lengua y me cargó el muerto —alegó Serna —. Yo andaba de acompañante. Usted fue el de la idea y Montes colgó a Romero.

—¡Cómo pudiste ser tan estúpido, Serna! Te hicieron caer en una trampa.

—¿Qué dice ahora? —pregunté a Falcón.

—Sigue con las manos vacías —respondió sin mucha convicción.

Pensé en disparar y me contuve. Falcón apuntó a Serna y enseguida, con un movimiento rápido, posó el caño de la pistola en su sien derecha.

—Usted no es capaz de volarse los sesos —dije.

—No tengo nada que perder.

—Se estima demasiado a sí mismo.

—¿Quiere apostar?

—Si usted se mata no tendré a quién cobrar. Y si no lo hace, no tendré con qué pagar.

—¿Quiere apostar? —insistió y noté que comenzaba a cerrar lentamente sus ojos.

La duda se mantuvo en el aire unos segundos. Miré de reojo a Anselmo y Serna. El quiosquero estaba tenso y al secuaz de Falcón le escurría una baba por entre los labios. Falcón bajó el arma y la dejó caer al suelo.

—Nunca saldrá de perdedor —le dije y avancé unos pasos hasta quedar cara a cara con el asesino.

* * *

Ninguno de los dos dijo nada sobre la muerte de Millares. Irma vio pasar su cadáver mientras lo trasladaban hasta una ambulancia, y yo estaba ocupado en relatar los hechos a Baquedano, el policía al que minutos antes había llamado para que detuviera a Matías Falcón y Serna. Más tarde, cuando la policía dejó el club, nos unimos a Anselmo, que estaba junto a la puerta de entrada, de cara a la noche, que parecía transformar cada pensamiento en una sombra.

Irma me abrazó y luego rozó suavemente mis labios con los suyos. Después caminó hasta la esquina más próxima, donde abordó un taxi para dirigirse hacia su departamento. Al verla alejarse recordé un poema de Jorge Teillier que decía: «Simplemente miraba un vacío rodeado por la noche». Más no podía hacer por ella. Probablemente no nos volveríamos a ver y lo vivido en los últimos días nos serviría para recordar que la felicidad está hecha de momentos.

—Seguirá su vida con alguna tranquilidad hasta que no se cruce otro Millares en su camino —dije a Anselmo.

- Contra eso no puede pelear, don.
- Supongo que no.
- Por suerte Walter me dio su recado y pude llegar a tiempo.
- Acompañado de esa escopeta que debería estar en un museo.
- ¿Por qué habría de desprenderme de ella? Asusta y a veces funciona.
- Tenemos que conversar, Anselmo.
- ¿De nuestra sociedad?
- Quiero saber qué hiciste para aparecer en el club con Serna.
- Es una historia larga y amerita una botella de tinto.
- Todas las que sean necesarias, Anselmo.

* * *

La nueva habitación de Doris estaba iluminada por una luz blanca que envolvía los objetos que encontraba a su paso. A través de la ventana entraba el murmullo de una fuente de agua y los esporádicos cantos de unos pájaros que recorrían alocados los árboles del patio interior del hospital. Doris estaba despierta y su rostro había recuperado sus colores de mejores días. Sonrió al verme llegar y me indicó la silla que estaba a un lado de su cama.

—Pensé que te vería ayer —dijo con un falso tono de reproche en su voz.

—Antenoche tuve una larga charla con Anselmo y ayer me dediqué a descansar. El trajín de las últimas semanas me pasó la cuenta. Hay cosas que ya no resultan tan fáciles de realizar como cuando tenía treinta años.

—Nunca está de más dejar que la vida pase un rato por nuestro lado sin que eso nos importe —dijo Doris, y luego de una pausa que ocupó en alisar la sábana de su cama, agregó—: Baquedano me contó lo sucedido en el club. Hiciste un buen trabajo, Heredia.

—El resultado no habría sido igual sin Anselmo.

—Baquedano dijo que tu amigo llegó con un testigo clave.

—Testigo y cómplice. Anselmo andaba en conversaciones con unos jinetes que solían reunirse con Millares. Los tipos le contaron un cuento poco convincente y cuando le hablé de mis pesquisas en torno al auto rojo, decidió jugar una carta bastante audaz. Habló con Talma, uno de los jinetes, y le dijo que la policía estaba informada de lo sucedido en el corral y que Falcón había confesado que el día del asesinato andaba en el vehículo, acompañado de Serna y del mismo Talma. Por cierto que eso era una mentira redonda, pero Talma tragó el anzuelo y se puso nervioso. Le dijo a Anselmo que él estaba al tanto de lo sucedido en el corral porque Serna se lo había contado en el transcurso de una tomatera. También le dijo que Serna era quien acompañaba a Falcón y a Montes. Con ese dato, presionó a Serna y lo convenció para que declarara en contra de Falcón. Anselmo me llamó a la oficina para contarme lo

que había averiguado y no me encontró. Luego, afortunadamente, recibió el recado que le envié.

—Tres crímenes unidos por el mismo hilo. Lo que no entiendo es por qué Moretta te aconsejó investigar a los preparadores con los cuales había trabajado Romero.

—Quería vengarse de Matías Falcón por un préstamo impago y supuso que con ese dato yo podría llegar a enterarme de los negociados de Millares con las drogas. La verdad es que no sé si quiso ayudarme o solo pretendió dar un susto a Falcón. Tiendo a pensar que fue lo segundo, pero en algún momento perdió las riendas de su juego y tuvo que pagar por ello.

—Tampoco entiendo por qué estaba la dirección del corral de Palma en el documento de venta del auto rojo.

—Esa fue una torpeza de Serna y no lo habría averiguado sin la intervención de Anselmo. Serna estaba enojado con Arturo Palma porque el preparador no lo contrató para montar uno de los caballos de su corral. Serna pensó que si llegaba a haber algún problema con el auto, la policía llegaría a golpear a la puerta del preparador. No le encuentro mucho sentido a lo que hizo, pero tampoco vamos a decir que Serna sea un tipo muy avisado. Tú y yo sabemos que las torpezas más obvias son las que suelen perder a los delincuentes de poco vuelo. Por cierto, Serna no tenía cómo imaginar que el gitano Tibo se iba a preocupar de enviar el documento a la dirección indicada en la papeleta, y menos que usaría a su primo Stevo como mensajero. Cuando vi que en el documento aparecía la dirección de Palma, pensé que era una arriesgada jugarreta del asesino.

—El culpable siempre vuelve al sitio del crimen, ¿es eso?

—Algo que ha sucedido en más de una oportunidad.

—Como sea, el detalle de la dirección del corral fue algo que finalmente no tuvo mucha importancia. Salvo para ti y tu manía de atar cabos sueltos.

—El crimen de Romero habría quedado en las sombras si a Anselmo no se le antoja averiguar el motivo que había tenido para suicidarse.

—Un caso resuelto y de nuevo sin trabajo. ¿O estoy equivocada?

—Hay una persona que desea contratar mis servicios. El problema es que el asunto requiere viajar hasta Puerto Natales.

—Te hará bien salir de Santiago por unos días —dijo Doris y luego de una pausa que aprovechó para sonreír, agregó—: Supe que después del baleo pasaste varias noches a mi lado. Gracias por eso, Heredia.

—No te veías bien y creí que te morías.

—Y por eso llegaste a decir que me amabas —dijo Doris, uniendo una sonrisa a sus palabras.

—¿Oíste eso?

—A ratos, en medio del sopor, escuchaba lo que se decía a mi alrededor.

—Dije eso por temor y porque de algún modo es verdad.

—¿Qué quieres decir con eso de algún modo?

—Sabes que tengo un corazón en el que caben muchas mujeres.
—Eso es una parte de la respuesta.
—Pero es lo que puedo decir por el momento.
—Gracias también por eso, Heredia. De algún modo yo también te amo.
—Trataré de recordarlo.
—Tal vez alguna noche te invite a conocer mi nueva cicatriz.
—Dicen que ciertos masajes ayudan a borrar las cicatrices.
—Lo mismo dicen del aceite de lobo marino.
—Ahora debo irme, Doris.
—¿Volverás?

—Todas las veces que sean necesarias hasta que abandones este lugar. Una vez, en la Feria del Libro de la Estación Mapocho, escuché decir a un escritor mexicano que los amigos de verdad se conocen cuando uno está en la cárcel, en el hospital o presenta un libro.

—Gracias una vez más, Heredia.
—Cuídate. No quisiera perderte.
—Sí, ya lo dijiste hace un rato. De algún modo me amas.

* * *

—Demasiados muertos —dije a Simenon que estaba a mi lado, olfateando la bandeja de carne mongoliana que había pasado a comprar en el restaurante chino del barrio.

—Anselmo dice que viajarán a Puerto Natales —dijo Simenon, sin demostrar entusiasmo por mi reflexión.

—Eso dice él. Yo no estoy tan seguro de hacer ese viaje.

—Si es por mí, no te preocupes. Me dejas una buena ración de comida y le dices a Walter que venga a limpiar mi caja de arena. Una semana pasa rápido y no te darás ni cuenta cuando estés de vuelta.

—¿Desde cuándo tan comprensivo?

—Desde que conocí a la gata que llegó con los nuevos vecinos del departamento 506. Intuyo que ella podría aceptar una invitación a mi piso de soltero.

—¿No crees que estás viejo para esos trotes de seductor?

—Algunas hembras valoran la experiencia y las cicatrices en el pellejo. Tú lo sabes bien.

—No todas piensan igual —dije, indicando el correo que había encontrado junto a la puerta del departamento—. Griseta pospuso nuevamente su regreso a Chile.

—Tal vez conoció a un gallego cariñoso.

—Anda a joder a otra parte, montón de pelos. Si así fuera, ella me lo diría.

—Y no tendrías cara para reprochárselo.

—Pero igual me lastimaría la piel.

—Ahorra unos morlacos y viaja a España.

—¿En qué se supone que podría ahorrar? ¿En tu comida o en mis copas?

—Pide un préstamo. Dos tercios de los chilenos viven con las deudas hasta el cuello y no tienes por qué ser la excepción.

—Mejor es dejar que el tiempo decida.

Estaba cansado y sin ánimos de recordar lo sucedido desde que había visto ganar a Felipe Romero el último clásico de su vida. Pensé en la botella para las emergencias, pero antes de abrir el cajón del escritorio donde la guardaba, recordé que estaba vacía desde hace algunos días. Junto a la botella encontré los originales de un libro titulado Papeles en los bolsillos y leí uno de sus textos: «Estoy junto a la barra esperando al que ya no soy. La noche me envuelve con sus misterios y en el fondo del vaso yace una pregunta. Pasarán las horas y las respuestas seguirán a un costado de la puerta, indecisas, como el amante que posterga su confesión o la muchacha que se sienta en la butaca más escondida de la platea. Es vano esperar que la mañana traiga un rumor distinto. El mundo tiene su orden y las palabras sus sentidos. Solo yo aguardo los ecos de una voz diferente, mientras miro el espejo tras la barra y una muchacha de rostro cansado sirve mi próxima copa».

Dejé el libro en su lugar y me dirigí al dormitorio. La muerte siempre juega a ganador, pensé mientras me dejaba caer sobre la cama con la gracia de un costal de harina. Simenon me observó sorprendido pero no me dijo nada. Apoyó la cabeza en su almohada favorita y cerró los ojos. No había nada de qué preocuparse, afuera en la calle la vida continuaba igual y el paraíso seguía inalcanzable.

37

Desperté temprano y sin las huellas del cansancio de la noche anterior. Me entretuve unos minutos observando la luz que conquistaba los rincones de la pieza, hasta que reconocí el contorno de los muebles y la estampa de Simenon sentado a los pies de mi cama. Después, y frente al espectáculo de un ropero donde no encontré ninguna prenda limpia, ocupé media hora en lavar ropa y planchar dos camisas, asoleadas y resacas, que descubrí colgadas en uno de los balcones del departamento. Mientras trabajaba escuchando las noticias de la radio con su habitual pauta de robos, catástrofes naturales y descalificaciones entre políticos, recordé el entusiasmo de Anselmo por el viaje a Puerto Natales y pensé que necesitaba zapatos gruesos y un

sobretudo que me ayudara a soportar el viento patagónico.

Para llegar a Puerto Natales, primero había que viajar a Punta Arenas, ciudad en la que años atrás investigué la muerte de la hija de un comerciante llamado Augusto Mollet. En ese viaje conocí a Yazna, una bella colorina que estuvo dispuesta a seguirme hasta Santiago y a la que suponía todavía en Punta Arenas, administrando la pensión de sus ancianos padres. Después de mi regreso a Santiago, y durante un tiempo, intercambiamos cartas, recuerdos y promesas vagas. Pero hacía más de ocho años que no tenía noticias de su existencia y bajo la premisa de que los amores no correspondidos se convierten en odios profundos, lo más probable era que ella no quisiera saber de mí.

Una vez que terminé el trabajo doméstico, decidí ir a las tiendas ubicadas en los alrededores de la Estación Central, a las calles Meiggs y San Alfonso, donde podría encontrar lo que necesitaba para el viaje. Bajé a la Estación Calicanto y fui atropellado por una turba sudorosa e irritada que me arrastró hasta los andenes atestados de gente que se daba de codazos y empujones. Dejé pasar dos trenes sobrecargados de pasajeros y cuando el tercer tren abrió sus puertas, me vi empujado a su interior y quedé atrapado entre una gorda de tetas ampulosas y un tipo que resoplaba con insistencia, compartiendo con los demás pasajeros su aliento que hedía a vino barato y ajo.

Veinte minutos más tarde, logré descender del tren y una vez que estuve de regreso en la superficie, respiré a mis anchas, con la golosa alegría del prófugo que acaba de escapar de la prisión.

* * *

—Vine caminando desde la Estación Central —dije a Anselmo mientras lo veía acomodar una maleta junto al escritorio.

—No me diga nada, don. Se acerca la Navidad y la pista se pone pesada para andar por el centro. Nos hará bien salir de Santiago durante una o dos semanas.

—Para entonces algunos ya habrán comenzado sus vacaciones —dije y al tiempo que me acercaba a la ventana, le pregunté—: ¿Qué te trae por estos lados?

—Vine a mostrarle mi maleta y a conversar acerca de nuestra sociedad.

—¿Nuestra sociedad?

—Conversé con Walter y llegamos a un buen acuerdo. Él administrará el quiosco a cambio de un sueldo y un porcentaje de las utilidades. Yo lo apoyaré en los ratos libres que me dejen las investigaciones. ¿Qué me dice? Falta comprar un escritorio y decidir el nombre que tendrá la oficina. Luego de eso, tendríamos que cambiar la placa en la puerta y el aviso en la guía telefónica.

—Tomas el asunto con demasiada prisa, Anselmo.

—Con la confesión que le saqué a Serna demostré que tengo dedos para el piano,

y además descubrí que me agrada contribuir a que los maleantes no pasen piolas.

—En Puerto Natales veremos si funciona la yunta —concedí, pensando que el viaje ayudaría a Anselmo a mitigar sus penas y que luego de eso olvidaría el asunto de la sociedad.

—¿No puede ser en ese caso y otro más? Tenga en cuenta que puedo ser más útil en Santiago. Conozco sus barrios, sus calles y los lugares donde hacer preguntas.

—¿Preguntas? «Ya se ha acabado el tiempo de los policías que lo sabían todo y que fumaban en pipa. Ahora el asunto se lleva conversando con la gente». No es una idea mía, pero de eso se trata nuestro trabajo. Lo leí en una novela de González Ledesma.

—No lo veo muy convencido de concretar la sociedad.

—Dirán que nos parecemos al doctor Watson y al detective pedante que lo acompaña.

—¿Desde cuándo le preocupa la opinión de los demás?

—No faltará el que diga que somos como Don Quijote y Sancho Panza.

—Yo de gordo no tengo nada y a usted para flaco le sobran cinco kilos.

—Tampoco quiero que digan que somos Laurel y Hardy.

—Déjese de payasadas. Si quiere jugar a las listas de parejas famosas, mejor me mando a cambiar y vuelvo mañana.

—No te enojés, Anselmo. El asunto tiene sus complejidades.

—¿Como cuáles?

—Antes de sellar la sociedad tengo que hacer una consulta.

—¿A quién? ¿No me diga que tiene otro socio?

—A Simenon. ¿Quién más?

Santiago, 2009



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.